

Jordi Bordas

LA CIUDAD PLÁCIDA

Lectulandia

Un asesino anda suelto en Barcelona.

Una serie de asesinatos en la plácida ciudad de Barcelona quitan el sueño a Arousa, inspector jefe de policía. Conforme va cobrando fuerza la teoría de un asesino en serie, los poderes fácticos de la ciudad conspiran para ocultar la noticia porque perjudica la imagen de Barcelona que desean proyectar.

Pero en esa ciudad plácida en la que los periodistas son amordazados, el dinero corre hacia los políticos desde todo tipo de fundaciones y la crisis hace estragos, nada es como aparece en los folletos de las agencias de viajes.

Lectulandia

Jordi Bordas

La ciudad plácida

ePub r1.0

Titivillus 29.11.15

Jordi Bordas, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

—Lo que está claro es que se ensañaron con él.

El inspector y segundo jefe del Grupo de Homicidios de la Policía de Barcelona estaba en cuclillas junto al cuerpo sin vida que, a diferencia de otras muchas muertes violentas, no había adquirido una postura extravagante. Yacía de espaldas sobre el asfalto, con la cabeza ladeada hacia la derecha, los brazos en cruz, los ojos semiabiertos y las palmas de las manos apoyadas en el suelo. El rostro lucía un semblante sereno. De hecho, ahora que observaba aquella cara con más detenimiento, parecía la de una persona dormida, salvo por las manchas de sangre. Ocultaban casi toda su faz y empapaban lo que, en circunstancias normales, debió de ser una camisa blanca, ahora una prenda completamente carmesí.

El personal médico forense ya había cubierto lo que una hora antes era un ser vivo. Francisco Manzano levantó el plástico negro para que su jefe, Javier Arousa, pudiera contemplar a aquel desconocido. Arousa, máximo responsable del Grupo de Homicidios, era un hombre delgado, de estatura media, cara afilada, pelo negro firme y con una vitalidad y una energía que desmentían su edad —rebasaba con holgura los cincuenta, quince años más que Manzano—, y sabía por experiencia que fuera quien fuera aquel desgraciado, aún debería permanecer tendido allí cuando menos un par de horas.

Era difícil encontrar un juez de guardia que se presentara en menos de ciento veinte minutos para ordenar el correspondiente levantamiento del cadáver, y más aún a aquellas horas de la madrugada, minutos antes de las cinco. Llevaba más de treinta años como policía y Arousa seguía preguntándose el porqué de aquella demora. «Ni siquiera se dan prisa cuando hay un acto terrorista».

Movió la cabeza de un lado a otro como si quisiera alejar aquella idea de su pensamiento, pero fue incapaz de lograrlo. «¡Cuántas veces se han visto imágenes por televisión con la víctima todavía en el suelo antes de que *su señoría* —y al pronunciar mentalmente aquellas palabras fue consciente del tono despectivo con que las acompañó— diera permiso para trasladarla!».

Manzano, ajeno a estos pensamientos, señaló con el dedo índice la parte superior de la pálida cabeza del muerto.

—Mira, jefe —dijo después de dar un rodeo y agacharse.

Arousa, siguiendo la dirección que le señalaba su subordinado, posó su mirada en la zona posterior y sobresaliente del cráneo, justo por encima de la nuca de la víctima, allí donde una coronilla de dimensiones notables había reemplazado lo que, en tiempos, debió de ser una zona poblada por una espesa mata de pelo negro.

—Una puñalada ahí.

Su *ahí* tenía forma de cráter. La piel estaba levantada y dejaba al descubierto el hueso roto. La sangre había manado de un pequeño agujero negruzco que se adivinaba profundo. La oscuridad de la noche y la escasa iluminación del lugar apenas permitían ver nada (el día todavía no había despuntado, aunque ya se intuía sobre el lejano horizonte negro que formaba el mar). El asesinato se había cometido en una pequeña calle que enlazaba con una amplia avenida. La vía, de aspecto señorial, se extendía hacia el sur con un gran solar próximo al majestuoso hospital de Vall d'Hebrón, un terreno rústico convertido en cochera del metro hacía ya veinte años, bajo el impulso de los Juegos Olímpicos.

—Otra ahí.

Esta vez, Manzano apuntaba al cuello. A diferencia del boquete craneal, la sangre debió de salir con ímpetu y abundancia por aquel orificio, a juzgar por las dimensiones de la oscura mancha extendida sobre la calzada.

—Dos en el pecho.

Ni siquiera llegó a señalar la zona en cuestión. No era necesario. Aquel sujeto vestía una chaqueta gris sobre la que se había bordado el escudo de la compañía del Ferrocarril Metropolitano, que no llevaba abrochada y sobre la que se había dibujado un mapamundi cuyos continentes eran grandes áreas de sangre.

—Recibió una de las puñaladas a la altura del corazón. La otra, a su derecha, poco más o menos debajo del pezón.

Arousa siguió en silencio las explicaciones. La pericia de Manzano a la hora de efectuar las inspecciones oculares era tan precisa que hacía innecesario formular preguntas. No había nadie, en todo el Grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, capaz de captar tantos detalles como él en pocos minutos. Nadie, de cuantas personas intervenían posteriormente en un caso de muerte violenta como era este crimen —ni el mejor forense ni el perito más experimentado— había desmentido nunca lo que el subjefe de Homicidios Manzano adelantaba a los pocos minutos de llegar al escenario del delito. Nunca en los casi ocho años que llevaba destinado en aquel grupo policial.

El máximo responsable de Homicidios comprobó que lo que ambos agujeros tenían en común era la tonalidad oscura que cubría prácticamente por completo la camisa y la chaqueta.

—Una quinta, en el vientre. Le debió de perforar los intestinos.

Javier Arousa fijó su mirada justo encima del cinturón, donde un enorme reguero, ahora inmóvil, impedía ver con exactitud por dónde había penetrado el arma homicida. El muerto no parecía ser un hombre barrigudo. Al contrario. Más alto que bajo, no le sobraba ni un gramo de grasa. Contemplándolo en su totalidad, trató de imaginarlo de pie. Cerró los ojos para visualizar mejor la imagen que se estaba formando en su mente y, en efecto, las características físicas de la víctima correspondían a las de una persona atlética. Fuera casualidad o pura intuición,

Manzano le ahorró el esfuerzo.

—Medía metro ochenta. Debe de pesar más de setenta kilos y me apuesto lo que quieras a que se cuidaba. Ciclismo, *footing*, natación, gimnasia... lo que fuera, pero el tío estaba en forma.

—Entonces no es descabellado pensar que quizá conocía a su agresor. Si no, habría tratado de hacerle frente...

—Puede que no. No hay que descartar la posibilidad de que fuera más de uno.

Antes de que Arousa llegara a preguntar en qué basaba su hipótesis, Manzano estaba agarrando las manos del cadáver para poder ladearlo ligeramente.

—Mira: dos puntazos más en la espalda, uno debajo del omóplato derecho y el otro un poco más arriba del riñón izquierdo. En total, siete heridas, todas ellas mortales. Así que es posible que lo atacaran por detrás y que, cuando iba a defenderse, lo acabaran acuchillando cinco veces por delante sin que tuviera tiempo para reaccionar. Sí, es posible que su muerte se deba a un único autor, pero creo que, por ahora, no podemos descartar que fueran varios. Lo que me parece obvio es que las hemorragias fueron tan masivas que tuvo que morir en pocos minutos. Quizá en segundos pero, en todo caso, eso lo confirmará el forense.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio dando vueltas a cómo pudo producirse aquella salvaje agresión. A la vista del silencio de su jefe, Francisco Manzano reanudó su discurso.

—Si el crimen lo cometió una sola persona, el asunto podría ser todavía peor. Ya sabes que es mucho más difícil atrapar a un homicida que actúa por libre que desarticular un grupo, donde algún miembro siempre acaba por cometer un error.

Javier Arousa no respondió. Estaba completamente de acuerdo con Manzano. La detención de un único asesino siempre resultaba mucho más ardua y compleja que el esclarecimiento de los delitos perpetrados por una banda. Tenía la seguridad de que la sociedad barcelonesa conocía la existencia de bandas criminales organizadas, pero el estado de alarma de los ciudadanos se disparaba cuando se trataba de un único asesino que actuaba por motivos que la llamada opinión pública no siempre acababa de comprender.

—Sea como sea —comentó en voz baja el jefe del Grupo de Homicidios—, estoy de acuerdo contigo: por la violencia que muestra el cadáver, pudo haber ensañamiento. Si fue obra de un solo autor, estamos ante un resentido, un sádico o un psicópata que goza causando el mal y, además, es inteligente.

—Si se cree superior a los demás —añadió Manzano— eso lo llevará a cometer algún error. Quizá eso nos ayude.

—Cierto, pero mientras tanto tiene tiempo para cometer nuevos crímenes. Ojalá me equivoque y no sea así, porque esta ciudad, tan orgullosa de sí misma, no está preparada para convivir con un asesino en serie.

Francisco Manzano alzó la cabeza. Él no había caído en aquel extremo. No se le había pasado por la cabeza que aquella muerte fuera la primera de varias. La historia

criminal reciente de Barcelona no recogía la existencia de un asesino múltiple entre sus ciudadanos, a diferencia de otras grandes urbes donde la presencia de criminales de aquella índole sí había sido notable. A lo sumo, en el caso de la capital catalana, algún homicida que había asesinado a un par de ciudadanos, pero no más. Nada que ver con varias muertes violentas perpetradas por un solo individuo.

—¿Qué hacía por aquí a estas horas?

—Salía de trabajar —respondió Manzano—. Era conductor del metro y, según me ha informado el jefe de estación, su jornada laboral terminó a las cinco.

—¿Podemos descartar que lo asesinaran para robarle?

La pregunta de su jefe obligó a Manzano a cortar de cuajo sus razonamientos.

—Sí. No parece que le falte nada. Por lo menos, a primera vista. Hemos encontrado su cartera con cincuenta y cinco euros, varias tarjetas de crédito y también su teléfono móvil. Si el motivo del asesinato hubiera sido el robo, el autor o los autores habrían tenido tiempo de sobra para saquearle. A la hora en la que se cometió el crimen, no había nadie por las calles. Al menos, hasta ahora no hemos podido dar con nadie que haya visto u oído algo. Fue un compañero suyo el que avisó a una patrulla cuando, yendo hacia la entrada de la cochera para iniciar su turno, se lo encontró en el suelo. Por lo que nos ha dicho el vigilante de las cocheras, el muerto había salido unos diez minutos antes, o puede que algo más. No, desde luego no parece que fuera un atraco.

—¿Tenéis su filiación?

—Sí. Se llama Juan Morales Hernández. Treinta y cinco años. Nacido en Barcelona y residente en Castelldefels, muy cerca del aeropuerto. Gracias al compañero que lo ha encontrado hemos dado con su coche. Es aquel de allí.

Con el dedo índice de su mano derecha señaló el vehículo al que aludía, custodiado ya por dos agentes uniformados. Un Citroën de color blanco insultantemente límpido.

—He puesto a Cano a investigar los aspectos personales del fallecido y, dentro de un rato, llamaré a Bernal para que averigüe su situación económica.

Juan Cano y María Bernal le parecieron a Arousa una elección acertada que ponía de relieve las dotes organizativas de Manzano. El joven inspector Cano —todavía le quedaban algunos años para cumplir los treinta— era un especialista a la hora de obtener datos relevantes en sucesos como aquel. En el caso de la agente Bernal, la única mujer del Grupo de Homicidios, tenía un don natural para escudriñar cuentas corrientes, préstamos, hipotecas e ingresos no habituales que muchas veces eran clave para esclarecer lo sucedido.

Javier Arousa dio media vuelta sobre sí mismo, comprobó que los agentes de la Brigada Científica ya estaban trabajando sobre el terreno y contempló de nuevo el lugar, intentando averiguar si en las cercanías había alguna cámara de seguridad que hubiera podido grabar la agresión o la presencia del autor o autores del homicidio. Pero no hubo suerte. Ni una sola. El esclarecimiento de aquel crimen no iba a

resultar, *a priori*, fácil. Movi6 la cabeza de un lado al otro lamentando esa circunstancia.

—Por el momento, no hay nada m6s que hacer —a11adi6 el segundo jefe de Homicidios al ver que su superior no decía nada m6s—. Yo me quedaré aqu6 hasta que llegue el juez de guardia. Volveré a hablar con el conductor que descubri6 el cad6ver para ver si recuerda algo m6s y, de paso, echaré otro vistazo por los alrededores. Nunca se sabe qu6 podemos encontrar. No hace falta que te quedes, jefe. ¿Para qu6 vamos a estar los dos aqu6, no te parece?

Arousa asinti6 con la cabeza. Tambi6n aquella era una buena decisi6n de Manzano. La mejor de todas, seguramente.

—Cierto. En todo caso, a las nueve y media estaré en Jefatura. No hace falta que t6 estés a esa hora. Descansa y ven m6s tarde. De todas formas, si hay alguna novedad me localizas en el m6vil.

—Descuida.

El jefe del Grupo de Homicidios, que seguía acudiendo a los escenarios de todos los cr6menes que se registraban en Barcelona aunque por su condici6n de m6xima autoridad de Homicidios no tenía por qu6 hacerlo, permaneci6 unos instantes contemplando al fallecido hasta que, lentamente, se encamin6 hacia su coche. Pensaba, mientras se aproximaba al veh6culo, que a6n llegaría a tiempo para ver a su hijo Ernesto, peluquero de perros, antes de que fuera a la cl6nica donde trabajaba y a su hija Paola, enfermera en el Hospital Cl6nic, que aquel lunes 4 de julio de 2011 tenía turno de ma1ana. El verano no empezaba bien, nada bien.

CAPÍTULO 2

—¡Vaya pinta que tienes, Carolina Romero! —Eran las siete y media de la mañana del lunes 4 de julio. Se miró en el espejo y comprobó que sus facciones delataban la tensión de las últimas horas—. Pues no puede ser. Hoy, no.

Sabía perfectamente a qué se debían las profundas ojeras. Se había pasado todo el fin de semana repasando libros y apuntes sobre medicación y posología, las enfermedades más habituales y las diferencias entre productos farmacéuticos de uso común y, aunque no desconfiaba de sus conocimientos ni de su formación, el domingo, a las diez de la noche, se sentía inquieta y nerviosa. Aquel esfuerzo por mantener sus estudios al día concluyó definitivamente en cuanto cerró con contundencia el *Formulario de los preparados dermocosméticos* y empujó el libro con decisión al extremo más alejado de la mesa de la habitación, donde tenía el ordenador y el equipo de música. Le dolía la cabeza, le escocían los ojos y, más que cansada, estaba rendida, completamente rendida. Todo aquel empeño no obedecía a más que un único deseo: quería emprender con unas mínimas garantías su primer trabajo como farmacéutica.

Volvió a mirarse en el espejo y, después de resoplar una vez más, entró con decisión en la ducha. Abrió el grifo de agua fría y, aunque a aquellas horas de la mañana ya no hacía frío, chilló al sentir el impacto de las gotas sobre su piel. Era duro, pero sabía que era la única forma de recuperar su aspecto habitual.

Apenas desayunó, y sólo el cálido abrazo de su madre al despedirse le serenó el espíritu. Pocos minutos después de las ocho y media, en el vagón de metro que la llevaría a la farmacia donde iba a empezar a trabajar, trató de recuperar el tono habitual. Pero por mucho que lo intentaba, no conseguía frenar el ataque de sudor que sentía por todo el cuerpo ni normalizar la respiración. Probó a calmar los nervios y la angustia repitiéndose que era afortunada: había acabado la universidad y en menos de dos meses ya tenía trabajo. Sonrió levemente al recordar que había sido su padre, conductor de autobuses, el artífice del éxito. Aquejado de alergia desde hacía años, aprovechaba el inicio o el fin de la jornada laboral para acudir a la farmacia y adquirir el antihistamínico que le había prescrito el médico. El establecimiento se encontraba en la plaza donde terminaba el recorrido, en pleno centro de Penitents, un barrio obrero que se encarama por la falda del Tibidabo, nacido con la primera oleada de inmigrantes que llegó a Barcelona a principios de los años cincuenta y que, desde entonces, ha visto pasar ya a varias generaciones de emigrantes.

De tanto ir a la farmacia, su padre se había hecho muy amigo de Robert Font, el farmacéutico, un hombre que ya había superado los sesenta y que siempre trataba con

cordialidad, dedicación y amabilidad a su clientela.

—Robert —le dijo a principios de junio—, mi hija Carolina ha terminado la carrera y está buscando trabajo. Te agradecería que si conoces a alguien que necesite un refuerzo, aunque sólo sea para este verano, me lo dijeras. Carolina es inteligente y seria, y tiene muchas ganas de aprender y de trabajar. Y no lo digo porque yo sea su padre, es que es verdad.

Aquella conversación pareció caer en saco roto hasta que, pocos días antes de que terminara el mes, el farmacéutico le comentó que la farmacia no iba a cerrar ni en julio ni en agosto.

—Tal y como están las cosas —le dijo Robert a Carlos—, y después de hacer muchos números, este verano he decidido abrir. Aunque gane poco, me sale a cuenta mantener las puertas abiertas. Necesitaré a una persona que me ayude. Para que la farmacia funcione bien, tiene que haber al menos dos empleados. Yo haré dos semanas de vacaciones en agosto, aunque no creo que me vaya a ninguna parte, y María, la auxiliar, estará fuera todo el mes de julio, así que si tu hija está interesada en trabajar, dile que venga a verme. En principio, la contrataría para julio, agosto y septiembre. A partir de ahí, depende de cómo vaya el negocio.

El farmacéutico bajó la mirada e hizo una pausa antes de continuar.

—Como habrás visto, Juan y Elena, que trabajaban conmigo desde hacía años, ya no están. Por la crisis y, sobre todo, porque los medicamentos que corren a cargo de la Sanidad Pública han bajado de precio. Los ingresos son mucho menores ahora y he tenido que prescindir de ellos... muy a mi pesar. Confío en que el negocio se enderece después de reducir estos gastos —apostilló Robert con el rostro muy serio.

La negociación con el farmacéutico fue breve: un contrato de tres meses como estudiante en prácticas para cubrir los turnos de mañana y tarde, y un sueldo de 1.087,50 euros. Carolina se alegró como si le hubiera tocado la lotería —o quizá más—. No se lo pensó dos veces: aceptó con entusiasmo. «Por fin —se dijo en tono humorístico— he alcanzado el techo de una joven profesional en 2011, el año de la gran crisis. ¡Ya soy una *mileurista!*», y se echó a reír.

Dos semanas después, el lunes 27 de junio, entraba en la farmacia para familiarizarse con su nuevo cometido. Así el 1 de julio, su primer día de trabajo oficial, tenía ya una mínima experiencia y podía sustituir con ciertas garantías a la auxiliar que se marchaba de vacaciones ese mismo día.

—Debes saber —le dijo Robert— que esta es una farmacia de barrio y te diré más, de un barrio obrero donde, hasta hace pocos años, todo el mundo se conocía.

El farmacéutico movió ligeramente la cabeza como si lamentase que aquel enclave de Barcelona ya no fuera el que había conocido hacía casi treinta años, cuando inauguró su negocio.

—Ahora, hay nuevos inmigrantes y los hijos de las primeras familias que se asentaron aquí ya han emigrado. Han cambiado algunas cosas, pero los residentes siguen siendo los de un barrio obrero y eso se nota.

Abrió los brazos mostrando las palmas de las manos como si quisiera abarcar con ese ademán los confines del establecimiento.

—Es una clientela sencilla, más humilde que de clase media, que suele tener problemas, a veces graves, para llegar a fin de mes. Pero cada uno de ellos, y que no se te olvide nunca lo que te voy a decir, es un caso distinto al anterior y diferente del próximo. Has de tratar al cliente como si fuera único, aunque para ti, ese cliente que llega un minuto antes de cerrar y te pilla cansada, sea el ciento un mil de la jornada. Para él, el problema de salud que te plantea es el más grave, lo que más le preocupa en este mundo, y tú tienes que mostrar que, efectivamente, también para ti es lo más importante. Aunque te duela una muela, tengas fiebre o tu novio te haya dejado, atiéndelo como te gustaría que te atendieran a ti si no te encontraras bien. ¿Me entiendes?

Carolina asintió en silencio.

—No hay dos pacientes iguales y no se puede atender a ninguno con hastío, impaciencia o brusquedad. No sé cuánto habrá cambiado la Facultad de Farmacia desde que me licencié, pero la realidad que vas a encontrar aquí es prácticamente la misma que la que yo encontré cuando llegué la primera vez. Y eso quiero mantenerlo. Para mí, la atención que ofrecemos al cliente es el mejor patrimonio que puede tener un farmacéutico.

Durante la semana de aprendizaje, Carolina comprobó que Robert predicaba con el ejemplo. Atendía con paciencia y dedicación, sonreía a quien estaba angustiado por la dolencia que lo aquejaba, ofrecía información clara y precisa sobre los medicamentos y productos que suministraba y nunca mostraba mal talante o enojo, aunque el paciente fuera el tipo más pesado, intolerante y exigente del mundo.

La farmacia, por lo demás, ocupaba los bajos de un inmueble de cuatro plantas y construcción anónima que se había levantado a mediados del siglo xx, bajo el empuje que dieron al barrio las primeras oleadas de inmigrantes, unos inmigrantes que habían apostado por Barcelona para superar las estrecheces y la falta de futuro que ofrecían sus respectivos pueblos de origen. El local estaba dividido en dos grandes partes: la entrada y lo que antiguamente se conocía como la rebotica, en la zona trasera del establecimiento. La primera, más amplia que la segunda, tenía las paredes repletas de estanterías que mostraban productos tan diversos como champús, alimentos infantiles, cremas solares, jarabes bucales o pañales, decoración que completaba el gran mostrador con tres pantallas de ordenador desde el que se atendía a los clientes. La iluminación blanca hacía que el sitio pareciera más grande de lo que era. La rebotica, por el contrario, era un espacio mucho más estrecho donde se almacenaban los medicamentos. En ella, aprovechando un pequeño recodo, había un pequeño laboratorio donde aún se elaboraban, aunque esporádicamente, algunas fórmulas magistrales. También había un aseo de mínimas dimensiones. «Nada que ver —se dijo la primera vez que contempló el nuevo puesto de trabajo— con las oficinas de farmacia que suelen salir en los anuncios de televisión».

Pero a lo largo de aquellos siete primeros días de toma de contacto descubrió también aspectos que ningún catedrático o profesor había mencionado durante la carrera universitaria: las gestiones para clasificar los medicamentos que recibían varias veces al día, la labor de control de los albaranes y sus correspondientes facturas, el pago de todos esos suministros y el envío de las recetas emitidas por los médicos de la Seguridad Social para que las abonara la sanidad pública. Todos aquellos trámites burocráticos eran más agotadores y menos gratificantes que atender a los pacientes. Carolina calculó en pocos días que por cada minuto dedicado al cliente invertía más de dos en labores administrativas. Y ese descubrimiento no le gustó. A ella lo que realmente le hacía feliz era atender a la gente, resolver los problemas que los enfermos le planteaban y ayudarlos a mejorar su salud, pero al final de la primera semana, su relación con la clientela se contaba con los dedos de una mano: apenas abandonó la rebotica. Se dedicaba a comprobar que los suministros correspondían a los pedidos; colocó centenares, quizá miles, de medicamentos en su sitio; repasó uno a uno los comprobantes de todas las recetas, y guardó y ordenó debidamente las facturas.

A las nueve de la noche del primer viernes regresó en metro a su casa, exhausta, con dolor de cabeza y los ojos irritados. No lograba sentirse feliz pese a que trabajaba en lo que, en principio, era su vocación: la cantidad de horas que tenía que dedicar a gestionar, recibir, almacenar y archivar los productos y las facturas que llegaban a diario era sobrecogedora.

Carolina recordaba todo eso a las nueve menos veinte de la mañana del lunes mientras acudía a la farmacia en su primera jornada oficial.

«No te dejes llevar por la primera impresión», se dijo sin darse cuenta de que acababa de llegar a la estación donde debía apearse. «Chica, no te puedes plantear en serio si te has equivocado de trabajo o no cuando llevas sólo una semana».

El sonido que avisaba del inminente cierre de las puertas le hizo reaccionar. Tuvo el tiempo justo de pegar un brinco y salir corriendo del vagón antes de que el convoy reanudara la marcha. «¡Sólo me faltaba llegar tarde el primer día de trabajo!», se reprochó. Al pisar el andén vio de reojo que una mujer mayor, sentada junto a la puerta, la miraba molesta mientras movía la cabeza en señal de desaprobación. «Seguro que es de esas personas —pensó Carolina— que cree que los jóvenes vivimos ensimismados en nuestro mundo». Una gran sonrisa apareció en su rostro. «Si supiera que yo me esfuerzo para que la gente se mantenga sana... ¡Qué injusta es la vida a veces!».

Ilusionada, inquieta, pero decidida a afrontar su primer trabajo ofreciendo lo mejor de sí misma, el lunes 4 de julio se apeó del metro, cruzó con rapidez la gran avenida que atravesaba el barrio, giró a la derecha y, a las nueve menos diez de la mañana, entraba en la farmacia. Sabía perfectamente que en su vida se abría una nueva etapa.

A las nueve en punto, Robert alzaba la persiana metálica y dos minutos después,

entraba el primer cliente.

—Es doña Reme —le informó el farmacéutico al verla—, hace años que la conozco. Bien, es tu turno. Tú te encargas. Y recuerda que eres farmacéutica. Nadie tiene por qué adivinar que es tu primer trabajo y tu primer día. Confía en ti misma.

Carolina se situó detrás del mostrador. Estaba nerviosa aunque tratara de ocultarlo. Siguiendo la recomendación del jefe, esbozó su mejor sonrisa.

—Buenos días.

Doña Reme respondió con un gruñido, más que una frase. Con el ceño fruncido rebuscó en el interior de un gran bolso, tan anciano como ella. Al fin extrajo una carpetilla de plástico transparente doblada por la mitad. La abrió del todo y la plantó sobre el mostrador.

—Hoy, ¿qué me toca?

«¿Qué me toca?», pensó Carolina, «ni que aquí se vendiera lotería».

—Vamos a ver —respondió con suma amabilidad.

Situó el documento bajo el lector electrónico. La lista de medicamentos era extensa.

—La Simvastatina de 20.

—¿La qué? —preguntó la mujer genuinamente sorprendida.

—Simvastatina.

—¿Y eso para qué es?

«¿Era posible que aquella mujer estuviera tomando un medicamento sin saber para qué servía? ¡Increíble!». Carolina respiró hondo.

—Para el colesterol. Debe de tenerlo usted un poquito alto.

—¿Colesterol? Pues no lo sabía.

«Pues ahora ya lo sabe», siguió razonando internamente Carolina mientras extraía de la cajita el cupón con el código de barras tratando de contener la risa.

—Sólo un poquito, nada que deba preocuparle si se toma una pastilla cada día.

—¡Ay, hija, ya no sé qué me tomo! Entre pastillas y brebajes, no paro, es que no paro.

—También le toca un Enalapril.

—¿Enalapril? No recuerdo...

—Para la tensión. Debe de tenerla también un poquito alta.

—¿Tensión alta? Sí, me parece que el doctor algo me dijo. ¿Me enseñas la caja?

Se dirigió a la estantería correspondiente y regresó con una pequeña caja blanca y azul.

—¡Ah, no, de esas tengo!

—Pero la caja es de veinticuatro pastillas y hoy, según la última receta, se le terminan...

—Pero es que no me las tomo cada día... No, no, esas no me las pongas.

Carolina permaneció estupefacta mientras la contemplaba unos instantes. Le parecía increíble que aquella mujer se saltara a su gusto la prescripción médica y,

además, no tuviera reparo en confesarlo abiertamente.

—¿Está segura? El médico se la habrá recetado por algo...

—Sí, pero no me fío de los médicos. Quitaa, quita, de esas aún tengo.

Regresó al armario perpleja y con la cajita en la mano. Su mirada se cruzó con la de Robert, que sonreía divertido.

Al cuarto medicamento, un calmante para el dolor muscular, Carolina estaba agotada y al quinto, unas gotas para los ojos («no lo confundas con el colirio —apostilló la clienta— que de ese aún me queda»), tan exhausta como un boxeador apaleado sin piedad por su rival. Aquella mujer ni sabía para qué servía la mayor parte de los productos prescritos, ni respetaba las pautas que establecía su médico. A medida que iba descubriendo esa realidad, su sorpresa inicial dejó paso a la exasperación y el mal humor. Resopló con fuerza cuando doña Reme abandonó la farmacia. En cuanto desapareció de su vista, fue directamente hacia Robert.

—¿Te das cuenta? ¿Cómo es posible que no sepa qué se está tomando ni para qué? Y encima pasa del médico...

—Desgraciadamente —respondió con parsimonia el farmacéutico—, no es un caso aislado. Pronto lo comprobarás. Muchas de las personas que acuden a la farmacia, no me atrevo a decir que la mayoría pero, en todo caso, un buen número, no respetan las pautas de los médicos. Sólo si son plenamente conscientes de que están enfermos siguen al pie de la letra las indicaciones de los doctores. Si no, van a su aire.

El jefe de Carolina dejó en suspenso la explicación durante unos segundos mientras la observaba con benevolencia.

—Yo pasé por el mismo proceso —añadió—. Al principio intenté hacer comprender a los clientes que debían ceñirse a lo recetado, pero el tiempo me demostró que es inútil luchar contra estas actitudes. Contra estas personas no hay nada que hacer. Entiendo que te sorprendas y te indignes y que intentes reconducir la situación, pero con estos pacientes tienes la batalla perdida de antemano porque los médicos, que deberían haberles dejado claro para qué es cada cosa, han arrojado la toalla con ellos. Así es la vida en todas las farmacias. Ármate de paciencia, no pierdas nunca la calma y, por mucho que eso te pueda agotar, no dejes de tratar a cada paciente como si su caso fuera excepcional. Recuerda que cada uno es distinto del siguiente y así espera ser atendido. Para bien o para mal, y yo prefiero pensar que es para bien, la frase «consulte al farmacéutico» ha calado en la mente de todos y los farmacéuticos no podemos decepcionar a quienes nos piden información, aunque deberían ser los médicos los encargados de proporcionarla.

Carolina permaneció contemplando a aquel hombre, que debía de acumular más de treinta años de experiencia; aunque sólo fuera por eso, tenía que asimilar este discurso como un dogma de fe.

CAPÍTULO 3

El teléfono la obligó a hacer lo que venía retrasando desde hacía un rato: despertarse. Para una periodista como ella —más aún, para una periodista especializada en sucesos, como era su caso—, un mensaje en la pequeña pantalla del móvil significaba que algo grave había ocurrido en las últimas horas. Agarró el pequeño aparato con torpeza —su cuerpo parecía resistirse a cumplir toda orden que viniera del cerebro— y, con un esfuerzo similar, logró hacer emerger el texto con nitidez. «Conductor de metro asesinado. No tardes».

Un crimen era, desde el punto de vista informativo, un asunto de impacto, sobre todo para Barcelona, una ciudad poco acostumbrada a muertes violentas. Y las dos últimas palabras del mensaje no dejaban lugar a dudas. Dio las gracias mentalmente a Maribel, la secretaria del Gabinete de Prensa de la Policía, por la deferencia que acababa de tener con ella. Los seis años que llevaba en la sección de sucesos de *BCN*, el diario más influyente de la ciudad, habían acabado por engendrar una relación entre ambas que iba más allá de lo estrictamente profesional; compartían amigos y tiempo libre. Finalmente, se levantó con decisión. Debía darse prisa para aparecer por la Jefatura Superior de Policía cuanto antes.

Margarita Serra saltó de la cama con ímpetu y se dirigió a la ducha. Bajo el agua fría y mientras su cuerpo protestaba por el repentino cambio de temperatura, pensó fugazmente que no había oído a Mario salir de casa.

Cruzó la ciudad en menos de diez minutos, aparcó el *scooter* sobre la acera sin preocuparse demasiado por haber invadido el paso de peatones y mostró su credencial para entrar en la sede de la Policía. Era un gesto inútil: hacía seis años que acudía a diario y prácticamente todos los agentes la conocían. En cuanto entró en el Gabinete de Prensa, un instante después de los «buenos días» protocolarios, se dirigió a la mesa donde estaban los comunicados oficiales. El contenido de la nota apenas ampliaba lo adelantado por Maribel. Salvo la identificación del fallecido, el lugar donde fue hallado el cadáver y unos mínimos detalles relativos a la agresión, el documento informativo no aportaba demasiado. Lo habitual. La experiencia acumulada en aquellos seis años de «reporterismo negro», como ella calificaba su especialidad, le habían enseñado que los partes policiales no eran otra cosa que el punto de inicio de una historia que cada periodista debía descubrir por su cuenta. Aunque sabía que recibiría por correo electrónico aquella nota oficial, sacó la pequeña libreta que siempre llevaba encima y copió letra por letra la media docena de frases que contenía el papel.

«Tendré que espabilar», pensó. Miró con disimulo a Maribel y, al comprobar que

su privilegiado contacto también la miraba, asintió ligeramente. La secretaria del Gabinete de Prensa, aún con mayor disimulo, respondió de la misma manera.

—Vuelvo en cinco minutos —dijo la periodista dirigiéndose al jefe de prensa de la Policía.

—Aquí estaré —respondió Ángel, sabiendo a ciencia cierta que a partir de aquel momento la periodista de *BCN* iba a recurrir a los contactos que tenía entre sus compañeros de Jefatura para recabar más información.

Margarita Serra abandonó el edificio, un antiguo y noble palacete de planta baja y tres pisos al que, con el paso del tiempo y aprovechando el gran patio de luces, se habían añadido algunas dependencias. Cruzó la estrecha calle a la que daba la fachada posterior del inmueble, entró en un pequeño café de aire rústico y se instaló en una mesa, al fondo, desde la que dominaba la entrada del local. Antes de que le sirvieran el *capuccino* y el *croissant* que había pedido, apareció Maribel.

—De momento, apenas tenemos datos —le contó en cuanto se sentó a su lado—. Lo que más ha sorprendido es el número de puñaladas que presentaba la víctima. Siete en total.

La periodista silbó con discreción. En efecto, salvo que el homicidio fuera de tipo conyugal o sentimental, aquello proporcionaba al caso un plus de interés periodístico.

—¿Quién lleva el caso?

—Los de Homicidios. Arousa y su gente.

—¿Has oído algo más?

—Nada. Sé que, por puro procedimiento policial, están investigando los ambientes en los que se movía el conductor, pero nada más.

—¿Qué se sabe de él?

—Muy poca cosa. El cadáver lo encontró un compañero de trabajo poco después de las cinco de la madrugada, cuando iba a iniciar su turno. Sabemos que estaba casado, que tenía un hijo de tres o cuatro años, que su mujer trabaja en un supermercado y que vivía en Castelldefels, cerca del aeropuerto. Pero nada más, de verdad. Es demasiado pronto para conocer más detalles.

La funcionaría dio el último sorbo a su café con leche y se levantó.

—Tengo que irme. Hoy no puedo desaparecer de la oficina. Menudo día me espera. Me invitas, ¿no? —preguntó sonriendo.

—Claro, como siempre —respondió Margarita Serra.

La periodista de *BCN* dejó pasar bastantes minutos antes de regresar a Jefatura; no era conveniente para ella ni para su amiga que las vieran juntas y se descubriera que era una de sus principales fuentes de información. Los años que Maribel llevaba en el Gabinete de Prensa le habían servido para conocer un sinfín de secretos policiales y un número no menor de trapos sucios de los periodistas de sucesos. Transcurrido un tiempo prudencial, acudió directamente a los despachos del Grupo de Homicidios situados en la planta baja —la más noble— del edificio.

—No pierdas el tiempo, Margarita, no sabemos nada más de lo que pone en el

comunicado de prensa —dijo Arousa en cuanto la vio entrar.

—¡Pero si aún no he preguntado nada! —exclamó en tono claramente divertido.

—Por si acaso —apostilló el policía.

—Pero, jefe, siempre hay algún detalle, por pequeño que sea, que periodísticamente me puede servir para mejorar la crónica...

—No —afirmó con vehemencia el máximo responsable de Homicidios—. Y no nos presiones porque no vas a conseguir nada. Tendrás que esperar.

Y sin darle tiempo para que volviera a insistir, se encerró en su despacho.

Margarita Serra dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta con la vista puesta en Manzano. El segundo del Grupo de Homicidios no era uno de sus contactos habituales. Con ella siempre se había mostrado muy reservado en lo que a su trabajo se refería, aunque las relaciones eran, cuando menos, correctas. Consciente de todo esto y dado que no había nadie más en la dependencia, valoró la situación en décimas de segundo e hizo el último esfuerzo. No tenía nada que perder y, quizá, algo que ganar.

—¿De verdad que no tenéis ninguna pista? ¿Un testigo? ¿Un arma? ¿Una cámara que haya grabado la agresión?

—Nada de nada, en serio —respondió al cabo de varios segundos de silencio—. Como ves —extendió los brazos como si quisiera abarcar la sala—, tenemos a toda la plantilla movilizada...

La periodista permaneció inmóvil, callada, tratando de dar con una pregunta mínimamente interesante, pero acabó por rendirse.

—Habrà que esperar, ¿no? —dijo casi al mismo tiempo que empezaba a caminar en dirección a la puerta de salida.

—Sí, no queda más remedio —confirmó Manzano.

Tras pasó el umbral sin añadir nada más. Francisco Manzano se dispuso a ocupar su mesa de trabajo. Justo antes de sentarse, oyó de nuevo la voz de la periodista.

—¿Cuál es el detalle que más os ha sorprendido de este crimen?

El subjefe de Homicidios levantó la ceja derecha al tiempo que se volvía hacia ella.

—¿Lo que más nos ha sorprendido? —repitió.

—Sí.

El policía cerró los ojos en un gesto que Margarita Serra consideró de reflexión.

—Quizá —dijo lentamente— el ensañamiento con el cadáver.

—¿Ensañamiento? —dijo la periodista en voz baja.

Pero antes de lanzar otra pregunta y para su sorpresa, Francisco Manzano detalló dónde había recibido las siete puñaladas el conductor de metro.

—Y ahora vete antes de que me arrepienta de haber hablado contigo, que te he contado más de lo que debía.

Margarita sonrió.

—Gracias, Manzano, te debo una.

—No me debes nada. Desaparece de mi vista.

Por el semblante sonriente del policía estaba claro que, más allá de sus palabras, se había divertido con las preguntas.

Salió de las dependencias del Grupo de Homicidios y abandonó la sede de la Jefatura de Policía de Barcelona convencida de que tenía más datos que ninguno de sus compañeros de profesión. En cuanto pisó la calle, fue en busca de su *scooter* dispuesta a ir a la redacción del diario para explicarle a Sergi Dauder, su redactor jefe, lo que sabía del caso. Pero justo antes de arrancar, una nueva idea revoloteó en su cabeza, una idea mucho mejor que la de acudir directamente al periódico y, sin pensarlo dos veces, se dirigió al lugar donde se había perpetrado el apuñalamiento. Con el tiempo había aprendido que conocer el escenario de un suceso violento, como era el caso del asesinato del conductor de metro, siempre servía para mejorar su información.

El jefe del Grupo de Homicidios de la Policía de Barcelona miró su reloj por enésima vez. Las doce y cuatro minutos de la mañana y la actividad en las salas del Grupo de Homicidios era mínima. Sabía que todos los agentes estaban trabajando para esclarecer la muerte del conductor de metro y confiaba en ellos, pero aquellos periodos de aparente inactividad le exasperaban.

Permanecer en la Jefatura no iba a servir de nada así que, aunque solían encargarse de ese trámite Manzano o algunos de sus colaboradores, decidió visitar al director forense del Hospital Clínic para averiguar personalmente las últimas novedades sobre la autopsia de Juan Morales. Cuando retomaba el papel de *policía de calle*, algo cada vez menos frecuente dado su cargo como responsable máximo de Homicidios, a Arousa le parecía que el tiempo transcurría más deprisa.

El Instituto Anatómico Forense del Hospital Clínic ocupaba buena parte de las dependencias inferiores del primitivo edificio construido a principios del siglo xx. El inmueble original sólo estaba formado por la planta y dos pisos, y el color gris de los muros acentuaba su aspecto lúgubre. A pesar de su estética poco afortunada, se había convertido en uno de los centros hospitalarios de referencia en Barcelona y con el paso de los años las necesidades de la ciudad habían obligado a ampliar las instalaciones. Fruto de aquellas mejoras fue la construcción de un bloque mucho mayor, más amplio y más luminoso que rodeaba por completo al viejo hospital hasta ocultar casi todo su volumen. Tal vez por un extraño pudor de los autores de la reforma o por otros motivos que a Arousa se le escapaban, lo cierto era que la morgue no varió de emplazamiento: continuaba en las entrañas del primitivo hospital. Una serie de pasadizos subterráneos, a modo de cordones umbilicales, la conectaba con el resto del centro.

Oyó la voz del forense ya desde el último peldaño de la escalera de caracol que conducía de la planta baja al sótano. Para el jefe de Homicidios era imposible saber a

qué ópera correspondía el aria que cantaba a pleno pulmón el doctor Jordi Marchena, director del Instituto Anatómico Forense. Desde luego era una de las más populares. Incluso alguien como él, poco experto en la materia, habría podido tararearla sin excesiva dificultad, pero desconocía el título y, por descontado, el compositor. «Si estuviera en un concurso, aquí habría acabado mi aparición en la pequeña pantalla», se dijo Arousa mientras avanzaba por el oscuro pasillo que conducía directamente a la entrada de la sala de las autopsias.

Ya conocía de sobra la afición del máximo responsable del equipo anatómico forense por el *bel canto*. Le sorprendió la primera vez, quince años atrás cuando él era un simple inspector, pero con el paso del tiempo se había acostumbrado a que el doctor Marchena cantara ópera al preparar el instrumental, al limpiarlo después de terminar la intervención e incluso mientras realizaba la autopsia. Y lo hacía a todo volumen, sin cortapisas. Sólo reducía el volumen cuando tenía un cadáver —o parte de él— entre sus manos y callaba por completo al efectuar un examen minucioso, cuando su grado de concentración era máximo. «No creo que a ellos les importe lo más mínimo que yo cante», le dijo en una de las primeras ocasiones en que Arousa se personó en aquel lugar, justo cuando estaba diseccionando un pulmón. Y al pronunciar la palabra «ellos», hizo un ademán con la mano señalando los cuerpos sin vida que yacían sobre las mesas metálicas, y los nichos refrigerados que ocupaban un gran armario metálico adosado a la pared del fondo de la sala. «Me relajo, me siento acompañado, creo que trabajo mejor y, si es que necesito más razones, me ayuda porque por aquí no viene nadie... salvo ustedes, los policías».

—*El barbero de Sevilla*, de Gioacchino Rossini.

Ni hola, ni buenos días. En cuanto vio aparecer a Arousa por la puerta, como si le hubiera leído el pensamiento, el forense, un hombre alto, de complexión fuerte, cara cuadrada, pelo canoso, gafas de montura metálica y que ya debía aproximarse a los sesenta, le disipó las dudas sobre la melodía. El saludo vino después.

—Inspector jefe Arousa, ¡buenos días! Estaba seguro de que esta mañana nos íbamos a ver. El muerto de la cochera, ¿verdad?

Tampoco le dio opción a responder. El policía observó que el médico llevaba guantes de látex ensangrentados, así que evitó darle la mano. Se limitó a quedarse al otro lado de la mesa plateada donde yacía una mujer joven —parecía una adolescente—, de piel oscura y cabellos negros y rizados que, aparentemente, no presentaba indicios de violencia.

—Sí —añadió Marchena—. Ese caso le va a gustar. Diferente, muy diferente de lo habitual. No como esta muchacha. Iba de pasajero en una moto. Salió volando por encima del conductor después de chocar contra un coche, se le salió el casco y se dio un golpe en la base del cráneo. Murió al instante. Así de simple.

—¿Por qué dice que el caso del conductor del metro es diferente? —inquirió el jefe de Homicidios, sin dejar de contemplar aquel cuerpo que sin vida todavía era bello.

El director de la morgue dejó los utensilios que estaba utilizando, se dirigió al armario refrigerado que tenía a su espalda y agachándose ligeramente, extrajo el cadáver del empleado del metro. Arousa se plantó frente a él.

—El número de orificios son siete. —«Qué grande es Manzano», pensó el jefe de Homicidios—. Uno le partió el cráneo.

El dedo enguantado quedó a pocos milímetros del agujero que se divisaba a la perfección casi en el centro de la nuca. A diferencia de lo que había observado en la escena del crimen, ahora ya no sangraba. De hecho, más que una perforación, parecía una mancha pintada con un lápiz de carbón.

—Dos en la espalda.

Ladeó ligeramente aquella masa inerte. Dos puntos oscuros destacaban sobre la blanca piel, uno cercano a la cabeza y el otro en mitad de la espalda.

—Y cuatro delante. Debajo del ombligo, a la altura del corazón, entre la cuarta y la quinta costilla y, por último, en el cuello, en la yugular. Esta última no sólo le abrió la vena, sino que desgarró por completo el tejido muscular.

Tras indicar cada uno de los impactos, efectuaba una breve pausa para que el inspector tuviera tiempo de observarlos con detenimiento. Luego, le describió los destrozos que las puñaladas habían ido causando.

—De hecho, prácticamente todas eran mortales. Quizá no lo fuera la de las costillas, pero sí las demás, no me cabe la menor duda. La de la cabeza no sólo le partió el cráneo: llegó a la masa encefálica y ocasionó desgarros mortales de necesidad. Las de la espalda afectaron al riñón izquierdo y al pulmón derecho. Ni el mejor cirujano del mundo habría podido cerrar el boquete del estómago ni recomponerle el corazón. Por último, la carótida externa, junto a la yugular, quedó abierta de tal modo que aunque hubiese sido la única herida, habría muerto. Se habría desangrado en pocos minutos.

Si tenía algo que agradecer a Jordi Marchena era que no recurría al argot médico cuando le explicaba las causas de un fallecimiento. Utilizaba un lenguaje comprensible para cualquier mortal ajeno a la medicina.

—¿Cree usted que fue un profesional?

—Me lo he preguntado desde el primer momento y, la verdad, no tengo una respuesta clara... ni siquiera convincente; pero si no me quedara más remedio que dar mi opinión frente a un tribunal, yo diría que no. Aunque la víctima muriera, no me parece que se trate de un profesional. Si lo fuera, le habría bastado un solo golpe para cargárselo.

—Francisco Manzano, mi segundo en el Grupo de Homicidios, cree que hubo ensañamiento.

—Es probable. En general, cuando hay ensañamiento la víctima recibe doce o quince puñaladas, o incluso más de veinte. Aquí sólo tenemos siete, mucho menos de lo habitual. Me inclino más a pensar que el autor quiso asegurarse de matarlo y siete fueron suficientes para convencerse de que ya estaba muerto.

El director del Instituto Anatómico Forense entró en una fase de silencio que el policía respetó.

—Pero hay una cosa que me ha sorprendido —dijo al cabo de unos segundos—. Y no tiene nada que ver con todo esto.

—Después de tantos años viendo cadáveres, ¿todavía hay algo que le sorprenda?

—Rubén Blades, cuando cantaba en el Gran Combo de Puerto Rico, popularizó aquella canción que se llamaba *Pedro Navaja*. Era la historia de una prostituta que tiroteaba a un atracador que le estaba robando, y el ladrón acababa muriendo. Pues bien, esa canción repetía un estribillo que mucha gente recuerda: «La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...».

—Conozco la canción.

—Pues en este caso he encontrado algo que no es muy habitual en este tipo de muertes violentas. Seguro que no se imagina el arma que han empleado para matar.

—Un cuchillo, ¿no? O un puñal...

—No. El recorrido de un cuchillo, un puñal o una daga, sea de las dimensiones que sea, deja en el cuerpo unas señales que en este caso no se dan. No. Estoy seguro de que lo atacaron con otro tipo de arma blanca.

Jordi Marchena hizo de nuevo una pausa más larga que la anterior. Javier Arousa esperó a que el forense reanudara su relato.

—Un garfio —aclaró por fin.

Pese a la advertencia, el policía se sorprendió de aquella revelación.

—¿Un garfio? —repetió incrédulo, pasados unos segundos.

—¿A que no se lo esperaba? Pues sí. Ninguna de las heridas sigue un recorrido rectilíneo y afilado como los que dejaría un puñal o un cuchillo; siguen trayectorias curvas y anguladas, características de los garfios. Si usted ha estado alguna vez en una carnicería, habrá visto cómo ensartan las reses muertas: basta un pequeño golpe para que el garfio quede perfectamente introducido en el cuerpo. No hace falta ser muy hábil ni muy fuerte. Un golpe con decisión y el resto sale solo. Y ahora, dígame, ¿cuánto tiempo hace que no se le presenta un caso como este? Ni puñales, ni bates de béisbol, ni hachas, ni sierras mecánicas... Un garfio. ¿Ve? Un caso diferente, muy diferente. ¿Tenía o no tenía razón?

Jordi Marchena lo miraba sonriendo. Con benevolencia, pero con una mueca divertida. De no ser porque había muerto alguien, casi podría decirse que aquel homicidio divertía al doctor. Cuando menos, lo intrigaba; de eso estaba absolutamente convencido.

—Por cierto —dijo el forense mientras introducía el cadáver del empleado del metro en el compartimento refrigerado—, ¿han encontrado el arma homicida?

—Todavía no.

—Lástima. Estoy seguro de que confirmaría mi teoría.

Javier Arousa guardó silencio durante unos instantes.

—Doctor, si, como usted ha dicho, no hace falta ser muy fuerte, ¿el agresor

podría ser una mujer?

—Podría. Yo no lo descartaría. La ira da fuerzas a los más débiles físicamente. Sí, podría ser una mujer furiosa...

El máximo responsable del Grupo de Homicidios permaneció en silencio dándole vueltas a aquella posibilidad.

—¿Piensa usted en un solo autor o se inclina por más de uno?

El forense se tomó su tiempo antes de responder.

—Sólo uno. Casi con toda seguridad. No me cuadra que fuera más de uno, aunque la vida me ha enseñado que casi todo es posible... Pero si tuviera que apostar, lo haría por un único autor.

—Y en cuanto a cómo fue atacado...

—Para mí, si la agresión fuera una película, tendría estas secuencias: primero, el golpe en el cráneo, por detrás. El hombre instintivamente se lleva las manos a la cabeza, se encorva y ofrece la espalda a su agresor. Así.

A cámara lenta, Jordi Marchena reprodujo los movimientos que, según su particular visión de los hechos, Juan Morales debió de efectuar durante aquellos pocos segundos.

—El asesino aprovechó la circunstancia para propinarle dos golpes más. Probablemente la víctima fue cayendo al suelo al tiempo que giraba, por estar herido de muerte y por el propio impulso del golpe, hasta quedar tendido boca arriba como ustedes lo encontraron. Al menos eso he leído en el parte del Servicio de Urgencias Médicas. En el suelo, debió de recibir las otras seis puñaladas sin oponer resistencia. Todo esto, incluidas mis impresiones personales, quedará recogido en el informe de la autopsia. ¿Le urge?

—No por el momento.

—Por mi experiencia, cuando la policía no tiene prisa es que tampoco tiene pistas. Vamos, que no saben ni remotamente quién pudo ser, ¿verdad?

Arousa tenía la certeza de que el médico le había formulado la última pregunta sabiendo de antemano que no la iba a contestar. Se limitó a sonreír y agradecerle sus explicaciones.

Abandonó la sala y antes de llegar a la mitad del pasillo, volvió a oírle cantar. Era una pieza diferente y, como antes, conocía la melodía, pero ignoraba el nombre de la ópera. Intentó retenerla en su mente y se propuso identificarla, tarde o temprano.

Cuando entró en Homicidios, pasadas las dos de la tarde, Manzano y Pedro García Oubiña, uno de los cuatro inspectores del Grupo, ya se encontraban allí. Después de saludarlos y antes de abrir la puerta de su despacho, apareció María Bernal. Apenas dos semanas más tarde de que ingresara en el Grupo de Homicidios, y de eso hacía ya cuatro años, Arousa supo que el fichaje de aquella mujer había sido todo un acierto. De piel morena, alta —superaba el metro ochenta con creces—, pelo negro liso y largo que contrastaba con unos grandes ojos verdes, un cuerpo de silueta atractiva y absolutamente en forma y sin llegar todavía a los veintisiete, Bernal había

demostrado en muy poco tiempo que era una policía de raza. Tenía olfato policial, sabía husmear como pocos y, por los datos que le facilitó el propio jefe superior cuando le propuso su pase a Homicidios, era consciente de que había tenido que soportar casi a diario bromas de mal gusto repletas de tintes machistas en sus destinos anteriores. En la mayoría de los casos, no hacían más que demostrar que María Bernal era mucho mejor que gran parte de aquella fauna policial. La cordialidad con la que la acogieron en el seno del Grupo de Homicidios contribuyó a relajar el ambiente de trabajo, y a la hora de adjudicar las investigaciones, nadie se planteaba por qué el elegido era cualquiera de los agentes con más antigüedad o la recién llegada.

—En la compañía del metro nadie se explica lo que ha pasado —dijo Bernal—. No he encontrado ni a una sola persona que no hable bien de Juan Morales. Ni una bronca, ni el más mínimo altercado, ni una falta injustificada en el trabajo, ni advertencias ni sanciones. Nada de nada. Antes de venir aquí he pasado por la Científica para ver si habían descubierto algo, pero no tienen nada. Ni huellas, ni pisadas, ni el arma, ni un pelo o una gota de sangre que no fuera del muerto... nada de nada.

Los tres, Arousa, Manzano y García Oubiña, se sumieron en sus pensamientos. A todos les intrigaba la ausencia de pistas. Habitualmente, pocas horas después de que se cometiera un crimen disponían ya de algún dato que les permitía orientar su trabajo, pero esta vez la investigación no discurría por esos cauces. Y eso inquietaba al máximo responsable del Grupo.

Media hora más tarde, Emilio Prats, el cuarto inspector de Homicidios, también hacía acto de presencia. Los datos que traía añadieron mal humor y preocupación. La inspección bancaria del fallecido no revelaba nada fuera de lo habitual. La familia Morales vivía sin apuros económicos. Los dos sueldos del matrimonio —la esposa trabajaba de cajera en un supermercado próximo a su vivienda— les evitaban grandes estrecheces y les permitían pagar religiosamente la hipoteca de la casa que habían comprado cinco años antes. Ni un atraso, ni un impago. Cumplían sin falta con las mensualidades y su cuenta bancaria no registraba movimientos anómalos.

—No parece que estuviera metido en ningún asunto turbio, ni económico ni personal —resumió Prats mientras sus labios se ensanchaban para lanzar un bufido.

De modo que, hasta ese momento, no había por dónde abordar el caso.

CAPÍTULO 4

A última hora de la tarde, todos los intentos de Margarita por obtener más detalles sobre el asesinato del conductor del metro habían resultado estériles. El hermetismo de la Policía alrededor del crimen perpetrado la madrugada anterior era total. Ni siquiera Maribel sabía ahora más de lo que le adelantó por la mañana. Ante este penoso panorama y antes de que tuviera que rendir las últimas cuentas a su redactor jefe, la periodista de *BCN* se dedicó a recoger opiniones entre los compañeros, directivos y cargos sindicales de la compañía del metro para que su información fuera algo más que una mera reproducción de la nota de prensa de la Policía. «Hacer crecer la crónica», pensó recordando una de las máximas que había recibido del antiguo subdirector de Sociedad, relegado ahora a tareas de edición por su falta de sintonía con la dirección actual del periódico. Con los comentarios obtenidos y su inspección ocular del escenario del homicidio, confió en que ningún periodista de la competencia especializado como ella en la crónica de sucesos tuviera más datos. Confió también en que Francisco Manzano no hubiera hablado con nadie más. Estaba segura de que mencionar el ensañamiento iba a diferenciar su información de la que publicarían al día siguiente los demás diarios de Barcelona. Echó un vistazo a los medios digitales y comprobó en pocos segundos que hasta entonces, a las siete y diez minutos de la tarde, no aparecía referencia alguna a la principal característica del homicidio. Y eso era lo que Margarita tenía intención de destacar cuando, convocada por Sergi Dauder, se dirigía al consejo de redacción —que toda la redacción llamaba *el aquellarre*—. Aquella reunión, presidida por el director, se celebraba cada tarde para valorar las informaciones más destacadas de cada una de las secciones del periódico y darles el espacio que, a su entender, merecían.

Al entrar en la sala, una estancia acristalada que acogía una mesa larga y ovalada y una decena de sillas, Sergi, su jefe inmediato, se giró hacia ella.

—Procura mantener la seriedad pase lo que pase —le dijo en voz muy baja.

—¿Seriedad? —preguntó la periodista extrañada.

—Sí. Ya sabes que el director preside el *aquellarre*. Y, como habrás oído en la redacción, es un hombre que sorprende por sus comentarios y ocurrencias. Pueden llegar a ser bastante surrealistas. Así que tú pon cara de póquer por mucho que las valoraciones de Luis Poch te parezcan absurdas, increíbles o totalmente fuera de lugar. No sonrías y no respondas nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —se limitó a decir Margarita mientras su mente reproducía espontáneamente algunas de las anécdotas atribuidas a aquel tipo que corrían por la redacción. Era más bajo que alto, de espalda ancha, mandíbula prominente y ojos

pequeños. En definitiva, la fiel copia humana de Pedro Picapiedra. Cuando pensaba en que podría ser testigo de uno de esos esperpénticos episodios de Luis Poch, una agitación, casi un escozor, invadía todos los rincones de su cuerpo.

Después de que los responsables de las secciones de Internacional, Política Nacional y Economía expusieran sus principales asuntos, llegó el turno de Sociedad. Dos eran los temas más destacados. El primero, la degradación social que sufría el insigne paseo de Barcelona, la Rambla, plagada de turistas semidesnudos y prostitutas nocturnas que aplicaban con esmero sus habilidades sexuales en plena calle y casi a cualquier hora del día. El segundo, el asesinato del conductor del metro. El responsable de la sección dejó que fuera Margarita quien resumiera los principales datos del suceso. Mientras ella hablaba, le pareció que Luis Poch prestaba atención a sus palabras y tomaba notas en un papel.

El silencio que siguió a su exposición se rompió con la pregunta del director.

—Conductor del metro, ¿no?

—Sí —respondió la periodista escuetamente.

—Y recibió varias puñaladas.

—Eso es. No falleció de muerte natural —aclaró la redactora de Sucesos.

Antes de que Luis Poch realizara la siguiente pregunta, Margarita Serra vio con el rabillo del ojo derecho que Sergi Dauder se revolvía inquieto en su silla mientras movía la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación.

—Y si recibió varias puñaladas mortales —continuó el director—, ¿cómo logró detener el metro?

Sorprendida, Margarita tardó en reaccionar el tiempo suficiente para que su jefe inmediato interviniera antes que ella.

—No Luis, no. Era conductor del metro, pero no estaba conduciendo cuando lo asesinaron. Justo acababa de terminar su turno de trabajo y ya no estaba en la cabina de mando, ¿lo comprendes ahora?

El director no respondió. Se inclinó sobre sus papeles para anotar algo.

Finalizado el *aquelarre* y mientras se dirigían a sus mesas, Margarita, todavía desconcertada por el consejo de redacción, aprovechó que estaba a solas con Dauder para expresarle abiertamente su incredulidad.

—Creía que lo que se decía sobre Luis Poch eran exageraciones. Me costaba creer todo lo que contaban de él.

Dejó pasar unos segundos antes de atreverse a preguntar.

—Pero es cierto, ¿no? Ese tío es imbécil.

El redactor jefe de Sociedad alzó las cejas, resopló y contestó en tono muy serio.

—Un consejo: procura que no se convierta en tu enemigo.

Parecía que su primer día oficial en la farmacia no iba a deparar ya más sorpresas. El resto de la clientela se limitó a pedir medicamentos comunes y conocidos y sus

consultas fueron más fáciles de responder. Faltaban cinco minutos para que la farmacia bajara las persianas y el local estaba desierto. Carolina revisaba la caja registradora por si faltaban monedas para devolver los cambios al día siguiente. Robert estaba enfrascado en averiguar qué productos faltaban en el almacén para realizar el pedido.

Carolina dirigió su mirada hacia la entrada al oír que la puerta se abría. Un joven de rasgos asiáticos y edad difícil de calcular entró tímidamente, dirigiéndose con lentitud hacia ella.

—Buenas *taldes*, ¿tiene Palaganta?

Carolina jamás había oído hablar de ese medicamento pero, como le había indicado Robert, no debía aparentar ni inseguridad ni desconcierto.

—¿Palaganta? Espere un momento.

Tecleó el nombre en el ordenador para averiguar si aquel producto estaba en la base de datos de la farmacia, pero la búsqueda resultó infructuosa. Se dirigió al almacén y rebuscó en las estanterías reservadas a las pastillas, con idéntico resultado. Pasó al armario de los productos envasados en sobres, luego al de los líquidos y finalmente al de los inyectables sin dar con el solicitado. Una vez agotadas todas las opciones, recurrió al farmacéutico.

—Robert, ¿te suena Palaganta?

—¿Palaganta? No. ¿Quién lo pide?

—Ese señor.

Robert se reclinó para mirar al cliente.

—¿Trae receta?

A Carolina le empezó a picar todo el cuerpo. Había olvidado pedirle la receta, aunque tampoco él se la había mostrado, como suelen hacer los que sí traen.

—Creo que no —admitió azorada.

Robert salió de la rebotica y empezó a sonreír a medida que se acercaba al joven.

—Perdone, ¿qué desea?

—Palaganta —respondió evidentemente incómodo.

—¿Palaganta? Es que este medicamento no nos suena. ¿Para qué lo quiere?

—Mí *quelel polque* me pica.

—Perdone, ¿qué es lo que le pica?

—La *ganta*. —Y mientras respondía, apuntaba al cuello con el dedo índice de la mano derecha.

—¡Ah, para la garganta! —respondió Robert.

—Sí, palaganta.

—Un momento, por favor.

El farmacéutico dio media vuelta y se encaminó al gran armario blanco de las pastillas conteniendo la risa. Aguantó la compostura hasta que el cliente se marchó y el establecimiento quedó de nuevo vacío. Sólo entonces soltó las carcajadas.

—¡Palaganta, eso es nuevo! —dijo mientras no dejaba de reír. «Después de tantos

años de profesión, aún hay clientes que me siguen sorprendiendo. Impagable. Este trabajo es impagable».

A Carolina, en un principio, la situación no le causó ni pizca de gracia. Malhumorada, trató de mantenerse seria, pero los gestos de su jefe, con una mano en el mostrador y otra sobre la tripa, pudieron más que su enojo y se sumó al jolgorio que había desatado la petición del cliente chino.

CAPÍTULO 5

El Gran Palau de la Música era una auténtica joya del Modernismo y símbolo del sentimiento nacional catalán más tradicional. Diez meses después de que Félix Miret fuera nombrado director de la fundación que lo gestionaba y presidente de la Unió Musical de Catalunya, el papel de Sara Martí cambió radicalmente. Pasó de ser una pieza básica en la gestión administrativa y económica de la Unió Musical a una simple encargada de almacenar expedientes, suministrar fotocopias y recordar a su jefe los actos protocolarios a los que debía asistir. Tras más de veinte años de servicios, Félix Miret la había arrinconado por completo sin que ella, que conocía como nadie todos los pormenores de la entidad, se explicara aún por qué. El recién llegado había sido nombrado para el cargo pocas semanas después de que ganara las elecciones el gran partido nacionalista Catalunya Independent i Unida (CIU), del que era militante desde el inicio de la transición política española. Desde el primer día, la había ido despojando de sus atribuciones con tanta sutileza como constancia, hasta convertirla en una empleada gris y sin iniciativa. Y por mucho que Sara le diera vueltas al asunto, no conseguía adivinar los motivos de Félix Miret para actuar así.

Aparte de aquel cambio, lo que más le preocupaba era cómo el nuevo presidente de la Unió Musical de Catalunya estaba llevando la economía de la entidad. Miret se fue adueñando de la gestión financiera de la institución hasta dominarla a su gusto y respetando cada vez menos las pautas de actuación que ella había aprendido del anterior presidente. El predecesor de Miret llevaba la cuestión presupuestaria con una transparencia absoluta, exquisita, dando cuenta de cada una de las operaciones que efectuaba a todos los miembros del Consejo Administrativo de la sociedad con precisión y detalle. Pero el nuevo presidente había alterado por completo aquel proceder. Hacía y deshacía a su antojo, sin apenas consultar con nadie —sólo el gerente Eudald Montfalcó parecía estar al corriente de todo—. Y, lo que le parecía más grave a Sara, sin informar con detalle ni a los consejeros de la Unió Musical ni a los miembros del Patronato de la Fundación. A las pocas semanas de empezar a presidir la Unió Musical de Catalunya, Miret gestionaba ya según su voluntad las entradas y, especialmente, las salidas del dinero con el que estaba dotada la entidad pública. Traspasaba fondos de unas cuentas a otras con tanta velocidad y arbitrariedad que sólo él parecía conocer el destino final de ese dinero.

El timbre interrumpió su monólogo interno.

—Sara, pase a mi despacho, por favor.

Félix Miret empezó a hablar antes de que ella cruzara el umbral de la puerta.

—Envíe a alguien a La Caixa para que haga este ingreso en mi cuenta corriente.

La secretaria localizó en décimas de segundo la sucursal más cercana, a apenas cincuenta metros.

Y sin solución de continuidad, le entregó el talón bancario que ya tenía en la mano cuando ella entró en el despacho.

—Y entrégueme el comprobante cuanto antes —añadió de forma adusta e imperativa.

Sara cogió el cheque. Su superior, sin mirarla siquiera, empezó a leer los papeles que se apilaban sobre el lujoso escritorio, de ébano oscuro y grandes dimensiones, que había mandado instalar pocos días después de su toma de posesión.

Ella cerró la puerta en silencio y se dirigió a su teléfono para llamar al conserje y encargarle el recado. Pero antes de levantar el auricular echó un vistazo al documento. Aunque se trataba de un talón de la Unió Musical, le sorprendieron dos cosas. La primera, que el destinatario de aquel ingreso fuera el propio presidente de la entidad —no recordaba que algo así hubiera sucedido nunca desde que ella empezó a trabajar como secretaria de la dirección—; la segunda, el importe: sesenta mil euros. Era frecuente hasta entonces que cada dos semanas, o tres como máximo, Félix Miret fuera retirando pequeñas cantidades en efectivo, aunque sin sobrepasar los tres mil euros. Por eso, le llamó la atención que aquella vez el importe fuera tan elevado. ¿Cuál podría ser el origen de la deuda que Unió Musical de Catalunya había contraído con su director y que este pago parecía saldar? Mientras lo pensaba, reparó en que no existía ninguna factura que justificase el abono. Creyó que a su jefe se le había pasado por alto, así que volvió a levantarse, golpeó con los nudillos la puerta del despacho de Félix Miret y esperó a que él le diera permiso para pasar.

—Señor Miret, no tengo la factura correspondiente a este gasto.

El director de la Unió Musical de Catalunya fijó los ojos en ella con dureza.

—No hace falta. Archívela como gastos de representación.

—Pero para la contabilidad debe constar, como mínimo, quién autoriza el pago.

—No se preocupe, consígnemelo a mí.

Ella permaneció en silencio unos segundos.

—¿Algo más? —preguntó su jefe apoyando las manos sobre la mesa mientras se levantaba. Parecía esconder rabia, hastío, impaciencia o todo ello al mismo tiempo.

—No señor, nada más.

Sara Martí abandonó la habitación respirando hondo. El ambiente de tensión que se creó en la oficina de su jefe durante los pocos segundos que duró la conversación la bañó en sudor. No acertaba a explicárselo, pero que el director se asignara a sí mismo una orden de pago de sesenta mil euros no le parecía correcto. La suma era demasiado elevada para considerarse «gastos de representación».

Con esta duda en mente, descolgó el teléfono para avisar al conserje, pero en el último momento decidió marcar otro número.

—María, ¿está tu jefe?

—Sí, te lo paso.

La voz de la secretaria de Eudald Montfalcó, el gerente de la Unió Musical, transmitía una calidez extraordinaria. Parecía estar siempre contenta y dispuesta a solventar los problemas de los demás.

—Espera, espera, ¿podría recibirme ahora mismo? Tengo que consultarle una cosa.

—Sí. Está solo en su despacho y no recibirá a nadie hasta dentro de veinte minutos.

El trayecto hasta Gerencia era tan corto que, en cuanto colgaron el teléfono, la cabeza de Sara Martí asomó por la puerta del despacho del gerente.

—Sara, ¿cómo estás? ¿Qué te trae por aquí?

No invirtió ni medio minuto en exponer el motivo de aquel encuentro. Eudald Montfalcó, un hombre algo más joven que Miret, alto, de complexión fuerte y mucho más elegante que su jefe, la escuchó con atención.

—Haz lo que tu jefe te ha pedido —dijo en cuanto ella terminó su exposición—. Todo es correcto. No hay problema. Estoy al corriente de este pago y, como te ha indicado, se lo consignas a él.

Con la tranquilidad que le daban estas palabras, salió del despacho. No oyó cómo Eudald Montfalcó ordenaba a su secretaria que le pusiera en contacto con Félix Miret. Sara regresó a su puesto de trabajo, llamó, ahora sí, al conserje para encargarle el ingreso, respiró hondo y miró el calendario. Le quedaba una semana y media para irse de vacaciones: diez días en crucero por el Mediterráneo Oriental, libre de toda obligación, en compañía de Martina, su amiga desde la infancia y fiel compañera desde que Sara se divorció hacía diez años. Y de regreso todavía dispondría de dos semanas más para disfrutar de su pequeño apartamento en la Costa Brava con su gato Mitchum. Lo había nombrado en honor al que consideraba uno de los mejores actores y galanes del Hollywood más clásico, Robert Mitchum. Y ese pensamiento, alejarse de su despacho y de Félix Miret y liberarse de aquel ambiente desagradable, sí la hacía feliz.

CAPÍTULO 6

Javier Arousa era consciente del mal humor que lo embargaba. La jornada terminó sin que la investigación de la muerte del conductor del metro hubiera avanzado lo más mínimo. Arousa, el jefe de Homicidios, miró su reloj. Las ocho y media de la tarde. Difícilmente el día iba a dar ya más de sí. Y no era el único que respiraba este malestar: en todos los miembros del Grupo era visible el enojo. Ninguno de ellos se sentiría satisfecho hasta que el caso que tenían entre manos —fuese el que fuese, como la experiencia de tantos años le había enseñado— quedara perfectamente esclarecido.

La luz que empezó a parpadear en el teléfono interrumpió su abstracción. Descolgó el auricular enseguida.

—Dime, jefe.

—Javier, ¿puedes venir a mi despacho?

En menos de treinta segundos, el jefe de Homicidios se encontraba cara a cara con Arturo Ferrer, el máximo responsable de la Policía de Barcelona.

—¿Alguna novedad en torno al caso Morales?

—Nada por el momento. Y lo que es más preocupante, no hemos encontrado ni un solo dato, ni un indicio por donde orientar nuestra línea de investigación. No parece que el móvil tenga que ver con cuestiones sexuales, líos de faldas, dinero, drogas ni problemas con compañeros o amigos. Al contrario, todo parece indicar que era una persona tranquila. Lo siento.

Tras una breve pausa, el jefe superior retomó el diálogo.

—Procura que el caso no se eternice. Los vecinos del barrio donde se cometió el asesinato ya se han movilizado. Han aprovechado la situación para pedir más presencia policial en sus calles. Por el momento, he ordenado a las patrullas que se dejen ver más por allí.

Arousa no respondió: cada vez que se cometía un delito de esas características, era inevitable que surgieran reacciones populares como aquella.

—Pero esas no han sido las únicas protestas.

El jefe del Grupo de Homicidios se irguió al oír estas palabras.

—Además de los vecinos, se han movilizado los empleados de la compañía del metro y los de los autobuses, y eso me preocupa más. Sé que al delegado del Gobierno, al alcalde y, sobre todo, al concejal de Seguridad Urbana, el responsable directo de mantener la convivencia en la ciudad, no les gustará nada. No aceptarán que la imagen de Barcelona, la de un lugar placentero, seguro e idílico, una referencia para todas las ciudades de Europa y un ejemplo a imitar, se vea perjudicada por

huelgas o manifestaciones callejeras. No quiero sentirme incómodo ante ellos ni pasar por un inepto incapaz de tener bajo control la seguridad ciudadana, así que procura que tus hombres den lo antes posible con el autor del crimen y podamos comunicar su detención para calmar los ánimos.

—Hacemos lo que podemos.

—No lo dudo, esa no es la cuestión. Lo que yo quiero son resultados. Y lo antes posible.

Cuando regresó a casa paseando por las estrechas calles de la Barcelona antigua y medieval, el mal humor que había sentido a lo largo de la tarde era mucho más intenso. Y no sólo por la exigencia de su jefe inmediato —lógica, por otra parte— de que el asesinato de Juan Morales Hernández quedara resuelto lo antes posible. Era, sobre todo, por el hecho de que el jefe superior de la Policía de Barcelona, más que inquietarse por un crimen tan encarnizado como el del conductor del metro, se contagiara por la obsesión del alcalde de mantener a ultranza la imagen de Barcelona. «Los valores no deben perderse —se dijo mientras introducía la llave en la cerradura de su domicilio—, y lo más grave del asunto no es el perjuicio que pueda causar a la ciudad, sino el hecho de que una persona haya perdido la vida a manos de otra. Lo demás, los temores del delegado del Gobierno, del alcalde o del concejal de Seguridad Ciudadana, es política, pura política».

Al día siguiente, Margarita Serra aprovechó su visita matutina habitual al Gabinete de Prensa de la Policía para revisar lo que publicaban los diarios de la competencia en torno al asesinato de Juan Morales. Sonrió al acabar la lectura: ni uno solo recogía el ensañamiento que caracterizaba a la muerte violenta del conductor de metro, algo que ella sí había adelantado. La suya era, sin duda alguna, la mejor crónica del día.

—No sé cómo has conseguido la información —le dijo el portavoz policial que llevaba un rato observándola—, ni te voy a preguntar de dónde la sacaste, pero es evidente —añadió mirando fijamente al periodista de *El País* que también se encontraba en la oficina— que no salió de este Gabinete de Prensa.

—Ángel, sabes que no fue aquí —respondió lacónicamente Margarita.

Y mirando fijamente a su compañero de profesión, afirmó antes de abandonar la estancia:

—Unas veces ganan unos y otras, otros. En el periodismo, la vida es así.

Al salir al pasillo que conducía a la escalera interior de la sede policial, no disimuló la sonrisa de satisfacción que la embargaba. Aquel ya era su día de gloria.

El viernes, a punto de concluir la semana sin que ninguno de sus inspectores hubiera aportado dato alguno sobre el caso Morales, Javier Arousa reunió a todo el equipo en su despacho. Era evidente que María Bernal, Juan Cano, Pedro García Oubiña,

Emilio Prats y hasta Francisco Manzano no estaban de buen humor: sabían por experiencia que al jefe del Grupo de Homicidios no le gustaba tardar más de lo inevitable en resolver un crimen. Por eso, todos eran plenamente conscientes de que, cinco días después de que muriera el conductor de metro, la investigación policial era un fracaso absoluto.

—Algo se nos está escapando —empezó diciendo Arousa—, porque no hay homicidio sin motivos y como ya sabéis, son los motivos los que nos acaban conduciendo al asesino. ¿Qué es lo que se nos escapa?

Nadie respondió. Arousa, mientras los observaba, era consciente de que todos ellos estaban repasando mentalmente lo que sabían o habían descubierto, pero la conclusión a la que llegaban era la misma: no tenían nada a lo que agarrarse, ni un hilo del que tirar para deshacer la madeja, por débil que fuera.

—No me gusta perder ni al parchís y mucho menos que los malos nos ganen la partida, así que poneos las pilas y resolved este maldito asunto antes de que tengáis que renunciar a vuestras vacaciones.

El jefe de Homicidios volvió a recorrerlos con la mirada antes de invitarlos a salir de su despacho.

Al quedarse a solas, Arousa se percató de que lo que les acababa de decir era absolutamente cierto: no le gustaba perder, pero aún menos que un asesinato quedara impune, aunque la víctima fuera el peor ser humano que habitara la Tierra.

El cansancio fue aumentando a medida que transcurría la semana. Salía de su casa poco después de las ocho de la mañana. Regresaba a las dos y media para comer. Volvía a la farmacia una hora más tarde y pasaban de las nueve de la noche cuando entraba de nuevo en casa. Así, de lunes a viernes. Y el sábado tenía que trabajar hasta el mediodía. La fatiga se hizo inaguantable el sábado por la tarde. Después de comer, se dejó caer en el sofá del comedor y se durmió profundamente. Despertó sobresaltada —no sabía qué hora era— y lo primero que vio fue a su madre, que la miraba con ternura.

—Bienvenida al mundo de los currantes, hija mía. Es duro dejar de ser estudiante y empezar a trabajar, ¿no?

Con los ojos aún cerrados, Carolina asintió varias veces.

—Bah, no te preocupes. Eso es sólo al principio. A mí me pasó lo mismo cuando entré en la peluquería, pero te acabas acostumbrando. No hay vuelta de hoja. La vida es así.

«Pero no sé si esta es la vida que yo deseo para mí», pensó.

—Por eso hay que aprovechar los pocos ratos buenos —prosiguió su madre ajena a estas cavilaciones—. ¿Tienes algún plan para esta noche?

—He quedado con Paola para cenar.

Si algo tranquilizaba a la madre de Carolina era que su hija saliera con Paola

Arousa, su mejor amiga, y no sólo porque era una muchacha cabal y ponderada, sino porque era hija del jefe de Homicidios de la Policía y eso le daba confianza.

Físicamente eran antagónicas; Paola era una chica de estatura media, morena, de pelo lacio, cara ancha, cadera pronunciada y piernas potentes, mientras que Carolina era más alta, rubia, de ojos verdes y figura mucho más proporcionada y esbelta. Sus caracteres también eran muy dispares; la amiga de su hija era mucho más extrovertida que Carolina. Pero a pesar de esas diferencias, las dos jóvenes eran amigas desde que, a los cinco años, se conocieron en la escuela del barrio de pescadores de la Barceloneta, donde vivían ambas familias. Ni siquiera haber estudiado carreras distintas —Paola se había diplomado en Enfermería un curso antes de que Carolina obtuviera su título de farmacéutica y llevaba algo más de un año trabajando en el Hospital Clínic— logró romper esa unión.

Sentadas a una mesa situada al fondo de un restaurante mexicano, pequeño y barato, decorado con madera y situado a poca distancia de la catedral, en pleno barrio gótico de Barcelona, Carolina estuvo relatando sus experiencias, alternando los momentos de hilaridad vividos en la farmacia con las situaciones más comprometidas de su primera semana de trabajo.

—En mi vida he estado tan agotada, ni cuando estaba en la facultad, y tú ya sabes que Farmacia no es una carrera fácil. Cada día hago por lo menos cien viajes del mostrador a la rebotica y de la rebotica al mostrador. El trayecto es corto, pero cansa más que recorrer distancias largas. ¡Me paso todo el día de pie! Y al cansancio físico se añade el mental. Cuando todavía no he aprendido dónde está el Travatan de 40 miligramos, ya hay un cliente que me pide un Monolitum de 30 o un Acuolens para los ojos. Luego me piden un Akinetón, que no es un faraón egipcio sino un medicamento para prevenir el Parkinson. Y cuando estoy intentando memorizar de dónde he sacado esos productos, me piden seis pañales finos para adultos.

—Tía, no te quejes —saltó Paola, que había seguido el relato con diversión—. Es un milagro que pueda cenar contigo un sábado. Los que estamos en el equipo de suplencias no tenemos vida propia. No puedes planificar nada porque no sabes cuándo vas a tener que trabajar... De hecho hoy, un cuarto de hora antes de salir de casa, no estaba segura al cien por cien de si podríamos cenar juntas. Y todo por un sueldo que no da para vivir con independencia. No es para echar cohetes.

La enfermera apuró el último nacho y rebañó el plato hasta dejarlo casi limpio.

—La verdad —añadió Paola—, espero que esta situación cambie porque no quiero pasar así el resto de mi vida. Llevo casi un año aguantando estas condiciones y ya empiezo a estar harta.

El diálogo quedó en suspenso. Cada una meditaba en torno a lo que acababan de comentar hasta que la amiga de Carolina retomó la palabra.

—Pero eso no es lo peor.

La joven farmacéutica abrió los ojos y arqueó las cejas.

—Como dice mi padre, aunque es policía y puede que lo vea todo muy negro, lo

peor de este momento no es la mierda de crisis que nos obliga a bajar la cabeza y a aceptar trabajos en condiciones de esclavitud, poco más o menos. Lo peor es que si algún día la situación llega a remontar, nuestra generación, es decir, tú y yo, jamás vivirá como vivieron ellos. Vamos, que nos toca aguantar ahora y nos tocará vivir con estrecheces hasta que nos muramos. ¿Cómo vamos a tener confianza en el futuro? En fin —dijo al tiempo que una gran sonrisa volvía a aparecer en su cara y su tono de voz recuperaba vivacidad—, ¿qué tal si dejamos de ser derrotistas? Vamos a hablar de cosas más alegres. Es tu primera semana en la farmacia y seguro que tienes anécdotas dignas de una novela o de una serie de humor. Cuéntame.

Carolina apenas tardó unos segundos en reproducir su «bautismo profesional» con doña Reme y desgranar segundo a segundo la visita del joven chino. Las risas de Paola fueron creciendo en intensidad a medida que su amiga relataba estas historias, y acabó enjugándose las lágrimas con una servilleta.

—No me lo puedo creer —logró decir mientras se alisaba el pelo con la mano—, yo no habría aguantado. Qué va, qué va. Me habría partido de risa.

—Pero tenía que contenerme. No me puedo reír del cliente como, seguramente, tú tampoco te puedes reír de los enfermos aunque te den motivos.

Paola respiró hondo.

—Tienes razón. A mí me han pasado dos cosas que si alguien me las contara, no las creería.

—Pues ahora te toca a ti. Cuenta.

—A principios de abril, una noche estaba trabajando en Urgencias. Sobre las dos o las tres de la madrugada, ingresa un hombre mayor, de unos sesenta años, con un corte profundo en la cabeza y lleno de pequeños cristales. Lo atendimos y cuando ya estaba en el box, el médico le preguntó cómo se había hecho aquellas lesiones. Y el buen hombre lo explicó así.

Paola acercó su cabeza a la de Carolina.

—«Verá, doctor, iba conduciendo y me pareció oír un ruido detrás, como si hubiera pinchado una rueda, y quise averiguar qué era. Creí que el cristal de la ventanilla estaba bajado, pero me di cuenta de que estaba subido cuando quise sacar la cabeza». Ni el doctor ni las dos enfermeras que lo acompañábamos esperábamos esa respuesta. Los tres nos imaginamos la escena y no pudimos evitar las carcajadas. Adiós a las pautas de comportamiento médico. ¡Se dio cuenta de que el cristal estaba subido cuando sacó la cabeza a través de la ventana! No me dirás que no es para partirse.

Ahora fue Carolina quien tuvo que recurrir a una servilleta, pero para sonarse la nariz además de secarse las lágrimas. Aún reía cuando su amiga inició otro relato.

—Antes de eso, a principios de febrero, estaba trabajando en el área de hospitalización y me tocaba acompañar al médico que hacía las visitas. Debían de ser las once y media de la mañana o poco más. Entramos en la habitación de un paciente, joven, de unos treinta y algo. Yo sólo sabía de él que había sido intervenido de la

cadera tres o cuatro días antes por un accidente. El doctor revisó el último parte médico antes de empezar a hablar con el hombre. Por las respuestas del paciente, parecía que estaba mejorando. Antes de dar por terminada la visita, le preguntó cómo se había producido el accidente. «A principios de diciembre, resbalé en el hielo y mis piernas fueron en direcciones opuestas». El médico se volvió hacia mí como si le hubieran dado una patada. Estaba descojonándose pero no quería que el paciente se diera cuenta. Yo nunca lo había visto así y no sabía qué le había hecho tanta gracia. Como pudo, se despidió de él y en cuanto salimos al pasillo, me dice: «Pues si las piernas fueron en direcciones opuestas a principios de diciembre, ya es hora de que vuelvan, ¿no? ¡Que estamos en febrero!». Se apoyó en la pared y yo tuve que hacer lo mismo. ¡Qué risas! Todavía hoy me piden que se lo cuente los de los otros servicios.

Las dos amigas reían con tanta espontaneidad que contagiaron a los comensales más próximos.

El domingo se levantó pasadas las once de la mañana. No era la primera vez que abría los ojos a esa hora, pero aquel día era especial: nunca había disfrutado tanto de poder holgazanear en la cama más allá de las siete y cuarto, la hora que le imponía su trabajo en la farmacia. De hecho, se había despertado poco antes de las nueve y aunque no tenía sueño, decidió cerrar los ojos y disfrutar de la falta de obligaciones en su primer domingo como trabajadora. Era una sensación nueva que quería grabar en la memoria. Nueva e irreplicable, porque ya nunca jamás podría volver a revivir el despertar de su primer domingo «laboral».

CAPÍTULO 7

No fue consciente de la velocidad con la que transcurrió la semana hasta que vio que era viernes 22 de julio. A las siete y media de la tarde, en poco menos de diez horas, en cuanto traspasara el umbral del majestuoso edificio y se encontrara ya en la calle, las puertas de la Secretaría de la Unió Musical de Catalunya se cerrarían y ella podría irse de vacaciones y no volver en un mes.

Sara no recordaba, desde que empezó a trabajar en la entidad, haber sentido tanto alivio como en aquella ocasión. Sí, le gustaban las vacaciones, pero lo que hacía diferente a aquel 2011 era que tenía ganas de largarse de allí y perder de vista a su jefe. Y ese descubrimiento, además de sorprenderla, le preocupaba. Hasta la llegada de Félix Miret había trabajado a gusto y no había reparado en horarios. No le costaba levantarse por las mañanas para ir a la oficina. Le encantaban sus cometidos, fueran cuales fueran. Esa sensación había desaparecido con la llegada del nuevo director.

Una de las cosas que habían cambiado con el relevo del director era que Félix Miret no solía decirle cuándo iba a llegar y muy pocas veces le daba a conocer su agenda. Esa mañana, sin noticias de su jefe, consideró que las diez y media era una buena hora para tomar un café. Comunicó a los empleados de la recepción dónde iba a estar por si su jefe se presentaba y eligió una de las mesas del bar, en la planta baja del propio edificio, desde la que se dominaba la puerta de entrada. Aunque no quería dejarse llevar por las prisas, su sentido del deber acabó imponiéndose. En menos de diez minutos volvió a entrar en su oficina. La puerta del despacho del director estaba abierta, señal inequívoca de que estaba allí. Alarmada por que nadie la hubiera avisado de su llegada, acudió rápidamente al encuentro de Félix Miret.

—Nos podemos ir de vacaciones tranquilamente, Eudald —comentaba el director de la Unió Musical de Catalunya.

Al oír el nombre de Eudald, Sara supo que el gerente del Patronato también estaba allí.

—Obras y Construcciones —seguía diciendo Félix Miret— ya nos ha abonado el cuatro por ciento por el desdoblamiento de la autovía de la costa que le ha adjudicado el gobierno catalán. Ayer por la tarde me lo confirmó el director operativo de la constructora y yo lo he comprobado esta misma mañana. Antes de venir al despacho, he pasado por el banco y, efectivamente, ya habían ingresado el dinero en la cuenta del Patronato. Pero antes de que nadie se dé cuenta y de que nos pidan explicaciones, lo he transferido como siempre, un tres por ciento al partido, que se dará por satisfecho como de costumbre, y el uno por ciento restante, a partes iguales para ti y para mí. Suficiente para que te puedas ir de vacaciones.

—Para que nos podamos ir de vacaciones —intervino Montfalcó riendo—, porque tú también habrás cobrado, ¿no?

—Es verdad. A mí también me las han resuelto.

Sara Martí retrocedió al oír un ruido de sillas. La reunión parecía llegar a su fin. Se volvió, abandonó precipitadamente la habitación y se escondió en el lavabo de señoras, con el corazón a punto de estallar. Escuchó unos pasos alejándose, esperó unos segundos y cuando estaba convencida de que no había nadie en los alrededores, volvió a salir. Al entrar de nuevo en su despacho observó que la puerta de la oficina del jefe estaba cerrada. La golpeó con los nudillos. No hubo respuesta. Con sigilo, la abrió y se asomó con precaución. La estancia estaba vacía. Regresó a su mesa de trabajo. Se sentó en la silla, echó la cabeza hacia atrás, extendió las piernas y cerró los ojos para reproducir y fijar en su memoria la conversación que había escuchado un par de minutos antes.

Notaba cómo su cuerpo ardía. Acababa de descubrir lo que hasta entonces no era más que un rumor tan extendido como carente de fundamento: las grandes empresas constructoras eran una de las fuentes de financiación de los partidos políticos. Cuando menos, el de Catalunya Independent i Unida. El famoso tres por ciento de comisión que corría de boca en boca por Barcelona desde hacía mucho tiempo. El peaje imprescindible que se decía que las empresas más importantes abonaban para que los gobiernos de cada territorio les adjudicaran unas obras que siempre terminaban costando mucho más de lo presupuestado inicialmente. Un río de dinero opaco y sucio del que también se aprovechaban Félix Miret y Eudald Montfalcó. ¡Ahora comprendía las auténticas razones del nombramiento de su jefe como director de la Unió Musical de Catalunya! ¡Estaba allí no por sus cualidades como gestor empresarial, sino por ser el canal de financiación del partido que lo había nombrado! Y él se aprovechaba del caudal que pasaba por sus manos reservándose una parte. Era un servil y, al mismo tiempo, un ladrón.

Respiró furiosa y con el rostro nuevamente encendido. Se preguntó qué debía hacer. ¿Denunciarlos? ¿Ante quién? ¿Con qué pruebas? Pero además, si se decidía por desenmascarar aquel asunto y, con ello, entrar en una guerra, no podía perderla. Si no ganaba, la derrota comportaría su condena a muerte, su destrucción, su aniquilamiento total. Declarar la guerra supondría enfrentarse a rivales tan poderosos que sólo podía vencer por *K. O.* Era un partido a cara o cruz, a todo o nada, sin términos medios, en el que ella partía en desventaja: estaba sola y Miret, Montfalcó y sus amigos (la clase más alta de la burguesía y de la política catalana) contaban con medios que ella no tenía a su alcance. Si optaba por la guerra, debía disponer de las mejores armas.

La idea que había irrumpido en su mente de forma tan brusca, pero tan incontrolable al mismo tiempo, la atemorizó.

Nunca le habían gustado los enfrentamientos. Quizá por eso no había sido capaz de prolongar sus relaciones sentimentales más allá de las primeras discrepancias

serias. No le gustaban las guerras. «Pero aún te gustan menos los engaños y las injusticias», razonó para sus adentros.

Mantuvo aquel debate personal a lo largo de todo el día, intentando disimular su nerviosismo, su angustia y su rabia cada vez que despachaba con Félix Miret. Por fortuna para ella, su jefe parecía contagiado por la fiebre prevacacional: abandonó su oficina poco antes de la una y media sin despedirse de ella, y anunció simplemente que por la tarde no volvería.

Sara Martí almorzó sola en el mismo café donde había desayunado y regresó a su oficina. Se acomodó en el sofá de las visitas dispuesta a ver el informativo de la televisión para dejar de pensar en el asunto, aunque sólo fuera por unos minutos. Sus deseos duraron poco, el tiempo que permaneció despierta antes de que el sueño la venciera. Recobró la consciencia cuando la joven y bella presentadora concluyó una noticia con estas palabras: «Todo este escándalo no se habría conocido sin la información y los datos aportados al juez».

No sabía a qué escándalo se refería la periodista ni dónde se había producido, y no le importaba lo más mínimo. La inquietud que sentía desde la cabeza hasta la punta de los pies tenía otro origen. Aquella presentadora le acababa de dar la clave que debía guiar su futuro: si quería enfrentarse a Félix Miret y sus adalides, necesitaba ineludiblemente conseguir datos que nadie pudiera rebatir. «Necesito tener todos los ases en mi mano —pensó con determinación—, y no hay prisa para conseguirlos». Y como si alguien se lo susurrara al oído, fijó en su mente estas palabras: «Y no hay prisa, Sara. Que no te descubran. No cometas errores o acabarán contigo».

Respiró hondo. Las inminentes vacaciones serían su mejor bálsamo para reunir fuerzas. El regreso a su puesto de trabajo iba a ser el inicio de una gran batalla.

—¿Sabemos algo más del asesinato del conductor del metro?

La voz del director cogió por sorpresa a Margarita Serra. Enfrascada como estaba en intentar plasmar en cuarenta y cinco líneas —ni una más, ni una menos— un accidente de circulación ocurrido a primera hora de la mañana y que había colapsado todo el centro de la ciudad, no había advertido la presencia de Luis Poch, que, situado a su derecha, la miraba sin un atisbo de cordialidad.

—No, nada en absoluto. Creo que la Policía anda muy despistada... o lo hace ver.

—Dos semanas largas es demasiado tiempo como para no dar ni una línea sobre el caso. ¿Cuándo te vas de vacaciones?

—El próximo lunes.

—Pues procura conseguir más datos porque no podemos permitir que este crimen acabe en el cajón de los olvidos. Haz lo que sea pero averigua qué pasa. No le sigas el juego a la Policía. Si ellos no informan, nosotros sí debemos hacerlo. Para eso te pagan.

Y sin darle tiempo a responder, el director dio media vuelta y se alejó.

La periodista permaneció inmóvil unos segundos, sofocada por la bronca que, sutil pero evidente, acababa de recibir delante de todos sus compañeros de sección.

Sergi Dauder se le acercó con discreción.

—Te invito a un café.

Margarita entendió que la iniciativa de su jefe inmediato escondía otra intención.

Ya a solas, frente a una máquina que ofrecía café, chocolate, té y hasta caldo, Margarita empezó a hablar.

—¿A qué ha venido eso? La primera vez que se interesa por lo que hago y es para dejarme mal. ¡Después de todas las exclusivas que he dado sin que jamás me haya comentado nada!

—Luis es un mal tipo y no es muy inteligente, pero siempre ha sido fiel a este diario. Por eso es el director. Pero por encima de todo, es rencoroso y no se le olvidará que quedó en evidencia delante de todos cuando tú explicaste el asesinato del empleado de la compañía del metro. Y ahora te lo quiere hacer pagar. Así de sencillo. Ándate con cuidado. Como enemigo es peligroso, muy peligroso, así que procura escribir algo antes de irte de vacaciones.

La angustia de la redactora de Sucesos fue creciendo a lo largo de la semana, al mismo ritmo que pasaban los días y sus intentos por averiguar pormenores desconocidos del caso Morales fracasaban uno detrás de otro. Ni siquiera Maribel pudo ayudarla.

—Lo único que te puedo decir es que en Homicidios hay una mala leche que ni te imaginas. Arousa ha obligado a los inspectores del grupo a coger las vacaciones por turnos. Quiere que la mitad de la plantilla siga trabajando para averiguar lo que ha pasado.

Hacia la una del mediodía del viernes, su último día de trabajo, su última oportunidad para cumplir la orden de Luis Poch, optó por visitar a Francisco Manzano. Deseaba con todas sus fuerzas que le desvelase alguna circunstancia, algún dato desconocido del asesinato de Morales.

—Si vuelvo a la redacción con las manos vacías, estoy perdida.

No le importaba nada rendirse ante el subjefe del Grupo de Homicidios, explicarle en qué situación se encontraba y suplicarle que la ayudara. Aunque no tenía una relación muy estrecha con el policía, intuía que podía fiarse de él.

—¿Y qué quieres que te diga? Si es que, de verdad, no hay nada nuevo.

Margarita desvió la mirada que, hasta entonces, había mantenido fija en Manzano. Estaba a punto de llorar y no quería que el policía adivinara la encrucijada profesional en la que se encontraba, aunque dudaba que estuviera consiguiendo su propósito.

—Lo siento, Margarita, lo siento, pero todo está como al principio y no creas que no nos jode. Los primeros interesados en aclarar las cosas somos nosotros. No puedo decirte nada más.

—Te llama Luis Poch —le dijo Sergi Dauder minutos después de las siete y media de la tarde, en cuanto el redactor jefe de Sociedad regresó del consejo.

Con el corazón en un puño y tratando de evitar que su cuerpo dejara ver la angustia que la dominaba, Margarita entró en la sala del *aquelarre*, ocupada únicamente por el director.

—¿Y bien? ¿Qué hay de nuevo? —preguntó él.

—Nada, Luis, y no será porque no lo he intentado.

Poch alzó la mano para indicarle que no continuara hablando.

—No me interesa lo que hayas intentado. Me interesa tener más información.

—Pues lo siento, Luis, no sé nada más. Sinceramente, creo que la Policía está totalmente desconcertada y que no tiene pistas fiables.

—Bien, que Dauder te dé un par de columnas, recuerdas el caso y destacas que la Policía no sólo no ha resuelto el caso sino que no tiene ni idea de quién o quiénes son los autores del asesinato. Vamos a hacer un editorial sobre la tardanza y la ineficacia de la Policía en este suceso. Que las fuerzas de seguridad fracasen de este modo no es bueno para la ciudad. Barcelona está haciendo grandes esfuerzos por presentarse ante Europa y el resto del mundo como una ciudad segura, y no se merece esto.

Ella aguardó en silencio por si el director añadía algo más. Al cerciorarse de que no iba a ser así y de que la reunión había finalizado, dijo antes de salir de la sala:

—Hablaré con Sergi.

Mientras regresaba a su mesa de trabajo y valoraba lo que suponía aquel encuentro, llegó a la conclusión de que se acababa de ganar un enemigo. Y entonces recordó las palabras de Sergi Dauder junto a la máquina: «Como enemigo, Luis Poch es peligroso, muy peligroso». Se sentó inquieta frente al ordenador.

La redacción de aquel artículo tan corto, treinta y ocho líneas, se convirtió en un flagelo que no la abandonaría ni uno solo de sus veintiún días de vacaciones en Formentera. Pero no fue plenamente consciente de su irritación hasta el atardecer del primer domingo en la isla, unos días después de haber desembarcado del *ferry* que tomaron desde Ibiza.

Recostados en la hamaca de un chiringuito en la playa de Mitjorn, gozando de los rayos casi crepusculares del sol y con el mar frente a ellos, Mario, su pareja desde hacía más de tres años, planteó abiertamente la cuestión. Se sentó en el borde de la tumbona, apoyó los brazos sobre los muslos y, con las manos agarradas, empezó a hablar.

—He esperado casi una semana porque sé que te cuesta mucho desconectar del trabajo, pero creo que ha llegado el momento de hablar.

Aquella introducción y, sobre todo, la seriedad que reflejaba el rostro de Mario alarmaron a Margarita. ¿Qué le iba a plantear, si todo iba bien entre ellos? Antes de que pudiera preguntar, él siguió hablando.

—Cuando salimos de Barcelona, estabas de mal rollo por la bronca de Poch. Yo

pensaba que aquí te calmarías, pero no ha sido así. Esta semana he sido paciente, he intentado ser amable, espero haberlo conseguido, y me he esmerado en cuidarte todo el tiempo, pero tú no has cambiado de actitud. Llevamos aquí casi siete días y sigues arisca, no estás nada cariñosa conmigo y nada receptiva cuando me acerco a ti. Parece que tu mal humor empieza a ser una costumbre y yo ni quiero eso ni puedo aguantarlo mucho más. Yo sólo no puedo tirar del carro.

Giró la cabeza y desvió los ojos en dirección al horizonte, como lo haría un náufrago que tratara de encontrar un atisbo de vida sobre el mar.

—Y me gustaría que fueras sincera. Necesito saber si estás así por nuestra relación, si ya no sientes lo mismo, si estás harta de que esté a tu lado... porque si es así, no tiene sentido perder más el tiempo, por mucho que me pueda doler. Yo no quiero mantener una relación muerta que me haga daño cada día, como lo ha hecho desde que empezamos las vacaciones.

Margarita se levantó de la hamaca, se sentó junto a él y lo abrazó mientras empezaba a llorar.

—No, cariño, por nada del mundo pienso en dejarlo. Es la relación más maravillosa que he tenido en mi vida y no quiero que se acabe. Tienes razón. No he superado la conversación con el cabrón de Poch. No he conseguido olvidarme del tema, pero te juro que no tiene nada que ver contigo, mi amor. ¡Si eres lo más bonito que me ha pasado nunca!

Y sin añadir nada más, lo atrajo hacia su rostro. Hacía tiempo que no le daba un beso tan apasionado.

—Vámonos para el apartamento —añadió Margarita sin darle más opción.

Estaba deseando quedarse a solas para demostrarle a Mario que seguía amándolo igual que siempre.

CAPÍTULO 8

Durante el mes de julio, Carolina Romero atendió a la clientela y se familiarizó con la gestión administrativa que exigía toda farmacia. Robert le recordaba las lecciones de su semana de prácticas para que automatizara los procedimientos. Con su ayuda, ella controlaba los envíos diarios de medicamentos y evitaba así, entre otros problemas, que el almacén quedara vacío. Robert le enseñó a revisar los albaranes de cada pedido, a clasificar y archivar las facturas, a identificar los pagos y a registrar y custodiar los cupones de los medicamentos prescritos en la Seguridad Social. Era un trabajo agotador, y raro era el día que no regresaba a casa con dolor de cabeza.

Ella disfrutaba atendiendo a cuantas personas entraban en la farmacia para comprar o pedir consejo. Lo que su jefe le había comentado al empezar a trabajar era cierto: «Consulte al farmacéutico» era algo más que una frase de la publicidad; se había convertido en una pauta de comportamiento entre los clientes. Y responder a esas consultas era de lo más satisfactorio. ¡Por eso precisamente había estudiado Farmacia! Pero no se sentía preparada para encargarse de la faceta administrativa, desagradable y desconocida hasta entonces, y que tantas horas de dedicación y tanto esfuerzo le exigía. «Mucha Botánica y mucha Formulación —se repetía cada vez que se sentaba en la trastienda frente al ordenador—, pero en la facultad nadie nos habló de este tormento».

Acostumbrada hasta entonces a que las vacaciones de verano frenaran la vida cotidiana, especialmente en agosto, cuando Barcelona (incluso en crisis) ralentizaba el paso, Carolina creyó que también sería menor la actividad en la farmacia. Pero no fue así. No sólo no descendió, sino que fue incluso mayor que en los meses anteriores.

—Esta es la única farmacia de todo el barrio que abre en agosto —le había explicado Robert antes de dejarla al frente del negocio—. Y durante estos meses pasan por aquí clientes de otras farmacias que cierran por vacaciones. Con la recaudación final, me sale rentable abrir este mes.

El primer «verano obrero» de Carolina trajo algunos cambios. Los sábados por la tarde, en cuanto salía de la farmacia, iba a tumbarse en la playa. A toda velocidad, pasaba por su casa, se cambiaba de ropa, preparaba un bocadillo o un poco de fruta, cogía la toalla y en menos de cuatro minutos estaba sumergida en el mar. Esos días, difícilmente volvía a casa antes de las siete. Si podía, compartía la tarde con Ester, Paola y otros vecinos del barrio. La primera era también su amiga desde el colegio y había estudiado Psicología, aunque trabajaba como guía en un autobús turístico. Con la segunda no siempre era posible quedar: su vida seguía condicionada por las

impredecibles jornadas del hospital.

Con la tranquilidad que le daba estar sola en la oficina el lunes 22 de agosto —Félix Miret aún seguía de vacaciones y no había anunciado su regreso—, Sara decidió que el momento era idóneo para poner en marcha su plan. Casi de forma casi obsesiva, le había rondado la cabeza prácticamente todos sus días de vacaciones.

Revisó los movimientos bancarios y las facturas archivadas a lo largo de los últimos meses. A excepción de los sesenta mil euros autorizados por Eudald Montfalcó y los reiterados cobros de dos mil euros que, en un cálculo rápido, podrían ascender en total a treinta mil euros, no encontró nada extraño ni sospechoso. De modo que el director de la Unió Musical de Catalunya tenía que disponer de otros cauces para mover el dinero negro y repartirse las comisiones que, a tenor de su conversación con Montfalcó, ambos estaban cobrando.

Si se examinaban las cuentas bancarias de la entidad que dirigía su jefe, los ingresos y las retiradas de fondos podían parecer inusuales, y quizá tenían un cierto aire de corrupción. Pero, aunque no era muy experta en asuntos legales, las pruebas no le parecían suficientes como para informar del caso a los consejeros de la Unió ni a expertos en economía, ya fueran de la Policía o de la Justicia. «Sara —se dijo—, con este material no puedes acudir a nadie y pedir que se inicie una investigación. Si lo haces, todo se puede volver en tu contra. Miret acabaría contigo en poco tiempo y sin mucho esfuerzo».

Suspiró y su mirada traspasó la ventana hasta detenerse en un punto indeterminado del brillante cielo de verano que cubría Barcelona. Trató de reunir la paciencia que precisaba aquel caso. «Si de algo dispones en estos momentos —concluyó— es de tiempo. No hagas lo que siempre has hecho, Sara, ir con prisas, porque acabarás como siempre, fracasando».

Al terminar de pensar para sí, sintió una punzada en el corazón. Seguramente su impetuosidad y su falta de serenidad fueron la causa de que rompiera con Miguel, su pareja durante más de un decenio. En los últimos meses, estaba convencida de que la pasión entre ambos se había desvanecido como el humo de un cigarrillo. «Quien crea que el amor, el deseo y la excitación se mantienen siempre como el primer día es un iluso. Pensar así es de inmaduros... y seguramente lo soy. Sí, Sara, te equivocaste».

Volvió a resoplar por enésima vez. Estaba a punto de llorar y le dolió no haber logrado superar aquella ruptura todavía, después de diez años. Quizá fue la indignación que sentía hacia sí misma lo que logró frenar el llanto. Sí, llorar no le haría sentir mejor, ni iba a cambiar las cosas. «A lo hecho, pecho», dijo en voz alta sabiendo que nadie la iba a oír. Y para alejar la angustia que la envolvía volvió al ordenador y repasó, una vez más, la contabilidad de la Unió Musical de Catalunya.

Al jefe del Grupo de Homicidios se le hizo eterno aquel lunes 22 de agosto, su primer día laboral después de las vacaciones. Sabía que en sus tres semanas de ausencia no se había descubierto nada más sobre el caso Morales; si así fuera, Francisco Manzano, que se había quedado al frente del Grupo esos días, se lo habría comunicado al instante. Pero Javier Arousa no descartaba la posibilidad de hallar algún indicio, alguna pista, por endeble que fuera, que ninguno de sus inspectores hubiera detectado. Releyó con calma los últimos informes que Juan Cano, Emilio Prats y el propio Manzano habían elaborado antes de irse de vacaciones, pero apenas tardó unos minutos: efectivamente, no había nada nuevo en las pocas páginas redactadas por ellos.

A las siete de la tarde, sin tener noticias de María Bernal ni de Pedro García Oubiña (sabía que estaban trabajando en el asunto), abandonó la Jefatura Superior de Policía más pronto de lo habitual y regresó andando a su casa, pero no directamente. A esa hora, el día seguía siendo húmedo y caluroso y no invitaba a encerrarse entre las cuatro paredes de su piso. Optó por dar un paseo. Recorrió la vieja zona portuaria ocupada por decenas de veleros, barcas de pesca y grandes y majestuosos yates que componían una escena de aparente opulencia. Llegó a los pies del espectacular hotel en forma de vela que, a modo de gran faro, marcaba el límite sur de Barcelona, y retrocedió por la playa de la Barceloneta contemplando los cuerpos de todo tipo que, de pie o tumbados sobre la arena, disfrutaban de la jornada. En el rumor de las conversaciones se percibía la mezcla de idiomas que hablaban todos aquellos desconocidos. Parecían atrapados por una ciudad que debían de ver mágica.

Aunque todavía le quedaban cuatro días de vacaciones, el martes 23, Robert Font repasó el extracto bancario que pocos minutos antes había extraído del cajero automático. Aquel pedazo de papel resultaba prácticamente inútil. Conocía de sobra la situación económica de su negocio: bajo mínimos. Al descenso de ingresos de los últimos años —una caída acusada, prolongada y, hasta entonces, imparable— se unía el pago del préstamo que había tenido que pedir para indemnizar a los dos farmacéuticos despedidos. «En el mejor de los casos —se repitió—, tardaré más de dos años en devolverlo». Y el cálculo acentuó su angustia.

Tal y como marchaba la farmacia desde el punto de vista económico, no estaba seguro de poder aguantar tanto tiempo. Por primera vez desde que enviudó —y de eso hacía ya más de seis años—, había pasado las vacaciones en Barcelona. Sin compañía alguna. Desde hacía cuatro años, su hijo Toni, ingeniero técnico de Telecomunicaciones, vivía en Singapur, donde había encontrado trabajo unos meses después de terminar sus estudios. Y aunque solía regresar en Navidad, eso sólo pasaba una vez al año. Aquella sensación de absoluta soledad —seguía echando en

falta a su esposa, aún no había superado su muerte— no le estimulaba lo más mínimo a la hora de aprovechar las dos semanas de ocio. Pero ese verano, el motivo por el que no abandonó su piso, próximo al parque Güell, y prescindió del *bungalow* en el Pirineo que había alquilado otras veces, era de tipo económico. «No estoy para gastos», se había dicho al cuantificar el coste que supondría pasar sus vacaciones fuera de Barcelona. Y por eso, no volvió a planteárselo y decidió quedarse en casa, disfrutar de la ciudad y, sobre todo, ahorrar lo máximo posible.

CAPÍTULO 9

Cuando oyó el móvil, tuvo la sensación de que acababa de quedarse dormida. Miró de reojo el despertador. Martes, 23 de agosto. Seis y media de la madrugada. Una llamada a aquellas horas no presagiaba nada bueno.

La Font del Gos, el barrio que treinta y cinco minutos más tarde estaba recorriendo, había quedado prácticamente oculto por el gran velódromo que se construyó para los Juegos Olímpicos de 1992. Enclavado a los pies del Tibidabo y a apenas un kilómetro de distancia de donde fue asesinado el conductor del metro, lo formaban casas encaladas en blanco, de aspecto sencillo. La mayoría de ellas, de planta baja y construcción artesanal, se agrupaba en torno a media docena de calles estrechas que trepaban en aparente caos por las laderas de un profundo barranco. Un barrio, evidentemente, de clase obrera y gente simple.

—Aquí, jefe.

Arousa giró la cabeza en dirección a la voz que lo estaba llamando. Justo en la esquina, entre dos callejuelas cuyos contornos empezaban a perfilarse con las primeras luces del día, María Bernal agitó un brazo para que viera dónde estaba. Al llegar a su altura, contempló la bolsa de plástico negro que sólo dejaba al descubierto la cara de una mujer de tez blanquecina y cabellos negros.

—Degollada. Un trabajo limpio. Un solo tajo en la garganta y nada más.

Bajó la cremallera de la bolsa mortuoria hasta llegar a la altura de los hombros del cadáver. La sangre, ahora casi negra, que había brotado del cuello, había teñido la bata verde que llevaba puesta la infortunada hasta convertir la parte superior de la prenda en un área oscura que se detenía a la altura del pecho.

—Me han avisado los de la centralita. Les llamó el jefe de patrulla, después de que lo alertara el vecino que descubrió el cadáver. —Tras cerrar la bolsa por completo, la inspectora añadió—: Sabían que esta semana estoy de guardia. El hombre iba de camino al trabajo y al doblar el recodo la vio tumbada sobre la calle. La reconoció inmediatamente porque él vive por aquí, en aquella casa, la última a la izquierda, calle de Matadepera, número 22. Y la mujer vivía un par de casas más abajo, en el número 18.

María Bernal señalaba con la mano izquierda una casita blanquecina y menuda que se alzaba casi al final de un callejón, cerca de los primeros pinos de la montaña.

—Se llamaba Alicia Rodríguez Flores. Estaba a punto de cumplir los cincuenta y seis y, según este vecino, era viuda desde hacía por lo menos diez años. No tenía hijos y era una mujer afable y discreta. La persona que la encontró asegura que no tenía pareja y que trabajaba como limpiadora en el colegio San Juan Bosco, justo al otro

lado de la Ronda, muy cerca de aquí, a cinco minutos andando. Eso lo confirmaré en cuanto abra las puertas. Junto al cadáver se ha encontrado una bolsa de plástico y en su interior, un recipiente de plástico rígido, la típica fiambarrera, con un trozo de pastel de nata y chocolate. Seguramente era su desayuno. Los de la Científica se lo han llevado para analizarlo.

«Dos asesinatos en mes y medio. No es muy común que esto ocurra en Barcelona», pensó Arousa. Mientras tanto, contemplaba cómo los agentes de la Brigada Científica se aplicaban en buscar pistas que pudieran arrojar algo más de luz sobre aquel crimen. Su intuición profesional ya le adelantaba que iba a ser poco habitual.

El jefe de Homicidios volvió a contemplar el lugar como si quisiera retener en su recuerdo todos y cada uno de los detalles que tenía ante sí.

—Un barrio humilde y una mujer absolutamente anónima, en principio —dijo en voz alta, casi más para sí mismo que para dialogar con su inspectora.

—El barrio lo es, sin duda, y ella lo parece —apostilló María Bernal.

—¿Te encargarás tú de ir al colegio donde trabajaba?

—Sí, en cuanto los de la Judicial se hayan llevado el cadáver. Antes me daré una vuelta por su domicilio por si podemos encontrar algún dato que nos ayude. Luego llamaré a Oubiña, lo pondré al corriente y, si te parece bien, le pediré que averigüe dónde compró el pastel.

Arousa asintió con la cabeza.

—Es un poco raro que se hayan cometido dos asesinatos en tan poco tiempo, ¿no crees, jefe? Barcelona no es una ciudad violenta... A menos que algo esté cambiando o haya cambiado ya.

La miró sonriendo. Eso era exactamente lo que él había pensado hacía unos minutos. ¿Casualidad u olfato profesional? No era el momento de despejar la cuestión. Pero al margen de esa coincidencia, las palabras de Bernal revelaban sus dos mejores cualidades como policía: capacidad de análisis inmediato y una intuición profesional fuera de lo común.

—Yo pienso exactamente lo mismo. En fin, espero que el tiempo nos demuestre que nos equivocamos, que no hay más violencia ni más inseguridad, y que sólo nos estamos dejando llevar por el pesimismo.

Calló antes de proseguir.

—Si no puedes pasar por Jefatura, cuéntame lo que vayas descubriendo.

—Descuida, jefe.

Arousa echó un último vistazo al rostro de la desafortunada mujer antes de volver a su coche, aparcado en la calle que daba acceso al barrio desde la gran ronda. Caminó despacio intentando retener en su mente las principales características de aquella barriada, anónima y desconocida, tan atípica en una ciudad que hacía de la modernidad y del diseño urbano sus señas de identidad. Aquel crimen le preocupaba, pero no tanto como la posibilidad de que el asesinato de Alicia Rodríguez Flores

guardara alguna relación con el crimen del conductor del metro. De ser así, desde los ciudadanos más preocupados por la seguridad hasta las más altas instancias públicas empezarían a alzar sus voces y a exigir que resolvieran ambos casos. Que Barcelona continuara viviendo en su particular, idílico y envidiado edén.

Tuvo que esperar muy poco. En cuestión de segundos, el doctor Jordi Marchena se encontraba ya al otro lado del hilo telefónico.

—La mujer de esta madrugada, supongo —dijo el forense después del protocolario saludo.

—En efecto —respondió el jefe del Grupo de Homicidios.

—Bien. La causa del fallecimiento parece clara: murió desangrada y en pocos segundos. El autor le seccionó la yugular. Por las señales que he encontrado en la frente de la mujer, la atacó por la espalda y le agarró la cabeza con la mano izquierda mientras le cortaba el cuello con la derecha. Dicho como en una novela mala, le rebanó la garganta.

—¿Cómo sabe que la asesinó con la derecha?

Jordi Marchena conocía demasiado al jefe de Homicidios como para pensar que el policía dudaba de sus afirmaciones. Sabía que su pregunta sólo obedecía a una razón: conocer los motivos que permitían al forense hablar con tanta contundencia.

—Por las marcas en la piel de la víctima. La incisión comenzó en la parte izquierda del cuello, unos cinco centímetros por debajo del lóbulo de la oreja. Por ahí entró el arma con la que la mató.

—¿Sabe qué tipo de arma utilizó?

—Un arma blanca de tamaño mediano, seguramente un cuchillo afilado o una navaja de esas que se compran en cualquier ferretería, o en una tienda de bricolaje o un supermercado. Por si se lo está planteando, inspector, no es un garfio, como en el asesinato del conductor del metro. Este se ha ejecutado de forma muy distinta, lo que no quiere decir que el autor sea diferente. Averiguar eso es cosa suya, Arousa. Sí puedo confirmarle que, en el de esta madrugada, ni ha habido ensañamiento ni se ha utilizado ningún garfio.

Jordi Marchena, además de ser un forense excelente, entendía muy bien la naturaleza humana. A Arousa lo conocía más de lo que él mismo creía. Mientras el jefe del Instituto Anatómico Forense del Hospital Clínic desvelaba las características del arma que se empleó para cometer el crimen de Alicia Rodríguez Flores, él pensaba si era posible establecer alguna relación con el caso Morales.

—Y mientras ella se estaba desangrando —añadió el forense cuando vio que su interlocutor no tomaba la palabra—, le tapó la boca con la mano que tenía libre, la derecha, para que no chillara... aunque dudo que hubiera podido llegar a gritar. Calculo que murió en menos de treinta segundos.

—Doctor, ¿hace falta tener fuerza para eso?

—No, en absoluto —aclaró rápidamente Marchena—. Primero, porque el elemento sorpresa juega siempre a favor del asesino. La pobre no tuvo tiempo para nada, ni para defenderse ni para chillar. Y en segundo lugar, porque bastan dos o tres segundos para cortar la yugular. Es un visto y no visto.

Arousa permaneció en silencio hasta que el forense añadió:

—Tendré el informe redactado esta misma tarde. Y por si le interesa, en cuanto lo deje pondré *La Traviata*. ¿Se la canturreo? —El policía no ocultó su sonrisa.

En cuanto terminaron de hablar, colgó el auricular y salió de su despacho para ir al encuentro de María Bernal o de Pedro García Oubiña. A ella no la había visto desde que la dejó junto al cadáver de la asesinada, y García Oubiña todavía no había dado señales de vida. Finalmente, sólo encontró a María.

—¿Tú o alguien de la Brigada Científica habéis encontrado una navaja o un cuchillo cerca de donde mataron a Alicia Rodríguez, aparte de la bolsa de plástico con el pastel?

—Yo no, jefe, y dudo que nadie de la Científica. Ya me habrían informado.

—Pues la asesinaron con un arma blanca, un cuchillo, una navaja o un puñal. Me lo ha dicho el forense.

Bernal mantuvo la mirada fija en la cara de su jefe.

—Pasaré por la Científica por si acaso, pero no tengo muchas esperanzas, la verdad. Antes de que me vaya, ¿quieres que te cuente lo que ya he averiguado?

—Cuéntame.

—Alicia Rodríguez Flores era una mujer sencilla y de vida aún más sencilla. Viuda y sin hijos, se pasaba todo el día trabajando en el colegio San Juan Bosco desde el lunes hasta el sábado al mediodía. Los domingos solía reunirse con un grupo de amigas en el Centro Cívico del Paseo Valldaura, muy cerca de su casa y del colegio. Su día a día transcurría en poco más de un kilómetro cuadrado. Según las compañeras de trabajo con las que he hablado, sólo rompía la rutina en verano, cuando iba a ver a unos primos que viven en Garrucha. Lo hizo a finales de julio. De hecho, regresó hace sólo un par de semanas. Ahora llamaré a la Jefatura de Policía de Almería para que confirmen estas visitas y comprueben que no pasó nada raro esta última vez. Ojalá nuestros compañeros puedan aportar más datos porque si no...

La agente dejó la frase en suspenso. Arousa sabía que María Bernal había callado la conclusión obvia: «porque si no, sucederá lo mismo que con el caso Morales, un fracaso total».

Pedro García Oubiña irrumpió en la oficina. Intuyó que Arousa y Bernal estarían comentando el asesinato de la mujer de la limpieza y cerró la puerta.

—La cartilla bancaria que encontraron los de la Brigada Científica en la vivienda de Alicia Rodríguez —informó Oubiña al entrar— corresponde a una oficina de La Caixa en la calle Campoamor, a cinco minutos andando de donde vivía la mujer. El saldo que tiene en este momento no llega a trescientos euros. Por esto y por los movimientos habituales de fondos, cobros de recibos de agua, luz, electricidad, para

mí queda totalmente claro que no llevaba precisamente una vida de lujos. Ni siquiera una vida muy cómoda. Desde luego no era rica, ni mucho menos.

—Ya, el robo no parece ser la causa de la muerte —recordó Bernal—. El bolso que llevaba cuando la agredieron apareció junto a ella, cerrado. Dentro estaba la cartera, con diez euros, y el monedero, también cerrado.

El jefe del Grupo de Homicidios les resumió su conversación con el doctor Marchena y puso fin a este primer intercambio de información.

—Se nos acumula el trabajo —dijo a modo de epílogo—. Sin dejar de lado lo del conductor del metro, tenemos que resolver el caso de esta mujer. No sé cómo vais a hacerlo, pero no podemos parar ni un segundo. Terminad con esto antes de que nos luevan las críticas. Me temo —añadió mientras resoplaba— que vamos a recibir hostias de todas partes.

A la una y cuarto, Margarita Serra abandonaba malhumorada la Jefatura de Policía. Ya había acudido al lugar donde asesinaron a la mujer de la limpieza, e incluso había podido hablar con algunos de sus vecinos, compungidos y atemorizados. Pese a sus esfuerzos y al tiempo que invirtió más tarde en tratar de obtener nuevos datos desde la sede policial, consiguió reunir muy poca información. Y por si fuera poco, Maribel y Manzano, sus dos grandes esperanzas, aún estaban de vacaciones. Si algo tenía a su favor era que Luis Poch tampoco había agotado las suyas. No se le esperaba en *BCN* hasta final de mes. «Por lo menos tendré una semana de tranquilidad», se dijo mientras volvía en moto a la redacción.

De regreso a su despacho, y finalizada la conversación con María Bernal y Pedro García Oubiña, Javier Arousa no pudo evitar que estallara el conflicto interno que venía formándose en su cabeza desde hacía horas. La intuición, el instinto, el corazón, todo lo que no estaba bajo el control de la razón, la objetividad o la frialdad analítica, le decían que estaba siendo derrotado por aquellos dos asesinatos, tan absurdos como poco convencionales: un empleado del metro, de vida sencilla y sin enemigos declarados, y una limpiadora aún menos interesante. El Arousa policía, el profesional de la seguridad ciudadana, el hombre tranquilo que exigía un cargo como el suyo, trataba de combatir aquella voz interior. Se repetía de forma incansable que aquella dramática partida contra el mal todavía no había concluido. «¡Coño, Javier, que aún es pronto para tirar la toalla! No sería la primera vez que un asesinato tarda meses en resolverse». Una verdad que se había cumplido más de una vez desde que ingresó en la Policía.

Sin explicarse por qué, recordó lo que Francisco Manzano, a raíz del descuartizamiento de un ama de casa que mantuvo en vilo al Grupo de Homicidios casi un año, decía cada vez que una investigación se encontraba en un punto muerto:

«A veces esas cosas pasan. No tienes nada entre manos y de repente, una casualidad, una confidencia, un detalle pasado por alto te da lo que necesitas y en pocas horas resuelves un caso que parecía perdido».

Sentado en su butaca, apoyó los pies sobre la mesa, cerró los ojos y por enésima vez, repasó todo lo que sabía sobre el caso Morales. Se detuvo en cada uno de los hechos para averiguar si algún dato, por pequeño que fuera, no se había valorado debidamente. Se preguntó qué se les había podido escapar y trató de descubrir alguna circunstancia que hubiera pasado desapercibida al análisis de sus agentes. Pero fue en vano, lo cual hizo aumentar su mal humor.

Se incorporó al oír que alguien entraba en las dependencias del Grupo. María Bernal estaba recogiendo sus pertenencias.

—No sabía que estabas ahí, jefe. Pensé que te habrías marchado para descansar un poco.

—Eso es lo que deberías hacer tú.

—Es lo que iba a hacer, pero no quería irme sin hablar con los de la Científica. Han encontrado huellas en la fiambarrera. Cinco y corresponden a una mano derecha.

—¿Han podido determinar de quién son?

—Dicen que se trata de un varón corpulento, de entre 70 y 75 kilos, de dedos anchos y largos que no corresponden a un trabajador manual como un albañil, un artesano o un mecánico. Los de Archivo no han encontrado nada en su base de datos que les permita averiguar quién es —aclaró la agente, evidentemente decepcionada. Si no figuraba en los ficheros policiales, no se podía conocer la identidad de la persona que dejó su rastro en el recipiente de plástico. Los dos lo sabían.

—Lo siento —dijo Bernal—. ¿Me necesitas para algo?

—No. Procura dormir.

La esperanza, la única esperanza a la que se había agarrado como a un clavo ardiente, acababa de desvanecerse. Volvía a estar como al principio, sin una pista, sin un rastro, sin nada entre las manos. Y la sensación de ahogo se había vuelto más fuerte. Necesitaba salir de su despacho, intentar romper aquella espiral neurótica que le hacía sudar más que el bochorno y la humedad, implacables con Barcelona desde hacía semanas.

Telefonó a su esposa para avisarla de que no iba a comer en casa y abandonó la Jefatura en dirección a la playa. Deseaba liberarse de la soledad que encerraban las cuatro paredes de su oficina y mezclarse con gente desconocida y ajena al mundo opaco, clandestino, facineroso y criminal en el que él se desenvolvía.

Descendió a paso lento por las angostas callejuelas del casco viejo sin que le importara el calor que a aquellas horas, pasadas las dos de la tarde, convertía las vías urbanas en un ardiente calvario. Siguió su trazado hasta desembocar en los muelles deportivos repletos de embarcaciones y circunvaló el perímetro del puerto. Sus ojos alternaban la belleza de los veleros y los grandes yates con la de unos cuerpos jóvenes y rebosantes de vitalidad que se disponían a disfrutar del sol y la agradable

frescura del mar.

Sí, aquellos centenares, quizá miles, de desconocidos que paseaban a su alrededor disfrutaban de Barcelona. La ciudad no se cansaba de proclamar a los cuatro vientos sus virtudes: la calidad de vida que ofrecía, ser la urbe de las mil y una oportunidades y haber logrado convertirse en la capital de la igualdad social, la fraternidad universal y la libertad individual.

Sentado en la terraza de un chiringuito instalado sobre la arena, escuchó las risas de los bañistas, los chillidos de los más pequeños, el leve rumor de las olas y, mientras saboreaba sin prisas el café, pensó que aquella imagen idílica que Barcelona lanzaba al mundo era falsa. No era un oasis de paz y felicidad. Era una ciudad como tantas otras, con sus dosis de bienestar y sus dosis de preocupaciones y angustias, con gente feliz y gente desesperada, con vidas placenteras y existencias dolorosas. «Es que no hay nada perfecto», sentenció mientras recorría el camino de regreso hacia la Jefatura de Policía. Y por lo que a él se refería, no estaba dispuesto a que aquella mentira sucumbiera ante la falsa verdad: no estaba dispuesto a aceptar que en el historial criminal de la ciudad —que los propulsores y defensores de la imagen de la Barcelona ideal presentaban como ejemplar— figuraran dos asesinatos pendientes de resolución. «Podría suceder que la verdad oficial ocultara este doble fracaso —resumió justo cuando cruzaba la puerta principal del edificio de la Policía—. Y la verdad, nos guste o no, es la que es. Nadie debería mentir sobre eso».

CAPÍTULO 10

Al regresar a la farmacia el uno de septiembre, Robert Font se sintió aún más preocupado por la situación económica de su negocio: resultaba rentable mantener el establecimiento abierto durante el verano, pero apenas había tenido beneficios. La última medida del Gobierno, rebajar el precio de los medicamentos que corrían a cargo del Ministerio de Sanidad —y que empezó a aplicarse en agosto, «como en los tiempos de Franco, que se aprovechaba el verano para subir los precios», razonó el farmacéutico—, había reducido las ganancias a su mínima expresión y la cuenta bancaria arrojaba un saldo también mínimo. La inquietud que venía sintiendo en los dos últimos años se intensificó. Le dolía la cabeza y le costaba concentrarse en su trabajo.

—¿Estás bien, Robert?

La pregunta de su empleada lo cogió por sorpresa. Absorto en sus cavilaciones, había olvidado por completo el mundo que lo rodeaba, incluida en ese olvido Carolina.

—Sí, sí —mintió—, lo que pasa es que cuesta un poco coger el ritmo de trabajo después de las vacaciones.

—La *depre* postvacacional.

—Sí, será eso.

«Debe de ser cierto eso de que es duro reincorporarse al trabajo después de las vacaciones. En fin —se dijo a sí misma Carolina—, ¡espero poder comprobarlo algún día!». Y sonrió ligeramente.

Al término de la jornada no quedó ninguna duda de que los vecinos del barrio también habían regresado; ni Robert, ni Carolina ni María tuvieron un momento de reposo.

Despachado el último cliente, con las puertas cerradas y ya a solas, Robert se dirigió a ella.

—Carolina, cuando hablé contigo en junio te dije que te contrataba para los tres meses de verano.

—Cierto —respondió con el corazón latiéndole intensamente.

«Ahora es cuando dice que me despide», pensó la joven.

—Lo cierto es que te has adaptado perfectamente al trabajo y lo has hecho muy bien. Como le he comentado a tu padre varias veces, ya sabes que la farmacia no da como antes, pero también es cierto que no puede funcionar con menos de tres personas. Así que te propongo prolongar tu contrato hasta el próximo verano, aunque no puedo aumentarte el sueldo. Créeme si te digo que me gustaría hacerlo, pero de

verdad que no es posible. Yo estaría encantado de que te quedaras. Aunque si no aceptas la propuesta, también lo entenderé.

Carolina no dudaba de la veracidad de aquellas palabras, pero el semblante serio con que su jefe acompañaba sus afirmaciones constituía el mejor aval de sus palabras. No se lo pensó dos veces. El trabajo resultaba agotador y apenas le dejaba tiempo para nada más, pero aquella oferta era mejor que nada. No estaba dispuesta a volver a entrar en el círculo de enviar currículums, hacerse ilusiones, desesperarse ante la falta de ofertas, deprimirse al recibir una negativa y, a sus veinticuatro años, tener que depender económicamente de sus padres.

—Yo también estoy encantada de trabajar contigo. He aprendido mucho, así que sí, acepto la propuesta.

—Buenos días, Sara, ¿qué tal le han ido las vacaciones?

—Muy bien, señor Miret. ¿Y las tuyas?

—Bien, bien. Tráigame la correspondencia de estas semanas y el estado actual de las cuentas de la Unió.

Sin más, Félix Miret pasó a su despacho. «Tan frío como siempre», se dijo Sara mientras preparaba toda la documentación. La tuvo lista en cuatro minutos, porque ese era precisamente el cometido que había realizado por su cuenta desde que se había reincorporado a su trabajo para revisar los movimientos financieros de Miret en busca de alguna anomalía en las cuentas financieras de la entidad. Pero, pese al empeño que había puesto, no había encontrado nada: los ingresos de dinero, los pagos e incluso las transferencias bancarias no presentaban formalmente ninguna irregularidad. Cada una de las transacciones monetarias contaba con la documentación correspondiente y con el visto bueno del gerente. Sí, las sumas de cada uno de esos tres apartados —los ingresos, los pagos y las transferencias— era elevada, en especial la de los pagos a proveedores, que alcanzaba la suma de 59.715 euros, y la de las transferencias bancarias, 90.529 euros. Pero, al margen de las sospechas que esas cifras podían despertar porque no parecían estar en consonancia con las actividades artísticas y financieras de la Unió, todo aquel flujo de dinero no evidenciaba por sí mismo anomalía o irregularidad contable alguna.

Enojada consigo misma y frustrada por lo que consideraba un fracaso, agarró las tres carpetas que custodiaban los temas solicitados por Félix Miret, respiró hondo antes de abrir la puerta del despacho de la Presidencia de la Unió Musical de Catalunya, entró luciendo su mejor sonrisa al entrar y depositó todo el material sobre la mesa de su jefe.

—No me pase ninguna llamada, excepto si es el señor Montfalcó.

—Sí señor —respondió Sara Martí con la profesionalidad que correspondía a la secretaria personal del máximo responsable de una de las instituciones más valoradas y representativas de la Catalunya tradicional.

Durante una hora y cuarto, la tranquilidad fue la nota dominante de la mañana, hasta que la luz blanca de su teléfono parpadeó.

—Sí, señor Miret.

—Póngame con el señor Montfalcó.

Sara localizó al gerente en cuestión de segundos. La conversación entre ellos fue breve y poco después apareció Eudald Montfalcó. La reunión de ambos se prolongó algo más. Faltaban pocos minutos para las dos de la tarde cuando el gerente se despedía de Félix Miret. Lo único que Sara pudo captar mientras su jefe acompañaba a Montfalcó hasta el umbral del despacho fue que ambos sonreían sin disimulo porque, en cuanto el presidente de la Unió se dio cuenta de que ella le estaba mirando, recuperó el gesto serio y adusto que en él era habitual.

—Venga a mi despacho —le ordenó con tono autoritario y carente de calidez.

Ella le siguió hasta su mesa. Félix Miret se inclinó sobre la brillante cubierta de madera parcialmente oculta por una fina tela de color verde y abrió una carpeta roja que tenía frente a sí. Al erguirse, Sara vio que la mano derecha de su jefe agarraba un cheque.

—Ingréselo en mi cuenta corriente.

Sara cogió el talón sin mostrar curiosidad alguna por el importe que figuraba en el documento.

—En seguida. ¿Alguna cosa más, señor Miret?

—Por ahora no.

Salió de la habitación intentando reprimir el interés que sentía por saber de qué cantidad se trataba y leyó la cifra en cuanto se acomodó en su silla: doce mil euros. Repasó mentalmente el contenido de la documentación que el presidente le había pedido antes de que la reunión con Montfalcó. No recordaba que en aquel listado figurara una factura con ese importe, ni que constara una orden de pago por esa cantidad. Pero el cheque bancario lucía la firma de Eudald Montfalcó, así que el pago estaba autorizado. Ella no tenía por qué saber el origen de aquel gasto ni podía cuestionarlo porque estaba debidamente cumplimentado. No podía hacer otra cosa que cumplir la orden de Félix Miret e ingresarlo en su cuenta personal.

Sara se levantó con la intención de dirigirse al departamento de Contabilidad pero, sin pensarlo dos veces, se detuvo antes de salir del despacho, comprobó que nadie la observaba y, con tanta rapidez como sigilo, fue directa a la fotocopidora, levantó la tapa superior e hizo una copia del documento bancario. Era plenamente consciente de que no podía justificar racionalmente lo que estaba haciendo, pero algo le decía que debía quedarse una copia de aquel cheque.

Con el corazón latiéndole hasta casi lastimarla, depositó la fotocopia en el primer cajón de su mesa y se alejó de la Secretaría de Presidencia de la Unió Musical de Catalunya apresuradamente. Tenía que ir al departamento de Contabilidad, ingresar el talón y regresar lo antes posible para que su ausencia no levantara las sospechas de su jefe. Pero, por encima de todo, lo que deseaba era guardar la fotocopia en un lugar

aún más seguro.

Se recostó en su silla y permaneció allí dándole vueltas a esta posibilidad hasta que la idea inicial se convirtió en certeza irrevocable: por razones de seguridad, no podía custodiar en su despacho ni aquella fotocopia ni los documentos que pudiera ir descubriendo con el tiempo, ya que se exponía a que alguien, en cualquier momento y por los motivos que fuera, diera con ese material. Así que la mejor opción era, sin duda, llevarlo a su casa. En ningún otro lugar estarían más protegidos. Sólo abría las puertas de su domicilio a sus mejores y más íntimos amigos, apenas una decena en total. Con la seguridad de que esta decisión era la mejor, introdujo la fotocopia del cheque bancario en su bolso, lo guardó en el armario que tenía a sus espaldas y cerró con llave.

CAPÍTULO 11

—No hay manera de encontrar una rendija por donde nos podamos colar. Ni datos objetivos, ni insinuaciones, ni cabos sueltos. Ni siquiera hemos podido averiguar la procedencia del pastel de nata y chocolate. ¡Vaya mierda!

El abatimiento de Francisco Manzano era sincero. Desde su reincorporación tras las vacaciones veraniegas había estado pendiente del asesinato de Alicia Rodríguez Flores sin permitir que los cuatro inspectores del Grupo de Homicidios dejaran de lado la investigación del «caso Morales». Y pese a la dedicación de todos los efectivos bajo su mando y a la suya propia, no se había avanzado en ninguno de los dos asesinatos.

—Pues como ya dije a raíz del crimen del conductor del metro, algo no estamos haciendo bien, Paco —respondió Arousa.

Ambos se encontraban a solas en la oficina del jefe del Grupo de Homicidios. Al calor y la humedad que se cebaban de forma implacable sobre Barcelona a mediados de septiembre —el viento de levante contribuía decisivamente a que resultara muy difícil combatir el sudor que emanaba del cuerpo aunque no se realizara actividad física alguna—, se añadían los efectos de la irritación que ambos sentían. Por eso, pese a que el aire acondicionado estaba al máximo, el ambiente en el despacho resultaba agobiante.

—Como dice Oubiña, una mujer anónima, de vida sencilla, sin apenas ahorros ni propiedades, sin más relaciones que un par de amigas con las que se veía el fin de semana... No se acaba de entender que muriera de aquella manera.

—Algún motivo se esconde detrás de su asesinato, joder —dijo Arousa—. Como lo tiene que haber en el «caso Morales». Insisto, Paco, algo se nos está escapando. No se asesina a la gente porque sí, sin más. Hemos de encontrar los móviles de ambos crímenes. Que los hay, seguro, que los tiene que haber.

Francisco Manzano giró la cabeza hasta que, como si quisiera huir de la sala para evadirse de la tensa situación que se vivía en ella, su mirada traspasó la ventana y se relajó con el tráfico urbano y el ir y venir de los transeúntes. Aquel movimiento de gentes y vehículos evidenciaba la vitalidad de una ciudad que seguía disfrutando de los últimos días del verano. Pero él sabía que en algún lugar de aquella Barcelona idílica, hasta el punto de ser la envidia de la mayoría de las grandes urbes de Europa, dos asesinos seguían libres. Ese pensamiento doloroso le devolvió de nuevo a la realidad como una bofetada.

—Esta tarde —dijo Manzano, ya recuperado de su disquisición, mental— me reuniré con Cano, Bernal, Oubiña y Prats y repasaremos otra vez todos los

pormenores de los dos casos.

Javier Arousa evitó comentar lo que pensaba de esta iniciativa. Este mismo repaso se había efectuado ya varias veces con anterioridad y siempre con el mismo balance final: sin novedades. Pero esta vez, lo que le sorprendió fue el tono empleado por Manzano: ni transmitía confianza, ni esperanza en lo que aquella convocatoria pudiera lograr. No le culpaba. Tampoco él había sido capaz hasta aquel momento de encontrar un hilo, por delgado que fuera, del que tirar para deshacer la enrevesada madeja que envolvía los dos crímenes. Sí, el fracaso en ambas investigaciones también recaía sobre él.

Dos graves accidentes de circulación en los que se vieron envueltos un par de tranvías, una motocicleta y una camioneta de reparto; la agresión a un joven de nacionalidad colombiana perpetrada por la banda a la que pertenecía y que, según su novia, quería abandonar; y, en especial, la desarticulación de una red de narcotraficantes españoles y colombianos, una quincena en total, que introducían grandes partidas de cocaína por el puerto de Barcelona con la inestimable ayuda de una de las mayores empresas consignatarias, habían sumergido a Margarita Serra en una vorágine de trabajo que le impidió prestar la atención que se merecía el asesinato de Alicia Rodríguez. Tan sólo un par de llamadas telefónicas al Gabinete de Prensa de la Policía que no dieron fruto. «Menos mal que al director tampoco parece preocuparle mucho el caso —pensó mientras escribía las últimas líneas del artículo en el que narraba el ingreso en prisión de todos los traficantes de droga— porque de lo contrario no sé cómo me las hubiera apañado para cubrir tantas informaciones. Pero de mañana, no pasa. Lo primero que haré en cuanto me levante es dar una vuelta por Jefatura para ver si pillo algo».

Miró su reloj. Las ocho y veinte. Lanzó un bufido. Su crónica llevaba veinte minutos de retraso. Tenía que haberla entregado a las ocho en punto. Decidió no pensar en otra cosa que en el texto que estaba redactando.

A las nueve y media de la mañana entraba en el Gabinete de Prensa. Tan sólo estaban presentes Ángel Fernández, el máximo responsable del departamento, y uno de sus colaboradores, pero no Maribel. «Debe estar desayunando», se dijo, conociendo a la perfección la costumbre que su amiga tenía de ausentarse del despacho antes de que, a causa de la actividad informativa, la jornada entrara en una dinámica que le impidiera abandonar su puesto de trabajo ni por un segundo.

Al comprobar que no rondaba por allí ninguno de los colegas de la competencia, se acercó con decisión al jefe del departamento.

—Ángel, ¿cómo está el crimen de la mujer de la limpieza? ¿Hay alguna novedad? ¿Puedes adelantarme algo?

El jefe del Gabinete, un policía que aún no había superado los cuarenta, no muy alto, pero de complexión robusta y semblante serio que siempre se había mostrado

muy cálido con ella, movió la cabeza de un lado a otro.

—Nada nuevo que yo sepa. Me consta que los de Homicidios están trabajando a fondo pero hasta ahora no han podido resolver el caso.

Margarita permaneció callada durante unos segundos.

—Pero hace casi un mes... Es mucho tiempo para que todo siga como al principio.

—Yo no digo que todo esté como al principio. Te digo que hasta ahora los de Homicidios no han podido resolver el caso, que es muy distinto.

—Por consiguiente —replicó la periodista de *BCN*—, deben estar sobre alguna pista...

—Me imagino que sí.

—¿Te lo imaginas —volvió a intervenir ella mientras su semblante empezaba a lucir una sonrisa de picardía— o sabes algo?

—No me tires de la lengua, Margarita. Te cuento lo que puedo contarte y siento, de verdad, no poder ser más explícito. ¡Ojalá pudiera anunciar un nuevo éxito de la Policía! ¡Qué más quisiera yo!

Ángel Fernández pronunció sus últimas palabras con una sonora carcajada. Margarita era consciente de que allí no iba a obtener más información.

—Volveré más tarde —dijo a modo de despedida.

—Tú misma —respondió Fernández—, pero creo que perderás el tiempo si vas a Homicidios. No te van a decir más de lo que yo te he dicho.

—Nunca se sabe —dijo la periodista antes de abandonar la dependencia.

Descendió con rapidez las escaleras y tres minutos más tarde se sentaba junto a Maribel, que estaba apurando su café con leche en el bar donde siempre desayunaba, a quien resumió la conversación que acababa de mantener con el jefe de prensa.

—Pues lo que te ha dicho Ángel es lo que hay. Es cierto que los de Homicidios están que trinan porque no han podido esclarecer lo sucedido y ya sabes que eso no gusta a nadie, desde Javier Arousa hasta Juan Cano. Hay mucha tensión ahora mismo en el Grupo por esto, todos están de muy mala leche.

—Dos homicidios sin resolver en dos meses, el de esta pobre mujer y el del conductor del metro, es algo poco habitual.

—Exacto y, como comprenderás, eso añade presión a las investigaciones.

—¿Puede haber alguna conexión entre ambos casos?

—No que yo sepa. Pero es que, de verdad, se sabe muy poco de los dos crímenes. Como te ha dicho Ángel, lo que se ha obtenido hasta ahora y nada es prácticamente lo mismo.

Margarita sabía que Maribel no mentía. Si ella decía que lo obtenido por los inspectores de Homicidios era poco, es que no había más. Deseó fervientemente que el director no se interesara por las dos muertes pendientes todavía de explicación. No quería aparecer ante sus ojos como una periodista poco profesional.

—Tengo una reunión. No volveré hasta después de almorzar. A las cuatro o cuatro y media.

—Entendido, señor Miret.

Sara Martí dudó que su jefe hubiera oído toda la frase, pues salió de la sala a toda prisa. Inconscientemente, miró el reloj digital que tenía sobre su mesa: las once y cuarto. Disponía de toda la mañana para ampliar sus pesquisas. Estaba sola, así que la situación era idónea. Movi6 el rat6n, clic6 un par de veces, y la 6ltima lista de pagos, ingresos y aportaciones apareci6 en la pantalla. No quiso detenerse en repasar el barullo de cifras que tena a sus ojos. Ya las analizara con m6s calma en su casa. Coloc6 la flecha sobre la palabra imprimir y ejecut6 la orden. Inmediatamente, la impresora se puso en marcha y empez6 a vomitar hojas repletas de n6meros. Un minuto despu6s haba terminado. En total, tres hojas que Sara extrajo de la bandeja de la impresora y que, aunque estaba a solas, introdujo sin p6rdida de tiempo en una carpetilla amarilla que guard6 en el primer caj6n de su mesa.

El tel6fono son6 justo cuando su mano soltaba el cierre met6lico.

—Estamos sin jefes, ¿desayunamos?

La voz de la secretaria de Eudald Montfalc6 transmita felicidad.

—¿C6mo sabes que mi jefe no est6?

—Porque me lo ha dicho el mío. Tenían una reuni6n fuera de aqua. ¿Qu6, aprovechamos su ausencia?

—Paso a buscarte ahora mismo —respondi6 Sara poni6ndose en pie para dirigirse al perchero y coger el bolso.

Poco despu6s de que doblara el 6ngulo del pasillo F6lix Miret volva a entrar en el despacho.

—Sara, ¿ha visto mis llaves?

El presidente de la Uni6n Musical de Catalunya tard6 poco en comprobar que en su Secretaría no estaba. Revis6 la oficina sin resultado alguno y, resoplando porque el tiempo le apremiaba, oje6 la mesa de su secretaria por si el llavero estuviera por alla.

La parte superior de la mesa estaba absolutamente despejada. «Puede que las haya encontrado y guardado en alg6n caj6n», se dijo mientras abría el primero. Encontr6 una carpeta amarilla que agarr6 sin contemplaciones para dejarla sobre la mesa por si las llaves estaban debajo. Al sacarla del caj6n, algunas hojas cayeron de su interior y quedaron esparcidas junto al teclado. El presidente de la Uni6n maldijo mentalmente el incidente porque le iba a retrasar a6n m6s. Se inclin6 sobre la mesa para coger los papeles y abri6 la carpeta para volverlos a colocar donde estaban, pero no lleg6 a hacerlo: las hojas que tena a sus ojos recogían los movimientos financieros de la entidad y no recordaba haberlos pedido a su secretaria. De la sorpresa pas6 a la angustia. Lo que aquellos datos ponían de manifiesto constituía una amenaza. Reproducían todas las operaciones ordenadas por 6l, tanto las efectuadas en beneficio de Catalunya Independent i Unida como en beneficio suyo y de Eudald Montfalc6. Su gran secreto corría peligro. Pero la segunda revelaci6n que estall6 en su mente fue

que tenía el enemigo en casa: su secretaria era una gran traidora.

Tenía que decidir rápidamente qué hacer. Devolver la carpeta al lugar donde la había encontrado implicaba un gran riesgo, pero si se la quedaba, Sara sabría que la había descubierto. Y eso podría ser contraproducente para sus intereses. Con las manos temblando, sacó su teléfono móvil de la chaqueta.

—Eudald, ven inmediatamente a mi despacho. Tenemos un problema.

El gerente no hizo ninguna pregunta. El tono empleado por Miret lo desaconsejaba. En menos de dos minutos, irrumpió en Presidencia con la respiración agitada. Miret le reveló su descubrimiento mostrándole al mismo tiempo las hojas de la contabilidad sin dejar de otear el pasillo.

—A saber cuánto tiempo lleva haciendo esto —dijo con evidente preocupación.

—No es el momento de entrar en este tipo de especulaciones —cortó Montfalcó—. Tenemos que tomar una decisión ya.

—¿Qué hacemos? ¿Nos las llevamos y dejamos que esta hija de puta se entere de que sabemos lo que está haciendo o las volvemos a guardar?

El gerente de la Unió Musical de Catalunya se apoyó en el borde de la mesa con los ojos cerrados.

—Pásame los papeles.

Empezó a leerlos con detenimiento.

—¿Tú los has leído?

—No he tenido tiempo —dijo Miret.

—Bien. No hay nada en ellos que nos deba preocupar. Todo lo que consta en estas hojas está debidamente justificado. Llegado el momento podríamos explicar el contenido de estas hojas ante quien fuera y sin mayores problemas. No son relevantes, así que las dejaremos donde las encontraste.

—¿Estás seguro?

—Completamente —respondió Montfalcó sin titubear—. Tenemos que hacer tres cosas. La primera, hablar con los informáticos para que a partir de hoy mismo impidan a nuestras secretarias acceder a la contabilidad de la Unió. Y para que Sara no sospeche, diremos que están actualizando el sistema o algo parecido. En segundo lugar, debemos saber si tiene más papeles y, de ser así, dónde los guarda. Si están aquí, conozco gente capaz de dar con ellos por muy escondidos que los tenga. Y si no los tiene aquí, ya pensaré algo. Déjalo en mis manos. Y, por último, trátala como hasta ahora. No varíes tu forma de actuar. Tómatelo como si fuera una actuación. Sé el de siempre.

—Nunca me fié de esta mujer. La mantuve en su puesto de trabajo porque es muy eficaz y para no alarmar a nadie con mi llegada. Pero jamás confié en ella. No sé. Tenía algo que no me generaba confianza. Cuestión de piel, supongo.

—Seamos prácticos y no perdamos el tiempo. Deja el asunto en mis manos, hay mucho en juego y a los dos nos interesa solucionar esto. Ya te informaré de cómo pienso hacerlo, tengo una idea que debo madurar. Dame un par de semanas. Mientras,

actúa con ella como hasta ahora, pero procura ser más cauto que nunca. Dale la mínima información y, sobre todo, una información que no nos afecte lo más mínimo. Pero no cortes por completo tu comunicación con ella porque podría levantar recelos y eso no nos conviene. No debemos ponerla en guardia.

CAPÍTULO 12

El callejón sin salida en el que se encontraba la resolución de los asesinatos de Juan Morales y Alicia Rodríguez se había convertido en un aguijón que no dejaba de herirle la cabeza. A medida que los días y las semanas iban pasando, a Javier Arousa le costaba cada vez más conciliar el sueño, pues la duermevela le sumía en un mar de pesadillas que tardaba horas en calmarse. Apenas había empezado a dormir cuando le despertó su teléfono móvil. Se quedó quieto durante unos segundos dudando si el sonido era real o formaba parte de sus delirios. La razón, finalmente, se impuso. Se incorporó de la cama y miró de reojo el despertador: las cinco de la madrugada. Miércoles 21 de septiembre. Seguro que algo malo acababa de suceder.

En efecto, cuarenta minutos después entraba en una casa modesta, de una sola planta y enalada en blanco que parecía corresponder más a una aldea rural que a una ciudad con las aspiraciones de modernidad de Barcelona. La vivienda estaba ubicada en la parte más alta del barrio de Roquetes. Justo al otro lado de la calle, la montaña del Tibidabo recuperaba su aspecto natural: los pinos y los matorrales que se habían salvado de la especulación urbanística crecían por la ladera ajenos a las toneladas de hormigón, cemento y asfalto que se extendían hasta el mar.

María Bernal fue a su encuentro en cuanto lo vio.

—Es una mujer.

La agente sacó una pequeña libreta negra del bolsillo trasero de su pantalón.

—Según su DNI se llama Antonia Díez Infantes. Nació en Teruel, tenía treinta y cinco años y vivía sola. El cadáver fue hallado por una vecina que, al dirigirse a su trabajo, vio abierta la puerta de la casa. Llamó y como nadie respondía, entró en la vivienda. La encontró sobre la cama completamente vestida. Aunque al principio se resistía a decirlo, al final ha declarado que era vox pópuli que se dedicaba a la prostitución. Mi impresión es que no hubo violación. El equipo médico todavía no ha terminado de trabajar. La habitación está ahí.

Y sin añadir nada más, la agente empezó a andar hacia el interior del domicilio, cruzó lo que parecía ser el comedor —una habitación no muy ancha, con una mesa de madera oscurecida por la edad y la falta de limpieza, dos sillas, un mueble también de madera e igualmente sucio y una lámpara de metal que pendía del techo sujeta por un hilo que parecía a punto de romperse— y se detuvo ante una puerta que daba acceso a una habitación.

—Murió en su dormitorio —aclaró Bernal.

Javier Arousa saludó con una mano a los sanitarios y, sin moverse del lugar, echó un vistazo a la cama donde una mujer rubia yacía boca arriba. Llevaba puesta una

minifalda de lentejuelas rojas muy gastada y una camisa azul con un par de botones desabrochados. Los zapatos estaban al pie de la cama.

Una mujer que vestía una bata blanca y llevaba colgando un estetoscopio se acercó.

—Soy la doctora Gimeno, del Servicio de Emergencias Médicas.

A Javier Arousa le impresionaron las profundas ojeras que lucía.

—Y yo el inspector Arousa, jefe del Grupo de Homicidios. ¿Cuál es su primera impresión?

—Cuando llegamos ya estaba muerta, aunque no hacía demasiado tiempo, entre una hora y hora y media a lo sumo. Aunque no tenía constantes vitales, tratamos de reanimarla pero no respondió a nuestros intentos. No tenía pulso ni presión sanguínea.

—La inspectora cree que no hubo violación —comentó Arousa.

—Esa es también mi primera impresión. Todavía lleva puesta la ropa interior y no he apreciado signos externos de que fuera violada.

El jefe del Grupo de Homicidios adivinó que al hablar de ropa interior, la doctora Gimeno debía referirse tan sólo a las bragas porque resultaba obvio que la fallecida no llevaba sujetador.

—¿Podría tratarse de una muerte natural?

La doctora Gimeno se tomó unos segundos antes de contestar.

—Si por natural se entiende debida sólo al alcohol, podría calificarse como muerte natural porque el olor que emanaba de su cuerpo cuando llegamos me invita a pensar que bebió de lo lindo.

—¿Pudo haber algo más que alcohol? —preguntó Arousa.

—Es posible. Los de la Brigada Científica han encontrado un bote repleto de pastillas sobre la mesilla de noche que parecen anfetaminas. No lo sabremos seguro hasta que sean analizadas, pero mi experiencia me dice que debió consumir a la vez alcohol y drogas... y eso sí explicaría su fallecimiento. En todo caso, inspector, tendrá que esperar a que le practiquen la autopsia.

Los tres permanecieron en silencio hasta que la doctora volvió a hablar.

—Inspector, nosotros ya no hacemos nada aquí. Si me necesita, estaré toda la mañana en el Servicio de Emergencias Médicas.

—Gracias, doctora Gimeno.

La forense recogió todo su material y, seguida por sus dos ayudantes, abandonó el dormitorio.

—¿Podría tratarse de un robo? —preguntó el jefe de Homicidios en cuanto se quedó a solas con Bernal.

—No lo parece. Llevaba 65 euros en su cartera, que estaba cerrada, y una tarjeta de crédito.

Arousa echó un vistazo a la habitación. Era tan sencilla como el resto de la casa. Una cama amplia y metálica, la mesilla de noche a la que había hecho referencia la

doctora Gimeno, con una lámpara también metálica de color amarillo chillón, una silla de madera oscura y una bombilla desnuda en el techo. En definitiva, una estancia sin nada que la dignificase. Como el resto de la vivienda.

—Habrà que comprobar —dijo una vez concluida la inspección ocular— si realmente ejercía la prostitución, dónde solía trabajar y si fue vista con algún cliente. Llamaré a Cano y a Prats para que se pongan en marcha ya.

El jefe del Grupo de Homicidios calló lo que bullía en su mente. «Esta vez no podemos fallar. Debemos resolver este caso. No puede ser que también quede pendiente y que se sume a los otros dos».

—Yo me quedaré hasta que llegue el juez de guardia.

Las palabras de María Bernal interrumpieron su diálogo mental.

—De acuerdo —dijo Arousa—. Si surge cualquier novedad me llamas al móvil.

Ella asintió con la cabeza.

Javier Arousa se encaminó lentamente hacia la puerta. Antes de salir de la habitación volvió a contemplar el cuerpo sin vida de aquella espléndida mujer. Era bella. Su melena era rubia y larga, y cada pelo parecía estar en su lugar, su rostro desprendía serenidad y sus labios habían adoptado un rictus sonriente, casi de felicidad. Pensó que más que muerta parecía estar plácidamente dormida y que, en cualquier momento, iba a despertar. Joven, bella y prostituta. Sintió lástima por ella.

—Se lo he puesto fácil, querido Arousa. No me diga que tampoco conoce esta ópera...

Jordi Marchena le dio algún tiempo para contestar pero al observar el rostro serio del jefe de Homicidios, cambió de actitud.

—La joven de esta madrugada...

—En efecto.

—¡Qué lástima! Más de veinte años practicando autopsias y todavía hay muertes que me entristecen.

Mientras el director del Instituto Anatómico Forense del Hospital Clínic hablaba, se dirigía al armario refrigerado moviendo la cabeza de un lado a otro como si quisiera negar una realidad ya irrevocable. Se detuvo ante el mosaico de puertas metálicas que guardaban los cuerpos sin vida que habían sido sometidos a examen. Cogió una carpeta que colgaba del asa de una de ellas y la leyó en silencio.

—Los análisis —dijo al finalizar la lectura— no dejan lugar a dudas. Esta pobre chica tenía más alcohol en las venas que sangre. Su hígado nos indica que, en efecto, abusaba de la bebida y de seguir así, más temprano que tarde le habría pasado factura. También hemos encontrado restos de pastillas en su estómago.

—¿Se drogaba?

—Sí, con cocaína, pero ayer no consumió. La composición química de las pastillas pone de manifiesto que se trataba de psicofármacos, es decir tranquilizantes,

somníferos. La fórmula exacta constará en mi informe, pero ya le adelanto que son somníferos que se pueden comprar en cualquier farmacia sin receta médica. El alcohol y los somníferos se convirtieron en un cóctel casi mortal de necesidad.

—¿Casi? —preguntó con sorpresa el jefe de Homicidios.

—Casi, porque ese cóctel no le causó la muerte.

Arousa levantó la cabeza al escuchar aquella revelación. Cuando todas las explicaciones dadas por el forense parecían apuntar al alcohol y las pastillas como causa de la defunción, el doctor Marchena desmontaba por completo aquella teoría.

—Lo que la mató fue otra cosa.

El médico abrió la pequeña puerta metálica que se encontraba a sus espaldas y sacó la plancha sobre la que yacía Antonia Díez. Apartó la sábana que cubría su cuerpo y con una mano levantó el pecho derecho de la joven que ahora, sin vida, no era más que un pedazo de carne carente de todo atractivo. Con el índice de la otra mano señalaba un punto.

—Fíjese en esto.

Justo en la comisura inferior del seno que el doctor sostenía con su mano se divisaba una pequeña mancha oscura que, de no haber sido por la indicación de Jordi Marchena, le habría pasado desapercibida al inspector. Parecía una simple peca.

—Es un pinchazo y alguien se lo hizo. Es absolutamente imposible que ella misma se lo causara. Y es reciente. Tenía menos de ocho horas cuando lo examiné.

—Pero acaba de decir que no había consumido drogas —dijo Arousa.

—Precisamente, y me ratifico en lo que le he dicho.

El rostro de Javier Arousa reflejaba el estupor que le causó esa negación.

—¿Entonces?

—Alguien le inyectó aire en las venas.

En ningún momento Arousa había considerado que aquella mujer hubiera podido ser asesinada de esa manera.

—Sí. No voy a extenderme en cuestiones forenses y marearle con los efectos que comporta la existencia de aire en las venas. Eso también constará en mi correspondiente informe al juez. Basta con decirle que el aire en las venas acaba produciendo un colapso cardíaco o una embolia cerebral que, si no se atiende en cuestión de segundos, es mortal. A la vista de este hallazgo, yo tengo clara la película de los hechos. No es que quiera meterme en su terreno, pero estoy bastante seguro de cómo sucedió todo.

El policía permaneció callado a la espera de que su interlocutor le expusiera su versión.

—Anoche, la chica consumió grandes cantidades de alcohol que, combinado con los tranquilizantes, la llevó hasta un estado de casi total inconsciencia. Una vez dormida, llegó el pinchazo y el posterior colapso cardíaco. Se le reventó el corazón. ¿Quiere verlo?

Arousa sabía que el ofrecimiento no era ni una broma ni una muestra de humor

negro. Estaba seguro de que un forense como el doctor Marchena, capaz de cantar ópera a voz en grito mientras analizaba unos restos humanos o examinaba un cadáver descuartizado, acabaría por enseñarle el órgano. Rechazó la propuesta negando con la cabeza.

—Fuera quien fuera —continuó diciendo el director del Instituto Anatómico Forense—, eligió un lugar recóndito para efectuar el pinchazo creyendo seguramente que nadie lo descubriría, pero el doctor Marchena es mucho doctor como para caer en un error como ese.

—¿No fue violada?

—Puede descartarlo. Ni violación, ni relaciones sexuales. Murió estando prácticamente dormida.

—¿Dormida?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta?

—Porque esa fue mi sensación al verla. No parecía estar muerta, sino dormida. Bella y dormida.

Volvió a mirar el rostro blanco de la joven. Bajo aquella intensa luz, parecía todavía más bella. Sus pálidas facciones acentuaban las suaves líneas de las cejas, la perfección de su nariz y la redondez de sus pómulos. Volvió a fijarse en su boca. Los labios seguían luciendo una sonrisa.

—¿Y a dónde nos lleva eso, doctor?

—¡Ah, eso es cosa suya, inspector! Yo sólo puedo confirmar que no se trata de una muerte natural, sino que alguien la mató. Descubrir si fue obra de un sádico que disfruta matando o viendo morir a su víctima, si es un asunto de celos o cualquier otra cuestión, eso es trabajo suyo.

Con las sienes a punto de reventar y con un fuerte dolor de cabeza, cuando abandonó la morgue Arousa apenas prestó atención a lo que el facultativo se puso a cantar. De hecho, mientras subía las escaleras de la Jefatura de Policía, ni siquiera estaba seguro de que Jordi Marchena estuviera cantando, pero se dijo que no era el momento adecuado para perder tiempo en resolver esa duda. Tenía otras obligaciones más urgentes y mucho más preocupantes que afrontar.

Al entrar en Homicidios, Manzano, Prats y García Oubiña ya estaban allí.

—Imagino que ya sabéis lo que ha pasado.

La pregunta del jefe de Homicidios sobraba. Arousa conocía sobradamente cómo funcionaban las conexiones profesionales entre sus inspectores y la eficacia y rapidez con que unos y otros intercambiaban información. No obstante, a Arousa le pareció conveniente darles a conocer todo lo que él sabía. Expuso lo averiguado por María Bernal y las conclusiones del doctor Marchena sobre las causas de la muerte de Antonia Díez Infantes en menos de ocho minutos. Su capacidad de síntesis y su habilidad para no olvidar ningún detalle constituían una de sus características profesionales más valoradas por los agentes a sus órdenes.

—No sé si María todavía está por el barrio o si habrá ido a descansar, aunque,

conociéndola, lo dudo, pero, en todo caso, seguro que Cano aún rondará por allí. Vosotros dos —dijo a Prats y García Oubiña— id también por allí e interrogad a las piedras si es necesario para averiguar más sobre la chica. Tenemos que confirmar que, en efecto, era prostituta y, de ser así, por dónde se movía y si solía traer a clientes a su casa. Y lo más importante: hay que averiguar si alguien la vio anoche, quién o cómo era su acompañante, cómo llegaron a su casa, si en taxi, en metro, autobús o en coche propio. Espabilad, las primeras horas siempre son las más importantes para encontrar pistas.

Los dos inspectores salieron de la habitación casi a la carrera.

—Es el tercer asesinato en tres meses —dijo Arousa dirigiéndose a Manzano, que había estado callado durante toda la reunión—. Habrá que echar mano del archivo para encontrar una racha semejante.

—¿Crees que es pura casualidad o piensas que los tres asesinatos están relacionados?

—A priori, Paco, no se puede descartar nada y no pienso invertir un segundo en especulaciones. La resolución de cada muerte traerá la respuesta que ahora todavía no tenemos.

La luz blanca del teléfono empezó a parpadear y cortó la conversación.

—Dime... ahora mismo voy —dijo Arousa—. Es «el baranda». Tengo que ir a su despacho.

—Han empezado a sonar las alarmas —dijo Arturo Ferrer en cuanto Arousa entró por la puerta—. El concejal de Seguridad Ciudadana se ha puesto muy nervioso con el asesinato de esa chica. Y si el concejal de Seguridad Ciudadana se pone nervioso, el alcalde, tarde o temprano, también se pone nervioso. Y tener al Ayuntamiento nervioso no es nada bueno para nosotros.

—No creo que estemos en una situación de crisis —respondió Arousa.

—Crisis, quizá no, pero tres asesinatos en tres meses tampoco pueden minimizarse. No son habituales en una ciudad como Barcelona.

El jefe del Grupo de Homicidios calló. Él también lo pensaba.

—Pero el ataque de nervios del concejal no obedece sólo a esta circunstancia.

Arousa concentró toda su atención en el jefe superior de la Policía.

—Lo que más le preocupa es que la muerte de hoy ha ocurrido cuando sólo faltan tres días para la Mercè, la fiesta mayor de la ciudad, y no quiere que la imagen de la Barcelona de moda, la del congreso de telefonía móvil, la de los grandes salones industriales, la de las pasarelas por donde desfilan las creaciones de los más renombrados modistas y la del millón de turistas se vea manchada por esta serie de asesinatos. Como él me ha dicho, no es la mejor publicidad para la ciudad, y menos con la crisis económica que afecta al país. Así que tenemos que encontrar la mejor estrategia por el bien de todos. ¿Qué sabemos del crimen de hoy?

Arturo Ferrer permaneció en silencio mientras Arousa le detallaba las primeras informaciones de las que disponía. Al terminar la exposición, el jefe superior de Policía se mantuvo pensativo unos instantes y luego ordenó a su secretaria que llamara a Ángel Fernández, el jefe de prensa, que se presentó en el despacho rápidamente.

—Ángel, en relación a la muerte de la prostituta de esta madrugada —preguntó Ferrer al recién llegado—, ¿cómo han reaccionado los medios de comunicación hasta ahora?

—Como de costumbre, sin apretarnos demasiado. El hecho de tratarse de una prostituta reduce el interés informativo. Esperan, eso sí, que les demos cuando menos una versión oficial del caso.

—Y eso es lo que vamos a darles. Javier, tú me has contado que el análisis forense ha confirmado la presencia de alcohol y pastillas en la sangre de la muchacha, ¿cierto?

—Sí.

—Pues eso es lo que vamos a vender por el momento: que se trata de una mujer que, según las primeras informaciones, se dedicaba a la prostitución y que había bebido y consumido alguna sustancia. Hasta aquí, todo correcto, ¿verdad? No tenemos por qué desvelar todo lo que sabemos.

Arousa asintió en silencio.

—Ángel, de momento enfócalo así: la tesis que más fuerza tiene en estos momentos, a la espera de lo que puedan decir los posteriores informes forenses, apunta a una muerte por sobredosis, pero insiste en que no se descartan otras líneas de investigación. En un momento dado, no decir toda la verdad no es exactamente mentir. ¿Estáis de acuerdo?

—Por mi parte —respondió el jefe de prensa—, no hay ningún problema. Me parece bien ser prudente a la hora de facilitar información de un asunto que todavía está pendiente de resolución.

—Vosotros marcáis la línea informativa —dijo Arousa encogiendo los hombros—. Ese es vuestro negociado y a mí no me corresponde entrar en él.

El jefe superior de Policía le observó fugazmente antes de volver a hablar.

—Plantéatelo como una forma de ganar tiempo que, tarde o temprano, va a dejar de ser útil, así que los de Homicidios ya os podéis poner las pilas. Si se trata de un crimen, como cree el forense, hay que atrapar al criminal. No se nos puede escapar. Ángel, tú ya sabes qué es lo que tienes que hacer.

Con esa consigna en su mente, Ángel Fernández regresó con celeridad al Gabinete de Prensa. A través de la puerta medio abierta vio que la sala estaba llena de periodistas. Un rápido vistazo fue suficiente para comprobar la presencia de tres canales de televisión, cuatro emisoras de radio, tres agencias informativas y cuatro periódicos. «Hoy hay quórum», pensó antes de situarse delante de su mesa de trabajo dando la cara a los reporteros. Una lluvia de flashes y un par de potentes focos de las

cámaras televisivas, que cegaron su visión durante unos segundos, retrasaron el inicio de su declaración.

—Las primeras informaciones —empezó a decir cuando estuvo seguro de que dominaba la situación— nos indican que la víctima, Antonia Díez Infantes, de 35 años de edad y natural de Teruel, había bebido alcohol en dosis notables e ingerido pastillas. El cadáver no presentaba síntomas de violación.

—¿Muerte por sobredosis?

El portavoz de la Policía fijó sus ojos en el autor de la pregunta, un periodista de la Cadena Ser. El momento clave había llegado. Echó mano de las directrices determinadas por el jefe superior.

—A falta del informe forense definitivo, esta hipótesis es la que más fuerza tiene en estos momentos.

Notó que sudaba, pero si alguno de los presentes se daba cuenta no le parecería extraño: entre el calor que generaban los focos de las televisiones, la notable presencia de periodistas en la pequeña sala de Prensa y la humedad que continuaba asfixiando la ciudad, su sudor no levantaría suspicacias.

La representante de Televisión Española alzó la mano. Ángel Fernández le dio paso con un gesto con la cabeza.

—Algunos vecinos nos han comentado que era prostituta, ¿puedes confirmarlo?

—Una de las líneas de investigación que estamos siguiendo, quizá la principal, trata de determinar este aspecto porque también a nosotros, como te puedes imaginar, nos ha llegado esta información.

El reportero de la agencia EFE, el más veterano de todos, empezó a hablar sin esperar a que Ángel Fernández le diera paso.

—Has dicho textualmente «una de las líneas de investigación». Eso significa que hay otras. ¿Podemos saber cuál o cuáles son?

El jefe de prensa maldijo mentalmente al periodista. No podía echar marcha atrás y desmentir su propia información, pero tampoco podía desvelar que se trataba de un asesinato.

—Como sabes, por tu dilatada experiencia en la crónica de sucesos, aunque se dé prioridad a una determinada pista porque en estos momentos parece la más fiable y convincente, no deben excluirse otras hasta que el caso haya quedado resuelto por completo. A eso me refería y en eso está el Grupo de Homicidios.

—¿Sabe la Policía dónde ejercía la prostitución? ¿En un club de alterne? ¿En la calle? ¿En una carretera? ¿Se anunciaba en alguna página de Internet?

Todas las cabezas se giraron al unísono ante la intervención de un muchacho joven, moreno, delgado y de rostro serio.

—Perdona —respondió el jefe de prensa—, pero no creo que te conozca. ¿De qué medio eres?

—Soy de Radio Nacional —explicó sin dar a conocer su identidad—, y soy nuevo en este trabajo.

—Eso es lo que también estamos investigando. Os recuerdo —y al pronunciar estas palabras, Ángel Fernández dejó de mirar al periodista radiofónico y alzó la cabeza para que los demás entendieran que su respuesta iba dirigida a todos ellos— que la muerte se ha producido hace ocho o nueve horas y aún no lo hemos podido averiguar todo. Hacemos lo que podemos, pero milagros, no.

Sólo los reporteros más jóvenes sonrieron.

Margarita Serra esperó a que sus colegas se hubieran marchado para acercarse al portavoz policial.

—Ángel, ¿qué importancia le da la Policía al hecho de que los tres últimos asesinatos se hayan producido en el norte de la ciudad y a un kilómetro o kilómetro y medio de distancia entre uno y otro?

Aquella era una circunstancia de la que nadie había hablado, ni Javier Arousa, ni el propio jefe superior. Instintivamente, miró el gran mapa de la ciudad que colgaba en la pared que tenía a su espalda y recorrió con la mirada los tres escenarios donde se habían perpetrado los crímenes. En efecto, cada uno de ellos se encontraba casi a la misma distancia del anterior. Tenía que evitar mostrarse desconcertado por la pregunta. Cualquier duda que mostrara, por pequeña que fuera, podría dar pie a que ella intuyera que nadie había reparado en aquello y valorado debidamente aquel hecho.

—Dado que no hay conexiones entre ellos, por ahora creemos que es pura casualidad.

—¿No será que esa zona de Barcelona, de barrios humildes y de clase trabajadora, no está debidamente protegida?

—Eso puedes descartarlo, Margarita. Al revés. Este verano se ha incrementado el número de patrullas de manera considerable.

Ella permaneció muda durante algunos segundos sin dejar de mirarle.

—Si eso es cierto —comentó al término de este lapso de tiempo—, algo está fallando, porque ha sido en estos barrios donde han tenido lugar las tres últimas muertes violentas.

—La de Antonia Díez Infantes —respondió rápidamente el jefe de prensa de la Policía—, no puede calificarse como muerte violenta.

Margarita aguantó la mirada del policía sin pestañear. Ángel Fernández hubiera dado todo lo que poseía para saber en qué estaba pensando y, en especial, si había creído la versión que acababa de hacer pública. La periodista de *BCN*, sin añadir nada más, se dirigió lentamente hacia la puerta.

Cuando Francisco Manzano entró en las dependencias del Gabinete Científico fue al encuentro de Lluís Boronat, el director del departamento. Aclaró en cinco segundos

el motivo de su visita.

—¿Habéis encontrado algún rastro?

—Salvo huellas dactilares de la fallecida, nada.

El subjefe del Grupo de Homicidios salió del departamento científico con la convicción de que se había cerrado una nueva puerta. Apretó las mandíbulas. La sensación de impotencia le superaba.

Veinticuatro horas después, Javier Arousa se lanzó directamente sobre los periódicos en cuanto entró en su despacho. Ni los informativos de la televisión ni los de la radio del día anterior, ni los que había escuchado mientras se afeitaba y desayunaba, habían destacado la muerte de la joven prostituta entre sus titulares. Apenas una ligera referencia que concluían con la tesis defendida por el jefe de prensa: muerte por sobredosis. Pero muchas veces la prensa escrita se apartaba de esa tendencia general y lo que en la radio o la televisión era una noticia de unos pocos segundos, en los periódicos se convertía en una información destacada. Leyó con avidez las páginas de Sucesos y respiró aliviado. Esta vez, el caso había quedado recogido con discreción en textos de pocas líneas que compartían página con grandes artículos de naturaleza muy dispar. Así, *BCN* destacaba con grandes titulares el éxito obtenido en la reproducción de cernícalos distribuidos por diversas zonas de Barcelona para acabar con las palomas que ensuciaban fachadas y monumentos y que, además de un quebradero de cabeza de índole sanitario, suponían un gasto de notables proporciones para el Ayuntamiento. *El Periódico* hacía hincapié en la necesidad de modificar un túnel recién construido, en el que se habían invertido centenares de millones, porque las previsiones de los técnicos municipales en materia de circulación no se ajustaban al uso que los conductores hacían de la nueva arteria viaria. El gran asunto que ocupaba la primera página de *El País*, con titulares dignos de la mayor catástrofe, giraba en torno a la moda que había hecho furor durante el verano: los sostenes con tirantes transparentes que habían lucido con orgullo la mayoría de las adolescentes. El jefe de Homicidios depositó el periódico sobre la mesa pensando que algún mando del rotativo se debía haber puesto muy caliente con la visión de aquella prenda, e imaginando lo que debía sujetar, como para que aquella información fuera tratada con tal alarde tipográfico. Respiró aliviado: nadie relacionaba el último crimen con los del conductor del metro y la mujer de la limpieza.

A partir de aquel momento, la soledad fue el único inquilino de las dependencias de Homicidios. Arousa sabía que Prats, Bernal, García Oubiña y Cano estaban dedicándose a buscar información sobre el caso.

La inactividad duró hasta las ocho de la tarde. María Bernal entró con paso decidido, saludó a Manzano, dejó el bolso sobre una silla y entró en el despacho de su jefe después de llamar con los nudillos.

—No ha sido demasiado difícil averiguar el bar en el que estuvo ayer Antonia

Díez: Deseos, un local semiescondido en una callejuela junto al Paralelo. Paso de describirlo. Te lo puedes imaginar sin esfuerzo alguno; cutre, oscuro, maloliente y de clientela poco distinguida. Uno de los camareros recuerda que ella llegó pasadas las once de la noche. Que poco después entró un hombre y que empezaron a hablar. De la barra pasaron a un reservado hasta casi la una. El hombre pagó las consumiciones en efectivo, casi 100 euros, y eso es todo. Nadie vio si se fueron en coche o en taxi. Oubiña está en ello. La descripción que me ha facilitado del fulano coincide con el que han hecho varias de las compañeras de Antonia que también los vieron: un hombre de metro setenta y cinco, quizá metro ochenta, rubio, con bigote y gafas metálicas. Llevaba una camisa y un pantalón azul. No era un cliente habitual del bar. Una última información, jefe: todas las compañeras coinciden en que Antonia trabajaba por su cuenta. Ni proxenetas, ni chulos, ni nada que se le pareciera. No es mucho. Por cierto, Cano y Prats continuarán trabajando esta noche para ver si averiguan más de este cliente.

—Vete a casa y descansa —dijo Arousa—. Todavía nos queda mucho por hacer.

María Bernal asintió con la cabeza.

Una hora después, el jefe del Grupo de Homicidios y su hombre de confianza abandonaban la Jefatura Superior de Policía. El levante que había empezado a soplar con intensidad a media tarde acrecentaba la sensación de humedad de los últimos días y, aunque no invitaba a pasear, Arousa decidió regresar a su casa caminando. Necesitaba estar a solas para pensar en los tres asesinatos fuera de las paredes de su oficina.

CAPÍTULO 13

—Martina —dijo Sara—, necesito contarte una cosa; es algo muy serio y si no te lo cuento a ti, ¿a quién se lo voy a contar?

Por el tono de preocupación de su amiga, Martina dedujo que el asunto tenía que ser grave. Incluso pensó que Sara Martí podía estar enferma y que eso es lo que le iba a confesar. Acababan de almorzar en el pequeño piso de la secretaria de la Unió Musical de Catalunya. Ambas estaban tomando café en la terraza tendidas sobre dos hamacas y disfrutando de un sábado soleado y de temperatura cálida. Mitchum se había refugiado en la sala, donde el aire acondicionado permitía respirar un poco mejor. Un limonero que Sara cuidaba con esmero les proporcionaba la sombra necesaria para que los rayos del sol, todavía potentes, no castigaran sus cuerpos.

—Antes de irnos de vacaciones, un par de días antes de embarcar en el crucero, escuché por casualidad una conversación que no he podido quitarme de la cabeza. Fue al entrar en mi despacho. Regresaba de tomar un café y al abrir la puerta, oí que mi jefe hablaba con el gerente.

Sara Martí se sentó en el borde de la hamaca para estar más cerca aún de su amiga. Reprodujo casi textualmente la conversación mantenida por Félix Miret y Eudald Montfalcó sin que Martina la interrumpiera ni una sola vez.

—No sólo me sorprendió lo que decían, sino que me escandalicé. Sentí rabia, mucha rabia. Acababa de descubrir que eran unos corruptos y que estaban engañando a todo el mundo. No sé cómo aguanté, pero lo hice. ¿Y sabes qué me propuse en aquel instante?

Martina sabía que no debía responder.

—Conseguir pruebas. Desde que volví no he hecho otra cosa que intentar encontrar documentos que confirmen sus tejemanejes.

Su amiga lanzó un silbido.

—Corrupción y financiación ilegal de Catalunya Independent i Unida. ¡Madre de Dios, qué historia!

Sara removió su café antes de continuar.

—Pero hasta ahora no he logrado nada. Las cuentas que he podido revisar parecen en orden. Todos los movimientos bancarios cuentan con el visto bueno de Miret y Montfalcó. Pero lo que más me ha sorprendido son las numerosas y cuantiosas aportaciones de grandes empresas. Y no sólo constructoras, porque también he encontrado ingresos de compañías eléctricas, de transporte y distribución de agua, concesionarias de autopistas, fundaciones bancarias y financieras... El Patronato de la Unió tiene grandes mecenas que no me parece a mí que estén muy

interesados en mantener o fomentar el mundo de la música catalana. Más bien creo que han encontrado en la Unió una fórmula segura para devolver los favores recibidos.

—Desde luego —dijo Martina—, que grandes sociedades contribuyan económicamente en la financiación de una entidad sin ánimo de lucro como es la Unió Musical de Catalunya no resulta extraño. Creo que esas aportaciones, además, les permiten pagar menos impuestos. En definitiva, que esas empresas pagan a los gobiernos, quedan bien delante de la opinión pública y, de paso, desgravan.

—¿No está mal, no? Nada mal. Negocio redondo —ratificó Sara—. Por eso la clave del tinglado no está en los ingresos, sino en cómo ese dinero llega a los bolsillos particulares y del partido. No he conseguido averiguar cómo se hace este trasvase ni he logrado la documentación que necesito para poder tirar del hilo y saber quiénes han cobrado.

La secretaria de la Unió Musical de Catalunya sudaba. Su frente y sus mejillas estaban plagadas de pequeñas gotas que ella no notaba aunque la sensación de humedad se extendía también al resto de su cuerpo. Pero al revelar lo que sabía se había quitado un peso de encima. Ya no era la única persona que conocía qué estaba ocurriendo en la Unió. Ahora, también Martina estaba enterada. Contempló a su amiga, que permanecía tumbada con los ojos cerrados. Como si supiera que Sara la estaba mirando, se incorporó y se giró hasta que los dos rostros quedaron a muy poca distancia.

—Estás hablando de mucho dinero, ¿verdad?

Sara asintió con la cabeza.

—Un dinero que va a parar a Catalunya Independent i Unida —Martina emitió un silbido—. Eso es muy peligroso. Es el gran tabú de la democracia: cómo se financian los partidos políticos.

—Creo que sí —ratificó Sara.

—Pues ve con cuidado. Esta gente es muy poderosa y si en algún momento se sienten amenazados harán cualquier cosa para sobrevivir. Si vas a tirar de la manta, adelante, pero ándate con ojo, con mucho ojo.

—¿Qué crees que puede pasar?

—Mira, nosotras somos muy poca cosa, unas mindundis. Siento ser tan explícita pero es así. Y ellos son grandes leones que pueden acabar contigo o conmigo de un zarpazo y sin desmelenarse ni siquiera un poquito.

—Lo sé, lo sé, pero me revienta tanto engaño, tanta falsedad, tanta hipocresía y tanto chanchullo. La verdad debe conocerse.

—¡Pareces Juana de Arco, versión ingenua! —dijo Martina soltando una carcajada—. Desde luego, el mundo mejora gracias a gente como tú. Si estás decidida a continuar, cuenta conmigo pero, de hacerlo, prepárate a recibir bofetadas de todos lados.

—También lo sé.

—Espera, tengo que enseñarte una cosa.

Sara se levantó y Martina la miró mientras se dirigía al interior. Cuando regresó a la terraza, llevaba una carpeta de color verde en la mano y su semblante lucía de nuevo un tono de preocupación.

—Aquí está todo lo que he podido recopilar hasta ahora. Todos los pagos de dos mil euros que mi jefe ha ido cobrando desde que llegó, que suman en total treinta mil euros, más sesenta mil autorizados por el gerente no sé en concepto de qué, la fotocopia del cheque de doce mil que ingresé en la cuenta corriente de Miret y, en una hoja aparte, los 59.715 euros correspondientes a pagos a proveedores cuyo origen desconozco porque no habían quedado reflejados en ninguna anotación y los 90.529 euros transferidos a diversas cuentas cuyos titulares tampoco he logrado averiguar. En total, Félix Miret ha manejado en quince meses unos doscientos cincuenta mil euros, ¡un cuarto de millón de euros que no ha dado a conocer a los miembros de la Junta Directiva del Patronato!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Martina dejando de mirar los documentos que tenía entre sus manos.

—Porque yo he redactado todas las actas de cada una de las sesiones que se han celebrado bajo la presidencia de mi jefe y he preparado la documentación que se ha entregado a los consejeros. Y nada de eso figuraba en los papeles. La Junta no sabe que Félix Miret utiliza el dinero a su antojo, ni mucho menos que la Unió Musical de Catalunya forma parte del engranaje que hace llegar dinero negro a Catalunya Independent i Unida, dinero del que él y Montfalcó se quedan una parte.

Martina estuvo un buen rato contemplando todos aquellos papeles en silencio hasta que se los devolvió a Sara.

—¿Qué piensas hacer?

—Esa es la gran pregunta. La verdad es que no lo sé. He pensado en hacer llegar la documentación a algún miembro de la Junta y que ellos actúen en consecuencia pero, de saberse que yo los he filtrado, acabaré pagando las consecuencias. Estoy hecha un mar de dudas.

Sara dejó transcurrir unos segundos por si a su amiga se le ocurría alguna idea, pero Martina, que tenía su mirada clavada en algún punto indefinido sobre el mar, no abría la boca. Sara ordenó toda la documentación y, con la carpeta verde en la mano, volvió a entrar en la vivienda.

—Creo que no debes tener prisa —le dijo Martina en cuanto la secretaria de la Unió Musical de Catalunya volvió a la terraza—. Ya no viene de un día, ni de una semana. Quizá sea más seguro para ti tener más información. Cuantos más papeles consigas, menos dudas tendrá la persona o personas a las que se los hagas llegar, ¿no te parece?

—Llevas razón —respondió después de permanecer callada valorando la propuesta de su amiga—. Intentaré ampliar este dossier y ya pensaré a quién se lo hago llegar cuando haya conseguido más información. Sí, será mejor ir paso a paso y

dejar que las cosas vayan saliendo por sí solas.

—He quedado con Paola, que este fin de semana no trabaja. No cenaré en casa.

La madre de Carolina puso en marcha el lavavajillas y salió de la cocina en cuanto oyó el comentario de su hija. Quería verla antes de que desapareciera.

—¿A dónde iréis? —preguntó, mientras la joven farmacéutica se ajustaba una chaqueta de cuero negra y se contemplaba en el gran espejo del recibidor.

—A las fiestas de la Mercè. Queremos callejear un poco. ¡Me hace tanta falta!

La señora Romero contempló a Carolina admitiendo una vez más que, definitivamente, ya no era la niña que se encontraba a gusto entre sus brazos o que saltaba sobre la cama las mañanas de los fines de semana sabiendo que ni su padre ni su madre iban a trabajar.

—¡Qué duro es el mundo del trabajo! ¿Verdad, hija mía?

—Lo es, mamá, lo es. No tiene nada que ver con la vida de estudiante. Eso ya me lo imaginaba. No hace falta ser muy lista para intuirlo. Pero no me quejo de eso, mamá.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? —preguntó mientras se acercaba a Carolina.

—Me gusta mi profesión. He descubierto que me gusta ayudar a que la gente se cure, a que se encuentre mejor, pero lo que no me gusta, y de eso en la Facultad nadie nos dijo nada, es la cantidad de horas que me paso frente al ordenador por los trámites administrativos: controlar los pedidos, abastecer el almacén, justificar ante Sanidad los medicamentos prescritos... no te haces una idea del tiempo que se invierte en todo eso, mucho más que en atender a la clientela. Es horrible.

Su madre la abrazó y permanecieron un rato enlazadas en silencio.

—Si te sirve de consuelo, hija mía, todas las profesiones tienen aspectos duros. A mí me gusta ser peluquera, mejorar el aspecto de las clientas, lograr que se sientan mejor, más bonitas, y cuando lo consigues es la mejor recompensa. Pero no siempre es así. Muchas veces la persona que atiendes está de mal humor, o te pasas el día haciendo faenas entre peinado y peinado. Y me refiero a lavar los utensilios, barrer el suelo, colocar todos los instrumentos en su sitio, y cosas así. Para mí, eso también es pesado pero forma parte del trabajo. Como debe ser para ti sentarte frente al ordenador. Pero lo fundamental, hija, es que el balance general sea lo suficientemente bueno como para que lo que te hace feliz pese mucho más que lo negativo.

Se detuvo como si quisiera coger aire.

—¡Menudo rollo te estoy largando! —añadió de pronto sonriendo.

Volvió a abrazar a su hija y la besó con cariño.

—Y ahora, sal y diviértete, que Paola y tú os lo merecéis, pero sed prudentes. No os paséis con la bebida.

—¡Mamá, si apenas bebemos! —protestó Carolina, sabiendo que su madre era

consciente de que no se excedía con el alcohol.

Salió a la calle dispuesta a pasárselo bien, pero a pesar de la conversación con su madre, la insatisfacción por los aspectos menos gratificantes de su trabajo no desapareció por completo.

CAPÍTULO 14

Margarita Serra miró el reloj antes de entrar en el consejo de redacción: las seis y media. «Ojalá el aquelarre no se prolongue demasiado», pensó mientras ocupaba una de las sillas dispuestas alrededor de la gran mesa ovalada que iba a presidir el director. Estar de guardia un fin de semana y suplir la ausencia del redactor jefe de la sección no le hacía feliz, pero hacerlo aquel sábado 24 de septiembre coincidiendo con las fiestas de la Mercè resultaba aún más insoportable: se había citado con Mario a las nueve y media en uno de los bares de la playa de la Barceloneta para cenar y contemplar el gran festival pirotécnico que empezaría a las once de la noche.

Luís Poch entró sin saludar a nadie y se sentó en su silla.

—A ver, Política, ¿qué tenéis?

Uno a uno, los redactores jefes de Política, Internacional, Opinión y Economía fueron explicando los principales asuntos del día. Llegado su turno, Margarita resumió los de Sociedad, que giraban casi exclusivamente en torno a los actos vinculados con la gran fiesta mayor de Barcelona. Su intervención fue corta. Poch no mostró entusiasmo alguno por aquellos asuntos.

—Bien. ¿Cultura?

—Nuestro corresponsal en Andalucía —empezó diciendo el responsable de la sección— nos ha mandado una crónica bastante extensa y detallada sobre el deterioro de la Alhambra de Granada. Y la verdad es que se encuentra en un estado de mantenimiento deplorable. Está tan sucia y abandonada que al pie de la muralla primitiva, de la época de la dominación árabe, se han encontrado jeringuillas y condones.

Luís Poch se removió en la silla antes de preguntar.

—¿Condomes? ¿De la época árabe?

Todos los presentes bajaron la cabeza y clavaron la mirada en el suelo para que el director no se diera cuenta de que estaban desternillándose. Margarita, contagiada por el evidente estado de hilaridad de sus compañeros, se mordió el labio. «Ni a Groucho Marx se la habría ocurrido una salida como esta», pensó mientras se esforzaba por controlar las ganas de reír.

—No, Luís —respondió el máximo responsable de la Sección de Cultura, que para sorpresa de Margarita había logrado mantener el mismo tono de seriedad con el que había empezado a comentar la noticia—. Son recientes, como las jeringuillas.

—¿Tenéis fotos?

—Sí.

—Bien —añadió el director, removiéndose en la silla como si estuviera incómodo

—. Abrid con esto. ¿Deportes?

—Lo más importante de hoy es la semifinal de tenis que David Ferrer y Julien Benneteau disputan en Kuala Lumpur. Ferrer se ha hecho con el segundo set y ha logrado igualar el partido.

El responsable de la sección de Deporte no había terminado de hablar cuando Luís Poch soltó la pregunta:

—¿Y quién gana?

En apariencia, el redactor jefe no pareció inmutarse por aquella intervención de su director aunque tardó un par de segundos en responder.

—Por el momento, nadie. Van uno a uno y ahora se está disputando el tercer set.

—Claro, claro, el tercer set —dijo Poch mirando a Margarita, que intentaba mantener su rostro impávido.

Y en la mirada del director había de todo menos cordialidad. Ella lo notó y redobló sus esfuerzos por mantener la compostura.

—Tienes los ojos rojos, Margarita —le dijo su compañera de mesa cuando regresó a su puesto de trabajo—. ¿Te encuentras mal?

—En absoluto. No te preocupes. Luego te lo cuento. En este oficio, hay días impagables. Y hoy es uno de ellos.

A las nueve menos cuarto de la noche del miércoles 19 de octubre, emitidas las peticiones de suministro para el día siguiente, analizada la recaudación de la jornada y ya a solas, Robert Font abrió el correo electrónico que a media tarde le había remitido el Colegio Oficial de Farmacéuticos.

La consejería de Sanidad nos ha comunicado esta mañana su decisión de suspender este mes el pago de la factura farmacéutica correspondiente al pasado septiembre y que debía abonar el próximo noviembre. Este nuevo retraso alarga hasta 105 días el plazo de cobro, lo que resulta inasumible por parte del colectivo de farmacéuticos. El Gobierno, no obstante, justifica esta medida por la falta de liquidez de su tesorería y la imposibilidad de hacer frente a todas las obligaciones que tiene contraídas con sus proveedores. La Junta Directiva de este Colegio ha tratado de conseguir que, en el supuesto de que alguno de nuestros colegiados se viera en la obligación de solicitar un crédito a las entidades financieras para hacer frente a esta situación, los intereses de tales préstamos corrieran a cargo de la Consejería de Sanidad, una petición, no obstante, que ha sido desestimada por completo. A la vista de tan tajante postura, este Colegio está intentando mediar para que bancos y cajas de ahorro apliquen los mínimos intereses.

—Bla, bla, bla —dijo en voz alta después de leer el último párrafo del comunicado—. Palabrería para intentar quedar bien. La única verdad es que este mes no voy a cobrar el 80 por ciento de mis ingresos y no por mi culpa, pero, a cambio, sí deberé hacer frente a todos los pagos. ¡Lo que me faltaba!

Cogió una hoja en blanco y la libreta donde anotaba las facturas de sus proveedores. Calculó cuánto les debía pagar a lo largo de noviembre, añadió los salarios de Carolina y María, los recibos de teléfono, agua, luz y gas, el alquiler del local y las cuotas del crédito que había solicitado para pagar las indemnizaciones de los dos farmacéuticos despedidos. Sumó todas las cantidades: treinta y seis mil euros. Volvió al ordenador para acceder a su cuenta bancaria. En pocos minutos ratificó lo que ya sabía de antemano: que después de abonar las nóminas y pagar a sus proveedores, sus ahorros estaban bajo mínimos. La cifra apareció con toda nitidez en la pantalla: 6.125 euros. «No me alcanza ni para cubrir los sueldos y las pagas extras de Navidad. No llegaré a febrero y, quizá, ni a finales de enero».

Empujó la silla hacia atrás casi con rabia alejándola del ordenador como si, de esta manera, se distanciara del problema que aquel comunicado le acababa de crear.

—¡Lo que te faltaba, Robert! —exclamó, pero sólo el silencio le respondió.

En medio de la rebotica, en el centro de la más absoluta soledad, apoyó los brazos sobre los muslos, se agarró las manos con fuerza y permaneció en esta posición sin ser consciente de que el tiempo pasaba.

—Treinta mil euros —repitió varias veces—. Treinta años de trabajo y me faltan treinta mil puñeteros euros para que la farmacia no muera.

Decidió levantarse al notar que su cuerpo empezaba a anquilosarse. La inmovilidad y la tensión le pasaban factura. Angustiado, con el corazón golpeándole con fuerza las costillas y con un intensísimo dolor de cabeza, colgó la bata blanca en el armario, cogió el abrigo, conectó la alarma y apagó las luces. Sin poder quitarse de la cabeza el impago de la Sanidad Pública, llegó a su casa completamente abatido. Renunció a la cena y se dejó caer sobre el sofá. La situación era límite y su capacidad de reacción estaba agotada. De no encontrar alguna solución de manera inmediata — y en aquel momento era incapaz de dar con ninguna— no le iba a quedar más remedio que cerrar la farmacia y traspasar el local. «Casi cuarenta años de esfuerzo y dedicación para acabar en la ruina». Resopló. Sabía que aquella noche no iba a dormir, pero no quiso recurrir a los tranquilizantes ni contarle lo que le ocurría a su hijo. «No serviría de nada decírselo ahora. Al contrario, conociéndole como le conozco sé que se preocupará y, seguramente, se desvelará. Por lo menos —murmuró mientras se dirigía con parsimonia al dormitorio—, que él pueda dormir. Ya se lo contaré más adelante».

Durante las dos semanas siguientes, el farmacéutico se mostró reservado, huraño y tenso, una actitud que no pasó desapercibida ni a Carolina ni a María. Ambas

procuraban atender a la clientela con la entrega y la dedicación habituales, pero miraban de reojo a su jefe intentando descubrir cuáles eran los motivos de su extraño comportamiento. En cada una de las ocasiones que Robert actuaba de forma diferente a como en él era habitual, es decir, mostrándose parco en las explicaciones con los clientes o despachando los medicamentos casi en silencio, María miraba a su compañera de trabajo levantando las cejas. Pese al esfuerzo que ellas hacían por mantener la normalidad, resultaba obvio que el ambiente en la farmacia era tenso.

Iniciado ya el mes de noviembre, Robert les pidió que se quedaran una vez cerrado el establecimiento.

—Sanidad nos ha comunicado que no tiene dinero y que no pagará la última factura. Problemas de liquidez de su Tesorería, dicen.

La noticia paralizó a María y Carolina. Entendieron entonces a qué se debía el mal humor del farmacéutico.

—No nos queda más remedio que aguantar como sea, lo que no va a resultar nada fácil. ¡No vamos a cobrar pero sí tenemos que pagar! A nuestros proveedores, al personal, a la compañía del teléfono, de la electricidad, del agua... en fin, a todos. Pero eso, a la Administración y a quienes gobiernan, les da lo mismo. En mi caso, espero poder hacer frente a este problema, pero tengo la sensación de que me han puesto la soga al cuello. Si esta situación se repite, no sé cómo podré solventarla. Confiamos en que no sea así. Os lo quería comentar para que sepáis cómo están las cosas.

Desde que había empezado a trabajar en la farmacia, Carolina jamás le había visto tan apesadumbrado. La jovialidad de Robert, su entusiasmo, su afabilidad y su gentileza habían desaparecido. Era una persona totalmente diferente, un hombre cansado, abatido y desconocido. El silencio se mantuvo durante el tiempo que las dos mujeres estuvieron analizando mentalmente lo que acababan de averiguar y aunque no lo comentaron, les resultaba evidente que ambas habían llegado a la misma conclusión: la situación era límite y sus puestos de trabajo, más que nunca, pendían de un hilo. Fue Carolina quien rompió el silencio.

—¿Te podemos ayudar en algo?

—No, no, gracias —respondió Robert mientras movía la cabeza de izquierda a derecha—. No os preocupéis —añadió en un intento por aliviar la tensión que se respiraba en la rebotica—, seguro que saldré de esta.

En cuanto oyó que sus dos empleadas cerraban la puerta, se dejó caer sobre la silla. Echó una ojeada a su establecimiento.

Allí estaba prácticamente toda su vida y ahora, como si de un ser vivo se tratara, estaba verdaderamente enfermo. Era necesario actuar con rapidez, como lo hacían los médicos cuando tenían un caso desesperado entre manos. Se levantó. «No me queda otra solución que pedir un crédito y confiar en que la Administración haga efectivo lo antes posible el retraso acumulado», se dijo a sí mismo para darse el coraje necesario para actuar. Respiró hondo. «Lo haré mañana mismo. No le voy a dar más vueltas.

No tengo otra salida».

Las horas posteriores no fueron sino una sucesión de pensamientos sobre su situación económica y la urgencia con que necesitaba el dinero. Y ninguno de esos pensamientos le aportó mejor solución que la ya adoptada: solicitar un préstamo al banco.

Una semana más tarde, después de abrir, Robert se ausentó de la farmacia.

—Ahora vuelvo —dijo a María y a Carolina.

Ninguna de las dos se extrañó. Era habitual que su jefe aprovechara las primeras horas, cuando la clientela era escasa, para hacer gestiones.

Cruzó la plaza y entró en la sucursal del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria donde tenía la cuenta corriente desde hacía más de treinta años. Estaba nervioso. Lo que le esperaba no era un trámite que le gustara, pero era plenamente consciente de que no tenía más opción. Respiró profundamente para combatir la sensación de ahogo que le envolvía.

No le hicieron esperar más de tres minutos. El director de la oficina, un muchacho algo mayor que su hijo pero que, en cualquier caso, todavía no debía haber alcanzado los cuarenta años, sonrió al verle.

—El banco ha estudiado su petición —dijo en cuanto ambos se sentaron— y, a pesar de que el momento es muy complicado, como todo el mundo sabe, ha decidido concederle el crédito de cuarenta mil euros que ha solicitado. El hecho de que usted tenga su cuenta con nosotros y que el Colegio Oficial de Farmacéuticos sea cliente preferente del banco ha hecho posible que podamos atender su petición.

El farmacéutico se sintió aliviado. Aquel dinero iba a sustituir el pago que Sanidad debía haber abonado y le permitiría mantener las puertas de su establecimiento.

—Ya conoce las condiciones financieras: el 9,5 por ciento de intereses más los gastos de notaría.

«Un robo», pensó Roberto, sin dejar de prestar atención a lo que el representante bancario seguía diciendo.

—Sólo hay una condición que inevitablemente el banco necesita para poder firmar la póliza crediticia.

La advertencia no sólo cortó de raíz sus pensamientos, sino que le causó preocupación. ¿Por dónde le iba a salir?

—Ya le he dicho —añadió el director sin mirarle a la cara— que el momento económico no es bueno. Para nadie, ni siquiera para los bancos.

A Robert, esta última afirmación le alteró. Si algunos se estaban librando de la crisis eran, precisamente, los bancos: continuaban ganando dinero (sus beneficios así lo demostraban) y, además, ya se encargaba el Gobierno de facilitarles los fondos necesarios para que pudieran mantenerse a flote sin problemas.

—Por esta razón, no le ha quedado más remedio que condicionar el préstamo a la aportación, por parte de usted —el director tenía la mirada clavada en los ojos de Robert—, de algún bien como aval.

—Pero desde que soy cliente vuestro, hace más de treinta años, jamás he estado en números rojos. Me imagino que el banco ya lo sabe. Nunca le he debido nada. Lo que pido es tan sólo un crédito puente que devolveré en cuanto Sanidad abone lo que me debe. ¡Estoy hablando de Sanidad, de la Administración Pública, no de un particular que puede ser insolvente!

—Lo sé, lo sé, señor Font, y así lo he hecho constar al Servicio Central de Créditos, pero no ha habido nada que hacer. Las normas actuales para la concesión de préstamos se han endurecido de tal manera que ni siquiera nosotros, los directores de las sucursales, tenemos margen de maniobra. Lo siento, Robert, pero sólo le podré entregar los cuarenta mil euros solicitados si usted aporta algún bien como aval.

Al farmacéutico le estallaban las sienas. Todo su impecable historial como cliente del banco no importaba nada. O garantizaba el crédito solicitado o no iba a poder disponer del dinero. ¡Y lo necesitaba para sobrevivir! Apretó las mandíbulas para contener las ganas que sentía de lanzarse sobre el director, agarrarlo por el cuello y dar rienda suelta a su indignación. Respiró hondo otra vez.

—¿Bastaría mi piso? Es lo único que tengo.

—¿Está libre de cargas?

—Sí. Hace años que está completamente pagado.

—En principio, sí. Dígame dónde está para que mañana mismo nuestro equipo de tasación pueda valorarlo y así podamos abreviar los plazos burocráticos y pueda disponer del crédito lo antes posible. En todo caso ya le adelanto que si, en efecto, no pesa sobre él ninguna hipoteca o carga, el préstamo le será concedido en 24 horas.

Le pidió la dirección exacta de la vivienda, que anotó sobre un papel.

—También necesitaré ver la escritura de propiedad, cuanto antes mejor.

—Mañana mismo. En cuanto abran se la entrego.

—De acuerdo, pues. Si no hay ningún contratiempo, a finales de semana tendrá el dinero abonado en su cuenta corriente. Créame, a nosotros también nos aprietan. Si de mí hubiera dependido, ya tendría los cuarenta mil euros sin necesidad de recurrir a tantas exigencias. De verdad.

Durante unos segundos, ambos se miraron sin cruzar palabra. Fue el director de la oficina bancaria quien rompió el silencio al levantarse y tenderle la mano. El farmacéutico se limitó a estrechársela sin pronunciar palabra.

—Mierda de bancos. Hijos de puta.

No pudo evitar la exclamación —ni tampoco lamentaba no haber podido frenarla— en cuanto salió a la calle. Tenía todo el cuerpo bañado en sudor. La rabia había desatado una furia como jamás había sentido. Le parecía haber retrocedido treinta años cuando, después de abrir la farmacia, había solicitado una hipoteca para pagar el piso que su esposa y él acababan de adquirir. «Toda una vida para volver al punto de

partida». Movi6 la cabeza de un lado a otro como si quisiera espantar la rabia, los celos y la amargura interior que envolvían su existencia. Pero su diálogo interno no cesó. Se sentó en un banco de la gran avenida ajeno a todo lo que le rodeaba. No podía dejar de pensar en lo ocurrido. Volvía a empezar de cero. «Pero ahora me siento mucho más cansado que hace treinta años. No tengo tantas fuerzas como entonces y, por supuesto, no tengo tanto futuro por delante. Todo lo contrario: ahora tengo más pasado que futuro. No viviré los años que he vivido hasta ahora». Permaneció en el lugar durante un buen rato, hasta que el fuerte dolor que sentía en el pecho menguó.

Abatido y muy cansado, se dirigió lentamente a la farmacia. Se encerró en la rebotica y no dio explicaciones sobre lo que había estado haciendo en aquel lapso de tiempo.

—Pues si Sanidad deja de pagar a las farmacias —dijo el padre de Carolina después de que ella, mientras la familia cenaba, relatará lo sucedido—, la situación es más grave de lo que todo el mundo supone. Eso es que la crisis todavía no ha tocado fondo, que el paro va a seguir subiendo más allá de los cinco millones. Este país se está convirtiendo en una bomba de relojería. Ojalá me equivoque.

Ni su madre ni, mucho menos, su hermano menor Rafael dijeron nada. El ambiente de preocupación que Carolina había respirado en la farmacia apenas tres horas antes se trasladó a su casa. La falta de conversación, algo muy poco habitual en la familia Romero, se apoderó de aquella velada. Sólo los truenos y el impacto de la lluvia sobre los cristales rompían el silencio. El otoño se dejaba sentir con fuerza.

CAPÍTULO 15

—Sara, tengo una cita con un auditor de la Generalitat, Ferran Rovira. ¿Ha llegado ya?

—Todavía no, señor Miret.

—Bien. Si llega antes que yo, disculpe mi retraso y dígame que no tardaré más de cinco minutos. Ya estoy en camino.

—Descuide, así lo haré.

Era la primera vez desde que ella trabajaba en la Secretaría de Presidencia de la Unió Musical de Catalunya que un auditor se acercaba por allí. No recordaba que el gobierno catalán se hubiera interesado hasta entonces por la entidad y su marcha económica. Y no podía dejar de preguntarse si algún departamento de la Administración Pública de Catalunya había detectado alguna anomalía en la gestión de la entidad o en los manejos financieros de su jefe.

La aparición de un hombre alto, de pelo negro, reluciente y cuidado, perfectamente rasurado y que vestía un elegante traje azul oscuro, interrumpió sus elucubraciones.

—Buenos días, tengo una reunión con el señor Miret.

—Buenos días. Usted debe de ser el señor...

—Rovira, Ferran Rovira.

—¡Ah, señor Rovira! El señor Miret me acaba de llamar por teléfono para decirme que le disculpe porque se retrasará unos minutos. ¿Puedo ofrecerle un café mientras espera?

—No. Gracias. No se preocupe.

—Si quiere tomar asiento...

Sara Martí acompañó su invitación indicándole con la mano el sofá de cuero ubicado a la derecha de su mesa de trabajo.

—Gracias.

El auditor se sentó, cruzó las piernas y sacó un teléfono móvil. Empezó a teclear con rapidez. Sara Martí se situó frente al ordenador pero no pudo dejar de observar al recién llegado. Lo cierto es que además de elegante, era un hombre guapo. Ancho de hombros y algo mayor que ella —«pero no mucho», se matizó—, su cara destacaba por su mentón cuadrado, unos atractivos ojos verdes, una nariz recta y de medidas equilibradas, y unos labios perfectamente definidos. Se fijó en que no llevaba ningún anillo. Pero lo que más la atrajo mientras conversaban fue su mirada, que transmitía dulzura, y su sonrisa, que no parecía protocolaria o forzada, sino sincera.

La súbita aparición de Félix Miret le hizo recuperar la compostura. Se puso de pie

en cuanto lo vio, pero antes de que pudiera hablar, su jefe ya estaba saludando al señor Rovira.

—¿Alguna novedad, Sara? —le dijo mientras, con la mano apoyada en el codo del auditor, se dirigían a la puerta de su despacho.

—¿Sara? Bonito nombre.

La inesperada intervención de Ferran Rovira la pilló por sorpresa.

—Gracias —respondió rogando a Dios para que ninguno de los dos notara que se estaba sonrojando—. No, ninguna novedad, señor Miret —añadió rápidamente.

—No me pase ninguna llamada.

Y sin añadir nada más, cerró la puerta con suavidad.

La reunión se prolongó durante una hora y media. Cuando Félix Miret volvió a abrir la puerta de su despacho, Sara vio que ambos sonreían.

—Si necesitas alguna aclaración —decía el presidente de la Unió Musical de Catalunya al tiempo que tendía su mano en señal de despedida—, ponte en contacto con Sara. Ella sabrá dónde localizarme si no estoy en mi oficina.

—Descuida, así lo haré.

El auditor de la Generalitat apretó la mano de Miret y se encaminó hacia la salida, pero se detuvo antes de abandonar la Secretaría.

—Gracias por todo, Sara. Ha sido usted muy amable conmigo. No se extrañe si la llamo.

Volvió a ruborizarse. «Como si fuera una adolescente», se decía mientras intentaba sonreír con naturalidad.

—Ya sabe dónde encontrarme —Levantó la tapa de una pequeña caja acristalada y sacó una tarjeta—. Este es mi teléfono directo.

—Lo guardaré como un tesoro.

Aquella conversación no parecía exactamente un diálogo profesional. O al menos eso le parecía a ella. «Bobadas», se dijo, mientras le entregaba la tarjeta que él cogió sonriendo.

Sara pasó el resto de la mañana preguntándose por qué había reaccionado de una manera tan impropia para una mujer madura como ella. Ese pensamiento le atormentaba, pero la calidez que había rodeado el encuentro con Ferran Rovira la hacía feliz.

Sabía que el aguacero que caía al salir de la Jefatura Superior de Policía no era la causa real de su enojo. No podía dejar de pensar que un mes después del asesinato de Antonia Díez, su crimen y los dos precedentes seguían pendientes de resolución. Los esfuerzos de todos los inspectores bajo su mando, que no regatearon horas en las investigaciones, tampoco habían arrojado luz sobre el crimen de la prostituta. Ese era el auténtico motivo del mal humor que Javier Arousa tenía al llegar a su casa. Esa derrota se añadía a las dos anteriores. Traducido a términos deportivos, estaba

perdiendo el partido por tres a cero. Por si fuera poco, al llegar a su domicilio, supo que Paola tenía turno de noche en el Hospital Clínic y que su hijo Ernesto había ido a cenar con sus amigos. Al ver que al mal humor con el que había llegado se sumaba la contrariedad de esas ausencias, su mujer trató de no molestarle. Al cabo de tantos años de matrimonio, sabía que cuando su marido se mostraba tan poco locuaz lo mejor era respetar su silencio. Retiró los platos de la cena y se acostó después de darle un beso en la frente y acariciarle la cara.

El jefe del Grupo de Homicidios se dejó caer sobre el sofá y fue recorriendo los canales de la televisión hasta que dio con una serie norteamericana cuyo protagonista era un hombre con grandes dotes de observación. No fue consciente de que se estaba durmiendo hasta que se despertó sobresaltado. Miró su reloj. Jueves 20 de octubre. Dos y media de la madrugada. Se incorporó lentamente y sin hacer ruido se dirigió al dormitorio.

Sabía que el barrio de Horta tuvo su germen en un antiguo pueblo del norte de Barcelona que fue engullido por el crecimiento urbano a principios del siglo xx. Las suaves colinas que lo separaban de la ciudad fueron poblándose paulatinamente hasta que las tramas de uno y otro quedaron convertidas en una sola. Aunque el núcleo originario todavía conservaba parte de su personalidad, el resto del distrito municipal estaba ocupado por edificios construidos en los últimos setenta años.

Las colinas habían dejado un barrio repleto de cuevas y pendientes que hacían resoplar a Arousa mientras remontaba la estrecha y empinada calle Feijoo, en la que el Ayuntamiento, después de años de reivindicaciones vecinales, había instalado escaleras mecánicas que conducían a la parte más alta de la montaña del Carmelo pero que esa noche, seguramente a causa de la lluvia, no funcionaban. El Carmelo le parecía una de las colinas más bellas, pero su glamour no alcanzaba para figurar en la lista de los lugares de interés recomendados en las guías turísticas. La lluvia, además, había convertido el callejón en un barrizal del que no había manera de librarse. Las luces de la ambulancia y de los coches policiales que se filtraban entre las cortinas de agua y la escasa iluminación de las farolas conferían al pasaje un aspecto fantasmagórico.

La gran bolsa de plástico negra le indicó dónde estaba el cadáver. Se encaminó hacia allí, pero antes de llegar, Emilio Prats se le acercó con rapidez para darle cobijo debajo de su paraguas.

—José María Roca, de veintiséis años. Vivía en el primer piso del número 5, el antepenúltimo edificio subiendo a mano derecha.

El agente alzó el brazo para señalarle a cuál se refería.

—Cuando he llegado, la familia ya había sido avisada. El servicio médico que ha atendido a los padres ha logrado que volvieran a su domicilio. El que está de pie — Prats señaló a un joven alto que permanecía inmóvil mirando fijamente el oscuro

plástico mortuorio— es su hermano. Él me ha contado que son tres hermanos, que el fallecido era el segundo, y que era alumno del Conservatorio de Música. Tocaba el saxo.

El jefe de Homicidios se fijó entonces en una funda negra que se encontraba a poca distancia de donde yacía la víctima.

—Pero lo más sorprendente de todo, jefe, es esto. El saxo ha sido encontrado en la parte superior de aquel armario metálico.

Siguiendo la dirección que Prats le indicaba con el dedo índice, Arousa vio el instrumento depositado sobre el armario que contenía parte de la maquinaria de la escalera mecánica.

—Y no parecía abandonado o lanzado a toda prisa, sino que estaba perfectamente depositado y colocado de forma muy visible, como para que diéramos con él fácilmente. Al ver el instrumento allí, he pensado que el estuche musical estaría vacío —añadió Prats después de una ligera pausa—, pero cuando lo he abierto he encontrado una flauta, no el saxo. ¡Una flauta! No me dirás que no es extraño.

Javier Arousa no respondió. Sus treinta años como policía le habían enseñado a no precipitarse. Sí, era cierto que aquel detalle era desconcertante, pero sabía que no disponer de la respuesta adecuada en aquel momento no era fundamental. La investigación aún no se había iniciado. Tenía que esperar.

—Enséñame el cadáver.

Su inspector le condujo al lugar donde yacía el estudiante de Música. Arousa vio que se trataba de un joven alto, de pelo largo y oscuro, cuya camisa, de tonos verdes y amarillos, estaba llena de sangre.

—El médico de Urgencias —explicó Emilio Prats— me ha dicho que le han atravesado el cuello y la espalda con un objeto punzante.

Cerró la cremallera.

—Aparte del detalle del saxo y la flauta, no se ha encontrado el arma blanca ni nada fuera de lo normal, aunque los de la Científica continúan rastreando el lugar. Ojalá tengan un poco de suerte y puedan encontrar algo.

Quizá porque ya no tenía nada más que hacer o porque llevaba más tiempo de lo que creía aguantando el chaparrón, el comisario del Grupo de Homicidios notó que el agua le había atravesado los zapatos y que tenía los pies mojados. A pesar de sentirse incómodo, permaneció algunos minutos junto al cuerpo sin vida del joven músico. Cualquier ilusión que albergara horas antes había quedado cercenada en aquella calle, que ahora le parecía más triste y lúgubre que antes.

—¿Te parece bien que Oubiña vaya al Conservatorio y que Cano y María se dediquen a investigar los ambientes por donde este pobre se movía?

—Sí. Avísales dentro de... —Arousa comprobó que eran las cuatro y media— un par de horas. Tú quédate por aquí hasta que uno de los dos te releve.

El comisario descendió por donde había venido sin preocuparse por evitar los charcos y los pequeños ríos que discurrían en aparente desorden hacia la parte más

baja de la calle y sin quitarse de la cabeza la idea que, de forma espontánea, le había nacido de improviso. «¿Es posible que aquel chico ni siquiera llegara a saber por qué le estaban matando?». ¿Por qué pensaba así sin saber qué tipo de vida llevaba el músico y, lo más importante desde el punto de vista policial, sin haber despejado todavía las incógnitas que rodeaban aquel asesinato?

Cuando llegó a su domicilio procuró que nadie advirtiera su presencia. No quiso acostarse de nuevo. El sofá le pareció una opción mejor. Era cómodo y no le resultaba difícil dormir en él. Dejó la chaqueta en el respaldo de una silla, se quitó los calcetines y los zapatos, pensando que nunca más los volvería a utilizar, apoyó la nuca sobre el brazo del sofá, y cerró los ojos. Estaba cansado, pero lo que más le agotaba era la sensación de fracaso por los crímenes que no lograba resolver. Resopló. Intentó pensar en otras cosas.

Le despertó la puerta. Fuera quien fuera el que acababa de salir de la casa, había intentado no hacer ruido al cerrarla, pero no lo había logrado. Arousa se levantó y se acercó a la cocina atraído por el aroma de café que invadía el domicilio. Su mujer retiraba la cafetera del fuego justo cuando entró.

—Te he preparado el baño. Sé que lo necesitas.

Esbozó una sonrisa. Desde que se conocían, ella siempre adivinaba qué era lo mejor para él en cualquier circunstancia y casi treinta años después todavía seguía sin saber cómo lo hacía.

—Gracias.

Y la besó antes de desaparecer de su vista.

—No le preguntaré ni sobre el autor ni sobre la obra. No creo que esté de buen humor con todo lo que está sucediendo, pero le aclararé que es *Madame Butterfly*.

Ni la amable benevolencia del doctor Marchena hizo sonreír al jefe del Grupo de Homicidios.

—Dos heridas con dos armas diferentes. Una le perforó el corazón. La otra, la yugular. Para la del corazón, el autor tuvo que emplear algo largo y de poco grosor, como una aguja de las que utilizaban nuestras abuelas para tejer. La del cuello fue producida por un cuchillo de pequeñas dimensiones. El ataque se produjo frontalmente y la primera agresión fue la del corazón. La segunda se la causó cuando el joven ya se encontraba en el suelo.

—¿Por qué dos armas?

—No lo sé, y no consigo explicármelo. Quien lo hiciera tenía que llevar un arma en cada mano, quizá para no perder tiempo. No actuar con rapidez podría resultarle muy arriesgado y peligroso.

El policía permaneció pensativo durante un largo rato. El forense esperó en silencio.

—Doctor, el fallecido era estudiante de Música, de saxo concretamente. Llevaba

consigo un estuche que, por la forma, tenía que ser el de ese instrumento, pero en su interior encontramos una flauta mientras que el saxo apareció muy cerca y casi a la vista. ¿Qué significado puede tener?

—Inspector, lo mío son los muertos. Las pautas de comportamiento de los vivos se me escapan, eso corresponde a los psiquiatras. Si necesita efectuar alguna consulta, yo le puedo presentar a los que quiera, sólo tenemos que subir un par de pisos. Lo que sí me parece a primera vista, y aunque le suene a banalidad, es que esa acción esconde alguna intención. No me parece que sea una casualidad. Y si lo hizo por alguna razón y descubrimos cuál es, quizá le podría ayudar en su investigación, Sí, es muy probable.

El comisario bajó la mirada hacia el suelo.

—En menudo atolladero se encuentra, ¿no, Arousa?

—Pues sí.

—Ni siquiera yo soy capaz de acordarme de una racha como esta. Ya sabe que no me gusta ser entrometido y si lo prefiere no me responda, ¿pero cree usted que estas cuatro muertes están relacionadas?

—¡Ojalá pudiera contestarle! Hasta ahora sólo tenemos las huellas que encontramos en la fiambarrera de la mujer de la limpieza, pero nada que nos permita suponer que los cuatro asesinatos sean obra de una misma persona.

La alusión a las huellas dactilares le trajo a la memoria que la Brigada Científica estaba analizando el estuche musical, el saxo y la flauta. No tenía más razones para permanecer en el Instituto Anatómico Forense. Tendió la mano al doctor y se despidió de él. A Jordi Marchena no se le escapó el abatimiento del policía. Mientras el policía se marchaba no tuvo valor ni para cantar una ópera.

Arousa entró en Jefatura y fue directamente al laboratorio policial. Lluís Boronat se levantó en cuanto le vio.

—Confirmado —le dijo el director del departamento sin darle tiempo a preguntar—. Las huellas que tenía la flauta del músico asesinado esta madrugada son las mismas que tenía el recipiente de plástico de la mujer de la limpieza.

—Sólo nos falta saber a quién pertenecen —respondió Arousa sin entusiasmo—. Pero es un paso adelante, te lo agradezco.

Francisco Manzano cerró los puños y sopló hacia el techo cuando Arousa le contó el hallazgo de la Brigada Científica.

—Por primera vez tenemos algo, Javier —dijo.

—Que no nos sirve de mucho...

—De momento no, pero puede resultar decisivo. Por ahora, sí podemos decir que dos de los cuatro crímenes están relacionados y eso refuerza mi idea de que los cuatro son obra de un solo hijo de puta. No creo en las casualidades.

El entusiasmo del subjefe de Homicidios era evidente.

—Y, aunque todavía no le podemos poner cara, sí podemos trabajar sobre la base de que se trata de un varón corpulento, de unos 85 kilos, de dedos anchos y largos.

La aparición de María Bernal interrumpió a Manzano. Arousa la puso en antecedentes rápidamente y le preguntó si había averiguado algo más en la calle.

—Tocaba en un conjunto llamado In-corruptibles —dijo la agente—, fundado hace un par de años, que actúa en locales alternativos y poco conocidos, aunque sí tenían cierto seguimiento entre los jóvenes. Música urbana con influencias del jazz y del blues, según sus compañeros del Conservatorio. Pasado mañana iban a tocar en un pequeño local del barrio de Sants. Todos definen al muchacho como una buena persona, con mucho sentido del humor y absolutamente entregado a la música, y aunque había salido con un montón de chicas, no tenía novia. Como Juan Morales, Alicia Rodríguez Flores y Antonia Díez, José María Roca parece una persona sin enemigos.

Arousa dejó pasar unos instantes para que Manzano y Bernal reflexionaran y preguntó:

—¿Cómo interpretáis lo de la flauta?

—Yo estoy de acuerdo con lo que te ha dicho el doctor Marchena —respondió María—. Lo de sustituir el saxo por una flauta está hecho adrede y quiere decir algo, aunque soy incapaz de encontrarle un significado.

—¿Y crees que es el mismo asesino? —preguntó Manzano.

—Sí, también creo que se trata de un mismo cabrón. Y tenemos el dato objetivo de que actúa de noche, emplea siempre un arma blanca y se mueve por los barrios del norte de Barcelona.

—Pero ya son cuatro las familias sin el consuelo de saber que el asesino ha sido detenido, así que manos a la obra. Tenemos que buscar debajo de las piedras, revolved en los cubos de basura, hablad con Dios si es preciso, pero encontrad pistas y dad con ese hijo de puta. No podemos perder esta batalla.

Arousa contempló los rostros de Manzano y Bernal y le pareció que mostraban signos de esperanza.

CAPÍTULO 16

—Evitar la comisión de un delito es misión imposible, lo sé. Está fuera del alcance de cualquier policía, pero sí podemos y debemos exigir que logren detener al culpable y que sea puesto a disposición judicial. Eso, ser eficaz en el trabajo, es lo que convierte a la Policía en una buena Policía y a la vista de los últimos asesinatos, eso es precisamente lo que nuestra Policía no es: eficaz.

—Sin contar con este último, porque acaba de suceder, son sólo dos los asesinatos no resueltos, Luís, el del conductor de metro y el de la mujer de la limpieza. No creo que sea para tanto.

El director de *BCN* iba endureciendo su gesto a medida que la redactora de Sucesos trataba, con su respuesta, de atemperar su enfado y la crítica que lanzaba contra la Policía. La piel del rostro del director fue adquiriendo un tono cenizo, apretaba las mandíbulas y sus ojos se iban volviendo aún más pequeños.

—Sí lo es. E incluso para mucho más —replicó enfurecido Luís Poch—. Esta ciudad no se merece unas fuerzas del orden público tan ineficaces. No se cometen tantos delitos como para que la Policía vaya desbordada. Por eso pienso que resulta oportuno, muy oportuno, darles un toque de atención. La imagen de nuestra ciudad, esa imagen que tantos años y tantos esfuerzos nos ha costado conseguir, no debe quedar ensombrecida por una Policía tan mediocre. Mañana publicaremos un editorial exigiendo resultados y más eficacia.

Margarita Serra regresó a su mesa acompañada por Sergi Dauder, el redactor jefe de Sociedad, que también había estado presente en la reunión en el despacho del director.

—Sergi, ¿qué tiene el «dire» contra la Policía? —preguntó la periodista—. Sinceramente, creo que Luís no está siendo objetivo ni justo.

—Quizá tampoco lo estás siendo tú —respondió Sergi—. Una reprimenda a tiempo puede dar buenos resultados. Obliga a que la gente espabile. Ojalá la Policía reaccione porque, de no hacerlo a tiempo, la crítica puede ser aún peor.

Sergi consultó su reloj.

—Son las seis. Dispones de dos horas, hasta las ocho, para conseguir que el director cambie de opinión. Y, conociéndole como lo conozco, sólo lo lograrás si es detenido el autor de alguno de los asesinatos. Sólo uno bastaría para frenar el editorial.

Margarita se abalanzó sobre el teléfono sin perder tiempo, pero ni su gestión con Ángel Fernández ni con el jefe de la Comisaría del Norte, ni siquiera con Maribel, su última esperanza, dio frutos. La suerte del editorial estaba echada.

—No te lo tomes como algo personal. Los editoriales son la opinión del periódico, pero eso no significa que todos los periodistas que trabajan en él la compartan. Lo sabe todo el mundo, la Policía incluida.

Más allá del cansancio por el mal humor de Margarita, lo que más le preocupaba a Mario era que en los últimos meses su compañera parecía cada vez más desanimada. Y sabía que aquella dinámica le restaba fuerzas rápidamente.

—Sí, pero seré yo —dijo Margarita, airada— la que mañana por la mañana, en cuanto ponga un pie en la Jefatura, tendrá que apechugar con el cabreo del jefe superior, del jefe del Gabinete de Prensa, del jefe del Grupo de Homicidios y de todos los inspectores con los que me vaya cruzando por los pasillos, porque a nadie le gusta que se le tache públicamente de inepto.

—Pues, coño —replicó Mario, igualmente irritado—, recuérdales que tú no eres la directora del diario ni la autora del editorial.

—Para ti es fácil decirlo.

—Oye, oye, que yo no tengo la culpa de nada.

—Ni yo tampoco.

—No eres la única que tiene problemas en el trabajo. Todos los tenemos, pero no es bueno llevarlos a casa.

Margarita no respondió. Mario permaneció de pie, en silencio, delante de la puerta del dormitorio durante algunos segundos. Ella, sentada en el sofá y sin dejar de mirar la televisión, no se movió.

—Me parece absurdo que tú y yo nos estemos discutiendo por un asunto que está más allá de tus atribuciones y en el que no nos va la vida.

Hizo una pausa sin dejar de mirarla.

—Me voy a la cama —añadió al ver que ella no reaccionaba—. ¿Vienes?

—No.

La respuesta de la periodista fue tan tajante como escueta. Mario negó con la cabeza, disgustado, y apretó con fuerza los labios.

—Como quieras —dijo al fin.

Cerró la puerta maldiciendo aquella dinámica en la que había entrado su relación. No, no le gustaba lo más mínimo.

«Me lo podía haber dicho un poco antes y no cuando estaba a punto de salir», pensaba Sara mientras descendía por la gran escalera modernista de la Unió, camino del restaurante. «Ahora no tengo tiempo para ir a casa». Miró el reloj. Las tres menos veinte. Tenía menos de una hora para almorzar. «Decirme pasadas las dos y media que tengo que estar en el despacho antes de las tres y media porque tiene una reunión es una falta de consideración mayúscula. Aunque no sé de qué me quejo. Félix Miret es así de déspota».

Abrió la puerta del restaurante con mucho ímpetu por la rabia que sentía. Sin prestar atención a nada, cogió una bandeja y fue repasando las distintas ofertas gastronómicas del día. Optó por lo más clásico: una ensalada variada, una dorada a la sal y un zumo de naranja. Fue después de pagar cuando, con la bandeja en sus manos, echó un vistazo al local. Todas las mesas, no llegaban a la docena, estaban ocupadas. Se sentía ridícula plantada allí, en medio del comedor, mostrando a todo el mundo lo que iba a comer y sin saber a dónde dirigirse. Ni una silla vacía a su derecha, ni frente a sí. Giró la cabeza hacia la izquierda. Todo lleno también por ese lado.

Algo que se agitaba al fondo de la sala le atrajo la atención. Era Ferran Rovira, el auditor, que movía el brazo para indicarle que se acercase. Tardó unos segundos en convencerse de que aquel gesto iba dirigido a ella. Él estaba sentado solo y la invitaba a compartir mesa. Sara permaneció inmóvil, dudando todavía. Él, sonriendo, reiteró su invitación con más energía. Además de ridícula, se sentía azorada. No podía permanecer de pie durante más tiempo en medio del restaurante sintiéndose observada por todos. «Te estás poniendo en evidencia», pensó, y se encaminó hacia él.

—Muchas gracias —dijo mientras depositaba la bandeja sobre la mesa.

Observó con disimulo que el auditor no acompañaba sus platos —un consomé, una pechuga de pollo y un flan— con vino sino con agua mineral.

—Por favor, no hay de qué. Para mí es mucho más agradable comer contigo que solo.

—Aun así —logró decir Sara—, se lo agradezco.

—¡Ah, no! Formalismos, no —respondió sonriendo—. Creo que nos podemos tutear... a menos que tengas algún inconveniente.

No le incomodaba lo que el auditor de la Generalitat le estaba diciendo, sino lo estúpida que ella se sentía consigo misma por no ser capaz de relajarse. Aquel hombre iba a pensar que era una estirada.

—No, pero no me resulta fácil romper las fórmulas protocolarias que me exige el trabajo.

—Pero esto no es trabajo. Por lo menos, para mí.

Sara esbozó por fin una sonrisa, pero aún seguía sintiéndose algo incómoda. No sabía de qué hablar y el silencio que vino a continuación acentuó su desazón.

—No tenía previsto almorzar aquí —comentó Ferran Rovira—, pero a las tres y media me tengo que reunir con tu jefe y he pensado que así perderé menos tiempo y no tendré que ir con prisas.

«O sea que la reunión de Miret es contigo», razonó ella.

—Sí, el presidente me ha informado de ello.

No era del todo verdad, le había dicho que tenía una reunión, pero tampoco era una mentira al cien por cien, tan sólo no le había desvelado con quién la tenía.

—No hablemos del trabajo, ¿no te parece? Es muy aburrido.

—Cierto —respondió Sara preguntándose de qué podría hablar con aquel

desconocido.

—Ni del tiempo. Es aún más aburrido.

Ella rió.

—Eso está mejor —continuó él con una amplia sonrisa—. Podemos hablar de la crisis, aunque tampoco es un tema muy apasionante; de los políticos y de lo corruptos que son, que tampoco es un asunto muy excitante, o de nosotros mismos, que para mí es lo más fascinante, aunque suele ser lo más difícil.

—Eso es muy cierto.

—Pues voy a intentar que hables de ti. Por ejemplo, ¿qué te gusta?

Sara lo contempló antes de responder. No estaba acostumbrada a mantener una conversación tan directa como aquella con nadie y, mucho menos, con un desconocido como Rovira. Pero no podía negarse a responder si no quería aparecer ante sus ojos como una mujer arisca o desconfiada. Eligió una respuesta poco comprometedor.

—La música y el cine.

—No está mal. Vamos progresando —apostilló él aparentemente divertido—. ¿Qué tipo de música?

—No te rías. La latina. Salsa, bachata, merengue, son cubano...

—No lo dirás en serio...

—Sí —respondió desconcertada.

—¡A mí también! Yo suelo ir a «Agua de Luna».

Conocía la discoteca, aunque no era de las que frecuentaba.

—¿Y vas a bailar? —añadió el auditor sonriendo.

—Sí. Suelo ir con una amiga.

Sara no quería desvelar la identidad de Martina.

—¿Y a dónde vais?

—A «Antilla».

—¡Claro! La catedral de la salsa en Barcelona. Lo más clásico de la ciudad.

—Es que yo soy muy clásica —dijo ella riendo.

—Y con la misma naturalidad que me hablaba de su pasión por la salsa —explicó Sara a Martina durante la cena que ella había organizado en su casa con carácter de urgencia para explicarle a su amiga el encuentro con el auditor—, me contó que era economista, que se había especializado en auditorías y que trabajaba por libre, que no le gustaba estar en nómina de ninguna empresa.

—Entonces es que se gana bien la vida —dijo Martina.

—Dice que, según quién le llame, o según lo que le pidan, acepta o rechaza el trabajo. Que así no se debe a nada ni a nadie.

—Te veo muy entusiasmada —dijo Martina.

—¿Entusiasmada? No exactamente. Más bien sorprendida. Es posible que el

hecho de que fuera auditor me hiciera pensar que sería un hombre serio, hermético, frío... y no me preguntes por qué, porque no lo sé. Quizá equiparo su trabajo a algo tan poco atractivo como los datos, los análisis, los informes y las conclusiones. Puro trabajo cerebral, y al mostrarse tan cordial y afable me cogió por sorpresa.

—Pero muchas veces la frontera entre la sorpresa y el entusiasmo es mínima.

Sara negó con la cabeza.

—No te engañes —añadió Martina—, los cuarenta nos quedan ya muy atrás y los cincuenta cada vez más cerca... y las posibilidades de mantener relaciones descienden a ritmo vertiginoso. Dime la verdad, ¿cuánto tiempo hace que no echas un buen polvo?

—Y eso, ¿a qué viene?

—Viene a que si realmente Ferran Rovira te apetece, no lo dejes escapar. Aunque sólo sea para darle una alegría al cuerpo. Pégate un buen revolcón, de esos que se recuerdan toda la vida.

—Eso sí estaría bien, pero no creo que sea el caso. Todavía me sigo preguntando si es un seductor nato o simplemente una persona amable.

—No lo sabrás si no te das una oportunidad, a ti y a él. Así pues, no se hable más, mañana nos plantamos en «Antilla» y a ver qué sucede, si viene o no.

Sara no rechazó la propuesta de su amiga.

A las once y media, ambas entraban en la discoteca sabiendo que aquella noche no era como otras tantas. Su atención no estaba centrada en la música, el baile y en los conocidos y habituales del local, sino en la puerta. Cada vez que se abría, clavaban sus miradas en ella para comprobar si Ferran Rovira aparecía.

Pasadas las dos y media de la madrugada se convencieron de que no iba a acudir. Más decepcionada que cansada, Sara se acostó malhumorada aunque sabía que, objetivamente, no tenía razón alguna que justificara su enojo.

Se pasó los tres primeros días de la semana siguiente pendiente del teléfono y de la puerta de su despacho, por si el auditor llamaba o acudía a una reunión con su jefe, pero Ferran Rovira no dio señales de vida. El jueves, a medida que las horas iban transcurriendo sin noticias de él, se fue poniendo de mal humor. Sabía que se estaba dejando llevar por sus sentimientos, algo impropio de alguien como ella, que había llevado toda su vida por los cauces de la razón, y eso acrecentaba su rabia.

—Buenas tardes.

La aparición de Félix Miret aparcó su monólogo mental. Pero lo que más le sorprendió no fue la inesperada aparición de su jefe sino su acompañante, Ferran Rovira. El auditor se sumó al saludo del presidente de la Unió Musical de Catalunya.

—Buenas tardes —respondió Sara esforzándose para que su voz tuviera el tono

habitual.

Los dos hombres desaparecieron tras la puerta de la oficina de Presidencia sin que Rovira, durante el corto trayecto, dejara de mirarla.

Permanecieron reunidos casi dos horas. A Sara se le hizo eterno. Deseaba perder de vista a Rovira y dejar de sentirse alterada. Quería dejar de pensar en él y que su vida volviera a ser como antes. Era estúpido. Lo sabía, pero no conseguía quitárselo de la cabeza, y la sensación de volver a ser una adolescente la enfurecía.

—Ya me llamarás.

Obsesionada por sus pensamientos, no percibió que Félix Miret salía de su despacho y se despedía del auditor.

—En una semana a más tardar —respondió Rovira.

—Tengo que hacer una llamada. No te importa que no te acompañe a la salida, ¿verdad?

—En absoluto, no te preocupes.

El presidente de la Unió Musical de Catalunya miró a Sara. Ella comprendió que tenía que hacerse cargo del invitado.

—¿Fuiste a «Antilla» el sábado? —preguntó Rovira en cuanto Miret desapareció de su vista.

—Sí, como otros sábados.

—Lo siento. A mí se me complicaron las cosas.

—No tienes por qué darme explicaciones —respondió casi con brusquedad—. La verdad es que estuvo muy bien. Había mucha gente —añadió luciendo la mejor de sus sonrisas.

—Quiero ir este próximo sábado. ¿Irás?

—No lo sé, aún no he hecho planes —dijo sabiendo que mentía, puesto que ya había decidido acudir.

—Me gustaría bailar contigo.

—No te preocupes, si no bailamos este sábado, lo haremos otro.

Ferran Rovira guardó silencio durante unos segundos.

—Espero que sea pasado mañana, de verdad.

—Puede.

El auditor miró su reloj.

—Tengo que marcharme. Ve el sábado a «Antilla», por favor.

—Quizá, aunque no puedo asegurártelo —respondió Sara.

Rovira permaneció inmóvil unos instantes mientras la miraba a los ojos. Al salir del despacho no sonreía.

CAPÍTULO 17

No llegó a cerrar la puerta de su casa. En cuanto sonó el teléfono el jefe del Grupo de Homicidios intuyó que una llamada pasadas las nueve y media de la noche tenía que ser grave. Su pesimismo aumentó al ver que quien llamaba era Pedro García Oubiña, el inspector de guardia.

—Jefe, ven al Parc de les Aigües. Te espero junto a la salida del metro de la parada de Alfonso X.

Para acudir al lugar de la cita, Javier Arousa tenía que atravesar Barcelona de sur a norte. El parque estaba situado al pie de la montaña del Carmelo y lindaba al sur con la antigua villa de Gràcia. Se llamaba así porque aquel terreno, de varias hectáreas de extensión, había pertenecido a la compañía que suministraba agua potable a la ciudad aunque, con el paso de los años, lo había cedido al Ayuntamiento a cambio de que este le permitiera construir un gran edificio en una zona mejor comunicada y de más fácil acceso.

—Abrígate porque esta noche hace mucho frío.

Arousa hizo caso a la recomendación de su agente. Levantó las solapas y acopló su rostro en la hendidura del abrigo para evitar que el viento cortante de aquel viernes, 11 de noviembre, se colara hacia el interior de la prenda.

—El cadáver fue encontrado en el interior del parque por una mujer cuando iba a tirar la basura al contenedor.

Oubiña aprovechó el trayecto hacia el lugar donde todavía permanecía tendido el cuerpo sin vida para adelantarle las circunstancias del hallazgo.

—Al principio creyó que era un montón de ropa o un maniquí viejo, pero cuando se acercó vio que se trataba de una persona. Lo que la confundió era que se trataba de un enano.

—¿Un enano?

—Sí. Apenas mide un metro veinte centímetros.

Como si hubiera calculado con precisión el tiempo que iba a emplear en su exposición, el inspector del Grupo de Homicidios concluyó su sucinto relato justo en el instante en que ambos, después de salvar un recodo muy cerrado, se detenían a los pies de lo que parecía un pequeño fardo abandonado.

—Por las huellas de sangre que hemos encontrado, debió ser golpeado con este madero.

Javier Arousa observó un palo largo y oscuro en el que todavía se apreciaban unas manchas negruzcas, rematado en sus extremos por unos aretes que ponían de manifiesto que se trataba de una barra utilizada para colgar cortinas. Junto a los

contenedores, en medio de los cuales todavía yacía el cadáver, se encontraban los restos de un sofá, una vieja butaca a la que le faltaban dos patas y una mesita rota.

—Según su documentación, se llama Demetrio de la Torre y vivía en el número 1 de la calle Abd El Kader.

La calle que indicaba Oubiña, una pendiente escasamente iluminada, discurría en paralelo al parque, a su izquierda. La casa, a simple vista, no era otra cosa que un viejo inmueble de ladrillo, de cuatro plantas y entrada estrecha, que pedía a gritos una remodelación urgente.

—El forense de guardia —continuó Oubiña— me ha dicho que, a primera vista, aparentemente no existen más lesiones que las que ha observado en la parte posterior de la cabeza, tanto en la nuca como la zona trasera del cráneo, por lo que cree que fue atacado por la espalda.

Arousa examinó el cuerpo con más atención. Parecía un muñeco viejo que alguien hubiera tirado allí porque ya no era útil. Tenía la espalda apoyada contra el lateral de uno de los contenedores, con la cabeza caída sobre el pecho, los brazos ligeramente extendidos y las piernas debajo de otro contenedor. A las pequeñas medidas de su cuerpo, se añadía una postura que le empequeñecía aún más. «No parece un enano —pensó Arousa—, sino más bien un gnomo desgarbado de los que despiertan compasión entre los niños». Levantó la mirada y oteó de nuevo el escenario del crimen. Oculto entre los dos contenedores, era difícil verlo si no se iba a tirar la basura. Pero le costaba aceptar que nadie hubiera oído el ruido de los garrotazos ni visto nada: el agresor debió tardar unos minutos en esconderlo antes de huir.

—Pedro, alguien tiene que haber visto algo —dijo Arousa—. Se requiere tiempo para llevar a cabo un crimen como este y no me entra en la cabeza que nadie haya observado nada anormal. Avisa a Prats para que te ayude en la investigación y si es necesario, a Cano. Que se pongan manos a la obra ya. Mañana, a mediodía, quiero un informe de todo lo que hayáis averiguado. Sé que es sábado y me estoy cargando vuestro fin de semana, pero esto hay que resolverlo como sea.

Oubiña entendió al instante que «esto» no incluía únicamente a este último asesinato, sino a los cuatro pendientes de resolución.

«Cinco asesinatos en cinco meses», pensó Arousa mientras contemplaba, una vez más, el cadáver. No debía haber tenido una vida fácil, obligado seguramente a aguantar el rechazo y las burlas que la sociedad reserva a quienes son diferentes, y había tenido una muerte horrible. El culpable no podía quedar impune.

A las doce en punto, Pedro García Oubiña, Emilio Prats y Juan Cano se encontraban en el despacho de su jefe. Oubiña resumió los resultados de las primeras investigaciones.

—Era sastre y trabajaba en su casa para diferentes tiendas del barrio. Estaba

soltero y no tenía familia. Los vecinos lo describen como un hombre alegre y cordial. Poco antes de las nueve, salió del bar «La torrada», a menos de cien metros del Parc de les Aigües, donde había estado bebiendo una cerveza en compañía de algunos parroquianos. Es la última vez que se le vio con vida.

—El forense de guardia —Juan Cano relevó a Oubiña en el uso de la palabra— me ha confirmado que la causa de la muerte fueron dos golpes que recibió en la nuca y los de la Científica me acaban de decir que no se han encontrado huellas dactilares en la barra de madera empleada para matarle. Estaba limpia.

—O sea que el homicida tuvo tiempo no sólo de asesinarle sino, incluso, de borrar todo rastro —dijo Arousa—. ¿Y nadie vio nada?

Los tres agentes guardaron silencio.

—Cinco asesinatos en cinco meses y no hemos conseguido resolver ninguno de ellos —continuó Arousa—. Todos sus autores siguen libres. En algo estamos fallando. Detrás de cada crimen tiene que haber un motivo, aunque todos los fallecidos llevaban vidas absolutamente normales. El conductor de metro, un hombre familiar, apreciado por todos; la mujer de la limpieza, una existencia de lo más austera y sencilla; la prostituta podría ser una persona de vida más complicada pero no es así o no hemos dado con aspectos oscuros. Lo mismo se puede decir del joven músico y, por el momento, del sastre de ayer. No estamos ante los asesinatos de un traficante de drogas, de un estafador, de un alto cargo, de un político o de un empresario envuelto en negocios turbios cuyas actuaciones hayan podido generar resentimientos, celos, perjuicios, envidias... Estamos hablando de gente sencilla.

Javier Arousa hizo una pausa. Ninguno de sus tres subordinados se atrevió a decir nada.

—Y no podemos consentir que cinco asesinos anden sueltos y que nos los podamos cruzar en cualquier rincón de esta ciudad. Tenemos que descubrir por qué mata el asesino o los asesinos y luego atraparlos.

—A menos que sea un loco.

Los ojos del jefe del Grupo de Homicidios, de Pedro García Oubiña y de Juan Cano se clavaron en Emilio Prats.

—Llevo semanas pensando en ello —dijo Prats—. ¿Y si todos los asesinatos son obra del mismo autor? Sé que no hay pruebas para demostrarlo, pero no me quito de la cabeza la idea de que quizá estemos ante un único asesino: un loco, un psicópata.

—Es posible, Emilio —añadió Arousa. Hay por lo menos dos homicidios que presentan un factor común, el de la mujer de la limpieza y el del músico: las huellas dactilares que se encontraron en ambos casos. Y aunque matemáticamente dos de cinco no bastan para probar un único asesino, sí es un dato que no conviene olvidar. Empecemos a trabajar sobre esta hipótesis pero no descartemos por completo ninguna otra. El lunes hablaré de ello con Manzano y María. Vosotros, seguid con lo vuestro.

Sara consultó el reloj en cuanto se acomodó en el coche de Martina.

—¡Las cuatro menos cuarto! Hacía años que no volvía a casa tan tarde.

—Pues ya era hora. Además, ha valido la pena, ¿no? Por fin has podido bailar con tu auditor. ¡Objetivo cumplido!

La secretaria de la Unió Musical de Catalunya sonrió levemente. Sí, su curiosidad había quedado despejada y la tensión que la había envuelto las primeras veces que Ferran Rovira la abrazaba fue desapareciendo a medida que los bailes iban sucediéndose, hasta que se había establecido entre ellos una perfecta sintonía.

—Cierto, baila muy bien... y tú también lo sabes. Te has hartado de bailar con él.

—Sí —respondió rauda Martina—, pero a mí no me miraba como te miraba a ti y no me digas que eso es mentira y que no te has dado cuenta de ese «pequeño» detalle.

—Ojalá estuviera tan segura como tú. Pero todavía no es momento de pensar en ello, esta ha sido la primera vez que nos vemos fuera del trabajo.

—Deja de hablar con la cabeza —interrumpió su amiga justo en el momento que doblaba hacia la derecha para abandonar la Gran Vía y enfilar el paseo de Sant Joan en dirección al Arc de Triomf—, y pregúntate qué sientes.

—Mi corazón me ha engañado en más de una ocasión. Quizá sea hora de dar paso al cerebro.

—¡Eh! ¡Todavía somos demasiado jóvenes para aparcar el corazón! No te cierres a lo que sientes, Sara, que vivir es sentir.

Ambas permanecieron en silencio hasta que Martina detuvo el automóvil frente al domicilio de Sara.

—Espero, en todo caso, que hayas aprovechado la ocasión para quedar con él.

—De hecho, no. Ferran me ha dicho que dentro de unos días volverá a reunirse con mi jefe. De todas maneras, y para tu tranquilidad —añadió Sara mientras una sonrisa amplia y franca aparecía en su rostro— tengo que recordarte que tiene mi número de teléfono y, aunque sea el del trabajo, lo tengo activado las 24 horas del día.

Martina la contempló durante unos instantes.

—Piensa qué vas a hacer si te invita a salir. Físicamente es un hombre muy atractivo... y seguro que folla muy bien.

—¡Qué bruta eres! —respondió Sara antes de darle un beso en señal de despedida.

—Pues si a ti no te apetece, dímelo a mí antes de que se eche en brazos de otra cualquiera, que una también está muy necesitada de amor.

Sara movió la cabeza de un lado a otro.

—No tienes remedio.

—En eso te doy la razón: a mí el sexo me sigue gustando.

Martina esperó a que su amiga entrara en el inmueble antes de arrancar. Al cruzar

las últimas miradas ambas sonreían.

«Tendré que espabilar», pensó Margarita en cuanto terminó de leer la noticia del asesinato de Demetrio de la Torre. *BCN* había otorgado al crimen una cierta importancia —la información ocupaba la cabecera de la página cinco de la sección—, aunque tan sólo se limitaba a reproducir el texto remitido por la agencia Efe. Apuró el café con leche y decidió regresar al dormitorio. Eran las once de la mañana y Mario seguía en la cama, una buena oportunidad para disfrutar del domingo y recuperar los placeres del sexo y del amor.

CAPÍTULO 18

—Me voy. No vendré a cenar.

Javier Arousa no tuvo tiempo de preguntar a su hija dónde iba y con quién. La joven había salido de su habitación a la carrera, dejado unos libros sobre la mesita del salón y besado a sus padres mientras se despedía.

—Espero que algún día esta familia se reúna al completo y podamos vernos todos —dijo Arousa.

—No te lo tomes a mal, cariño —dijo su esposa—. Paola es una persona adulta, sabe lo que hace y tiene unos horarios tan difíciles en el trabajo que aprovecha el tiempo libre como puede. Por si te quedas más tranquilo, sale con el grupo de siempre, Paola, Inés, María... y han quedado para ir al cine.

—Ya ves de qué me vale ser policía: ya sabes más que yo.

—Complicidad femenina —apostilló ella con picardía—. ¿Te apetece ir a dar una vuelta para estirar las piernas?

Parecía mejor plan que quedarse en casa sin nada que hacer hasta volver al trabajo en poco más de doce horas. Se levantó del sofá, cogió el periódico y lo dejó sobre la mesita. Se detuvo casi en el mismo instante en que empezaba a caminar hacia la puerta. No sabía qué le había obligado a detenerse, pero algo que había sobre la superficie acristalada de la mesa le llamó la atención. Se giró y con la vista fue repasando lentamente los objetos que estaban sobre el mueble. El diario que acababa de dejar, un par de revistas caninas que solía leer su hijo, una pieza de madera alargada y dividida en cinco pequeños compartimentos que albergaban, cada uno de ellos, una vela redonda y anaranjada en forma mandarina, y los libros que Paola había dejado allí antes de desaparecer. Cogió el primero de ellos. *Peter Pan*.

—¿Paola lee cuentos infantiles?

—¡Ja, ja, ja!

Javier Arousa se dio media vuelta al oír la risa de su esposa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo a *Peter Pan* en una de mis manos y en la otra, a *Alicia en el país de las maravillas*.

—¡Ah, esos cuentos! Esta semana Paola trabaja en el servicio infantil de Oncología y ha pensado que sería una buena idea llevar unos cuentos para distraer a los niños que están allí hospitalizados. Y a mí me ha parecido una idea excelente.

—Y lo es, sin duda alguna.

El policía repasó el resto de narraciones: *El mago de Oz*, *Los tres cerditos*, *Hansel y Gretel*, *La Cenicienta*, *La bella durmiente*, *El patito feo*, *Caperucita Roja* y *El*

flautista de Hamelín.

—Y nuestra hija tiene un don natural para relacionarse con los niños. Seguro que estarán muy contentos. Pobrecitos.

El tono de voz evidenciaba la pena que su mujer sentía por aquellos pequeños que estaban luchando contra una enfermedad tan feroz y cruel como el cáncer. Arousa sabía que su mujer era una persona sensible y bondadosa. Era uno de los motivos por los que la amaba.

No quiso retrasar más la salida del paseo, dejó los cuentos donde estaban y se dirigió hacia el armario para coger el abrigo. Un paseo a las seis de la tarde de un domingo de noviembre exigía salir a la calle con el máximo confort posible. Se ajustó la prenda sin dejar de pensar en el motivo por el que se había fijado en aquellos relatos. Abrió la puerta y dejó pasar a su mujer, pero se detuvo justo antes de cruzar el umbral y dio media vuelta. Su esposa creyó que se había olvidado algo pero al comprobar que no regresaba, entró en la vivienda.

Su marido estaba sentado frente a la mesita del salón con todos los cuentos expuestos ante sí como si se tratara de una feria literaria. Cogía uno de ellos, lo miraba durante algunos segundos y lo depositaba en una de las dos filas que él mismo había organizado. De vez en cuando escribía en un papel. Aunque ignoraba a qué se debía la excitación con que su marido estaba revisando los relatos infantiles, no le pareció oportuno preguntarle qué estaba haciendo. Había aprendido que solía comportarse así cuando estaba trabajando en algún caso complicado.

Sin decir nada, se quitó el abrigo y fue a la cocina para preparar un café. Su regreso a la sala coincidió con la lectura del último cuento. Vio que agarraba tres libros y con ellos bajo el brazo se dirigía a su despacho. Le siguió con sigilo. Arousa se detuvo delante del ordenador y empezó a teclear en cuanto la pantalla se iluminó. Veinte minutos más tarde reaparecía.

—Creo que he descubierto algo muy importante para empezar a resolver los cinco últimos asesinatos. Si quieres te lo cuento mientras paseamos.

—¿Estás seguro de que quieres salir?

—Por completo. Te invito a un mojito.

—¿Un mojito? Pues sí que debes haber averiguado algo importante. Vamos y me lo cuentas.

A las nueve menos cinco de la mañana del lunes, todos los integrantes del Grupo de Homicidios estaban pendientes de su jefe. Javier Arousa los había citado sin adelantarles el motivo de la reunión.

—Hasta ahora me decía a mí mismo y os decía a vosotros que algo estábamos haciendo mal en relación a los cinco últimos asesinatos. He insistido en la necesidad de ver algo más allá de lo que, a simple vista, era evidente en estos crímenes y creo que, por fin, he encontrado una respuesta.

Francisco Manzano, Juan Cano, María Bernal, Pedro García Arousa y Emilio Prats alzaron la cabeza inmediatamente.

Concentraron toda su atención en su jefe. Empezaban a entender el motivo de aquella reunión.

—Ayer por la tarde, mi hija dejó sobre la mesa varios cuentos infantiles porque esta mañana tenía que trabajar en el servicio de Oncología del Hospital Clínic en el que hay ingresados algunos niños. Quería que aquellas narraciones les distrajeran durante su estancia en el hospital. El paquete estaba encabezado por *Peter Pan* y en la portada se veía al joven protagonista y, a su lado, el Capitán Garfio. Y fue al contemplar esta figura cuando la idea me estalló en la cabeza. ¿Qué caracteriza a este personaje?

Javier Arousa no dio tiempo a que nadie respondiera.

—Que su mano derecha es un garfio. ¡Un garfio! Y ese descubrimiento me hizo pensar en Juan Morales. ¿Recordáis qué tipo de arma utilizó el asesino para matarle? ¡Un garfio! Una muerte violenta y un cuento. Esta relación, la de un asesinato con una narración infantil, podría ser una casualidad, pero entonces me di cuenta de que esa misma conexión podría establecerse con el segundo homicidio, el de la mujer de la limpieza. ¿Cómo se llamaba? ¡Alicia!, como la protagonista de otro célebre cuento, *Alicia en el país de las maravillas*. ¿Y recordáis qué encontramos a su lado? Un pastel... como el que comió ella y que le permitió crecer tres metros.

El silencio era total en la habitación del Grupo de Homicidios. Los cinco inspectores estaban absolutamente pendientes de Arousa. Nada más importaba. Sus mundos, sus vidas, empezaban y terminaban en aquellas palabras.

—¿Recordáis qué comenté al ver el cuerpo sin vida de la joven prostituta? ¿Lo recuerdas, María?

La policía se mantuvo inmóvil unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Que era bella y parecía dormida. ¡*La bella durmiente!* Y del cuarto asesinato, ¿qué circunstancia nos extrañó a todos? Recordad que tocaba el saxo, pero lo que apareció en la funda donde guardaba el instrumento fue... ¡una flauta! *El flautista de Hamelín*. Y el viernes, ¿quién fue asesinado? Exacto, un enano, *Blancanieves y los siete enanitos*. Y eso nos lleva a pensar que no estamos ante cinco crímenes aislados, sino que todos se deben a una mente única. Es una teoría perversa, lo sé, pero el asesino, o la asesina, actúa bajo este razonamiento. Estoy absolutamente convencido de ello. En Barcelona anda suelto un asesino en serie, algo insólito para esta ciudad que, hasta ahora, se había librado de un criminal de estas características. Por lo menos, tan activo como es este. Paco, ¿qué piensas?

Francisco Manzano se irguió con lentitud antes de contestar.

—Es una teoría sobre la que podemos trabajar. Si estamos ante cinco asesinatos sin conexión alguna entre ellos, se rompe la estadística criminal de esta ciudad. No recuerdo quién lo dijo, alguien en la radio, pero oí que Barcelona nunca había registrado tantos crímenes en tan poco tiempo. Y, repito, si son homicidios no

relacionados entre sí significaría un cambio social profundo y muy preocupante para la seguridad ciudadana: cinco homicidas nuevos en cinco meses. ¡Vaya tendencia! Pero si se trata de un autor único, quizá sea aún peor si no logramos detenerle en breve: sería la primera vez en los tiempos modernos que Barcelona cuenta con un asesino en serie. No sé cuál de las dos posibilidades es peor.

Arousa permaneció callado a la espera de que alguien más interviniera. Pero nadie lo hizo.

—Bien —añadió finalmente—, creo que es conveniente volver a repasar los asesinatos con la idea de que todos obedecen a un único asesino. Y los deberíamos revisar bajo este punto de vista para ver si es posible encontrar un nexo común, amistades, locales frecuentados, relaciones personales... cualquier factor que nos ayude a ratificar o desechar mi teoría.

Repasó con la mirada a Cano, Oubiña, Bernal y Prats.

—Andando —concluyó.

Los cuatro agentes, además de Manzano, abandonaron la sala con lentitud. Arousa se preguntó si confiaban mínimamente en su descubrimiento.

—Hombre, no puedes negar que sea un enano le da a la historia un punto de interés... o de sordidez, llámalo como quieras. Y eso, desde el punto de vista periodístico, resulta muy interesante.

Ángel Fernández no respondió. Sabía que Margarita no era una insensata y que, como redactora de *BCN*, aquel crimen era demasiado especial como para ignorarlo. La muerte violenta de una persona con aquel tipo de anomalía física había causado un fuerte impacto emocional en la opinión pública. Y rebatir las palabras de la periodista resultaba inútil e incluso contraproducente. La política informativa que él deseaba mantener no pasaba por negar las evidencias.

—Ciertamente lo es, para qué engañarnos —dijo—, pero desde el punto de vista estrictamente policial eso no cuenta demasiado: estamos ante un homicidio y debe ser analizado y resuelto como tal.

—El cuarto en los últimos cinco meses —interrumpió con vehemencia Margarita—. El conductor del metro, la mujer de la limpieza, el joven músico y ahora el enano. Y sin que la Policía haya logrado esclarecer ninguno de ellos y detener a alguien. Intuyo que mi director no va a ser benevolente con vosotros.

El jefe de prensa de la Policía calló lo que pensaba: «Ya me lo imagino, después del último editorial».

—A menos que le pueda ofrecer una exclusiva...

Margarita Serra observó con disimulo que su amiga Maribel, la secretaria del Gabinete de Prensa, sonreía levemente ante su propuesta, que era casi un chantaje.

—Pues que yo sepa —respondió pausadamente el máximo responsable de Comunicación de la Policía—, no hay novedad.

—Tienes tiempo hasta las seis de la tarde. Si para entonces las cosas están como hasta ahora, veo difícil frenar a mi director. Y si os critica, esta vez estará plenamente legitimado para hacerlo. Cuatro homicidios en cinco meses sin que ninguno de ellos haya sido resuelto no es una cuestión menor.

Ángel Fernández guardó silencio.

—En fin —añadió la periodista—, ya sabes dónde encontrarme. Y espero de verdad que me digas algo, porque de lo contrario estáis apañados.

«Y yo también», pensó mientras se despedía al imaginar la reacción de su director ante la falta de resultados de la Policía.

Entró con tanto ímpetu que Javier Arousa no pudo evitar contemplarla con sorpresa. María Bernal no le dio tiempo a que preguntara nada.

—Llevo 48 horas dándole vueltas a lo que nos dijiste anteayer, jefe.

—¿Y?

—Creo que he encontrado otra conexión que refuerza tu teoría. Mejor dicho, o es una casualidad extraordinaria o podemos vincular los cinco asesinatos con otro factor común, además del de los cuentos infantiles. Mira. El primer crimen fue cometido un lunes, el lunes 4 de julio; el segundo, un martes, el 23 de agosto; el tercero, el miércoles 21 de septiembre; el cuarto, un jueves, el jueves 27 de octubre, y el último, el del pasado viernes. Lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, y julio, agosto, septiembre, octubre y noviembre, una sucesión de días y meses absolutamente ordenada. Sería demasiada casualidad. ¿Los cuentos infantiles y los días de la semana y los meses correlativos, una coincidencia? Yo no me lo trago.

El jefe del Grupo de Homicidios reflexionó sobre aquel descubrimiento. La teoría de María Bernal, buena muestra de las dotes de deducción de la agente, tenía lógica y reforzaba la teoría de un asesino único.

—Tienes razón, María, toda la razón —dijo, superada la sorpresa inicial—. Quien está detrás de esto es alguien ordenado, una persona que aunque haya perdido el juicio, es fría, calculadora y seguramente inteligente, muy inteligente.

—Lo preocupante —añadió la inspectora— es que, si estoy en lo cierto, el siguiente crimen se cometerá un sábado de diciembre.

El jefe del Grupo de Homicidios permaneció pensativo durante un buen rato. La alegría del avance en la investigación le había ocultado esa conclusión, que ahora parecía insultantemente obvia. Como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, ambos miraron el calendario: faltaban trece días para la llegada del último mes de año, menos de dos semanas para detener a quien, hasta aquel momento, tan sólo era un fantasma, de quien ignoraban identidad, rasgos físicos o sexo. Javier Arousa cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y permaneció con la vista clavada en el suelo un buen rato.

—Si estamos ante un asesino en serie —dijo finalmente—, es posible que las

víctimas estuvieran relacionadas entre sí o que, sin saberlo, todas ellas mantuvieran algún tipo de relación con el criminal.

María Bernal aguardó unos instantes antes de abandonar el despacho de su jefe, pero se detuvo al oír de nuevo la voz de Arousa.

—Hay que volver a revisar los teléfonos móviles de cada una de las víctimas, comparar los números por si figuran en sus respectivas agendas y determinar si existen llamadas, mensajes o cualquier otro tipo de contacto comunes. Es decir, si los asesinados estaban en contacto con quien los mató. Hasta ahora no se había efectuado una investigación en esta línea, ¿verdad?

La agente asintió con la cabeza.

—Pues hay que hacerla. ¿Puedes encargarte tú?

—Ahora mismo.

—En cuanto llegue Manzano le pondré al corriente.

Apenas cuarenta y cinco minutos más tarde, el subjefe del Grupo de Homicidios conocía el descubrimiento de Bernal y su nuevo cometido, y un cuarto de hora más tarde, el jefe superior de la Policía era puesto al corriente.

—Hay que darse prisa —dijo Arturo Ferrer—. No tenemos mucho y sólo quedan dos semanas para que vuelva a matar.

A pesar de que lo esperaba, Ángel Fernández no pudo evitar el disgusto que le ocasionó la lectura de los periódicos al cumplirse la primera semana del asesinato de Demetrio de la Torre. «Dinámica policial preocupante», «Crímenes impunes» o «La última gota de paciencia» eran algunos de los titulares que encabezaban las informaciones sobre el crimen todavía por resolver; unas informaciones, por otro lado, que coincidían en sus conclusiones: la Policía no estaba a la altura de lo que los ciudadanos y la propia ciudad de Barcelona, ejemplo de civismo, convivencia y seguridad, merecían.

El portavoz policial decidió ir al encuentro del jefe del Grupo de Homicidios.

—Tenemos que detener esta dinámica como sea, Javier, o de lo contrario, si esta campaña se alarga, no vamos a poder con ella. Dame algo con que calmar a los chicos de la Prensa. Necesitamos enderezar la situación como sea porque no resulta fácil defendernos cuando hay tantas muertes violentas por resolver.

Arousa no respondió de inmediato. Se acercó a la ventana, contempló la cortina de agua que estaba cayendo en aquellos instantes y alzó la vista hasta detenerse en la estatua de Santa Eulalia, la copatrona de la ciudad, situada en lo más alto de la catedral.

—Seguimos una pista que, de confirmarse, nos puede ayudar mucho en nuestras investigaciones. Fíjate que no te estoy diciendo que vayamos a esclarecer lo sucedido, sino que es una línea de trabajo que nos puede abrir una puerta. Ignoramos, en el supuesto de que la llegáramos a abrir, qué hay detrás de ella... si es que hay

algo.

—¿Puedes ser más concreto?

—No.

—Eso no va ni a calmar ni a convencer a los periodistas.

El silencio se apoderó de la habitación. Cada uno intentaba encontrar una fórmula que hiciera compatible la necesidad de ofrecer información que urgía a Ángel Fernández con la discreción que permitiera al Grupo de Homicidios trabajar con tranquilidad.

—¿Te serviría si te dijera que la pista sobre la que estamos basando nuestra investigación se refiere al modus operandi del asesino?

El jefe del Gabinete de Prensa lo pensó unos instantes.

—Creo que sí —dijo finalmente—. Es mejor que nada, aunque es una explicación ni muy concreta ni muy atractiva. No sé si todos los periodistas se conformarán con eso porque el fallecimiento del pobre enano no deja lugar a dudas, ¿no? Un par de golpes y nada más.

El encargado de la comunicación de la Policía dejó de hablar. A Arousa le parecía evidente que estaba valorando el rendimiento periodístico que podría proporcionar aquella información.

—Pues lo siento, Ángel —dijo Arousa—, pero no puedo dar más detalles e incluso puede que lo que te acabo de contar se vuelva contra nosotros y nos perjudique. Mi instinto me dice que no debería haberte dicho nada.

Ángel Fernández resopló varias veces.

—Bueno, lo intentaré. Gracias, Javier, voy a ver cómo se lo toman mis chicos.

Margarita Serra no mostró reacción alguna al escuchar las palabras de Fernández. Deseaba evitar que este adivinara la valoración que ella estaba efectuando y que intuyera cómo *BCN* iba a tratar esta información. Antes de abandonar la sala de Prensa, y sin que nadie se percatara de su gesto, enseñó su teléfono móvil a Maribel y justo al salir de la habitación, redactó el mensaje. «¿Comemos?». La respuesta de la secretaria de Prensa de la Policía fue inmediata. «Sí. La pizzería». No le resultó necesario pedir más explicaciones sobre el restaurante. La pizzería era un pequeño y discreto restaurante italiano ubicado detrás de la Catedral, en una calle corta y estrecha que, pese a estar en el corazón de la Barcelona más turística, no solía estar muy concurrida.

En unos segundos sus ilusiones se fueron al traste.

—No sé nada más que lo que te ha contado Ángel —dijo Maribel—. Hasta hoy, ha sido muy hermético en relación al asesinato del enano.

—¿Hasta hoy? —preguntó Margarita.

—Sí. Esta mañana se ha reunido con Arousa para hablar de este caso y a la vuelta de la reunión me ha parecido, y eso es una pura impresión personal, que estaba más

relajado. Quizá los de Homicidios le han contado que tienen algo entre las manos.

La periodista tardó en hablar de nuevo.

—Tal vez tenga que ver con el modus operandi del que nos ha hablado tu jefe... aunque no acabo de entender a qué se refiere exactamente, porque desde el primer momento se nos aseguró que el infeliz murió golpeado con una barra de madera. ¿O no fue así?

—Yo tampoco lo sé —añadió Maribel—. Quizá se refería a que el asesinato no se debió a un impulso momentáneo, sino que el asesino estuvo vigilando con anterioridad a la víctima, que quizá se conocían y que, por consiguiente, fue premeditado, pero no me hagas mucho caso. Te aseguro que son elucubraciones mías, porque mi jefe no ha soltado prenda.

La llovizna no alteró sus planes. El jefe del Grupo de Homicidios se ajustó la gabardina y el sombrero y se dirigió al quiosco para comprar los tres grandes diarios de la ciudad. Todavía no eran las nueve de la mañana, circunstancia que unida al hecho de que fuera sábado, explicaba por qué su mujer y sus dos hijos todavía dormían. En la soledad del bar, sin apenas clientes a aquella hora, Javier Arousa leyó con tranquilidad las informaciones relativas al crimen de Demetrio de la Torre. Los rotativos coincidían en destacar la orientación que había tomado la investigación de ese asesinato. «Homicidios centra sus esfuerzos en el modus operandi del asesino». «La Policía concentra las pesquisas para esclarecer la muerte del sastre enano en la forma de actuar del criminal». «El asesinato fue premeditado».

Sorbió lentamente el café con leche mientras se decía que los titulares no parecían poner en peligro su plan de actuación. Sólo la lectura del artículo que firmaba Margarita Serra le hizo fruncir el ceño. «El Grupo de Homicidios que dirige el inspector Javier Arousa —decía la información— trata de esclarecer todos los detalles del horrendo crimen porque tiene la esperanza de que, desentrañado el modus operandi del autor, quedará más perfilada la identidad del criminal». Esa afirmación le preocupó. No porque fuera incierta, sino porque podría proporcionar cierta ventaja al asesino. Y lo que él no quería precisamente era ponerle en guardia y que extremara la precaución.

De los trece días de que disponía cuando María Bernal le comunicó su descubrimiento, tan sólo le quedaban once. Cerró el diario y disgustado, regresó a su domicilio sabiendo que el mal humor ya no le iba a abandonar en todo el día. «Mejor dicho —pensó—, en todo el fin de semana».

CAPÍTULO 19

—Esperaba que me propusiera vernos hoy pero, al despedirse, no lo hizo.

—Y, por tu tono de voz, adivino que te hubiera gustado...

Sara no dudó.

—Sí. Ni te voy a engañar ni quiero engañarme a mí misma. Ferran me parece un tipo muy interesante.

—Y además es muy guapo —añadió Martina sonriendo con picardía.

La secretaria de la Unió Musical de Catalunya cerró los ojos para captar la calidez de los rayos del sol que daban de lleno sobre su rostro y disfrutar con mayor intensidad de un domingo que, aun siendo otoñal, recordaba la primavera después de casi una semana de lluvias intensas y bajas temperaturas. Había sido todo un acierto elegir la terraza del bar de la Barceloneta situado debajo del Paseo Marítimo y a pocos metros de la playa para tomar juntas el aperitivo. El hecho de que la mesa que ocupaban estuviera en uno de los ángulos de la terraza y se encontrara relativamente alejada de las demás contribuía a proporcionar la intimidad que necesitaba una conversación tan honesta como la que estaba compartiendo con Martina.

—Y sincero —añadió Sara Martí—, que para mí es mucho más importante que la belleza.

Acercó el rostro al de su amiga.

—Me contó —su voz era apenas algo más que un susurro— que nació en Prullans, un pequeño pueblo del Pirineo, que era hijo único, que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico hacía más de veinte años y que nunca se había casado.

—Eso no sé si es bueno o debería preocuparte —interrumpió Martina—. Que un hombre como él, que debe acercarse a los cincuenta, no se haya casado todavía... No sé exactamente cómo interpretarlo.

—Me confesó, sin detenerse en detalles, que había tenido dos parejas pero que, en ambos casos, las relaciones no perduraron. Por eso no tiene hijos.

—¿Y qué más te ha contado?

—Que vive en un ático cerca del estadio del Barça y desde que se licenció en Economía, ha estado trabajando como auditor por su cuenta.

Martina dejó pasar unos segundos antes de formular la pregunta.

—¿Y qué hicisteis?

—Nada especial. Fuimos a cenar a «La Venta». —La mente de Martina identificó al instante el agradable restaurante situado junto a la estación del funicular del Tibidabo—. Y luego tomamos una copa en el «Mirablau».

La imagen de este local también se formó automáticamente en su cerebro. Lo que caracterizaba a ese bar, enclavado a pocos metros del restaurante, lo que permitía ir andando de un sitio a otro, era el gran ventanal desde el que se abarcaba la ciudad en toda su extensión.

—¿Y?

—Y nada más. Estuvimos hablando y poco antes de las dos, me acompañó a casa. Quedamos en vernos otra vez pero sin concretar la fecha.

—¿Y ni un beso?

—Sólo el de despedida.

—¡Pero qué boba llegas a ser, Sara! Eres una mujer demasiado... adulta como para comportarte como una cría.

—Las cosas no deben forzarse. Tienen que surgir solas.

—Sí, pero un empujón a tiempo ayuda —replicó Martina riendo.

—Lo que tenga que ser, si hay algo que tiene que ser, será, y si no es, es que no debe ser.

—Filosofía barata. A nuestra edad hay que aprovechar las ocasiones y cazarlas al vuelo antes de que desaparezcan.

Y sin solución de continuidad, Martina alzó la mano.

—Otro Martini —pidió al camarero que la estaba mirando porque ya había percibido su gesto.

El fin de semana de Arousa, como él mismo había intuido, no había sido el mejor de su vida. Se había mostrado ausente, casi huraño, con su familia y eso le hacía sentir aún más incómodo porque era plenamente consciente de que ni su esposa, ni Paola, ni Ernesto eran la causa de su mal humor. Sin embargo, no había sido capaz, quizá porque era demasiado terco, de salir de su mutismo y su hosquedad en los dos días. Ahora, en el trabajo, no estaba de mejor humor. María Bernal asomó la cabeza por la puerta de su despacho minutos después de las diez y entró al comprobar que su jefe estaba solo.

—La pista de los móviles no nos sirve de nada —explicó la inspectora con evidente desánimo—. Los de la Científica no han encontrado números repetidos, nombres o mensajes que les relacionen entre sí o con una misma persona. Los muertos no se conocían ni tenían un contacto común. Nada de nada.

Arousa resopló. «Empezamos bien la semana», pensó al quedarse nuevamente a solas. Era 21 de noviembre de 2011. Diciembre llegaría en diez días y su primer sábado era el día 3. Movi6 la cabeza como si quisiera ahuyentar los malos pensamientos que danzaban por su mente escapándose a su control. «Doce días y nada todavía que llevarse a la boca. Estamos jodidos».

Cuando Manzano entró en su despacho, creyó que era para despedirse. Faltaban pocos minutos para las nueve de la noche y el área de Homicidios estaba casi desierta.

—Llama un tal José Pérez que asegura tener información sobre el crimen del enano pero dice que sólo quiere hablar contigo.

Arousa no recordaba haber oído el teléfono sonando, aunque no le extrañó. El día había transcurrido sin que él hubiera podido salir del limbo en el que había entrado por la mañana.

—Pásamelo —respondió con cansancio y resignación.

Descolgó el auricular.

—¿Señor Pérez? Buenas tardes. Soy el inspector jefe del Grupo de Homicidios. Creo que desea darnos alguna información...

No terminó la frase. La voz, ronca y de tono suave y tranquilo, le interrumpió.

—¿Alguna? No. Se la puedo dar toda y de todos los crímenes que está investigando y de los que no sabe nada de nada.

Arousa tensó su cuerpo.

—¿Quién es usted?

—Me decepciona, inspector, me decepciona.

En aquel mismo instante hizo un gesto a Manzano indicándole que escuchara la conversación por el aparato que estaba sobre su mesa. El subjefe de Homicidios salió a toda velocidad y, con mucho cuidado, levantó el auricular.

—Pero antes de que sigamos hablando, ordene a quien sea que cuelgue el teléfono, de lo contrario jamás volverá a oírme.

Arousa asintió con la cabeza. Manzano, con un golpe seco y de forma muy perceptible, depositó el aparato en su lugar.

—Eso está mejor. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! ¿Quién soy yo? Ya se lo he dicho, soy José Pérez pero, veamos... también podría decirle que soy el que dejó la flauta en el estuche del estudiante de música que tocaba el saxo o el que acompañó a Antonia Díez a su casa, una vivienda humilde justo donde comienza la zona forestal del Tibidabo, o el que mató con un garfio a... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Juan Morales.

Arousa Chasqueó los dedos para avisar a Manzano. Cogió un papel y escribió: «Localiza la llamada. Es él». Manzano se abalanzó sobre el teléfono más alejado del despacho de Arousa y marcó frenéticamente.

En el mismo tono sereno y pausado con el que había empezado a hablar, el asesino retomó la conversación.

—Inspector, no vuelva a decepcionarme. No trate de hacerlo. No intente localizar mi llamada. Si lo hace, ni llegará a tiempo a donde estoy ahora mismo, ni le volveré a dar otra oportunidad para que hablemos.

Arousa no podía arriesgarse.

—Espere, espere —respondió atropelladamente—. No lo haré.

—Por si acaso, sólo le diré una cosa más: no podrá conmigo. Ni usted, ni nadie. Ni siquiera esta ciudad que se vende a sí misma como el paradigma de las grandes urbes. No saben nada de mí, ni lo sabrán nunca. Nunca sabrán quién soy. Eso es todo lo que quería decirle. Voy a colgar.

—Aguarde. Oiga, le voy a dar mi número de teléfono directo.

Volvió a ser interrumpido.

—Usted no me va a dar nada.

Por primera vez, Arousa notó que su comunicante se alteraba.

—No voy a aceptar ninguna de las propuestas que usted me haga. Ni teléfono directo, ni nada. En todo caso, seré yo quien haga las propuestas y usted quien las acepte. ¿Queda claro? Es más, quizá sea esta la última vez que hablo con usted.

Un sonido átono, potente e ininterrumpido se clavó en el oído del jefe de Homicidios. Miró a Manzano.

—Era él, Paco, era él. Me ha dado detalles que nadie sabe, detalles que sólo el asesino podía saber: cómo era la casa de la prostituta, que el conductor de metro fue asesinado con un garfio y que dentro del estuche musical había una flauta. Nadie, salvo el asesino, puede hablar de esta manera, con esta concreción y sobre aspectos que no se han hecho públicos. El muy cabrón es inteligente, muy inteligente. Ha adivinado que estabas escuchando al otro lado del teléfono y que trataríamos de localizar la llamada.

—Bueno, tampoco es tan difícil imaginar que lo íbamos a hacer... Se ve en las películas.

—Es posible, Paco, pero lo ha hecho en el mismo instante que sucedían ambas cosas. Además ha llevado siempre la iniciativa, seguramente por eso ha rechazado mi número telefónico directo.

—¿Crees que volverá a llamarte?

—No lo sé, francamente. Espero que sí, pero no confío demasiado en ello.

—Pues yo sí —dijo Manzano—. Ese tipo de criminales quieren demostrar que son los más listos de la clase, mucho más que sus perseguidores que, habitualmente, gozan de un reconocimiento público que ellos consideran injustificado porque creen que los listos, los listos de verdad, son ellos.

Dejaron de hablar pero ambos se quedaron mirando el teléfono por si volvía a sonar. Arousa cerró los ojos para grabar en su memoria la voz del asesino, la entonación con la que había hablado, el ritmo pausado que empleó durante el corto diálogo y la única conclusión a la que llegó es que se trataba de un hombre adulto, ni demasiado joven ni excesivamente mayor, quizá de treinta y pocos años, y que se expresaba con fluidez, conclusiones demasiado parcas como para poder imaginar cómo era aquel cabrón: alto, bajo, delgado, moreno, atlético o de pelo rizado. Chasqueó la lengua en señal de disgusto. Sólo podía confiar en que volviera a llamar. Permaneció un cuarto de hora dándole vueltas a estas ideas hasta que se convenció de

que reconocería la voz en cualquier circunstancia. «No la voy a olvidar nunca». Y con esa convicción salió de su despacho.

—Voy a hablar con el jefe —le comunicó a Manzano—. Si vuelve a llamar, entreténlo como puedas y avísame por el móvil.

Cinco minutos antes de la hora prevista para que se iniciara la reunión, Javier Arousa y Francisco Manzano estaban ya en el despacho del jefe superior de la Policía. En cuanto Arousa le desveló la llamada telefónica, Arturo Ferrer se puso en contacto con el director del Instituto de Psiquiatría Forense, el doctor Ramón Cabezas, convocándole con urgencia a las nueve de la mañana del día siguiente.

Faltaban cuatro minutos para las nueve cuando el facultativo entraba por la puerta. De ojos pequeños y vivaces, estatura media y una calva que ya le había ganado prácticamente todo el terreno a una cabellera que en tiempos debió ser oscura, su complexión atlética quedaba disimulada por unas pequeñas gafas de varillas metálicas y un tímido bigote más negro que canoso.

—Como creo que no tenemos tiempo que perder —empezó diciendo Ferrer realizadas las oportunas presentaciones— voy a ir directamente el grano.

Y resumió en pocos minutos la teoría del jefe del Grupo de Homicidios que establecía la conexión entre los cinco asesinatos y los cuentos infantiles, el descubrimiento de María Bernal en torno a los días de la semana en que se produjeron los crímenes y la llamada telefónica recibida por Arousa hacía poco más de doce horas.

—En definitiva —concluyó Arturo Ferrer—, que parece que estamos ante un asesino en serie, un hecho que no se ha dado recientemente en Barcelona. Esta circunstancia empeora la situación porque no estoy muy seguro de cómo debemos enfocar el problema. Por ejemplo —dijo clavando su mirada en el psiquiatra—, ¿lo damos a conocer a la opinión pública o se lo ocultamos? ¿Cómo hemos de reaccionar si vuelve a ponerse en contacto con nosotros? ¿Tenemos que extremar las medidas porque lo más probable es que vuelva a actuar?

Cabezas dejó transcurrir algunos segundos antes de responder.

—Vayamos por partes. En relación a la primera pregunta y antes de dar una respuesta, deberíamos valorar los pros y los contras. Mejor dicho, los contras y los pros, por este orden. ¿Contras? Ponemos a la ciudadanía en un estado de tensión que se añadiría al malestar general en que vivimos todos a causa de los recortes sociales, la crisis económica, la degradación que rodea a la actual clase política, el enfado generalizado por los desahucios que se producen un día sí y el otro también... Sería, en definitiva, como añadir fuego a la pólvora. Por consiguiente, esta decisión debería contar, de forma absoluta, con el beneplácito de quienes mandan y más

concretamente del alcalde y, si me apuran, del máximo responsable de la seguridad pública del país, llámese ministro, consejero, subsecretario o director general.

Tomó aire antes de continuar.

—¿Pros? Dejarle claro al autor de las cinco muertes que conocemos su existencia. La experiencia me ha enseñado que este tipo de criminal se sobrevalora a sí mismo y peca siempre de confiado. Se cree más listo que sus perseguidores y, por consiguiente, está seguro de que nunca lo detendrán. Y yo creo que, en este caso, se da un exceso de confianza. Corrijame si me equivoco, inspector Arousa, pero según el relato del jefe superior, en el asesinato del músico le preguntó a usted si no entendía el mensaje que suponía depositar la flauta en el estuche donde el pobre muchacho guardaba el saxo.

El jefe de Homicidios asintió con la cabeza.

—Quería que relacionaran su acción con los cuentos infantiles —prosiguió el doctor González— a fin de que la policía admitiera más allá de la duda razonable que todas las muertes estaban efectivamente relacionadas con los cuentos. ¿Y por qué ese interés? Porque, al creerse más listo que ustedes, entra en sus cálculos que jamás será apresado.

El doctor Cabezas miró la hoja en la que había estado escribiendo mientras el jefe superior de la Policía exponía su batería de preguntas.

—¿Cómo reaccionar si vuelve a llamar? Esa es una cuestión de difícil respuesta, lo admito. Estamos ante una persona inteligente, de mente muy ordenada y que actúa con gran frialdad. Quizá sería bueno admitir que tiene esas cualidades pero sin que eso suene a falso halago, lo cual podría enfurecerle y avivar sus deseos homicidas, pero que, a su vez, tampoco diera la sensación de impotencia policial. Deberíamos lograr de alguna manera conducir su actuación hacia terrenos que nos fueran favorables sin que él se diera cuenta. En caso contrario, podría modificar su pauta de comportamiento y podríamos perderle para siempre. Y, finalmente, extremar las medidas. Ahí no tengo duda alguna. Estoy plenamente convencido de que volverá a actuar y si mantiene su calendario, efectivamente lo hará un sábado de diciembre. Y el primero es el próximo día tres, dentro de once días. Menos de dos semanas para detenerle y si no esto no se consigue, porque no creo que sea fácil, ¿cómo frenarle? Lo siento, eso se me escapa.

Javier Arousa fue el primero de los policías en hablar.

—No digo que lo que usted nos acaba de decir no sea valioso doctor Cabezas, no me malinterprete, pero policialmente no nos ayuda demasiado. Tan sólo sabemos que es un varón, que habla nuestro idioma sin acento extranjero y nada más. Seguimos sin saber cómo es, alto, bajo, fuerte, delgado, rubio, moreno, joven, mayor... Poco bagaje para poder interceptarle antes de que vuelva a asesinar.

—Comprendo —dijo Cabezas—. A menos que le hagamos reaccionar y vuelva a hablar con usted.

Los ojos del jefe superior de Policía y de los dos inspectores de Homicidios se

centraron en el rostro del director del Instituto de Psiquiatría Forense.

—La verdad es que no sé cómo lograrlo, pero volver a hablar con él podría ayudarnos a conocerle mejor y acercarlo un poco más, y cuanto más cerca lo tengamos, más fácilmente lo podríamos controlar.

—Quizá admitiendo públicamente que sabemos que ha asesinado a cinco personas —interrumpió Manzano, que hasta el momento había permanecido callado.

—Como acaba de decir el doctor Cabezas —intervino raudo Arturo Ferrer—, esa es una posibilidad que hay que estudiar a fondo. No estoy seguro de que sea la mejor decisión. En todo caso, lo que sí voy a hacer ahora mismo es hablar con el alcalde y el concejal de Seguridad Ciudadana para proponerles la creación de equipos policiales integrados por miembros de la Policía Municipal del Ayuntamiento y agentes nuestros para que patrullen conjuntamente por las calles. Por lo que a nosotros se refiere, tú, Javier, vas a ser el jefe.

Arousa sabía que no podía oponerse a la decisión. La forma en que la había planteado el jefe superior no daba lugar a réplica.

—A ver si podemos atrapar a ese hijo de puta —remató Arturo Ferrer con tanto deseo como hastío.

CAPÍTULO 20

Al ver el calendario y comprobar que el miércoles 30 de noviembre era el último día del mes, Carolina cayó en la cuenta de que su vida social se había reducido al sábado por la noche —si no estaba muy agotada— y al domingo. El resto de la semana, desde el lunes hasta pasadas las dos y media de la tarde del sábado, su vida se reducía a la farmacia y a las dos horas que invertía en cenar y quedarse dormida ante el televisor. Las relaciones con sus amigos, su afición por el deporte —el gimnasio al que acudía regularmente durante su etapa de estudiante empezaba a ser un recuerdo lejano—, el cine —era una apasionada de las películas de intriga—... Todo lo que era ajeno a su profesión y a su trabajo había desaparecido casi por completo de su vida. Pero lo que más le dolía era haber tenido que renunciar a los conciertos que un grupo de músicos brasileños organizaban cada miércoles en un centro social próximo al Arc de Triomf. No se trataba exactamente de un conjunto estructurado al modo de una agrupación profesional, sino que eran aficionados y amantes de la música más popular de Brasil que se reunían por pura afición para tocar juntos. La denominaban *forrol*, palabra de ascendencia inglesa formada —y deformada con el paso de los años — por «*for*» y «*all*», es decir «para todos», en definitiva, la música del pueblo llano. Había intentado acudir varias veces al terminar su jornada laboral pero, en el mejor de los casos, llegaba cuando los músicos recogían ya sus instrumentos.

—Eso nos ha pasado a todos, hija mía —le respondió su madre un jueves por la noche, cuando ambas se encontraban a solas en el salón de su casa después de que Carolina comentara con amargura que no tenía tiempo para disfrutar de sus aficiones—. Al principio —argumentaba su madre—, el trabajo te exige todo tu tiempo, toda tu capacidad, toda tu entrega hasta vaciarte, pero verás que con el paso del tiempo volverás a recuperar esa parte de tu vida que ahora te parece perdida. Es cuestión de encontrar el punto de equilibrio. No es fácil pero, tarde o temprano, darás con él.

Carolina guardó silencio durante un largo rato.

—Seguramente será así —dijo al cabo de unos segundos—, aunque espero que ese reequilibrio llegue pronto porque no quiero ni creo que sea capaz de mantener este ritmo y vivir así el resto de mi vida. No estoy dispuesta a vivir para el trabajo.

Su madre le puso las manos sobre su cabeza, hundió los dedos en su rubia y lisa cabellera y empezó a hacerle un masaje desde la nuca hasta las sienes. Carolina cerró los ojos para disfrutar al máximo de aquel momento de relax y placidez, el único de toda la jornada. Hacía tiempo que no experimentaba una sensación tan placentera.

Margarita Serra no tuvo tiempo de saludar porque en cuanto entró en el Gabinete de Prensa, Ángel Fernández fue a su encuentro inmediatamente.

—Pasa a mi despacho, por favor —le pidió sonriendo.

La periodista de *BCN* miró de reojo a Maribel mientras cruzaba la habitación camino de la sala privada del jefe de prensa de la Policía, pero su amiga no apartó los ojos del teclado de su ordenador.

—Quiero comentarte, y lo que te voy a decir no lo sabe nadie porque no lo haremos público hasta el lunes, que el Ayuntamiento y la Policía han llegado a un acuerdo para crear e implantar patrullas mixtas de vigilancia en toda la ciudad.

—¿Una exclusiva? ¿Y qué me pedirás a cambio?

—Nada. No seas tan desconfiada. Creemos que si alguien se merece conocer esta noticia antes que nadie eres tú y *BCN*... Pero también tengo que admitir que hemos valorado el hecho de que mañana sea sábado y que las noticias publicadas el fin de semana tienen mucha mayor difusión que cualquier otra jornada.

Las explicaciones del portavoz policial no la tranquilizaron por completo. Aquella actitud no era habitual en Ángel Fernández que, por sistema, solía favorecer a los diarios de la competencia.

—¡Cuánta amabilidad! —respondió con evidente sorna—. ¿Y a qué se debe la formación de estas patrullas mixtas?

El director de Comunicación del cuerpo de Policía eludió la mirada de Margarita y clavó los ojos en el suelo.

—A que somos conscientes del aumento de la preocupación entre los barceloneses a causa de los últimos sucesos.

Margarita sabía que los «últimos sucesos» a los que se refería su interlocutor correspondían a los asesinatos de los últimos meses y que todavía estaban pendientes de resolver.

Antes de que ella pudiera volver a preguntar, el jefe del Gabinete de Prensa le detalló el número de nuevas patrullas, las características esenciales de su labor, las zonas de la ciudad en las que iban a actuar y los responsables que las iban a dirigir: Javier Arousa, por parte de la Policía, y el intendente mayor de la Policía Municipal, por parte del Ayuntamiento.

—Aunque las responsabilidades políticas —resumió Fernández—, corresponderán al alcalde y al jefe superior.

La reportera permaneció callada un largo rato.

—Una medida tan insólita como esta me permite pensar, y disculpa que mi desconfianza sea tan grande pero, en parte, se debe a vosotros y a vuestras medias verdades, que no tenéis pista alguna sobre la media docena de crímenes pendientes de esclarecimiento. De lo contrario, estoy absolutamente convencida de que jamás habríais adoptado una medida como esta.

Aguantó sin pestañear la mirada dura del policía. Aquella reacción de Ángel Fernández le confirmó su intuición.

—No te puedo desvelar las líneas de investigación en las que estamos trabajando, pero no te miento si te digo que tenemos pistas que estamos seguros de que nos permitirán resolver los homicidios.

—¿Todos? ¿Existe algún vínculo entre ellos? ¿Se trata de una organización criminal?

El jefe de prensa de la Policía alzó la cabeza y tensó el cuerpo. «¡Bingo!», pensó la periodista. «Eso no se lo esperaba».

—Confiamos en que las pesquisas que tenemos entre manos —respondió lentamente— nos permitirán el esclarecimiento de la mayoría de ellos, aunque ojalá sean todos. No puedo decirte nada más. Por eso hemos decidido dar una vuelta de tuerca a nuestras investigaciones, para ver si podemos resolverlos de una vez.

«O es un gran cínico y me está mintiendo sin escrúpulo alguno —razonaba Margarita Serra mientras seguía observando al portavoz policial— o, ciertamente, tienen pistas muy concretas. Luego llamaré a Maribel».

—Y espero —remató Fernández—, que pronto podamos anunciar la buena nueva y tranquilizar a la opinión pública. Estamos poniendo todo nuestro empeño en ello.

Ambos permanecieron inmóviles y en silencio unos instantes hasta que el policía se levantó de la mesa donde había estado apoyado mientras hablaba con Margarita.

—¿Cómo crees que *BCN* tratará esta información?

—Espero que como se merece —respondió eludiendo comprometerse en nombre de su diario. «Cualquiera sabe cómo reaccionará el director cuando se lo cuente», se decía a sí misma justo al encaminarse hacia la puerta—. Te aseguro que por mí no quedará. Intentaré que tenga la máxima amplitud, pero ya sabes cómo es mi director.

Al regresar a la sala donde Maribel seguía trabajando como la misma intensidad, Margarita comprobó que ninguno de sus compañeros de la competencia había llegado todavía. Nadie se iba a enterar, por lo tanto, de que había estado reunida a solas con Ángel Fernández. Eso la tranquilizó y, al mismo tiempo, le proporcionaba una gran ventaja: ninguno de sus compañeros de profesión podía siquiera sospechar que había conseguido una exclusiva. Con discreción, extrajo del bolso su teléfono móvil. Tan sólo escribió la palabra «Pizzería». Veinte segundos más tarde recibía la respuesta: «Ok. Dos y media». No sabía cómo lo había hecho, pero Maribel había contestado a su invitación sin dejar de manipular el teclado de su ordenador.

—¿Patrullas mixtas? ¿Un hombre y una mujer? Qué idea más original, ¿no?

Margarita se mordió el labio para frenar el ataque de risa que le acometió ante la inesperada salida de su director. Una vez más, Luís Poch no había entendido la noticia que le explicaba.

—No, Luís —logró decir manteniendo un tono de aparente naturalidad—. El sexo

no tiene nada que ver. Las patrullas son mixtas porque están formadas por agentes de diferentes Cuerpos de Seguridad. De la Policía, por un lado, y de la Guardia Urbana, por el otro. En algunos casos serán de hombre y mujer, pero no exclusivamente.

—Claro, claro —respondió el máximo responsable de *BCN*—. O sea —añadió después de permanecer en silencio unos segundos—, que incluso pueden ser de dos hombres o de dos mujeres.

—Exacto.

—Eso está bien, muy bien... Patrullas mixtas en Barcelona, ¡qué innovación! Sergi —Poch dirigió su mirada hacia el redactor jefe de Sociedad—, dale una cabecera a cuatro columnas. Seguramente también daremos la exclusiva de Margarita en portada. ¿Qué más tienes en tu sección?

—El pleno del Ayuntamiento ha aprobado esta mañana la construcción de una planta incineradora para perros. Se trata de una iniciativa que la Sociedad Protectora de Animales lleva años reivindicando y por fin ha logrado su propósito. Se construirá en una zona forestal del Tibidabo anexa a la perrera municipal.

—Planta incineradora para perros —repitió el director mientras escribía en una cuartilla—. ¿Los queman vivos?

Sergi Dauder tardó en reaccionar, sorprendido por la pregunta. Tuvo que concentrarse en la figura de Luís Poch para evitar mirar al resto de compañeros del aquelarre.

—Por Dios, Luís —logró decir—, los incineran una vez han fallecido.

—Evidente, sólo lo decía para confirmar que, en efecto, ya habían dejado de existir. Creo que será suficiente con un par de columnas. Y en la parte inferior de la página. Bien —apostilló evidentemente incómodo—, con esto hemos acabado.

Y golpeando con furia la mesa con las hojas que tenía entre las manos, abandonó la sala a toda velocidad.

—¿Cómo se puede uno imaginar que van a quemar perros vivos? —planteó Margarita cuando ella y Sergi Dauder regresaban a sus mesas.

—No lo sé —respondió su jefe inmediato con evidente cansancio.

La periodista de Sucesos se estremeció no sólo por la escena que se formó en su cabeza al imaginar cómo debería morir un perro vivo introducido en un horno a altas temperaturas sino, también, al pensar que el destino del diario y de toda su plantilla, ella incluida, dependía de una persona de tan escasas luces como Luís Poch.

CAPÍTULO 21

Sabía que la reunión de la Junta Directiva, que iba a analizar la evolución presupuestaria que la Unió Musical de Catalunya había llevado a cabo a lo largo del año y a plantear los grandes gastos de los próximos doce meses, iba a durar como mínimo toda la mañana. Así que la ausencia de su jefe constituía una buena oportunidad para revolver papeles con toda tranquilidad e inspeccionar documentos financieros, facturas emitidas, cobros recibidos y comprobantes de compra que Félix Miret tenía que guardar en algún rincón de su despacho.

Desde que el cambio introducido en el sistema informático le impedía acceder a los movimientos económicos de la entidad, Sara no había conseguido más datos sobre la gestión y las irregularidades que hubiera podido realizar como presidente de la sociedad. De los seis cajones de la mesa de su jefe, dos estaban cerrados con llave, y ella no tenía copia alguna. Las buscó en los cuatro restantes, pero no las encontró. «¡Mierda!», pensó mientras empezaba a inspeccionar con mayor detenimiento los que estaban abiertos. Escasamente ocupados, guardaban algunos objetos personales del presidente —unas gafas, varios bolígrafos, un cargador de teléfono y tarjetas de visita— y material de oficina como hojas en blanco, varias libretas y cartas con el membrete de la Unió Musical de Catalunya.

Sin dejar de mirar la puerta de entrada con el rabillo del ojo, Sara se dirigió a los dos armarios que estaban ubicados a la derecha de la mesa. Abrió el primero, palpó las prendas que estaban colgadas —un abrigo azul oscuro, un impermeable negro y una chaqueta algo más clara—, que no ocultaban nada. Intentó hacer lo mismo con el segundo mueble, convencida de que Félix Miret tenía que guardar en él carpetas, ficheros y documentos que debían desvelar los movimientos financieros más secretos de su jefe, pero no logró su propósito: también estaba cerrado con llave. Maldijo mentalmente su mala suerte y sin que hubiera desaparecido por completo la rabia que sentía por los escasos resultados obtenidos, volvió a sentarse en la mesa de Miret para intentar acceder a su ordenador. Desconocía la contraseña y era consciente de que sólo disponía de dos intentos. El tercer fallo bloquearía automáticamente el aparato y Félix Miret podría saber que alguien lo había estado manipulando. Entornó los ojos y pensó cuál podría ser la combinación que utilizaba su jefe para activar el sistema. Introdujo la fecha de nacimiento del presidente de la Unió, ejecutó la orden pero el mensaje que apareció en la pantalla fue rotundo: «acceso denegado». Dejó que su mirada recorriera la habitación mientras se decía en qué habría podido pensar Miret a la hora de elegir la contraseña. Volvió a mirar la pantalla dejando que aparecieran en su mente de forma espontánea las diferentes propuestas: el nombre de su esposa

(aunque su mujer parecía no preocuparle mucho), la fecha de nacimiento de su hijo (por su forma de comportarse con la gente, ella no lo consideraba precisamente un padre amatísimo)... Al final, se decidió por el día de su nombramiento como presidente de la Unió Musical de Catalunya. Con el corazón latiendo con fuerza, introdujo los dígitos y presionó la tecla intro. Su angustia duró menos de un segundo. La pantalla volvió a reproducir el mismo mensaje: «acceso denegado».

Sara resopló, abatida. No podía arriesgarse por tercera vez. Si fallaba de nuevo, el ordenador quedaría bloqueado y su jefe descubriría que alguien lo había estado manipulando y eso la podría poner al descubierto fácilmente y evidenciar que lo estaba espionando. «Batalla perdida» dijo en voz alta mientras se levantaba. No había término medio: o conseguía averiguar la clave que utilizaba Félix Miret o jamás lograría conocer las operaciones clandestinas que había llevado a cabo como presidente de la Unió Musical de Catalunya. Enfurecida, regresó a su puesto de trabajo.

«Y ahora, el teléfono». Trató de serenarse antes de descolgar el aparato para que su voz sonara como de costumbre.

—Presidencia de la Unió Musical de Cata...

No llegó a terminar el saludo.

—¿Te gustan las anchoas? Conozco un restaurante en L'Escala que tiene las mejores anchoas de toda la Costa Brava. Te invito a que me acompañes mañana para comer juntos.

El mero sonido de la voz de Ferran Rovira pudo con su mal humor.

—Pensaba que me habías olvidado —respondió Sara, intentando que su comentario no fuera interpretado como un reproche.

—En absoluto —aclaró rápidamente el auditor—, lo que sucede es que en estas fechas todas las empresas cierran sus balances y no doy abasto con tanto trabajo. Por eso he decidido que mañana me escapo de la oficina y me voy fuera de Barcelona. ¿Te gusta mi propuesta?

Ella dejó transcurrir unos segundos antes de responder. Quería que él pensase que lo estaba meditando y que no se notase tanto lo contenta que se había puesto, aunque lo cierto es que había tomado la decisión en el mismo instante en que él se la formulaba. «Un poco de intriga —pensó— no vendrá nada mal».

—Sí —dijo finalmente.

—Estupendo. Mañana por la mañana, a las once, te paso a recoger. Abrígate porque anuncian tramontana.

La ilusión que trajo consigo la iniciativa de Ferran ya no desapareció durante el resto de la jornada. Los papeles de su jefe habían dejado de preocuparle. Lo intentaría en otro momento. «Tampoco es cuestión de un día», se dijo para convencerse aún más.

—¿Me necesitas para algo, Robert?

Carolina formuló la pregunta al observar, extrañada, que el viernes 2 de diciembre, después de cerrar la farmacia, su jefe todavía no se había quitado la bata blanca y permanecía sentado frente al ordenador.

—No, no, puedes irte. Yo me quedo porque he de terminar el pedido de mañana.

Carolina lo contempló durante unos segundos. Robert mantenía el ceño fruncido, el rostro serio y parecía muy cansado. Las sombras oscuras que tenía debajo de los ojos, que se habían acentuado en las últimas semanas, le hacían parecer más viejo de lo que era.

—Bien, entonces hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió el hombre con un hilo de voz.

Ya a solas, el farmacéutico revisó las facturas que tenía pendientes de pago con los proveedores y fabricantes, sumó los costes habituales de agua, luz y gas y el alquiler del local y calculó a cuánto ascendían los salarios de Carolina y de la auxiliar incluyendo las respectivas pagas de Navidad. Palideció. Aun contando con la aportación de Sanidad correspondiente a las recetas de la Seguridad Social, no tenía ingresos suficientes para abonar todos los pagos. Los cuarenta mil euros correspondientes al préstamo bancario se habían difuminado en cuestión de horas, las necesarias para hacer frente a las obligaciones más urgentes. Y sus ahorros eran exactamente de 5.479 euros.

—Eso es lo que vale mi vida en estos momentos —dijo en voz alta.

Movió la cabeza de un lado a otro, apagó el ordenador y se dirigió al perchero para colgar su bata blanca.

—Como no enderece rápidamente el rumbo de la farmacia, no sé cómo saldré de este pozo sin fondo.

Sí. Era plenamente consciente de que si no cortaba de raíz aquellas pérdidas, el problema se iba a convertir en irresoluble.

Apretó las mandíbulas y respiró hondo, pero no pudo evitar una punzada de dolor en el corazón ni la presión que la angustia le producía en el pecho.

El paseo desde la zona en la que antiguamente los pescadores varaban sus barcas hasta la gran playa de Riells, el paraíso de los más pequeños porque el agua apenas les cubría las rodillas por mucho que se adentraran en el mar, confirmó el vaticinio sobre el tiempo que había hecho Ferran. El viento del norte era tan intenso que obligaba a caminar despacio para no perder el equilibrio. Sin embargo, este factor meteorológico, tan molesto por lo general, se convirtió para Sara en un aliado inesperado: en cuanto iniciaron la caminata, el auditor la agarró por el brazo manteniéndola apretada contra su cuerpo para evitar que una ráfaga la derribara. A

ella, aquella proximidad corporal le gustaba. Hacía tiempo que no paseaba de aquella manera con ningún hombre.

El almuerzo en el restaurante desde el que se dominaba el camino de ronda que seguía la torturada línea de la costa propició un clima de complicidad y confesiones.

—Tuve que luchar lo indecible para que mis padres me dejaran estudiar en Barcelona —le contó Ferran—. Para gente de pueblo como ellos, ir a la ciudad era poco menos que perder al hijo para siempre, y además yo era hijo único.

Interrumpió su relato para mirar el golfo de Roses. La tramontana había limpiado el cielo y el paisaje desplegaba toda su espectacularidad.

—Y quizá tenían razón —prosiguió—, pero para un joven pueblerino como yo Barcelona era un mundo lleno de oportunidades. Fue duro enfrentarme a ellos, pero al final lo conseguí. Y no lo tuve fácil. Además de estudiar, di clases particulares para pagarme las matrículas, trabajé de camarero para pagar la habitación que tenía alquilada cerca de la Facultad, así no tenía que gastar en transporte, y antes de acabar los estudios hice encuestas para una empresa química que quería instalarse aquí. Y fue entonces, trabajando a mi aire, cuando descubrí que eso era lo que me gustaba, no estar sujeto a un horario, no tener que fichar al entrar o salir y, sobre todo, no tener jefes. Por suerte, bueno, por suerte y con mucho esfuerzo, lo conseguí y hasta hoy sigo trabajando sin recibir órdenes de nadie.

Sara siguió en silencio sus explicaciones pensando lo mucho que le atraía aquel hombre. Se sentía a gusto a su lado y le había añorado durante los días en los que no había dado señales de vida. «Pero eso es propio de una adolescente —se decía cada vez que esos pensamientos asomaban a su mente como si tuvieran vida propia— y tú ya no eres una adolescente. ¡Ni de lejos! Sara, ¡mantén los pies en el suelo!».

—¿Has estado alguna vez en Cala Montgó?

La pregunta de Ferran la trajo de vuelta a la realidad. Sara conocía perfectamente L'Escala y sus alrededores, Cala Montgó incluida. De hecho, era uno de sus pueblos preferidos, en especial fuera de temporada turística como era aquel sábado de diciembre. No tuvo tiempo de responder.

—Es aquella colina —con el dedo índice, Ferran apuntaba un montículo escarpado y pedregoso que marcaba el límite sur del gran golfo—. Hasta hace unos años toda esa zona era militar. Quizá gracias a eso se libró de la voracidad urbanística. Ahora de todo eso sólo queda parte de una torre de artillería en la cima. La vista es espectacular. ¿Desafiamos a la tramontana?

—Por supuesto —respondió Sara con entusiasmo.

Veinte minutos después, Ferran aparcaba el coche en la explanada donde se asentaba la antigua instalación militar de la que sólo quedaban las paredes de piedra. El viento hacía difícil abrir las puertas del vehículo. Ferran salió del coche y con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza agachada logró rodearlo, abrir desde fuera la puerta de Sara y ayudarla a bajar. Agarrándola con firmeza, consiguieron refugiarse detrás de la pared de mayor altura y, resguardados del viento,

contemplaron la gran bahía repleta de crestas blancas que nacían y morían sin cesar y las oscuras montañas que, al llegar al mar, justificaban que aquel litoral se llamara la Costa Brava.

—Para mí —Ferran tuvo que alzar la voz para hacerse oír—, en días tan claros como hoy, lo que más me impresiona es el Canigó. Lo encuentro majestuoso.

Sara asomó medio cuerpo para ver la gran montaña pero no logró su propósito. La violencia del viento la desequilibró. Se tambaleó hacia atrás en contra de su voluntad sin tener nada a lo que agarrarse, acercándose peligrosamente al borde del acantilado. Cuando creía que iba a caer, unos brazos potentes la agarraron por la cintura arrastrándola hacia la torre de piedra.

—¡Creí que no iba a llegar a tiempo! —exclamó él.

Ferran la abrazaba con fuerza y su rostro estaba muy cerca del de Sara.

—Y yo creía que me iba a caer.

Y sin querer pensarlo, Sara acercó sus labios hasta encontrar los del auditor. Fue un beso ansiado, cálido y pasional. Un beso prolongado que duró mientras ambos pudieron aguantar la respiración. Sólo se separaron para recuperar el aliento porque volvieron a juntar sus bocas y restregaron sus cuerpos con frenesí hasta que la oscuridad les envolvió por completo.

Con el coche ya estacionado frente a su casa, Sara, sabiendo que aún estaba sonrojada, le miró fijamente.

—Eres un encanto, ¿lo sabes? —dijo mientras abría la puerta—. Y agradezco que me hayas salvado la vida —añadió sonriendo.

—Probablemente tú has salvado la mía. Hacía tiempo que no tenía una mujer como tú en mis brazos. Gracias.

No esperaba una respuesta de esa naturaleza. Jamás se habría imaginado que un hombre le agradeciera su entrega como Ferran acababa de hacerlo. Sin pronunciar palabra, volvió a besarle.

—¿Me llamarás?

—No lo dudes.

Salió del coche, cerró la puerta y se agachó para verle. Ferran, sonriente, le guiñó un ojo. A ella le pareció que aceptaba de buen grado que no le hubiera invitado a subir a su casa, como seguramente él deseaba. «Y como seguramente hubiera sido lo más coherente», pensó con cierto remordimiento ya en el ascensor. «Pero ya es tarde para echar marcha atrás», se dijo para tranquilizarse. Aunque cuando por fin pudo dormirse, todavía no había recuperado la paz por completo. ¿Se habría equivocado?

CAPÍTULO 22

—Esta vez ha sido *El gato con botas*. ¡Hijo de puta!

Arousa observó la capa de barro que cubría los zapatos y los bajos de los pantalones de Francisco Manzano. Llovía con fuerza y la zona ajardinada donde ambos estaban, la pequeña plaza que formaba parte del decorado en cuyo centro se alzaba el templo de la Sagrada Familia, se había transformado en un pantanal donde los pies se hundían hasta el tobillo.

El jefe del Grupo de Homicidios alzó un poco la vista hasta detenerse en la pieza de plástico negro que cubría el cadáver, por debajo de la cual asomaba una bota. La imagen, contemplada a través de la densa capa de agua que seguía cayendo a la una de la madrugada del domingo 11 de diciembre, no parecería real si no fuera porque a aquel cuerpo se le había arrebatado la vida violentamente.

—Ignacio Mora, veintisiete años, informático y soltero —dijo Manzano superando su ira con profesionalidad policial—. Vivía aquí al lado, en el número 237 de la calle Lepanto. Su madre me ha contado que, aprovechando que era sábado, se había ido a esquiar con unos amigos y que tenía previsto regresar a última hora de la tarde. Me ha dicho que se extrañó porque su hijo le había asegurado que estaría para la cena y no la había llamado para decirle que se iba a retrasar. Primero pensó que se habría entretenido, pero se angustió al ver que pasaban las horas y no aparecía.

Interrumpió su explicación para contemplar el cadáver.

—En cuanto a su muerte —añadió segundos después—, para mí está clara. El cabrón lo atacó por la espalda golpeándole en la nuca con ese gato hidráulico que dejó junto al cadáver para tener la certeza de que lo encontraríamos. Con un tiempo como este, le resultó fácil matarle y abandonar la zona sin que nadie le viera. Dos patrullas mixtas están interrogando a los vecinos por si alguno de ellos hubiera visto u oído algo.

Javier Arousa contempló lo que, a falta del examen forense, era el arma del crimen. Estaba colocada cuidadosamente en paralelo al cuerpo sin vida del excursionista, lo que, a su juicio, ratificaba la minuciosidad y precisión de que hacía gala el asesino. La lluvia no había limpiado los restos de sangre, piel y pelo incrustados en el eje metálico de la herramienta.

—Lo ha encontrado un vecino que regresaba a su casa.

Con el índice de su mano derecha, el subjefe de Homicidios señalaba el inmueble en cuestión, un edificio de ladrillos que, en aquellas circunstancias ambientales, parecía lúgubre, sucio y triste.

—Los de la Científica han delimitado la zona para determinar a qué tipo de

calzado corresponden las pisadas que hay por aquí.

Arousa levantó el plástico lo suficiente para ver la cara de la última víctima del asesino más buscado de Barcelona. Mientras contemplaba los rasgos de aquel joven —cabellera fina, ensortijada y pelirroja, cejas finas, patillas largas acabadas en punta y una piel blanca y pecosa—, no pudo evitar pensar en la campaña de prensa que iba a caer sobre los Cuerpos de Seguridad y su nula efectividad para combatir la violencia callejera.

—Estamos apañados, Javier —dijo Manzano, dando unas palmadas en la espalda a su jefe.

—Lo que estamos —repuso Arousa mirando el cuerpo—, es bien jodidos.

—El gato —Manzano volvió a señalar la brillante pieza metálica— y las botas. *El gato con botas*. Es un cabrón, Javier, un gran cabrón. Como dijo el doctor Cabezas, nos está retando, demuestra que nos desprecia y nos enseña de forma fehaciente su poderío.

—La teoría de María respecto a los días de la semana se ha vuelto a cumplir —dijo Arousa—. Ha matado en sábado, sexto día de la semana, y este es su sexto asesinato. Es un auténtico hijo de puta.

—Pasaré por el laboratorio —se ofreció Manzano—, para saber si los de la Científica han encontrado alguna huella.

En cuanto llegó a su oficina, Javier Arousa desplegó un gran mapa de Barcelona en el que se veían las diferentes zonas en las que la ciudad estaba dividida policialmente. Las estuvo estudiando con el fin de determinar cuántas patrullas mixtas se necesitarían para llevar a cabo el plan anunciado por Arturo Ferrer y, por consiguiente, cuántos agentes debería asignar a las patrullas. Este trabajo le hizo olvidar a Manzano hasta que su lugarteniente apareció al abrir la puerta.

—Los de la Científica han encontrado huellas dactilares en el gato hidráulico y son idénticas a las halladas en el asesinato de la mujer de la limpieza y en el del flautista. Estos tres casos, por lo menos, sí están relacionados. Es lícito deducir, aunque todavía no tenga pruebas objetivas, que también están conectados con los del conductor del metro, la prostituta y el del enano. Ahora sí que estoy absolutamente convencido de que todos son obra de un mismo grandísimo hijo de puta.

El entusiasmo de Francisco Manzano era innegable. Más que un policía veterano, parecía un jugador de ajedrez a punto de dar jaque mate por sorpresa a su rival. Pero el jefe del Grupo de Homicidios no compartía ese entusiasmo.

—Es posible, Paco, pero ni siquiera esta coincidencia, la de las huellas del gato hidráulico, nos sirve de mucho. Seguimos sin saber nada del asesino.

—No te voy a negar —intervino su subordinado sin rebajar un ápice su euforia—, que todavía no sabemos quién es, cómo es y dónde vive, porque es un cabrón muy inteligente, pero yo creo que ahora sabemos algo más de él.

La contundencia con que acompañó la última frase despertó la curiosidad de Arousa.

—¿Algo más?

—Sí. Además de cabrón e inteligente, es metódico. Huellas en el segundo, cuarto y sexto asesinatos. Si eso no es ser metódico...

Robert tuvo que suspender la actualización del almacén, que había empezado después de recibir el primer envío de la tarde, al ver en la pantalla que había recibido un correo electrónico de su hijo. Aunque reconocía las ventajas de este tipo de comunicación, él era partidario de hablar. «Quizá porque soy un viejo» se decía a sí mismo cada vez que el ordenador le indicaba que tenía un mensaje pendiente de leer. Pero lo cierto era que la voz —estaba seguro de que el hecho de tratar diariamente con la gente había contribuido a ello— le seguía pareciendo más reveladora que la escritura. La forma de expresarse, el matiz de una entonación o la convicción del interlocutor solían ser más significativos que el propio contenido de la palabra escrita. «Déjate de disquisiciones», se autoimpuso. No se explicaba por qué, pero aquella comunicación le inquietó. Estaba previsto que Toni llegara a Barcelona en diez días, el jueves 22 de diciembre, para pasar juntos las navidades, pero aquel correo imprevisto le preocupaba. ¿Le habría sucedido algo malo a Toni? Nervioso, empezó a leer el texto.

«Querido papá, me acaban de comunicar que quedan suspendidas las vacaciones de Navidad. La crisis, aunque menos, también se nota aquí y hay que recortar gastos y buscar formas de ganar más. Y en caso de conflicto entre los intereses de la empresa y los de los trabajadores, como sucede en estos momentos, la empresa suele decidir a favor de sí misma. Siento que no nos podamos ver en estos días. La empresa ha dicho que los recuperaremos, aunque todavía no ha dicho cuando. Lo siento de verdad. Me hubiera gustado pasar estas fiestas contigo pero no siempre las cosas salen como uno quiere. Ojalá nos podamos ver lo antes posible. Te quiero. Toni. P.D. Cuéntame cómo estás».

El anuncio de su hijo le entristeció durante todo el fin de semana. Para él, las navidades apenas tenían sentido. Mejor dicho, las consideraba una excusa para que la gente, más por obligación que por convicción, mostrara su mejor imagen repartiendo buenos deseos por aquí y por allá y se lanzara a comprar por imperativo social. Y ahora no tenía más remedio que afrontarlas en soledad. Sin su esposa, sin su hijo, sin más familia y con la preocupación por la mala marcha de la farmacia, no le apetecía recurrir a los pocos amigos para romper su soledad. No, aquellas no iban a ser las mejores navidades de su vida.

En cuanto Sara se despidió, Félix Miret telefoneó a Eudald Montfalcó.

—Ven cuando quieras.

El gerente de la Unió Musical de Catalunya no tardó ni cinco minutos en aparecer. Al verlo, Miret sacó de la pequeña nevera de su despacho una botella de cava y dos copas del armario.

—Nos lo merecemos —dijo mientras servía la bebida—. Hemos logrado que la Junta Directiva haya dado su visto bueno al cierre de las cuentas de este año sin levantar las sospechas de nadie y que aprobara sin pestañear el presupuesto del próximo 2012, un éxito que debemos celebrar como se merece, como deberemos recordar para siempre la fecha de hoy, 16 de diciembre de 2011.

Ambos alzaron las copas y dieron el primer sorbo. La soledad del lugar, el hecho de que fueran las seis de la tarde del viernes y que el personal, Sara incluida, se hubiera ausentado hacía que se sintieran seguros y tranquilos.

—Aunque los números cuadraran —comentó Montfalcó sentado en una de las butacas—, me ha sorprendido la facilidad con que los miembros de la Junta han aprobado el balance. ¡Ni una sola pregunta!

—No hay de qué preocuparse. Mientras esa gente cobre sus dietas y sus honorarios, que para eso decidimos que fueran succulentos, no dirán nada —dijo sonriendo Miret.

—Sí, pero aunque fuera para cubrir mínimamente las formas, podrían haber solicitado alguna explicación, algún detalle, un dato más...

—No te engañes, Eudald, les importa su dinero, no el de la Unió, si en las cuentas no hay números rojos ¿para qué van a meterse en líos? Y como no los hay...

Félix Miret dejó la frase en el aire.

El gerente apuró su copa, se levantó y antes de rellenar la suya, llenó la del presidente de la entidad.

—¿No temes que algún día se descubran los desvíos a Catalunya Independent i Unida y a sus dirigentes?

—No —respondió Miret riendo—. Yo sé todo lo que he hecho, cómo lo he hecho, de quién cobré y por qué concepto, a quién he dado dinero, dónde lo ingresé y desde cuando lo llevo haciendo, y los que durante años han estado beneficiándose de estas aportaciones son conscientes de que sé sus nombres y de que puedo probarlo todo. Saben que si yo caigo, me los llevo a todos por delante. Y eso no lo van a consentir. Por eso estoy tan tranquilo.

—Lo tienes todo atado.

—Y bien atado —añadió Félix Miret sin perder un segundo—. Tengo todos los documentos que demuestran qué ha pasado en todos estos años a buen recaudo. Por cierto —Eudald Montfalcó centró su atención en Miret—, ¿qué hay de nuestro hombre? ¿Ha descubierto algo?

—Todavía no. Lleva poco más de un mes trabajando en ello, pero es cuestión de poco tiempo. Cree que, como máximo, tendrá resuelto el caso en un par de meses. Y seguramente, antes. ¿Tú no has descubierto nada más?

—No. Sara no ha podido entrar en la contabilidad de la Unión y mis papeles están bien escondidos. No, seguro que no ha conseguido nada más.

—Pues hay que seguir así hasta que nuestro hombre haya concluido su investigación. Si tu secretaria no tiene más documentos, no creo que debamos preocuparnos demasiado.

—No lo estoy —añadió Miret moviendo la cabeza para ratificar con ese gesto lo que acababa de decir—. En cuanto sepamos qué tiene esa mosquita muerta, ya tengo previsto cuál va a ser su nuevo destino.

Recorrió la sala con la mirada antes de continuar.

—Lo importante ahora es empezar a pensar cuánto dinero del presupuesto del próximo año podremos manejar, cómo lo vamos a desviar sin que nadie lo detecte y cómo haremos cuadrar las cuentas llegado el momento. Lo empezaremos a estudiar la próxima semana, ¿de acuerdo?

Eudald Montfalcó asintió en silencio.

—Lo que debemos hacer ahora es disfrutar de nuestro aguinaldo, que nos lo hemos merecido, y esperar a enero para cobrar nuestros beneficios, que tampoco estarán nada mal. ¿Otra copa? —preguntó Miret alzando la botella con su mano derecha.

CAPÍTULO 23

—O es esta noche, o ya no podremos vernos hasta el próximo año.

Las palabras de Paola no constituían ultimátum alguno. Respondían, sencillamente, a la realidad.

—Trabajo desde el sábado 24 al lunes 9 de enero —añadió para justificar su imperiosa petición—, así que ni Nochebuena, ni Nochevieja. Despediré el 2011 trabajando y entraré en el 2012 sin dejar de trabajar. ¡Fantástico! ¡Lo que he soñado toda mi vida! Por eso podríamos salir hoy antes de que me enclaustre en el hospital. Es mi último fin de semana libre. Venga, ya sé que vives en un estado permanente de agotamiento, pero haz un esfuerzo. Hazlo por mí, —concluyó a modo de súplica.

Pese al cansancio acumulado, Carolina tuvo que admitir que Paola tenía razón. «Se lo merece», dijo para reforzar su decisión. «Además, hoy es viernes. Ya descansaré mañana y el domingo».

Después de hartarse de tapas en una taberna supuestamente vasca próxima al Museu Picasso, las dos fueron paseando hasta «Mama Iné», un pequeño y coquetón bar en el paseo del Born decorado con sillas y asientos de anea, especializado en cócteles, música latina y brasileña, y combinados servidos siempre con grandes dosis de palomitas. Situadas en una mesa desde la que se dominaba todo el local, Paola dejó su mojito después de dar un largo trago.

—No me queda más remedio que tragar... y todavía debo dar las gracias. Tengo dos semanas seguidas de trabajo y tengo que dar gracias y renunciar la familia, a los amigos y a celebrar las fiestas navideñas como corresponde, pero, en fin, no le demos más vueltas, tía, es lo que hay.

—¡Esclavas de la crisis! Eso es lo que somos —apostilló Carolina—. De la crisis y del calendario. Porque no me dirás que no es mala suerte que este año la Navidad y el día uno de enero caigan en domingo. Ni lunes, ni martes ni jueves, no... ¡Domingo!

—No te quejes. Por lo menos tú podrás estar con la familia y aún tendrás tiempo libre.

—Sí, ¡para dormir! —añadió la farmacéutica riendo—, porque para otra cosa...

—Sigues sin saber nada de Pedro.

—No, ni me importa, ni tengo ganas de tener noticias tuyas. No podíamos seguir juntos, así que estoy contenta de haber roto con él.

Carolina aprovechó la pausa en la que cayó la conversación para recordar en pocos segundos que había sido ella, siete meses atrás, justo después de Pascua, la que decidió poner punto y final a tres años de noviazgo —aunque esa palabra no le

gustaba en absoluto— con el joven mecánico de motos que había conocido en una sesión de música brasileña. Desde hacía semanas sus encuentros, incluso los sexuales, carecían de ilusión y entusiasmo y la pasión era mínima. No se lo pensó dos veces. Un sábado por la tarde, mientras paseaban por el paseo marítimo, planteó la ruptura que Pedro aceptó sin objeción alguna. Tiempo después, al analizar la facilidad con que él había aceptado la separación, su convicción acabó por convertirse en certeza: la decisión había sido un acierto. Rememorar la ruptura no le causaba el más mínimo dolor.

—¿Sabes quién vino ayer al hospital?

La pregunta de Paola le hizo volver al presente.

—Inés —aclaró antes de que Carolina pudiera responder.

La figura de la amiga de Paola se hizo presente en su memoria. Inés Salvatierra, una mujer de extraordinaria belleza, alta, morena, de grandes ojos verdes, pelo negro largo y liso y una figura perfecta, que Paola conoció durante su paso por la Escuela de Enfermería. Las tres se hicieron muy amigas formando un trío terrible. Era la primera vez que regresaba a Barcelona desde que se había ido a trabajar a un hospital de Birmingham, el 1 de marzo. Y de eso hacía ya nueve meses.

—Tiene dos semanas de vacaciones y me ha dicho que te llamará antes de regresar a Inglaterra.

—¿Cómo está? ¿Qué tal le va? Sé algunas cosas de ella por Facebook.

—Está encantada. Salvo por el clima, asegura que es muy feliz, mucho más de lo que era aquí. No le ha costado nada adaptarse. Trabaja a gusto en el hospital, tiene un sueldo que le permite vivir sin angustias, la vida ordinaria es incluso algo más barata que en Barcelona y se ha integrado en un grupo de amigos donde abundan los extranjeros como ella que se lo pasan en grande. De hecho, después de que le contara mis condiciones de trabajo en el Clínic, me ha recomendado que no me lo piense, que vaya a trabajar con ella. El hospital sigue necesitando enfermeras.

—¿En serio te lo planteas?

Por primera vez en la noche, Paola dejó de sonreír.

—Sí —respondió escuetamente—. Me doy un plazo máximo de tres meses para ver si consigo estabilizar mi situación laboral. En el Clínic o donde sea. Estoy harta de estar pendiente de si trabajo mañana o no trabajo, de no saber qué horario voy a tener o a dónde me van a mandar, si a Urgencias, a Traumatología, Oncología, Estomatología o a una planta de hospitalización. Si esto no mejora, estoy dispuesta a marcharme. Por ahora me he apuntado a clases para refrescar mi inglés. Inés me ha recomendado que vea todas las series de televisión y las películas en versión original para habituarme. Sé lo suficiente como para desenvolverme sin excesivos problemas, pero ha insistido en que es fundamental que el oído se acostumbre a escuchar, que puedas entender de qué se está hablando o qué te están diciendo sin necesidad de pedir que repitan lo que acaban de decir. Y la tele y las pelis son un recurso excelente para eso.

—*Really?*

—*Oh, yes!*

Y ambas, como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, empezaron a reír al unísono.

No llegó a tiempo para abrir la puerta. Al agarrar el picaporte, el ascensor ya había empezado a subir, como si quisiera burlarse de ella. Margarita maldijo interiormente y dudó sobre qué hacer: subir por la escalera hasta la cuarta planta donde estaba el Gabinete de Prensa o esperar a que el maldito ascensor volviera a bajar, pero la flecha roja iluminada le indicaba el ascensor se estaba deteniendo en todos los pisos y sabía por experiencia que tardaba en llegar más que un tren de cercanías. Harta de perder el tiempo, optó por la escalera. «Cuatro plantas más el entresuelo. Margarita, te vas a poner en forma». La periodista de *BCN* miró con rencor el primer peldaño, lanzó un bufido e inició el ascenso.

El rumor llegó a sus oídos justo al alcanzar el rellano del segundo piso. Recordaba que en aquella planta estaba ubicada la Brigada de la Policía Judicial, el Grupo Antidrogas y el Laboratorio Científico. La voz que escuchaba era de hombre y le resultaba conocida, pero no lograba identificar de quién se trataba. Se detuvo, cerró los ojos y se concentró en averiguar quién hablaba y en torno a qué.

—Todos estamos convencidos de que se trata de un asesino en serie.

Sin dejar de observar la escalera por si alguien se aproximaba, Margarita Serra no pudo evitar el gesto de sorpresa. Abrió los ojos, arqueó las cejas y se dispuso a seguir aquella conversación sin perder una palabra. Un asesino en serie era una historia periodística de primera página.

—Arousa da credibilidad a la llamada telefónica en la que el muy cabrón se atribuía los asesinatos.

La revelación le aceleró el corazón. Instintivamente miró su bolso para sacar su libreta pero desistió de su empeño. Cualquier ruido, por mínimo que fuera, podría delatar su presencia. Tendría que recurrir a su memoria para retener todo lo que estaba oyendo.

—Y nosotros, también —siguió diciendo la misma voz—. Dio detalles que sólo el autor podría conocer.

No era la primera vez que la escuchaba. La había oído en varias ocasiones, pero no lograba ponerle cara.

—Además están las huellas dactilares.

Quien acababa de intervenir no era la misma persona que lo había estado haciendo hasta aquel momento.

—Sí —ratificó el primer interlocutor—, aunque no en todos los homicidios, sólo en los pares. Ese hijo de puta se divierte jugando con nosotros. Arousa está que se sube por las paredes.

«¡Ya lo tengo, es Cano!». Los latidos de su corazón se aceleraron todavía más y notó la presión del pulso en sus sienas. Empezó a sudar y, con extremo sigilo, se acercó aún más a la puerta evitando que su cuerpo se asomara por el quicio. Sí, uno de los protagonistas de aquel diálogo era el joven inspector del Grupo de Homicidios. Estaba segura. Por eso hablaba de su jefe con tanta naturalidad y, más importante todavía, conocía con tanta precisión las interioridades de los crímenes. «Así que no son asesinatos aislados —razonó Margarita sin dejar de escuchar—, sino que son obra de un único homicida. ¡Vaya noticia!».

—¿Y cómo lleváis la investigación?

—Peor de lo que quisiéramos. Hemos confeccionado el perfil sociológico del homicida, pero no tenemos pistas concretas sobre su aspecto, dónde vive o de qué y cómo conoció a las víctimas. Ojalá las patrullas mixtas nos puedan proporcionar alguna información porque si no es así...

El sonido de una puerta que se abría interrumpió la conversación.

—¿De tertulia?

Esta voz era diferente de las que había estado oyendo hasta el momento.

—Más o menos —respondió Juan Cano.

—¿Tomamos un café? —preguntó el recién llegado.

—A mí me hace falta —respondió el agente de Homicidios.

—A mí no, pero os acompaño.

Margarita se revolvió con celeridad y alcanzó la escalera décimas de segundo antes de que los tres protagonistas de la charla aparecieran por la puerta y pudieran verla.

Evitando dar muestras de la excitación que la envolvía, entró en la oficina del despacho de Ángel Fernández. Observó que Maribel no estaba. Sólo se encontraba en ella el jefe de prensa de la Policía, que alzó la cabeza al verla aparecer.

—Margarita, ¿cómo estás?

—Bien, ¿por qué? —preguntó alarmada.

—Por nada —añadió el policía sorprendido—. Sólo era una forma de saludarte.

Ella respiró aliviada.

—Pues estoy muy bien. ¿Me cuentas algo? ¿Alguna novedad?

—¿Te refieres a algo en concreto?

—Sí, al último asesinato, el del joven hallado cerca de la Sagrada Familia, porque de los otros no sabéis nada, ¿no?

Ángel Fernández no respondió de inmediato. La observó durante unos segundos mientras se aproximaba.

—Novedad, novedad —dijo cuando se encontró a su lado— no tenemos, pero sí es cierto que los de Homicidios tienen algunas pistas en las que están trabajando. Y te aseguro que con ahínco.

—Pero si no me lo concretas, no me sirve. Para mí, informativamente hablando, eso y nada es casi lo mismo. ¿Qué noticia es que la Policía tiene pistas que está

investigando? La noticia, en todo caso, sería la contraria: la Policía no tiene nada entre manos que permita esclarecer los crímenes. Esa cantinela, la de las pistas, la vengo oyendo desde hace meses. Estamos hablando nada menos que de cinco crímenes no esclarecidos. Corrígeme si me equivoco: el del conductor de metro, la mujer de la limpieza, el músico, el enano y el del excursionista. No es como para estar satisfecho.

—Muchas veces la resolución de un caso tarda meses.

La voz del policía carecía de entusiasmo.

—De uno —intervino con impaciencia Margarita—, es posible, pero de cinco, la cosa pasa de castaño a oscuro.

El responsable de Comunicación de la Policía levantó los hombros con resignación.

—Pues por el momento es lo que hay.

—¿De verdad que no tienes más información?

—No —respondió tajantemente.

—Es una lástima —replicó la periodista antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la salida.

Llegó a la redacción del diario antes de que Sergi Dauder se ausentara para almorzar. Le detalló las circunstancias de la conversación oída en la escalera y del diálogo mantenido con Ángel Fernández.

—Esto lo tiene que saber el director —dijo en cuanto ella acabó de relatar la historia—. Acompáñame.

—Un asesino en serie —apostilló Luís Poch al término de la exposición de Margarita— es un asunto muy fuerte y muy delicado. ¿Estás absolutamente convencida de que se trata de un único autor?

—No es que lo crea yo. Lo cree todo el mundo en Homicidios.

—Pero no tenemos una confirmación oficial...

—Luís, no podían descubrir que yo lo sé. Seguro que Ángel Fernández lo hubiera desmentido y hubiera tratado por todos los medios de frenar la publicación. Lo conozco muy bien. Pero es que además se hubiera enterado de que yo lo sabía y, por consiguiente, perdería toda la ventaja que ahora mismo tengo sobre todo el mundo, la competencia y la propia Policía.

—Cierto —apostilló Dauder.

El director se mantuvo en silencio.

—Bien —dijo al cabo—. Luego decidiremos cómo tratar el tema. Hablamos después de comer.

Ya a solas, Luís Poch levantó el teléfono.

—Ponme con el alcalde —ordenó a su secretaria.

Apenas cuatro minutos después, Jordi Trías le saludaba.

—Alcalde, hemos sabido que los últimos asesinatos, el del enano y los otros (Luís no era capaz de recordar el resto de las víctimas) son obra de una sola persona. De un asesino en serie. ¿Tú sabes algo?

—Esa posibilidad —respondió la primera autoridad municipal, que arrastraba todas las erres que tuvieran sus frases— es una de las líneas de investigación de la Policía. —Jordi Trías se esforzaba para que su voz resultara convincente y ocultar que ignoraba por completo la noticia—. Pero por lo que yo sé, no es la única teoría que barajan, así que tú sabrás si vale la pena lanzarse al vacío apostando por ella y desdeñando las otras. Pero además —efectuó una larga pausa antes de continuar— te diré que esa noticia, que por lo que me cuentas nadie ha confirmado, no resulta muy beneficiosa para Barcelona y menos en esta época, cuando falta tan poco para las navidades. La existencia de un asesino en serie —continuó el alcalde parsimoniosamente— alteraría de forma notable la convivencia ciudadana pero es que, además, tendría efectos muy negativos en el turismo. Probablemente, muchos extranjeros que tienen previsto pasar estos días en nuestra ciudad cambiarían sus planes y se irían a otra parte ante la posibilidad de toparse con un criminal de esa naturaleza. Y este año, con la crisis tan severa que nos rodea, la ciudad necesita más que nunca los visitantes foráneos para que la campaña comercial no sea tan mala, para que la ocupación hotelera alcance cuando menos los mínimos imprescindibles para que les salga rentable y para que todo el sector turístico en general pueda sobrevivir. Si los turistas, debido a esta noticia, no vienen... En fin, tú mismo, pero yo apelo a tu sentido de la responsabilidad, a tu sensatez y a la ecuanimidad que siempre ha caracterizado a *BCN* para que no se publique esta información hasta que se confirme oficialmente.

Terminada la conversación, Luís Poch se recostó en su lustrosa butaca de piel dejando que su mirada vagara por la lejana línea gris donde el cielo y el mar confluían. No tenía terceras vías. Debía elegir entre dos opciones: Margarita o el alcalde.

Acostumbrada a verle sonreír, la seriedad del rostro de Sergi Dauder la alarmó, una sensación que fue en aumento a medida que el redactor jefe se aproximaba. Dauder se apoyó en la mesa e inclinó el torso hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la reportera de Sucesos.

—Margarita, el *dire* me acaba de decir que si nadie confirma oficialmente la existencia de un asesino en serie en Barcelona, *BCN* no va a publicar la noticia. He intentado hacerle entrar en razón, pero es imposible. Lo siento.

Tardó unos segundos en reaccionar. Ni por un momento había llegado a pensar que algo así podría suceder. Estaba convencida de que su información gozaba de las

suficientes garantías como para que nadie dudara de su veracidad. Ni siquiera un director de escasas de luces y tan difícil de interpretar como Luís Poch.

—¡Pero si le dije cómo la obtuve y quiénes la comentaban en Jefatura, y uno de ellos era del Grupo de Homicidios!

—A mí no hace falta que me lo recuerdes. También yo se lo he recordado a Poch, pero no ha querido dar marcha atrás. Me ha dicho que, salvo que consigas una confirmación oficial, *BCN* no puede publicar una noticia de ese calibre. Su tesis es que no se puede probar su autenticidad y además supondría una grave y peligrosa alteración de la convivencia ciudadana.

Al ver que Margarita Serra no reaccionaba, el redactor jefe de la sección de Sociedad continuó hablando.

—Tienes un par de horas para conseguir una declaración oficial. ¿Crees que podrás obtenerla en ese plazo de tiempo?

Ella movió la cabeza de un lado a otro resoplando.

—¡Pues claro que no! No es sólo cuestión de tiempo, Sergi. Si le pido al jefe superior de Policía, al inspector jefe de Homicidios o a Ángel Fernández que me la confirmen, ¿sabes qué pasará?

Sergi Dauder sabía que era una pregunta retórica. Dejó que Margarita contestase.

—Primero, que me la desmentirán. No pueden aceptar que un asesino en serie ande suelto desde el verano pasado ni tolerar que se sepa públicamente que han sido incapaces de capturarlo. Y, en segundo lugar, sabrán que yo lo sé y automáticamente perderé la ventaja que supone tener una exclusiva.

—Ya sabes cómo es el *dire*. O consigues esa confirmación oficial o...

Dauder no acabó la frase. Permaneció a su lado unos segundos hasta que finalmente se alejó contemplándola mientras alcanzaba su mesa de trabajo y se sentaba frente al ordenador.

Margarita cerró los ojos y respiró hondo, pero la rabia que sentía no desapareció. No compartía los argumentos de Poch. Su información tenía suficientes avales para su publicación y además encajaba con la circunstancia de que ninguno de los cinco asesinatos cometidos en los últimos seis meses en la ciudad hubiera sido resuelto. Continuó dándole vueltas a la situación hasta que descubrió que ya había transcurrido un cuarto de hora desde la conversación mantenida con Sergi. Intentar hablar con los altos mandos policiales o con el jefe de prensa de la Policía seguía siendo la peor opción. Se decidió por enviar un mensaje a Maribel. «Llámame cuando puedas. Es urgente».

La espera no alcanzó los treinta segundos. Margarita le explicó cuál era la situación en la que se encontraba y la necesidad de que, aunque fuera extraoficialmente, una fuente de la propia Policía ratificara la noticia.

—Maribel, apenas dispongo de una hora. Intenta confirmar la noticia. Me es suficiente con que me digas que esta es la tesis de Homicidios. Sólo eso. Lo necesito porque de lo contrario, mi director no permitirá que se publique.

—Haré lo que pueda —respondió la secretaria de Prensa—. Pero te adelanto que yo no he oído nada al respecto.

—Sé discreta. No quiero que nadie sepa que yo lo sé.

A partir de aquel momento, el tiempo pareció eternizarse. Los ojos de Margarita pasaban una y otra vez, y de forma casi ininterrumpida, del teléfono al reloj que colgaba de la pared, pero tenía la impresión de que las agujas marcaban siempre la misma hora.

Se abalanzó sobre el teléfono móvil en cuanto sonó. La pequeña pantalla indicaba que la llamada era de Maribel.

—Lo siento, cielo, pero no he logrado averiguar nada. He intentado moverme con discreción para no levantar sospechas, pero no sé si Ángel se ha mosqueado. Por mi bien, espero que no sea así. Ya sabes que yo procuro ajustarme a mi papel puramente administrativo intentando no pisar el terreno a nadie y, mucho menos, levantar recelos o sospechas. He ido a Homicidios, pero sólo estaban Arousa y Manzano y no me he atrevido a preguntarles nada. No me pareció conveniente. De verdad que lo siento, pero aquí nadie suelta prenda.

Se extinguía la última posibilidad para hacer cambiar de opinión al director. Una noticia como aquella, una gran noticia como aquella, no iba a llegar al conocimiento de la opinión pública. Al margen de lo que profesionalmente suponía para ella firmar una exclusiva de tanto impacto, impedir su difusión atentaba contra uno de los grandes derechos que, a su juicio, tenía la ciudadanía: el derecho a saber. Para ella, que los ciudadanos permanecieran en la ignorancia era peor, mucho peor, que la inquietud que la noticia podía causar. Y se resistía a aceptarlo. Miró el reloj. Faltaban cinco minutos para que se iniciara el aquelarre. Con decisión y sin pensárselo dos veces, se levantó.

—¿Puedo ver al director?

La secretaria de Luís Poch abrió los ojos al verla irrumpir en la oficina. No era habitual que Margarita Serra apareciera por allí sin haber sido convocada. La secretaria entró en el despacho del director y reapareció a los pocos segundos para indicarle a Margarita que pasara. Margarita trató de calmarse antes de cruzar el umbral, pero no lo logró por completo.

—Tu exclusiva, ¿no es cierto?

Luís Poch ni siquiera se levantó de la silla al lanzarle la pregunta.

—Sí, yo creo...

El director levantó su mano izquierda.

—Ya le he dicho a Sergi cuál iba a ser la postura de este diario al respecto. ¿Has conseguido que alguien te confirme oficialmente la existencia de un asesino en serie?

—No, pero es que...

—Es que nada —atajó Poch con enojo—. Mientras no exista esa confirmación oficial, es un asunto cerrado. Cuando la consigas, hablaremos. Eso es todo. Tengo que ir al aquelarre.

Se levantó con rapidez, le indicó con una mano la puerta y reiteró su gesto un par de veces al ver que ella permanecía estática. A punto de llorar, Margarita Serra salió del despacho como un boxeador que regresa a su rincón después de haber recibido una paliza.

Mario alzó las cejas, giró la cabeza hacia la entrada al oír el portazo y esperó a verla aparecer antes de preguntarle nada. Le bastó un segundo para saber que estaba furiosa.

—¿Qué te ha pasado esta vez?

—¿Que qué me ha pasado?

El tono de su pregunta-respuesta ratificaba que, en efecto, había llegado a casa de muy mal humor.

—Que mi director es un imbécil, un acojonado de mierda y un periodista que tiene de periodista lo que yo de Papa. ¿Sabes qué me ha hecho hoy?

Mario optó por no decir nada.

—Me ha jodido la mayor exclusiva que he tenido nunca.

Y como un torrente desbocado le relató con vehemencia lo sucedido. Más que una explicación coherente y ordenada, Margarita reprodujo sin excesivo orden cronológico todos los acontecimientos de la jornada, cómo se enteró de la noticia, la reunión matinal con Poch y el encuentro de la tarde, en un monólogo que se prolongó media hora. Pero el contar lo sucedido no disminuyó su frustración, sino que todavía la mantuvo más viva. Al acostarse, Mario se abstuvo de proponerle cualquier juego íntimo. Intentarlo era sinónimo de un rechazo al estilo de «te importa un rábano cómo me encuentro. Siempre piensas en lo mismo». Así que ocupó el borde derecho de la cama e inspiró profundamente. Cada día estaba más harto de aquella relación.

CAPÍTULO 24

—¿Tres semanas de besos y abrazos y aún no te lo has follado? Pero ¿a qué esperas?

Martina se había contenido mientras Sara le relataba cómo iba evolucionando su relación con Ferran, pero explotó al saber que su amiga y el auditor de la Generalitat aún no se habían acostado.

—El tiempo pasa volando —dijo Martina— y no tenemos ya edad para malgastarlo, Sara.

—Lo sé. Soy plenamente consciente —admitió Sara— y seguro que llegará el momento. Es más, sé que no tardará, pero hasta ahora no me ha parecido que fuera oportuno.

—¿Oportuno? ¿Cómo que oportuno? ¡Cualquier momento es bueno para follar! —espetó Martina—. Vamos chica, que esto no es una novela romántica, que es la vida real y en la vida real un hombre y una mujer, hechos y derechos como vosotros, tienen sexo. La ocasión hay que pillarla al vuelo, que luego pasa y no hay manera de recuperarla.

Sara acogió con una amplia sonrisa la cariñosa reprimenda de su amiga. Martina estaba exponiendo en voz alta lo que ella misma pensaba desde que Ferran y ella se besaron en el interior de la antigua torre de vigilancia de Cala Montgó. En los encuentros posteriores, ambos parecieron aceptar que su relación estuviera al margen del sexo, pero era plenamente consciente de que era un paso que tarde o temprano debería dar. Después de cenar, a solas en su casa, se sentó en la butaca con las piernas encogidas mientras miraba la televisión. La presentadora del informativo adelantaba los preparativos que la cadena televisiva estaba llevando a cabo para las inminentes navidades, los programas especiales de Nochebuena, Nochevieja y la cabalgata de los Reyes Magos. Al término del reportaje, la respuesta emergió de forma espontánea e irrefutable. Supo entonces cuál iba a ser la fecha exacta en la que traspasaría la última barrera que existía entre ellos.

Con su hija trabajando en el Hospital Clínic y su hijo cenando con sus amigos, la Nochebuena se convirtió para Javier Arousa en una velada tediosa, protocolaria y carente de interés. La cena con los dos hermanos de su mujer y sus respectivas esposas le aburrió soberanamente y al acostarse no tuvo reparos en aceptar ante su esposa que había estado muy huraño toda la noche. Trató de corregirse durante el almuerzo de Navidad, pero la ausencia de Paola, el cascabel de la familia, pesó de tal manera que los silencios fueron más abundantes que los diálogos.

Al día siguiente, ya en su despacho, admitió que su rabia seguía viva, sensación que se incrementó después de leer por enésima vez —pese a que los conocía de memoria— los informes sobre los seis asesinatos sin resolver que llevaba clavados en lo más profundo de su alma. La irrupción de Manzano en su despacho supuso un alivio.

—¿Has sobrevivido a la Navidad?

Arousa no pudo dejar de sonreír con la pregunta de su colaborador.

—Sí, pero me ha costado lo suyo.

—Pues ya somos dos. ¡Vaya coñazo de fiestas!

Manzano guardó silencio un par de segundos.

—Javier, ¿tú crees que esa falta de entusiasmo por las cosas de la vida como la Navidad se debe a que somos unos descreídos por ser policías?

—Es posible, Paco, aunque en todo caso no creo que sea algo exclusivo de nuestro colectivo. Seguro que hay otros profesionales a los que les debe suceder lo mismo.

El jefe del Grupo de Homicidios sonrió abiertamente antes de continuar hablando.

—Pero Paco ¿hoy estamos en plan filosófico?

—Es que las navidades son muy duras y sólo ver lo que nos queda aún hasta que acaben, me pone los pelos de punta... Aunque en mi caso —se acarició la calva con una mano— tan sólo sean cuatro y mal avenidos. ¡Pagaría por estar ya a mediados de enero!

—Y yo contribuiría con mucho gusto.

Arousa creyó que aquella conversación ya había tocado a su fin y cuando esperaba que Manzano saliera de su despacho, el rostro de su segundo de a bordo adquirió un tono de gravedad.

—Sé que ya lo sabes, pero si ese hijo de puta mantiene su pauta de actuación y repite el calendario que ha venido manteniendo hasta ahora, su próximo asesinato tendrá lugar en un domingo de enero. En julio asesinó en lunes; en agosto, en martes; en septiembre, en miércoles; en octubre, en jueves; en noviembre, en viernes, y en diciembre, en sábado. En enero será en domingo. He mirado el calendario —interrumpió su exposición, echó un vistazo al despacho y cogió el anuario de 2012, aún por estrenar, que se encontraba encima de la mesa de Arousa y quitó la primera hoja— y el próximo mes tiene cinco domingos: el 1, el 8, el 15, el 22 y el 29.

Al acabar, mantuvo su dedo índice sobre el último domingo.

—Y a saber —siguió mientras devolvía el almanaque a su sitio— en qué cuento se habrá inspirado.

—Me he devanado los sesos pensando en cómo evitar el próximo homicidio, pero no he encontrado la manera. No tenemos información suficiente para capturarlo... No tenemos nada. Esta es la cruda realidad. Y encima, ese cabrón se dedica a jugar con nosotros.

—Me niego a estar de brazos cruzados.

—No estamos de brazos cruzados. A este caso se le han dedicado más horas y efectivos que a ningún otro. Tú lo sabes mejor que nadie.

Manzano aprobó con la cabeza.

—Voy a cursar orden a las patrullas mixtas para que extremen su vigilancia los cinco domingos de enero. ¿Tienes alguna idea mejor?

—No —respondió su subordinado sin mostrar entusiasmo—, sólo intentar encontrar alguna novedad en los cuatro días que nos quedan hasta el primer domingo que nos facilite su detención.

Arousa no añadió nada más. Sabía, como lo sabía Francisco Manzano, que aquella era una posibilidad tan remota como que le tocara la lotería de Navidad con el único décimo que había comprado.

El miércoles 28 de diciembre, los Santos Inocentes, la jornada de Carolina en la farmacia fue un no parar. Parecía que toda la clientela se había puesto de acuerdo para ir a buscar sus medicinas ese día. Faltaban diez minutos para las ocho y le dolían las piernas, tenía los tobillos hinchados y le parecía que apoyaba los pies sobre un suelo lleno de miles de finas agujas. Deseaba derrumbarse cuanto antes en el sofá de su casa, pero sabía que aún tardaría en hacerlo: el local estaba lleno. A última hora del día anterior, el Gobierno había adelantado la posibilidad de cobrar un euro por medicamento en un intento por recortar el gasto sanitario. Y aunque por el momento no había concretado nada más —ni a partir de cuándo, ni cómo se cobraría aquella cantidad—, la afluencia de personas con las recetas en la mano había sido constante desde que se habían abierto las puertas. A mediodía se habían agotado los productos de mayor consumo pese al reiterado incremento de peticiones que Robert estaba efectuando desde las diez y media de la mañana a las grandes cadenas de distribución. «El fenómeno es tan colosal —le informaron ya a media mañana—, que no damos abasto en el reparto. Confiamos en poderle servir esta tarde». Las tres entregas de medicamentos del día se agotaron en cuanto llegaron a la farmacia. Robert no había visto cosa igual en sus treinta largos años de profesión.

Pero lo que le paralizó nada tenía que ver con esos pensamientos. Al coger la receta del cliente que tenía apostado frente al mostrador comprobó que no se trataba de un formato habitual. Repasó el documento hasta fijarse en el año que había sido expedido: 2003. «Más de ocho años», se dijo a sí mismo. «Este tipo ha estado guardando la receta más de ocho años y ahora que se apunta la posibilidad de que tenga que pagar la utiliza». Miró fijamente a los ojos de aquel hombre mayor, enjuto y de pelo canoso y sin decir nada se dirigió a la trastienda para buscar los medicamentos.

—Si durante estos ocho años —comentaría una vez cerrada la farmacia—, no ha necesitado lo recetado, no lo va a necesitar ahora. Está claro que ha preferido pedirlo ahora porque puede que mañana ya no sea gratis. Esto no tiene remedio.

—¿Esto? ¿A qué te refieres? —dijo Carolina.

Robert la miró durante unos segundos antes de responder.

—A la sanidad en general y al gasto farmacéutico en particular. Yo no creo que se recete demasiado, creo que la gente hace caso omiso de los médicos y no toma todo lo que le prescriben. Quizá tener que pagar frene este abuso y reduzca el coste farmacéutico de la sanidad pública, pero dudo que la industria se quede de brazos cruzados si realmente sus beneficios bajan.

—¿Y qué crees que van a hacer los laboratorios?

El farmacéutico bajó los ojos y negó con la cabeza.

—Jugar una vez más al gato y al ratón. Sacarán nuevos fármacos, prácticamente idénticos a los que ya fabrican, introduciendo algunas pequeñas novedades para justificar que los nuevos productos son distintos y mejores, y convencerán a los médicos de las ventajas de esos nuevos medicamentos para que los receten. La industria tiene suficientes medios económicos y poder de convicción para lograr ese objetivo. ¿Y con qué nos vamos a encontrar? Con que ese nuevo medicamento, que es casi el mismo de antes y absolutamente innecesario, será más caro que el anterior y, en consecuencia, no sólo no se logrará reducir el gasto público farmacéutico, sino que será aún mayor. Es un juego diabólico y los que mandan lo saben y, lo que es peor, lo toleran, porque hay demasiados intereses en juego como para que ese cuerno de la abundancia deje de manar.

Había tanta amargura en las palabras de Robert que, por primera vez desde que había empezado a trabajar, Carolina fue consciente de los intereses ocultos y bastardos que rodeaban todo lo relacionado con la salud, y de la existencia de un mundo perverso, indetectable pero real que se movía en torno a las farmacias y a la sanidad.

CAPÍTULO 25

El beso con el que saludaron la llegada del nuevo año fue apasionado. Sara quiso que Ferran supiera más allá de toda duda que era el preludio de una historia que comenzaba allí precisamente, con las bocas unidas y el abrazo intenso, una historia que sería distinta a lo que ambos habían vivido hasta entonces. Las cuatro parejas que Martina había reunido en su casa para despedir el año y dar la bienvenida al 2012 hicieron que la velada fuera cálida, espontánea, cordial y relajada, de modo que Ferran no se sintió extraño en aquella Nochevieja a pesar de que era la primera vez que veía a los demás invitados. Pero a medida que pasaban las horas pasaban, Sara sintió que la tensión aumentaba en su interior.

Se acercaba el momento. Para ella lo único que importaba de aquella noche era el instante en que se marcharían y los dos se encontrarían solos frente a frente. Esperó a las dos de la madrugada, una hora prudencial para retirarse pero temprana a la vez para que la velada todavía diera mucho de sí.

—¿Nos vamos?

Ferran pareció sorprendido por la pregunta. Ella pensó que, seguramente, él no esperaba abandonar el piso de Martina tan pronto pero, si la pregunta le sorprendió, no tardó ni un segundo en reaccionar.

—Como quieras.

Martina no hizo comentario alguno ante la decisión de la pareja. Se limitó a sonreír y guiñó un ojo a su amiga justo en el momento en que Ferran se despedía de sus compañeros de reunión.

Sara se apretó contra él mientras el ascensor les conducía a la planta baja besándole con pasión. Ya en el coche y con Ferran al volante, su mano acarició el muslo derecho del auditor rozando su sexo. Antes de aparcar, la erección resultaba evidente. Sin abandonar el vehículo, se sentó sobre él agarrándole la nuca para besarle mientras se apretaba contra su cuerpo de manera que él notara sus pechos y la humedad de su bajo vientre.

No paró hasta que estuvo segura de que él ya estaba enloquecido.

—Subamos a casa.

Moviéndose con ligereza, abrió la puerta, salió del vehículo, buscó con frenesí las llaves, ofreció su mano a Ferran para que la siguiera y en cuanto se cerraron las puertas del ascensor se abalanzó de nuevo contra él. Al entrar en el piso, le quitó el abrigo y la chaqueta con desesperación, le desabrochó la camisa y empezó a besarle el tórax. Dejó que él fuera desnudándola. En pocos segundos, Sara sólo lucía un tanga negro que apenas cubría la zona más íntima de su cuerpo.

Sin querer demostrar la angustia que la envolvía y lo torpe que se sentía —no se había acostado con ningún hombre desde su separación—, le desabrochó los pantalones, se los bajó hasta los tobillos y agarró los calzoncillos con las dos manos hasta que la tesa pieza quedó al descubierto. La contempló unos segundos. Con decisión, abrió la boca y sacó la lengua.

No sabía qué hora era cuando se despertó. La única certeza que tuvo cuando pudo abrir los párpados fue que Ferran no estaba a su lado. Se incorporó de la cama alarmada, pero antes de que tuviera tiempo de mirar el reloj, él apareció sonriente.

—Buenos días, bella durmiente.

—Hola —atinó a decir Sara, que no hizo ademán alguno para cubrir su cuerpo desnudo—. ¿Estás bien?

—Sí, y aún estaré mejor.

Se acercó y la besó con dulzura obligándola a que se tumbara de nuevo. Sara sintió que le abría las piernas con lentitud y volvió a cerrar los ojos cuando notó que la lengua le lamía el sexo una vez más.

Desde el brindis efectuado al término de las doce campanadas hasta pasada la medianoche del día uno, el jefe del Grupo de Homicidios estuvo absolutamente pendiente de su teléfono móvil. Podía sonar en cualquier momento porque era el primero de los cinco domingos que tenía el mes de enero y, de cumplirse el vaticinio, a lo largo de aquellas 24 horas podría ser hallada la séptima víctima del asesino cuya captura ya se había convertido en una obsesión.

Se acostó a las tres de la madrugada, después de regresar del domicilio de su cuñado donde había pasado la Nochevieja, pero le costó conciliar el sueño. Cuando lo logró, volvieron las pesadillas sin sentido ni coherencia. Se despertó sobresaltado varias veces, empapado en sudor, creyendo escuchar que alguien llamaba a su móvil.

A las nueve de la mañana puso fin a aquel duermevela pavoroso. Se levantó, comprobó que Paola aún no había regresado del Clínic y que su hijo Ernesto todavía dormía. No podía quedarse en casa. Necesitaba moverse, respirar el aire fresco que traía el levante húmedo que soplaba suavemente, así que se vistió y salió del piso.

Le gustaba el panorama que ofrecía Barcelona en aquel momento, casi sin vehículos circulando y desierta si no fuera por los tres grupos de ancianos, dos ciclistas y dos patinadores, que paseaban por el Paseo Marítimo. Aquella era la ciudad que a él le gustaba, la ciudad plácida que los expertos en imagen y comunicación promocionaban con ímpetu para captar visitantes, el gran y nuevo motor de la economía local. Pero aquella sensación placentera quedó bruscamente interrumpida cuando volvió a pensar que aquella Barcelona idílica era una gran mentira, que no todos sus habitantes vivían cómodamente, ni siquiera que todos ellos

eran buena gente. Él, como policía, lo sabía muy bien. Como sabía, también que los estaban engañando al ocultarles la existencia de un psicópata que ya había asesinado a seis inocentes siguiendo la pauta que en su enferma mente marcaban los cuentos infantiles. No se engañaba: él, Javier Arousa, inspector jefe del Grupo de Homicidios de la Policía de Barcelona, era uno de los auspiciadores y parte integrante de quienes habían engendrado aquella mentira.

Aprovechó un banco solitario para descansar. Cerró los ojos, dejó que la brisa le refrescara un poco e intentó recuperar el sosiego. A punto de lograrlo —o por lo menos eso creía— cayó en la cuenta de que faltaban más de trece horas para que el domingo uno de enero finalizara y que el descubrimiento del último asesinato, el séptimo, podría producirse en cualquier momento. Un incipiente dolor de cabeza se tradujo en millones de finas agujas que se le clavaban en el cerebro. Resopló. Tenía que soportar aquel dolor como fuera. Permanecer sentado e inmóvil no servía como terapia. Decidió reemprender el paseo pero en lugar de volver a casa, tomó la dirección opuesta, como si alejarse de su barrio llevara implícito distanciarse de todos los problemas. Y sin ser muy consciente de lo que estaba haciendo, se dirigió hacia el río, la frontera este de aquella ciudad de los engaños.

—¿Quieres acostarte?

Arousa miró el reloj. Las once y diez.

—Todavía no —respondió a su esposa.

—Procura no tardar. Pareces muy cansado.

«Lo estoy —admitió mentalmente—, pero debo permanecer alerta. El domingo no ha terminado aún».

Quiso seguir despierto pero el agotamiento pudo con él. De vez en cuando perdía el control de su cabeza, que caía como un fardo pesado hasta que en el último momento, antes de golpear la mesa, lograba parpadear y recuperar la compostura. A pesar de la fatiga, consiguió quedarse despierto hasta las dos de la madrugada. El teléfono móvil había permanecido mudo. A esa hora del lunes, de haberse producido un nuevo crimen, ya le habrían avisado. Completamente exhausto, se dejó caer sobre la cama. Necesitaba descansar.

La ausencia de viento y la intensidad del sol, que ninguna nube empañaba, hacían que conversar fuera un placer. A la una de la tarde del domingo 8 de enero, Inés y Carolina compartían uno de los bancos de piedra de la pequeña terraza del Paseo Marítimo desde la que se contemplaban la media docena de playas que se prolongaban más allá de lo que su vista alcanzaba a ver.

Habían brindado juntas al llegar el nuevo año en una fiesta organizada por el grupo de amigos del barrio, una reunión que resultó rutinaria y de mínimo

entusiasmo. Con el puerto olímpico a la derecha y las grandes calas de arena a su izquierda, ambas se apoyaban en el alto respaldo del asiento mientras, con los ojos cerrados, dejaban que la piel de sus rostros recibiera el reconfortante impacto de los rayos solares.

—Son días como este, luminosos y cálidos, los que te hacen añorar Barcelona — comentó la enfermera después de que las dos permanecieran en silencio un buen rato —. El clima en Birmingham es una de las cosas más difíciles de llevar para alguien tan mediterránea como yo. Las temperaturas son mucho más frías, llueve casi todos los días y a partir de octubre y hasta abril, a las cuatro de la tarde ya es de noche. ¡No tenemos días como este casi ni en pleno verano!

—No sé si yo me acostumbraría a eso —respondió Carolina sin abrir los ojos.

—¡Claro que te acostumbrarías! Te lo digo por experiencia propia. Sé de qué hablo.

—¿No te arrepientes de haberlo dejado todo?

—¡En absoluto! Además, tampoco dejé tantas cosas. No tenía trabajo y por no tener, no tenía ni pareja. Y a las amigas sabía que no iba a perderos.

Su amiga hablaba con vehemencia y convicción.

—En esta vida —siguió diciendo Inés—, no hay nada perfecto al cien por cien. Al final, todo consiste en que los aspectos positivos pesen más que los negativos. Para mí, Birmingham ha sido un acierto total, pero eso no quiere decir que, cuando regreso, no valore lo que Barcelona tiene de bueno. La verdad es que lo valoro mucho más que cuando vivía aquí. Como este sol, esta playa y esta buena temperatura en pleno invierno. ¡Esto no tiene precio!

Carolina cerró los ojos y se concentró en sus sensaciones. En pocos segundos notó cómo el sol calentaba su cuerpo y el rítmico romper de las olas la llenó de placidez. Perdió la noción del tiempo. Podían haber transcurrido treinta segundos o treinta minutos. Le daba igual. No tenía prisa alguna e Inés tenía razón: eran momentos como este los que hacían que la vida fuera exquisita.

—Me comentó Paola —dijo al fin Carolina— que estabas muy contenta con tu trabajo.

—En efecto. Allí todo está muy estructurado. Tus turnos de trabajo, tus vacaciones, tus guardias de fin de semana, todo. Y si sabes combinártelo, acabas por estar mucho más tranquila y relajada que aquí. Y si no, piensa en la pobre Paola. Hoy trabaja, mañana no sabe, pasado quizá y todo eso sin saber ni en qué turno ni en qué servicio. La gran diferencia es que allí, cuando trabajas, no tienes tiempo para nada. No es como aquí, que por la mañana te tomas un café, luego hablas un ratito con los compañeros y más tarde tienes unos minutos para sentarte. ¡Qué va! En Birmingham no paras ni un segundo cuando trabajas. Todo es muchísimo más exigente, pero no me quejo. Prefiero ese ritmo porque, a cambio, luego tengo mucho más tiempo libre y puedo organizar mejor mi vida. Es lo que te decía antes: es cuestión de hacer balance general y el mío sigue siendo muy positivo. No me arrepiento de la decisión que

tomé. Para nada.

—Pero alejarte de los tuyos debe resultar duro —comentó la farmacéutica en voz baja.

—Es que hoy en día ya no es así. Antes de irme, instalé una cámara en el ordenador de mis padres para que habláramos y nos pudiéramos ver cuando quisiéramos. ¡Y nos vemos y nos hablamos casi cada día! Ya no es como antes, que cuando te ibas podías tirarte días y días sin noticias de la familia y ellos sin saber de ti. Ahora no pasan 48 horas sin estar en contacto. Desde que estoy en Birmingham, hablo y, lo que es más importante para ellos, veo a mis padres más que cuando estaba en Barcelona. Las distancias se han reducido. Es verdad que el mundo se ha hecho muy pequeño. Sólo cuando sales de casa te das cuenta de eso. El alejamiento es una cuestión más psicológica, de sensaciones personales, que de kilómetros. No es como cuando en los años cincuenta la gente venía desde Andalucía. Ellos se marchaban del pueblo y podían estar meses sin dar señales de vida. Eso, ahora, ya no ocurre.

Carolina se dijo a sí misma que nunca había pensado de aquella manera. «Seguramente —concluyó— porque, a diferencia de Inés, jamás me he ido de casa».

—¿Te planteas volver algún día?

—Es posible, no lo sé. Nunca abandonas la idea de volver alguna vez, no cierro la puerta a eso, pero allí tengo compañeros y compañeras italianos, portugueses, polacos, griegos, húngaros... y todos pensamos que para salir de tu país lo mejor es no tener nada que te ate, como pareja, hijos, una hipoteca... Así que o lo haces cuando eres joven o difícilmente lo harás después, cuando hayas echado raíces. Y te digo más, ninguno de mis amigos allí tiene previsto volver a su país pronto.

Carolina le dio vueltas a aquella conversación durante semanas. Con frecuencia se descubría a sí misma en la rebotica de la farmacia, viajando en el metro o frente al televisor pensando en lo que le había dicho su amiga. Las reflexiones de Inés le habían hecho replantearse muchas cosas y le habían provocado una extraña agitación que, según descubrió con sorpresa, la excitaba.

CAPÍTULO 26

—Jefe, ¿tienes un minuto?

Pedro García Oubiña no esperó a la respuesta para entrar. Arousa sabía bien que siempre que Oubiña le pedía audiencia era para informarle de algo trascendente, más aún si entraba en su despacho a las ocho de la tarde de un viernes. El inspector depositó sobre la mesa del jefe de Homicidios la carpeta verde que llevaba consigo y dijo:

—Desde la primera vez que lo mencionaste, no he dejado de darle vueltas a tu recomendación: descubrir qué detalles se nos han pasado por alto.

Arousa movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento. Era 13 de enero y cada día que pasaba con el asesino libre era una tortura para él.

—Creo que he descubierto algo relevante, aunque no sé a dónde nos llevará ni si nos permitirá identificar al tal José Pérez.

Y sin añadir nada más, abrió la carpeta, desplegó un gran mapa de Barcelona y cogió un rotulador amarillo.

—A medida que los crímenes se iban produciendo, fui señalando los escenarios en este mapa. Y lo hice por orden cronológico. La primera muerte, aquí, junto la puerta de entrada de las cocheras del metro.

Oubiña señaló el lugar con una gran cruz amarilla.

—La segunda, la mujer de la limpieza, aquí.

Repitió la operación.

—La tercera, la prostituta, justo ahí.

A medida que recordaba los asesinatos, fue localizando el lugar donde fueron hallados los cadáveres. Después de la última cruz, se irguió para mirar a su jefe.

—Y ahora, siguiendo el orden de los crímenes, unamos todas las cruces. ¿Qué nos sale?

Mientras hablaba unió con una línea todas las cruces que había marcado sobre el entramado de calles, plazas y avenidas que configuraban el croquis de la ciudad.

—¿Qué quieres decir, Pedro?

—Jefe, creo que esta figura forma un interrogante. En base a la meticulosidad mostrada por ese cabrón, a su evidente perversidad y a la inteligencia que quiere demostrar cada vez que actúa, estoy absolutamente convencido de que planificó todos sus asesinatos para componer un signo de interrogación. Y me imagino también que quería que lo descubriéramos porque, al desvelar este enigma, nos demostraría otra vez que es más inteligente que todos nosotros. De ser cierta esta teoría, nos señala dónde va a actuar en el futuro, y no le importa que lo sepamos porque forma parte de

su reto.

Oubiña colocó el rotulador sobre la plaza de la Sagrada Familia donde había sido descubierto el cadáver del excursionista y trazó una línea recta que concluía en la playa.

—Si estoy en lo cierto, el siguiente asesinato será en las cercanías de esta línea. Y sólo le quedan tres domingos.

—Son muchas manzanas, Pedro —dijo Arousa—. No tenemos efectivos para montar un dispositivo de vigilancia eficaz sobre un área tan grande. Además, si estás en lo cierto, el asesinato puede cometerse en alguna de las calles paralelas y seguiría formando una línea recta.

—Lo sé, jefe, pero estoy convencido de que esta es otra de las pautas de ese psicópata.

Javier Arousa repasó lentamente la línea amarilla, poco más de un kilómetro de trama urbana que atravesaba la parte derecha del Ensanche barcelonés hasta enlazar con los nuevos barrios que nacieron bajo el impulso de los Juegos Olímpicos de 1992.

—Es posible que tengas razón. Quizá empezó a asesinar en una zona que se urbanizó con las olimpiadas —comentó el jefe del Grupo de Homicidios— y quiere acabar su «proeza» en otra que surgió también bajo el influjo de aquel acontecimiento. Quizá los motivos que le impulsan a cometer los asesinatos estén relacionados con los Juegos. Debemos descubrir por qué.

—No será tarea fácil, jefe. Han pasado veinte años.

—Lo sé, Pedro, lo sé, pero es lo único que tenemos. Hablaré con María y con Cano para que te ayuden. Y, aunque me temo que no servirá de mucho, reforzaré las patrullas los próximos domingos a lo largo de la línea que has marcado. Buen trabajo, Pedro —añadió, más para dar ánimos a su subordinado que por la esperanza de que aquello llevara a la captura del asesino.

De nuevo en la soledad de su despacho, Javier Arousa admitió que aquella era una pista endeble y que, como había señalado el propio Oubiña, no servía para identificar al múltiple asesino. «Pero no disponemos de nada mejor», se dijo a sí mismo en un intento de evitar el desánimo más absoluto.

—No puedo confirmarlo al cien por cien, pero sí puedo asegurarte que la teoría del asesino en serie es la principal hipótesis del Grupo de Homicidios.

Margarita Serra permaneció callada después de escuchar la revelación de Maribel. La secretaria del Gabinete de Prensa de la Policía le había enviado un mensaje para que almorzaran juntas. Y cuando la periodista se sentó en la silla, le reveló sin demora los motivos de la cita.

—Me he enterado por pura casualidad. Esta mañana, cuando llegué a trabajar, Ángel tenía abierta la puerta de su despacho. Oí que hablaba por teléfono pero no presté mucha atención hasta que descubrí, cuando le nombró, que estaba conversando con el jefe superior. Ángel tan sólo asentía, por lo que deduje que era Arturo Ferrer quien llevaba la voz cantante. Sólo de vez en cuando, mi jefe le pedía alguna aclaración y gracias a esas preguntas pude comprender de qué estaban hablando. No me preguntes en qué se basan o qué han descubierto, porque no lo sé, pero sí es cierto que los de Homicidios están convencidos de que los siete asesinatos son obra del mismo asesino.

—¿Siete? —interrumpió sorprendida Margarita.

—Sí, hablaban de «los siete asesinatos».

—El único otro asesinato sin resolver es el de la prostituta —dijo Margarita—. Eso quiere decir que no murió por sobredosis. Ese es el que falta.

La periodista lanzó un largo silbido.

—El asunto —añadió al cabo—, es aún más serio de lo que pensaba. ¿Crees que Ángel, Arousa o el propio jefe superior me lo podrán confirmar?

Maribel no respondió de inmediato.

—No lo sé, aunque yo creo que no, salvo que la información fuera falsa. Es decir, a lo sumo podrían decirte que todo eso no es verdad, pero si lo es, no te lo van a confirmar. Es lógico: que se divulgue la noticia podría ayudar al criminal y perjudicar a Homicidios. Incluso a ti podría causarte problemas.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No seas ilusa. Si todo esto es verdad, puedes apostar a que tratarán por todos los medios de que *BCN* no publique la noticia y dirán que si lo hace podría dar al traste con la investigación policial e impedir la captura del asesino. O algo por el estilo.

Margarita removió la sopa de pescado de forma ausente. Pensaba, mientras hacía círculos con la cuchara, que Maribel, a pesar de que siempre había sido fiable, no sería, a ojos de Luís Poch la «fuente oficial» que le había exigido antes de Navidad. Volvía a estar, por consiguiente, en la misma situación que entonces: le faltaba la confirmación de alguna autoridad competente para convencer a su director.

El trayecto hasta la redacción de *BCN* se convirtió en un vía crucis angustioso y tenso. Tenía ganas de plantarse ante Poch en cuanto traspasara la puerta del diario para explicarle, sin revelar la fuente, lo que sabía, pero carecía de respuesta ante la reacción más que probable del director: la exigencia de una ratificación oficial.

—Dudo que dé su brazo a torcer —dijo Sergi Dauder en cuanto ella le puso al día—. Y que conste que no dudo de tu fuente, pero no es una versión oficial. En fin —añadió sin entusiasmo alguno—, vamos a verle.

El semblante de Luís Poch permaneció impassible mientras Margarita desvelaba

su información y acrecentó su gesto adusto en cuanto empezó a hablar.

—Pero sigue siendo una fuente anónima, sin nombre ni apellidos. Y además, ahora resulta que los asesinatos ya son siete.

—Exactamente, Luís, pero te aseguro que mi contacto es absolutamente fiable.

—No lo cuestiono —cortó el director—, pero para *BCN*, tratándose de un asunto tan delicado, es insuficiente. O alguien te lo avala públicamente o no sale. Así de sencillo.

—Si siempre tuviéramos que esperar a que nuestras informaciones las aprobase la autoridad competente —replicó Margarita elevando el tono de voz—, este diario no sería más que una simple gacetilla.

Sergi Dauder la miró e hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Eso no te lo consiento —atajó Luís Poch con evidente mal humor—. El gran patrimonio de este diario se basa precisamente en su solvencia contrastada. Y eso es lo que está en juego en un asunto tan grave como esta serie de asesinatos. Está bien que busques exclusivas, aunque empiezo a pensar que este caso se ha convertido en una obsesión que te hace incluso descuidar la actualidad diaria. Mira. —Poch cogió un ejemplar de *El Periódico*, el principal competidor de *BCN*, le mostró la portada y le lanzó el ejemplar por encima de la mesa—. La Guardia Civil se ha incautado de media tonelada de cocaína que una banda de narcotraficantes colombianos y españoles intentaba introducir en el país por el puerto de Barcelona. Y tú ni te has enterado, así que a menos que consigas oficialmente que alguien te respalde la información, quiero que te pongas manos a la obra sobre este alijo para que al menos mañana podamos estar a la altura de *El Periódico*.

Con el rostro en plena ebullición, sudando y con el corazón latiendo sin aparente control, Margarita se sentó frente a su ordenador. Tenía más ganas de llorar que de empezar a llamar a sus contactos en la Guardia Civil. Sergi Dauder, que la había acompañado hasta su mesa, le palmeó la espalda.

—Margarita, no ha sido muy inteligente por tu parte enfrentarte a Poch —le dijo—. Tenías las de perder y has perdido. Y no es un hombre que olvide con facilidad. Si quieres enderezar la situación, rebajar la tensión y dejarle contento, sólo tienes un camino: ganarle mañana la partida a *El Periódico*. Ponte manos a la obra. Y que conste que yo creo que no debes renunciar al caso de los asesinatos, pero hazlo como el *dire* quiere. Te advierto que Luís es un mal enemigo y me parece que te acaba de poner en el punto de mira.

—Yo sólo quiero hacer mi trabajo como debe hacerse —replicó Margarita con acritud.

—Ya, pero le incomodas más que un grano en el culo.

—Pues le regalaré un bote grande de vaselina.

El redactor jefe la miró apretando los maxilares.

—Margarita, te lo digo por tu bien, tienes que aprender a callar y ser mucho más inteligente. Tú no tienes la sartén por el mango. El *dire*, sí.

Dauder se alejó lentamente. La redactora de Sucesos lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista. Al situarse de nuevo frente a la pantalla del ordenador, sus ojos se toparon con la fecha del día: lunes, 17 de enero. El año, que no había hecho más que empezar, ya se le estaba atravesando. Su relación con Mario no iba bien y su situación en el diario no era precisamente la ideal. ¡Y aún quedaban más de trescientos días para que acabara el año! El bufido que lanzó provocó que sus compañeros volvieran la cabeza hacia ella.

CAPÍTULO 27

—¿Cenamos en mi casa?

—Sí, pero mañana tengo que madrugar. Este fin de semana debería cerrar una auditoría que tengo que presentar el lunes sin falta. Gajes del oficio.

Pasar la noche con Ferran y dormir con él le bastaba aunque no lo viera el resto del sábado ni el domingo. A Sara Martí, las cuatro horas del viernes que le quedaban para que pudiera salir de su despacho se le hicieron eternas. Llegadas las seis de la tarde, no perdonó ni un minuto. Apagó el ordenador y abandonó la oficina con toda rapidez. A mediodía, Félix Miret le había comunicado que ya no volvería, así que no tenía de qué preocuparse. Acudió al Mercado de la Boquería, compró gambas, salmón, queso y fruta, y se encerró en su casa para preparar la cena a la espera de que Ferran apareciera. Él llegó poco antes de las nueve con dos botellas de champán en la mano, que ella guardó en la nevera.

Liquidada la macedonia con helado que Sara había preparado como postre, Ferran se levantó de la mesa.

—No te muevas. El champán es cosa mía. Tú ya has trabajado bastante.

Se metió en la cocina, sacó dos copas del armario, extrajo del bolsillo del pantalón un pequeño sobre blanco cuyo contenido —un polvo fino y blanquecino— vertió en el fondo de una de ellas, y observó con detenimiento que la sustancia quedara perfectamente diluida a medida que el líquido dorado y burbujeante ocupaba todo el recipiente.

—Nos merecemos un buen champán —dijo sonriendo, mientras ofrecía a Sara una de las copas.

—¿Un brindis?

—Por supuesto. Elígelo tú.

Ella cerró los ojos unos instantes.

—Por tu felicidad y la mía.

El sonido generado por las copas al chocar sonó como el de una campanilla en medio del silencio. Ferran dio un pequeño sorbo. El de Sara fue mucho mayor.

—Buenísimo —confirmó cuando dejó de beber.

Y sin añadir nada más, le cogió de la mano y lo condujo al sofá. Se sentía a gusto y excitada. Apuró la copa que el auditor rellenó al instante, se sentó sobre sus piernas y empezó a besarle. Él respondía a su excitación con idéntica entrega. Sólo el tiempo destinado a beber el champán interrumpió las caricias.

—Vamos a la cama.

No discutió la invitación de Ferran. Sara, que tenía la camisa desabrochada y la

falda arrugada, se levantó sin ser consciente de que se sentía demasiado ligera, no se opuso a que la tumbara sobre el lecho y cerró los ojos dejando que él tomara la iniciativa. Se durmió sin darse cuenta.

El auditor esperó un par de minutos hasta tener la certeza de que el somnífero había hecho efecto. Se incorporó y empezó a inspeccionar los armarios, las mesas y todos los muebles de la vivienda. No le costó demasiado dar con la carpeta verde donde la secretaria de la Unió Musical de Catalunya guardaba los documentos que se había llevado de la entidad y que le habían encargado encontrar. Cogió la pequeña cámara que llevaba escondida en el abrigo y fotografió cada una de las hojas. Concluida la operación, introdujo de nuevo la documentación en la carpeta y la dejó donde la había encontrado. Aunque dudaba que hubiera más documentos escondidos en la casa, revisó el domicilio con detenimiento. Disponía de toda la noche para inspeccionarlo. Casi tres horas después, terminaba su labor: Sara no tenía más papeles que los de la carpeta. Regresó al dormitorio, cubrió con la sábana el cuerpo de su amante, que seguía durmiendo profundamente, salió del dormitorio y sin hacer ruido, abandonó la vivienda.

Doce horas más tarde, se reunía con Félix Miret y Eudald Montfalcó en una discreta cafetería de la Diagonal y les entregaba el sobre que contenía las fotos. Los máximos responsables de la Unió Musical de Catalunya las inspeccionaron sin hacer comentarios. Sólo después de contemplar la última, el gerente de la entidad intervino.

—¿Sólo tiene estos papeles?

—Sí. Revisé hasta el último rincón de su casa y nada. Estoy plenamente convencido de que eso es todo lo que tiene, seguro. En el fondo es una persona cándida, aunque crea que sabe mucho de la vida. Es muy fácil encandilar a las mujeres de su edad. Piensan que con la experiencia que tienen no volverán a equivocarse, pero al mismo tiempo saben que cada año que pasa se les escapa la juventud.

—Creo que conoces muy bien a Sara Martí.

—No lo dudes —confirmó el auditor con rotundidad.

—Entonces —añadió Montfalcó dirigiéndose a Félix Miret—, no hay de qué preocuparse. Eso y nada es lo mismo. Ya te lo dije cuando lo descubriste.

—Bien —dijo Miret dirigiéndose al detective-auditor—, el lunes ingresaré en tu cuenta los doce mil euros restantes.

—Y el martes —Ferran no se esforzó por ocultar la sonrisa de satisfacción— el auditor Ferran Rovira desaparecerá de Barcelona por tiempo indefinido ya que una empresa norteamericana ha requerido su presencia para llevar a cabo un trabajo de inspección que le obligará a recorrer medio mundo.

—Que no sea medio —terció riendo Montfalcó—. Que sea todo el mundo.

—Así será.

—¡Qué dura es tu profesión! —concluyó el presidente de la Unió Musical de Catalunya riendo con ganas.

—¿La de auditor? —preguntó con sorna Ferran.

—¿Pero es que tienes otra?

Eudald Montfalcó se tapó la boca con la servilleta para sofocar las carcajadas.

Cuando llegó a Barcelona, que fue su primer destino como inspector, la zona por la que ahora caminaba —la antigua estación del Nord— era un laberinto de vías, desvíos, andenes, trenes y tendidos eléctricos que no parecían venir de ningún sitio y que tampoco parecían dirigirse a ninguna parte. En la madrugada del domingo 22 de enero, aquel terreno era un gran parque urbano de césped cuidado y caminos perfectamente delimitados y conservados. De la instalación ferroviaria que vio por primera vez treinta años atrás tan sólo quedaba el gran edificio de ladrillo y enormes cristales, transformado en terminal de autobuses. El mundo de los trenes y la historia que tenía cada uno de los pasajeros que llegaban o partían de la ciudad había desaparecido por completo. Los usuarios, en la actualidad, eran turistas, estudiantes, inmigrantes o emigrantes que nada tenían que ver con sus predecesores. «Todo eso se lo llevaron los Juegos Olímpicos», pensó el jefe del Grupo de Homicidios de la Policía mientras recorría un amplio sendero de tierra que bordeaba la gran escultura de cerámica azul y blanca que, ligeramente elevada, dominaba la entrada al parque. Junto al camino, en una amplia zona de hierba verde, se encontraba María Bernal, que le señalaba su presencia agitando una linterna. La iluminación en aquel rincón, a las dos y media de la madrugada, era escasa. El farol más próximo estaba a casi treinta metros y la lluvia que caía con insistencia acrecentaba la oscuridad.

—Ha respetado el guión —comentó la agente en cuanto Javier Arousa se detuvo junto a ella—. Hoy es domingo, séptimo día de la semana, y ha cometido su séptimo asesinato. Y se ha inspirado también en un cuento infantil, *Caperucita Roja*.

Mientras ella le llevaba al lugar exacto donde yacía el cadáver, le resumió los principales datos de la fallecida.

—Se llamaba Victoria del Río, tenía veintiún años, estudiaba Odontología, trabajaba en una pizzería que está justo al otro lado del parque para pagarse sus estudios y vivía muy cerca de aquí, en el segundo primera del número 29 de la calle Wellington.

Con el dedo índice extendido, María Bernal señalaba un inmueble que se alzaba en la acera opuesta de la calle que cerraba el jardín urbano por el lado sur. Arousa dio un par de pasos para poder contemplar mejor el edificio. Comprobó que era una construcción amarillenta de cinco plantas, de fachada de ladrillos rojos sin atractivo alguno, ventanas de madera y balcones con barandillas metálicas de líneas ondulantes como correspondía a los cánones habituales de la primera mitad del siglo xx cuando debió ser levantado. Una obra, en definitiva, sin ningún interés arquitectónico.

—Y lo más significativo, por lo menos para mí, es que, cuando fue atacada, llevaba un impermeable rojo con capucha. La referencia es obvia. Un vecino que regresaba del cine dio la voz de alarma al encontrarla tendida sobre el suelo.

Finalizó su escueto informe segundos antes de detenerse ante la bolsa de plástico negro perlada de gotas de lluvia.

—Son sus padres —añadió Bernal al observar que la mirada de Arousa se había detenido en las figuras de dos personas que estaban arrodilladas junto a la mortaja fúnebre—. En cuanto llegó la primera patrulla, los vecinos empezaron a asomarse a las ventanas. Algunos bajaron para ver qué pasaba. Uno de ellos reconoció a la muchacha y avisó a sus padres.

Volvió a centrar su atención en ellos. La mujer, entrada en años y con el pelo empapado, estaba arrodillada con los ojos cerrados. Se balanceaba rítmicamente hacia delante y hacia atrás y gemía desconsoladamente mientras apoyaba su cara sobre el pálido rostro de su hija, de piel inmaculadamente blanca, que sobresalía de la mortaja plástica. Su marido, arrodillado a su lado, la abrazaba llorando sin control.

Agarró a Bernal por el codo alejándose con discreción.

—¿Sabes cómo murió?

—Según mi primera inspección ocular, presentaba dos heridas en el tórax, una de ellas a la altura del corazón, causadas, creo, por un arma blanca. Poco antes de que tú llegaras, el médico del Servicio de Urgencias me informó de que, a simple vista, descartaba toda agresión sexual, aunque tendremos que esperar a la autopsia para confirmarlo.

Ambos permanecieron inmóviles y en silencio hasta que el equipo forense convenció a los padres para que se retiraran. Seguros de que no les podían ver, Arousa se acercó a la funda de plástico, se arrodilló y abrió lentamente la cremallera. El color blanco de la piel, que contrastaba con el tono rojo de la capucha recogida detrás de su nuca, rejuvenecía la cara de la muchacha, que no aparentaba tener 21 años.

—Si parece una niña —murmuró con desaliento el veterano policía.

El agua había mojado el pelo negro de la estudiante sin vida hasta convertir los rizos en tirabuzones de formas caprichosas que se pegaban a su frente. El jefe de Homicidios trató de imaginar cómo sería aquella cara si hubiera estado llena de vida e intentó adivinar el perfil de la sonrisa que dibujarían los labios finos y sin maquillar que ahora habían quedado cerrados para siempre. Deslizó la cremallera hasta que las dos puñaladas aparecieron ante su vista. Tan sólo un par de pequeñas grietas por las que la vida había escapado a borbotones apenas unas horas antes. Permaneció arrodillado hasta que observó que el médico estaba de pie, a su lado, esperando una indicación suya para volver a cerrar la mortaja. Se levantó lentamente.

—¿Han encontrado algún rastro los de la Científica?

—Por ahora, no —respondió María Bernal—. Me han dicho que han rastreado los alrededores, pero no han dado con nada. Ni siquiera con el arma homicida.

A Arousa le hubiera sorprendido lo contrario. No entraba dentro de lo previsible que un hombre tan cuidadoso y meticuloso como el asesino cometiera un error de aquella naturaleza.

—Voy a llamar a Emilio para que venga y te ayude —dijo.

—No es necesario, jefe. Ya lo haré yo mañana por la mañana, a primera hora. Déjalo descansar.

Javier Arousa contempló a María unos instantes.

—De acuerdo, pero que sea a primera hora. No quiero que perdamos ni un minuto. Y si surge cualquier novedad, no esperes, manda una patrulla para que lo localicen si no responde al teléfono.

Jordi Marchena detuvo su interpretación operística —*Tosca*— en cuanto vio aparecer al inspector Arousa en el Instituto Anatómico Forense. No le pasaron inadvertidas las profundas ojeras del jefe del Grupo de Homicidios de la Policía, ojeras que no dudó en atribuir a la racha de asesinatos sin resolver cometidos durante los últimos meses en Barcelona.

—Dos puñaladas —dijo antes de que el policía justificara su presencia—. Una de ellas, la que le seccionó la aorta, era mortal de necesidad. Murió en menos de dos minutos. Y en cuanto al arma utilizada, tuvo que ser un puñal, una navaja, un cuchillo de cocina o similar, algo muy penetrante y de dimensiones contenidas. En cualquier caso, un arma blanca. Si sirve de consuelo a la familia, no hubo violación.

El comisario no dijo nada. Se debatía entre sincerarse con el médico y desvelarle la derrota que estaba sufriendo como policía, o guardar silencio y ocultarle que la autoría de todos los crímenes se debía a una sola persona. Al final, decidió no explicarle al doctor Marchena lo que sabía, lo poco que sabía del asesino. Suspiró con desánimo. Arriesgándose a ser inoportuno y aceptando que la pregunta que iba a formular pudiera molestar al inspector, Jordi Marchena planteó la cuestión abiertamente.

—Inspector, ¿qué está pasando?

Arousa alzó la mirada, abrió los ojos y arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Qué quiere decir?

—Por favor, no me tome por un entrometido, pero desde que estoy al frente de este Instituto Anatómico Forense, no recuerdo nada igual. Me refiero a la proliferación de crímenes en los últimos meses en Barcelona, el del conductor de metro, la joven prostituta, el músico... Y ahora, esta desgraciada joven. Me sorprende esta sucesión de asesinatos, a cual más atroz, y más todavía que no se haya podido resolver ni uno de ellos. Y que conste que no dudo de la eficacia de la Policía, porque la conozco perfectamente, pero eso hace que mi estupor sea aún mayor.

Era el momento propicio para explayarse. Sabía que el doctor era totalmente discreto y confiaba plenamente en él, pero aun así no cedió a la tentación de dar

explicaciones.

—Aunque le cueste creerlo, no hemos encontrado pistas fiables para resolverlos. Hemos trabajado como nunca...

—No lo dudo —intervino con rapidez Marchena.

—Pero todos nuestros esfuerzos han resultado inútiles. Seguimos una línea de investigación, pero es tan débil que hasta ahora no nos ha llevado a ningún sitio.

—Le compadezco, amigo mío —añadió el doctor después de una pausa prolongada—. Me imagino la presión a la que debe estar siendo sometido. Lamento no poder serle de mayor utilidad.

—No se preocupe. Gracias por su ayuda.

El andar cansino del inspector al abandonar la morgue ratificó el diagnóstico precoz de Jordi Marchena: el jefe del Grupo de Homicidios estaba apurando los límites de su resistencia. Si es que no los había rebasado ya.

Emilio Prats se levantó en cuanto su jefe franqueó la puerta de la oficina.

—Tengo algunos datos sobre la chica.

—Pasa a mi despacho.

Esperó a que Arousa colgara el abrigo en el perchero para sacar un pequeño bloc de notas del bolsillo de su chaqueta.

—Como te avanzó María, Victoria del Río tenía veintiún años, estudiaba Odontología y trabajaba en una pizzería en el Paseo de Sant Joan, a poca distancia del Arc del Triomf, para pagar sus estudios y sus gastos personales porque la economía de la familia Del Río no atraviesa su mejor momento. Su padre está en el paro, su madre trabaja en una tintorería cerca de la iglesia de Santa María del Mar y tiene dos hermanos, el mayor, de veinticinco años, y la pequeña, algo menor que ella, de dieciocho. Sus compañeros de trabajo coinciden en cuanto a la hora en que terminó su jornada laboral: pasadas las doce y media de la noche.

Prats interrumpió sus explicaciones con la vista clavada en la libreta.

—A veces, ni yo mismo sé qué he escrito. ¡Ah, sí! Tuvo un novio, pero rompieron hace un año. Su hermana asegura que desde entonces no se volvieron a ver. Por si las moscas, ya le he interrogado. Me aseguró que estaba cenando con unos amigos en un restaurante libanés de Gracia y que, al terminar, poco antes de medianoche, fueron a tomar unas copas a un bar de la plaza del Sol. Los camareros han confirmado que el chaval estuvo allí hasta más allá de las dos de la madrugada, después de que se cometiera el crimen. En la actualidad, la chica no salía con nadie. Básicamente su grupo de amigas eran todavía sus compañeras de colegio y algunas de Odontología y poco más. No es mucho, la verdad.

Arousa asintió en silencio. En efecto, pocos datos para insuflar una mínima dosis de esperanza.

—Otro asesinato sin causa aparente —comentó con tristeza— y la nueva víctima,

otra persona anónima. No era famosa, ni rica ni estaba relacionada con el mundo de la delincuencia. Ese hijo de puta debe estar riéndose de nosotros, de las patrullas mixtas, de todo... Me cago en la puta madre que lo parió.

En cuanto Emilio Prats abandonó el despacho, Arousa se dejó caer sobre en el pequeño sofá. Estaba hecho trizas y, lo que le hacía sentir aún peor, no sabía por dónde orientar la investigación. Pero no podía aceptar que un criminal tan inhumano —si es que podía considerarse humano a algún asesino—, le ganara la partida. No debía, no podía y no iba a rendirse. «No podrá conmigo», fue su último pensamiento antes de sucumbir a un sueño atormentado.

—O varios asesinos andan sueltos por Barcelona o estamos frente a un asesino en serie. Tú sabrás con cuál de estas dos posibilidades te quedas.

Para todos los miembros del consejo de redacción, el tono de voz y la actitud de la responsable de Sucesos —que aquel lunes 23 de enero sustituía a Sergi Dauder en el aquelarre porque este había trabajado el fin de semana anterior— sonaban a reto. La intervención de Margarita había sido muy dura. Había detallado las circunstancias del asesinato de la joven estudiante de Odontología con rotundidad y expuesto su desafío al director con contundencia. En la estela de su última frase llegó un silencio que tensó aún más el ambiente. Todos sus compañeros tenían los ojos clavados en el director.

Luís Poch golpeó varias veces la mesa con su bolígrafo negro antes de responder y recordó la recomendación que el alcalde de la ciudad le había hecho poco antes de que se iniciara el aquelarre. «No podemos —había argumentado Jordi Trías— intranquilizar a la población comunicando que un asesino en serie está campando por sus respetos, entre otras cosas porque la Policía no lo confirma. Y aunque lo confirmara —añadió antes de que el director de *BCN* pudiera intervenir—, creo que no se debe airear su existencia hasta que sea detenido. Pero es que, además, no debemos asustar a los visitantes admitiendo públicamente que tenemos un criminal de estas características. Una noticia como esta acabaría en pocas horas con lo que tanto nos ha costado ganar. El miedo es el peor enemigo del turismo».

—Ya te lo dije, Margarita, y lo reitero ahora. Consigue una confirmación oficial —respondió Poch con el rostro completamente rígido— y publicaremos la noticia como se merece. En caso contrario, la trataremos como un suceso más.

Margarita negó con la cabeza en señal de disconformidad, pero no replicó. ¿Para qué? El *dire* le exigía lo mismo que le había exigido semanas atrás sabiendo que no iba a conseguirlo. Y además salía airoso del enfrentamiento en el consejo de redacción: la condición que le pedía parecía justificada en un asunto tan delicado como aquel. Desde el punto de vista formal, el director de *BCN* le había vuelto a ganar la partida.

—Tribunales, ¿qué tenemos?

Antes de responder, el responsable de la sección leyó la hoja que tenía depositada sobre la mesa.

—En el programa de Telecinco *La tarde de todos*, la «Diosa», un transexual bastante conocido entre los espectadores de esta cadena de televisión, ha desencadenado un debate muy intenso en las redes sociales al declarar que está enamorada de su vibrador.

—¿De quién está enamorada? —preguntó Poch sin pérdida de tiempo.

—De nadie —contestó el redactor jefe esforzándose por mantenerse sereno—. De su vibrador. Me explico, ¿no?

Margarita cerró los ojos y lanzó un bufido. Estaba obligada a obedecer a un tipo de tan escasa formación que desconocía el abecé de la vida. Cuando volvió a abrir los ojos comprobó que todos la estaban mirando y un escalofrío le recorrió la espalda. Todos habían oído su exhalación, incluido el director. Luís Poch la miraba fijamente y no precisamente con cordialidad.

CAPÍTULO 28

No fue el frío lo que le impulsó a acelerar el paso sino el deseo de abrazarle, besarle y estar a su lado. Sara recorrió en poco tiempo la distancia que había entre la sede de la Unió Musical y el Ginger —no más de trescientos metros— pero cuando llegó al bar, cinco minutos antes de las siete, Ferran ya estaba allí. Su entusiasmo le impidió percibir la frialdad del beso con que él le dio la bienvenida.

—Lo que voy a decir no te va a gustar y lo siento, pero debes saberlo —dijo el auditor después de que se alejara el camarero que le había servido a Sara una caipirinha.

Sara dejó de beber y reparó en lo serio que estaba Ferran y en el tono lúgubre de sus palabras.

—Una gran auditoría norteamericana me ha encargado que analice varias filiales de una multinacional que no está muy satisfecha con el rendimiento de sus sucursales. Perdona que no te dé nombres pero, por razones de confidencialidad, no puedo ser muy explícito. Este trabajo me obligará a estar fuera mucho tiempo, no sé cuánto pero, como mínimo, un par de años. Quizá más.

La secretaria de la Unió Musical de Catalunya se quedó tan paralizada que no supo que decir.

—Tendré que viajar a Nueva York, Chicago, Nueva Orleans, Los Ángeles y San Francisco y después Colombia, Brasil, Singapur, Malasia, Corea y Japón. Mucho trabajo, pero es una oportunidad única, de aquellas que sólo se presentan una vez en la vida y no la puedo desaprovechar. Tengo que irme.

Sara comprendió que la principal consecuencia de aquel giro imprevisto en su vida era obvia: su relación quedaba rota.

El silencio se apoderó de ambos. Sara se debatía entre dar rienda suelta a las lágrimas o intentar mantener la serenidad que seguramente le correspondía como mujer adulta. Pero la necesidad de desahogo pudo con su autocontrol y las lágrimas emergieron calladamente.

—Lo entiendo —logró decir—. Una propuesta como esta no surge cada día.

—Sí, por eso la he aceptado. Y lo siento por los dos, pero no tengo otra alternativa.

—¿Y cuándo te irás?

Temía la respuesta porque pondría fecha a la ruptura, pero necesitaba saberlo.

—Pasado mañana. El viernes tengo que estar ya en Nueva York.

¡Cuarenta y ocho horas! ¡Tan sólo dos días y todo habría terminado! Esa idea aniquiló las pocas fuerzas que le quedaban. Incapaz de reprimir la angustia, la rabia y

la tristeza, bajó la cabeza hasta apoyar la barbilla sobre su pecho y liberó todo su dolor en un largo sollozo.

—Lo siento, Sara, lo siento mucho, créeme.

Ferran hizo el comentario sin cambiar de actitud. Ni siquiera hizo ademán alguno de abrazarla o acercarse a ella. La incomodidad, en forma de silencio prolongado, fue adueñándose de ellos hasta que Sara reaccionó.

—No hay nada más que decir, ¿verdad? Este es nuestro final.

—Yo no creo en las relaciones a distancia —respondió el auditor—, y menos con tanto tiempo por delante.

—Y tampoco quieres que vaya contigo, ¿no? Yo estoy dispuesta a dejarlo todo.

—No sería una buena idea —murmuró Ferran.

—¿Por qué?

—Porque sería un constante ir de aquí para allá, sin tiempo para nada, ni siquiera para instalarnos en ninguna parte. No, no me veo capaz de llevar esta vida estando acompañado porque sufriría por ti constantemente. Y eso acabaría pasándonos factura.

Sara comprendió que la decisión de Ferran era definitiva e inamovible. Sin apenas poder respirar, agarró una servilleta, se secó las lágrimas, cogió el abrigo y se levantó. Ferran también lo hizo.

—No, quédate aquí. Prefiero que no te muevas. Necesito estar sola.

Y en un gesto rápido le besó en la mejilla y se alejó con aparente decisión.

Al doblar la esquina se detuvo junto al viejo portal de la Reial Academia de les Bones Lletres e, inmersa en la oscuridad de la noche, que la débil iluminación pública apenas perturbaba, liberó sin freno alguno toda su infelicidad. Con Ferran habían bastado tres semanas para recuperar sensaciones escondidas durante muchos años, había vuelto a vivir porque era feliz y volvía a creer que su vida aún tenía un futuro prometedor y lleno de esperanza. Pero habían bastado unos pocos minutos para que todo aquello, la ilusión, la felicidad, la confianza en el amor, desapareciera por completo. Volvía a estar sola y tenía que enterrar aquel torrente de amor que Ferran había destapado. No sólo perdía el último hombre de su vida, sino que perdía también el gran amor de su vida. «Es de insensatos pensar así, lo sé, pero las locuras —seguramente eso era aquella relación— carecen de razón». Inmersa en aquel azote de reproches, asfixia, derrota y dolor, sólo una idea surgió de forma tan descontrolada como irresistible. Enloquecida, abrió el bolso y agarró el teléfono móvil.

—Martina, necesito hablar contigo.

—¿Se encuentra bien? Parece cansada.

La pregunta del director de la Unió Musical de Catalunya la hizo reaccionar. Desde la conversación con Ferran hasta aquel instante había estado inmersa en un limbo donde los límites de la realidad y lo irreal no estaban perfectamente definidos.

A veces le parecía que todo había sido un sueño, o una pesadilla, y que su relación con el auditor seguía como siempre. Y a continuación la realidad la golpeaba de nuevo con la crueldad de lo sucedido en el Ginger y entonces sentía que le faltaba el aire y se ahogaba.

—Esta noche no he dormido muy bien —respondió Sara de forma automática—. Gracias por preocuparse por mí.

Félix Miret la miró fijamente durante unos instantes. Ella, al darse cuenta de que su jefe no regresaba a su despacho, se levantó de su mesa.

—Espero que se reponga lo antes posible, Sara, porque debo comunicarle que he llegado a la convicción de que se impone un cambio en el área de Presidencia. Mi experiencia me ha enseñado que la permanencia prolongada en un mismo puesto de trabajo acaba por crear tics que perjudican la productividad, reduce la ilusión, entorpece la buena gestión y, como consecuencia, lleva a caer en una rutina que no tiene nada de positivo.

Sara no entendía aquel discurso. No comprendía a qué se debía y no era precisamente el mejor día para afrontar una situación como aquella.

—Así que he decidido introducir algunos cambios en esta oficina.

A pesar del estado de confusión de las últimas horas, la palabra «cambios» caló en su cerebro. El discurso de Félix Miret, que se había iniciado interesándose por su salud, estaba tomando un camino sorprendente y amenazador.

—Me parece oportuno y necesario su relevo como secretaria del presidente tanto por su propio bien, como por el de la entidad.

¿Relevo? ¿Qué le estaba diciendo? ¿Dejar el puesto de trabajo en el que llevaba tantos años? ¿Para ir a dónde? Logró salir de su aturdimiento para formular una pregunta.

—¿Puedo saber por qué?

El presidente de la Unió Musical de Catalunya no pareció sorprendido por la petición.

—Por coherencia con lo que le acabo de argumentar, creo necesario dinamizar la actividad de este departamento, para lo cual me parece imprescindible incorporar gente nueva que aporte nuevas ideas, frescura y vitalidad a la más alta institución de la Unió.

—Me veo plenamente capacitada para afrontar este cometido.

En cuanto terminó la frase, Sara supo que su respuesta no había sido convincente y que había perdido la oportunidad de defender su puesto de trabajo.

—Es posible —apostilló Félix Miret sin perder ni un segundo—, pero insisto en que me parece que será mucho más positivo para todos, incluso para usted, aunque ahora no lo crea, que sea sustituida. Para su tranquilidad le diré que este cambio no le va a suponer ningún perjuicio económico. No debe preocuparse por eso. Mantendrá las mismas condiciones salariales y laborales que hasta ahora.

El presidente de la Unió Musical de Catalunya inspiró antes de continuar.

—Y no le demos más vueltas. La decisión está tomada. Mañana por la mañana le presentaré la persona que la reemplazará para que le haga el traspaso durante esta semana.

—¿La conozco?

—No creo. No pertenece a la Unió —respondió Miret—, por eso le he dicho que mañana se la presentaré. Y antes de que me lo pregunte, le comunico cuál va a ser su nuevo destino: a partir del próximo lunes pasará a depender del departamento de Promoción y Actividades Artísticas del Patronato de la Unió. Estará bajo las órdenes de Isabel Llovet, la actual directora de esa área.

Sara Martí la conocía aunque de forma superficial. Isabel Llovet había asistido alguna vez a los Consejos de Administración de la Unió Musical de Catalunya pero, en esas ocasiones, su relación con ella no había ido más allá de lo estrictamente protocolario.

¿Qué había sucedido para que su vida diera un vuelco tan radical en menos de 24 horas? Ayer bastaron pocos minutos para que su felicidad se esfumara y regresara la lacerante soledad que la venía acompañando desde su divorcio. Y hoy, en un abrir y cerrar de ojos, se veía obligada a renunciar a un trabajo que le gustaba y a aceptar otro menos atractivo. No se explicaba el zarandeo brutal a que estaba siendo sometida. Todo se había derrumbado sin darle tiempo a reaccionar. «¿Por qué?», se repetía una y otra vez. «¿Qué he hecho para que todo me salga tan mal?». La falta de respuestas acabó con las pocas fuerzas que le quedaban. Aprovechó que Félix Miret se había encerrado en su despacho para romper a llorar.

El Ideal ofrecía la discreción necesaria para que Félix Miret y Eudald Montfalcó pudieran reunirse y hablar con total libertad sin tener que estar pendientes de quién podría escuchar sus conversaciones. Decorado con sobriedad, recordaba los selectos clubes privados ingleses; el personal era discreto y eficaz y la madura clientela, aunque la mayoría de sus habituales se conocían, sabía mostrarse comedida y distante. Además, los *gin-tonics* eran excelentes.

—Listo. Ya he hablado con ella. El viernes será su último día en Presidencia.

—¿Cómo ha reaccionado?

Miret dio un trago largo antes de satisfacer la curiosidad del gerente de la Unió Musical de Catalunya.

—Ha aguantado bien la sorpresa inicial y luego no ha puesto objeciones, aunque ha tratado de convencerme para que la mantuviera en su puesto de trabajo porque, como ella misma ha dicho, se veía capaz de llevar a cabo la reforma. Pero yo no le he dado opción. Le he dicho que la decisión ya estaba tomada y que no iba a cambiar de opinión.

—Problema resuelto —apostilló Montfalcó.

—Sí, no hay más que hablar. De ahora en adelante se trata de ser más precavidos

con la nueva secretaria y limitar su autonomía. Aunque, en este sentido, Carme Molins ofrece muchas más garantías.

—A mí también me lo parece, pero no está de más que marques las distancias desde el primer día.

—No te preocupes, Eudald, ya lo tenía previsto.

Ambos aprovecharon que la cuestión quedaba implícitamente cerrada para saborear sus bebidas.

—El próximo lunes, el martes a lo sumo, recibiré los pagos de Canalizaciones Integrales, Construcciones y Servicios, y la Sociedad de Aguas del Pirineo correspondientes al último trimestre del año pasado. En cuanto las tres transferencias estén confirmadas, efectuaré los abonos en las cuentas de Catalunya Independent i Unida, en las de su presidente, en las del secretario general y en las nuestras. ¿Qué mejor manera de empezar el 2012?

—Llenando las arcas del partido, teniendo contentos a nuestros amigos, sin espías en la oficina —resumió Eudald Montfalcó sonriendo abiertamente— y nosotros con los bolsillos llenos.

—¡Llenísimos! —ratificó Félix Miret alzando la copa con evidente satisfacción.

CAPÍTULO 29

Estaba nerviosa cuando entró en el despacho de Luís Poch. El director no solía convocarla a su despacho, y cuando lo hacía nunca era para felicitarla.

—¿Has visto eso? —le espetó de forma casi despectiva mientras le enseñaba las portadas de *El Periódico* y *El País*.

Margarita las conocía.

—Sí.

—¿Y?

—No sé de dónde habrán sacado la información aunque me lo imagino, pero te puedo asegurar que lo que dicen es falso. El novio de Victoria del Río no tiene nada que ver con su muerte. No sólo la policía ha comprobado que llevaban más de un año sin verse sino que, además, el muchacho estaba con unos amigos en el momento del asesinato. A mí me parece que esta información es interesada.

—¿Interesada? ¿Qué quieres decir?

—Estoy convencida de que alguien de la Policía —pensaba en el jefe de prensa Ángel Fernández— ha filtrado esta información precisamente para que no se pueda decir que la Policía no hace nada.

—Eso no justifica que *BCN* no informe de este asunto.

—Si quieres hablo del asesino único.

La respuesta de la periodista rezumaba rencor.

—No vuelvas con eso a menos que obtengas una confirmación oficial.

Margarita calló. Luís Poch la miraba con tanta dureza que lamentó haber efectuado el comentario.

—Voy a ser claro.

Ella se alarmó ante aquel anuncio.

—Creo que es conveniente que se haga cargo de la sección de Sucesos una nueva persona, alguien que llegue fresco a este tipo de trabajo y que sepa guardar las distancias con la policía, un periodista que no se convierta en una pura correa de transmisión. Por consiguiente, te comunico oficialmente que a partir del lunes te incorporarás a la sección de Internacional. Ya he hablado con Marc Plaza para que te ponga rápidamente al corriente de tus nuevos cometidos.

—Pero yo no sé nada de Internacional.

—No te preocupes —cortó el director—. No me cabe duda de que no te costará mucho ponerte al día. Por cierto, Gabriel Ortiz será tu sustituto, así que empieza a ayudarlo desde hoy mismo. Introdúcele en los ambientes policiales y preséntale como el nuevo redactor de Sucesos de *BCN*. Y no pierdas tiempo.

Luís Poch permaneció inmóvil unos instantes.

—Eso es todo —añadió al ver que Margarita no reaccionaba.

Margarita regresó a su mesa de trabajo sin saber qué le indignaba más, si su nuevo destino, el tener que abandonar el mundo sobre el que había girado su cometido en los últimos años, o que su sustituto fuera Ortiz, hasta ahora el responsable de la sección de tráfico y circulación, al que consideraba un correveidile de quienes mandaban, un periodista sin criterio propio ni capacidad de crítica. «Un servil, eso es lo que quiere el director», pensó antes de tocar el hombro del nuevo redactor de Sucesos.

—Creo que tenemos que hablar, ¿no es cierto?

Gabriel Ortiz se volvió para saber quién estaba a sus espaldas. Al ver que era Margarita Serra su rostro enrojeció.

—Sí —balbució.

—Bien, nos vemos en cuanto haya cerrado la sección.

Margarita se alejó un par de pasos pero, de pronto, se detuvo, le miró y dijo en voz alta para que todos sus compañeros pudieran escuchar lo que iba a decir.

—No sé desde cuándo sabes que vas a sustituirme en Sucesos, pero me lo podrías haber dicho, aunque fuera por puro compañerismo.

Y sin esperar respuesta, se encaminó hacia la sección de Internacional, demasiado enfadada como para llorar.

Mario la escuchó con suma atención e infinita paciencia. Sabía que lo mejor era dejar que se explayara y no interrumpirla hasta que hubiera terminado. Intervino al oír la frase con que ella concluyó su desahogo.

—Poch es un imbécil.

—Seguro que sí, pero ¿qué importa? Según veo, no tienes otra opción que incorporarte a la sección de Internacional.

Margarita alzó los hombros.

—Sí, tengo otra. Matarlo. ¿Sabes qué se dice en el mundo del hampa en casos como este cuando alguien desea a liquidar a un enemigo?

Mario dejó que ella respondiera.

—El que se ofrece a hacerlo dice: «Si quieres hablo con él y parecerá un accidente». Eso es lo que yo debería hacer, hablar con él y que pareciera un accidente.

—Si te apetece, adelante —comentó él con ironía en un intento por rebajar el enojo de su compañera—, pero si no lo haces, no tienes más remedio que poner buena cara al mal tiempo. Muchas veces me has dicho que los veteranos han visto pasar muchos directores y ellos, los periodistas de a pie, han continuado en sus

puestos de trabajo. Pues contigo pasará lo mismo. Ahora está Poch; dentro de un tiempo otro ocupará su lugar, pero si tú aguantas, seguirás trabajando en *BCN*.

—Es que no te imaginas lo que es para mí pasar horas y horas corrigiendo las crónicas de los corresponsales y resumiendo noticias de agencia. A mí me gusta gastar suela, el periodismo de calle.

—Ya lo sé —añadió Mario, con aspecto de quien se agota repitiendo lo mismo una y otra vez durante meses—. Pero insisto en que o te pones de cara, te armas de paciencia y esperas a que la situación cambie, o te pones de culo, con lo que no sólo no conseguirás nada sino que, encima, vivirás amargada. Es que no hay otra alternativa, Margarita.

—O sea, que tu consejo es que me resigne y aguante. Joder, Mario, pareces un cura —soltó la periodista despectivamente.

Mario la estuvo observando un buen rato sin que ella le devolviera la mirada. Finalmente movió la cabeza con gesto cansino.

—Espero que sepas lo que haces. Me voy a la cama.

Margarita no respondió. Sentada en el sofá y prescindiendo de él, subió el volumen de la televisión y puso los pies sobre la mesita que tenía en frente. «A Mario todo le parece demasiado fácil», se dijo mientras intentaba flotar sobre las olas de su mal humor.

«Ahora lo entiendo todo», pensó Sara Martí el lunes 30 de enero al conocer a su sustituta. Carme Molins era hermana de Albert Molins, uno de los pilares históricos de Catalunya Independent i Unida, un político que llegó a formar parte del gobierno catalán durante varias legislaturas. Sabía quién era porque su nombre figuraba habitualmente en las listas de invitados en todos los eventos que organizaba la entidad. «Carme —continuó razonando mientras le mostraba el despacho que iba a ocupar en pocas horas y le suministraba toda la información que la recién llegada iba a necesitar— es uno de ellos. Félix Miret ha cerrado el círculo. Se libra de mí porque no formo parte de los suyos. Con Carme Molins todo quedará en casa y podrá manejar las cuentas de la Unió y sus propios negocios a su antojo y sin levantar sospechas. Hijo de puta».

Durante el traspaso de funciones, contuvo la ira que le corroía por dentro y logró frenar las ganas de llorar que crecían mientras le explicaba a Carme Molins el funcionamiento de la oficina, pero dio rienda suelta a sus sentimientos en cuanto abandonó —sabía que para siempre— el despacho en el que había sido feliz durante tantos años. Se encerró en un lavabo para desahogarse. Y no le importó el tiempo que empleó en ello. No quería aparecer en el departamento de Promoción y Actividades Artísticas siendo la viva imagen de la derrota.

En cuanto abrió la puerta, Martina se preocupó por el deplorable aspecto de su amiga Sara. Despeinada, con grandes regueros negros en las mejillas a causa del llanto y la nariz sonrojada de tanto sonarse, su pinta evidenciaba el doloroso trance por el que pasaba.

Pese a las protestas de la secretaria de la Unió, preparó dos *gin-tonics* y se dispuso a escucharla. Era lo mejor que podía hacer en una situación que ella conocía perfectamente porque también la había sufrido. Sin lograr normalizar su respiración por completo, Sara le contó no sólo quién era su sustituta y lo que significaba el nombramiento de Carme Molins, sino también a qué creía que se debía su salida de la Unió Musical de Catalunya.

—¿Una conspiración? ¿No te estarás volviendo paranoica?

—Me ha echado para tener las manos libres. No puedo demostrarlo, pero yo estoy absolutamente segura de que le molestaba. Por eso me ha alejado de él y por eso ha colocado en mi lugar a una persona de su absoluta confianza personal y política.

—¿Crees que se ha olido que le espías?

—No creo. ¡Espero que no! —añadió después de darle vueltas a la pregunta de Martina—. No noté ningún cambio en su actitud.

—Yo no creo en las casualidades —dijo Martina con convicción.

Sara permaneció inmóvil unos instantes antes de dirigirse hacia el armario donde guardaba la carpeta que contenía los documentos que meses atrás se había llevado de la oficina, y comprobó que seguían en su lugar.

—Seguro que nadie sabe nada. Que no, que no, Martina. Félix Miret quiere tenerlo todo bajo control y confía más en Carme Molins que en mí. Sus vínculos políticos y personales constituyen una garantía que, seguramente, yo no le proporciono. Vaya nido de corruptos.

Martina no respondió. Estaba completamente de acuerdo con Sara.

Siete asesinatos sin más conexión entre ellos que su autor. El jefe del Grupo de Homicidios de la Policía dejó los siete expedientes sobre su mesa cansado de leerlos por enésima vez sin descubrir nada nuevo. ¿Cuántas veces los había repasado? Le resultaba imposible aventurar una cifra. Ni siquiera aproximada.

Golpeó la mesa con los dedos preguntándose qué podía hacer para desencallar las investigaciones, una pregunta que, desde hacía meses, le taladraba la cabeza como si de un punzón fino y agudo se tratara. Y tampoco ahora dio con solución alguna. Recorrió la oficina con la mirada sin saber por qué ni qué estaba viendo. Su cuerpo estaba allí pero su mente revivía uno tras otro los escenarios de los siete crímenes y cuando llegaba al último, el de la estudiante de Odontología, volvía al del conductor del metro. Sólo una circunstancia le devolvió a la realidad. Fue el calendario que

tenía sobre la mesa. Le indicaba la fecha en la que vivía: martes 31 de enero. «Mañana empieza un nuevo mes. ¿Qué pauta seguirá ese hijo de puta?». ¿Respetaría su sangriento calendario de muertes? ¿Empezaría a asesinar de nuevo un lunes? El sonido del teléfono le obligó a reaccionar.

—Escúcheme bien, inspector —dijo el hombre al otro lado de la línea.

Le bastaron aquellas tres palabras para saber quién le estaba hablando. Aunque era la segunda vez en toda su vida que lo oía, no había olvidado aquella voz átona e impersonal. El asesino volvía a llamarle. Puso toda su atención en aquel diálogo mientras apretaba repetidamente el pulsador para avisar a Manzano. Este irrumpía en menos de cinco segundos en el despacho. Arousa se llevó el dedo índice a la boca indicándole que guardara silencio. Cogió un papel y escribió: «Es él». Manzano no perdió ni un segundo. Salió de la habitación a la carrera y en pocos segundos pedía a los técnicos del gabinete de Telecomunicaciones que rastrearán la llamada.

—Usted forma parte del engranaje que está engañando a la opinión pública. Ha mentado a todo el mundo, a sus vecinos, a sus amigos, a su propia familia, a los conocidos y a los desconocidos al ocultarles la verdad, al permitir que creyeran que en esta ciudad tranquila todo es felicidad y no ocurren desgracias ni la gente tiene problemas.

—No voy a desvelarle...

—Desde luego, usted no va a desvelar nada —interrumpió con rotundidad pero sin aparente enojo—, porque usted es uno de los integrantes de la gran mentira, la mentira es un pecado y, por lo tanto, como pecador merece ser castigado. Y mi castigo le va a durar el tiempo que yo quiera porque no va a saber cuándo volveré a escarmentar a esta ciudad soberbia que se postula como la gran capital de la calidad de vida, el mejor destino para residir, el no va más de la tolerancia, el archivo de cortesía... si es que considero justo y necesario volver a escarmentarla.

»Quizá, inspector, deberá esperar siete días, siete semanas, siete meses o siete años para tener noticias mías porque, como imagino que usted debe saber, siete es el número mágico, la cifra divina. Siete son los pecados capitales, siete los sellos del libro en el Apocalipsis, siete los colores del arco iris, siete los días de la semana, siete son los sacramentos, siete son las notas musicales y siete las palabras de Jesús en el Calvario. Y esa incertidumbre será el tormento que le acompañará hasta que yo decida ponerle fin o hasta el fin de sus días.

»No, esta Barcelona no es como ustedes y los suyos, los que mandan, la presentan. Es una ciudad de gente que sufre, muchas veces injustificadamente, y que tiene que superar estrecheces que ellos no han buscado. Seres humanos que, en muchos casos, no tienen cómo sobrevivir. Y ustedes ocultan esta realidad, vuelven la cara cuando se topan con lo que no les gusta. Ustedes son peores que yo. Ustedes matan por ese pecado mezcla de orgullo, vanidad y desprecio y yo voy a hacerles pagar.

—Así que es usted un justiciero...

—Puede ahorrarse el sarcasmo. Estoy por encima de ese tipo de tonterías. A diferencia de ustedes, a mí me guía la verdad y la justicia. Su Barcelona perfecta es una ficción, una mentira, y es de justicia que no todo siga igual por los siglos de los siglos. No es la ciudad de los prodigios, ni es el paradigma de la concordia, la felicidad y el bienestar. Y si usted es honesto consigo mismo, creo que estará de acuerdo conmigo, pero no le voy a pedir su opinión.

—Si quiere, se la digo.

—No pretenda prolongar esta conversación para tener tiempo de localizar desde dónde llamo. Como le dije la otra vez, es inútil.

—No es mi intención —intervino Arousa con rapidez—. No quería enojarle.

Tenía que retenerle a toda costa para que los técnicos del gabinete de Telecomunicaciones pudieran trabajar sin agobios.

—Sólo quiero comprenderle, entender sus razones, saber...

—¿Si estoy loco? Quizá no más que usted o que muchos otros que son considerados cuerdos. Si yo estoy loco, también lo está buena parte de Barcelona.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Sigue decepcionándome, inspector. Si usted me pregunta por qué, si de verdad no es usted capaz de ver cómo la desigualdad está destruyendo nuestra sociedad, no vale la pena mantener esta conversación.

Javier Arousa sabía que la única manera de dar con él pasaba por mantenerlo en línea hasta que los técnicos informáticos pudieran terminar el rastreo telefónico. Quizá bastarían tres o cuatro minutos más. No era pedir demasiado. Cuatro minutos para que siete familias tuvieran consuelo. Retenerle hablando con él era policialmente la clave pero, sobre todo, era decisivo para su propia tranquilidad personal.

—Espere, espere, ¿qué me quiere decir?

Creyó por un momento que su pregunta había sonado a ruego desesperado.

—Le quiero decir —el tono de impaciencia era evidente— que todos nosotros somos culpables de la esquizofrenia en la que estamos inmersos, pero yo he dicho basta, no quiero colaborar en este proceso de enajenación.

—¿Y cree que eso le justifica? Ni el conductor del metro, ni el músico, ni el excursionista, ni la joven de la pizzería... Ninguno de ellos merecía morir.

—¡Qué más da que fuera un conductor de metro o un flautista o un enano! ¡No estamos hablando de motivos personales! Si, para su tranquilidad, busca una razón, piense que ha sido el azar. Todos ellos, como usted y sus agentes, forman parte de una sociedad despiadada. Fueron ellos del mismo modo que podrían haber sido otros. Eso no importa.

—Sí importa porque ninguno de ellos tenía responsabilidades en esas contradicciones que usted acaba de mencionar. Ni una sola de las víctimas tenía poder alguno para cambiar nada.

—¿Sabe qué pienso?

El jefe del Grupo de Homicidios no llegó a responder.

—Que usted me está engañando, inspector. Sólo quiere ganar tiempo para que me localicen. Le he dicho todo lo que quería decirle. Trate de no olvidarlo.

El auricular emitió un zumbido tan agudo que le obligó a alejarlo de su oreja. Tardó un segundo en reaccionar. Abandonó con rapidez el despacho y a la carrera se dirigió a las dependencias de Telecomunicaciones. No llegó a entrar en ellas. Francisco Manzano salía de allí y se cruzaron en el pasillo.

—No hemos tenido tiempo de localizar la llamada —le dijo con evidente pesar—. Treinta segundos más y lo hubieran localizado, ¡treinta segundos! Además de hijo de puta, es listo. Cabrón de mierda.

—Me llamó desde un teléfono público, no desde un móvil. Seguro. Joder, lo he vuelto a perder.

Arousa ocultó lo que estaba pensando: «Y quizá para siempre».

CAPÍTULO 30

Pocos minutos antes de las once de la noche, el móvil de Carolina cobró vida. Miró quién la llamaba. ¿Paola a aquellas horas? No era habitual que telefonara tan tarde.

—Pensaba llamarte mañana, pero te has adelantado.

—Sí, sí, excusas —respondió riendo la enfermera—, pero ya que la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Escucha, el sábado que viene por la tarde habrá un festival gratuito de música en la Rambla del Raval porque es la fiesta mayor del barrio. Tocarán un montón de grupos muy diversos, desde conjuntos cubanos a esas agrupaciones brasileñas que tanto te gustan. No nos lo podemos perder. Tenemos que ir, así que no busques excusas.

Aceptó encantada la propuesta de su amiga. Hacía muchos meses que no se presentaba en su vida una oportunidad tan divertida como aquella.

A las cinco en punto se encontraban al pie del escenario donde Son de la Rambla, una banda formada por veteranos músicos barceloneses, especializado en canciones tradicionales cubanas, inauguraba el festival.

Ni la una ni la otra dejaron de moverse desde que sonó el compás inicial de la primera canción. Sus cuerpos seguían a la perfección la cadencia de las guarachas, los boleros, los sones, los guaguancós y los cha cha chá con los que el grupo alternaba su actuación. Fueron cuarenta y cinco minutos en los que se sintieron transportadas a un mundo que nada tenía que ver con sus vidas reales. Al acabar, en el intervalo que se produjo antes de que el siguiente grupo pudiera actuar, Paola condujo a Carolina hacia una zona algo más alejada del escenario.

—No sólo quería verte por el festival. Tengo que contarte una cosa muy importante.

El misterio que encerraba la última frase y el brillo en los ojos de su amiga despertaron la curiosidad de la farmacéutica al tiempo que, inexplicablemente, le generaban una sensación de preocupación.

—Hace dos semanas, Inés me llamó para decirme que el hospital donde trabaja va a contratar más enfermeras. La jefa de selección es muy amiga suya. Inés le habló de mí y ella le dijo que le enviara cuanto antes mi currículum. Lo hice y anteayer, justo antes de llamarte, me dijo que había sido aceptada. Por eso quería verte. Para decírtelo en persona. Tengo trabajo, un trabajo fijo. ¡Me voy a Birmingham!

Casi antes de que acabara de hablar, ambas se abrazaron, gritando a pleno pulmón.

—¡Birmingham! —repitió anonadada por la revelación—. ¿Se lo has dicho a tus padres?

—Sí.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Mi madre se ha puesto a llorar. Ya me lo esperaba, así que he intentado tranquilizarla. Y mi padre... Me ha sorprendido su reacción. Yo creía que le iba a salir el «Arousa policía» pero, sorprendentemente, no ha sido así. Me ha dicho que le dolía el hecho de que me marchara y que me alejara de la familia, pero que lo entendía perfectamente porque aquí ahora mismo no hay perspectivas ni las habrá en un futuro inmediato. ¿Sabes cuáles han sido sus palabras textualmente?

Carolina negó con la cabeza.

—«Este país está acabado». Me lo dijo de una forma tan abatida que me impactó. No sé —añadió Paola después de unos segundos—, a veces creo que le pasa algo. No de salud, ¡espero! Sino de trabajo. Ya sabes que en casa nunca habla de sus casos pero intuyo, mejor dicho —corrigió con rapidez—, más que eso, estoy convencida de que algunas de sus investigaciones le tienen comida la moral. Desde hace tiempo está muy callado, muy decaído, con pocos ánimos. Y él no era así, ya lo sabes. Era alegre y cariñoso... La verdad, lo único que me preocupa de irme es dejarle así.

—Te vas —volvió a repetir la joven farmacéutica.

Paola asintió con la cabeza sonriendo.

Carolina nunca había pensado seriamente en la posibilidad de que también su amiga, como lo había hecho Inés hacía casi un año, abandonara Barcelona y se alejara de ella. La idea de no tenerla a su lado le dolía. Paola era una parte muy importante de su vida que ahora iba a menguar. Y la sensación de soledad la compungió. No pudo evitar el llanto.

—Me alegro —dijo entre sollozos—, me alegro mucho por ti. Ojalá te vaya muy bien y seas muy feliz. Te lo mereces. De verdad, me alegro mucho.

Y fue entonces cuando perdió el control sobre sus lágrimas y sobre su respiración. Lloró sin control, sentía que se ahogaba y lo único que deseaba era no dejar de abrazar a su amiga. Era plenamente consciente de que al abrir sus brazos, Paola iba a empezar a marcharse.

—¿Cuándo te irás? —preguntó en cuanto pudo reponerse.

—Tengo que presentarme el uno de mayo.

—¡Uno de mayo! ¡Menos de dos meses!

La angustia aumentó de intensidad. Era un plazo muy corto para acostumbrarse a la idea de no tenerla a su lado.

—Sí, pero en realidad me iré antes. Inés me ha recomendado que vaya con una semana o diez días de antelación para buscar piso, abrir cuenta en un banco y poner al día todos los papeles.

—Eso significa...

—Eso significa que me voy dentro de cuatro semanas. Cinco, a lo sumo.

«Cuatro o cinco semanas», repitió mentalmente Carolina. «Visto y no visto».

—Pero te prometo que seguiremos en contacto. Igual que Inés, he puesto una

webcam en el ordenador de casa para hablar con la familia. Si tú tienes o te pones webcam podremos hablar cada día. La verdad es que estoy muy contenta pero me resisto a dejar de estar en contacto con mi mundo de Barcelona. Y tú, ya lo sabes, eres una parte muy importante de ese mundo.

Paola volvió a abrazarla. Esta vez con más ternura que fuerza, riendo y llorando al mismo tiempo.

—No nos pongamos sentimentales —dijo separándose—. La amistad debe estar por encima de la distancia. Y, en nuestro caso, lo estará. Estoy absolutamente segura.

—No lo dudes —añadió Carolina, pero temía que la distancia fuera a pesar más de lo que creía su amiga.

Carolina volvió a casa paseando, contemplando la ciudad como si también algún día fuera a alejarse de ella. Como lo había hecho Inés; como lo iba a hacer Paola; como les había ocurrido antes a tantos otros, aquellos que no encontraron acomodo en esta Barcelona más a medida de los extranjeros que de sus propios vecinos, una Barcelona que se ufanaba al lucir la herencia de Gaudí, el esnobismo del Paseo de Gracia, el falso medievalismo del barrio gótico o el estadio del Fútbol Club Barcelona. Por primera vez le pareció que la ciudad se presentaba como un decorado idílico y ocultaba sus miserias: el paro, la indignación, la gente buscando en los contenedores, los ancianos sin ayudas y los jóvenes sin futuro. El fermento de un descontento que crecía sin parar. Una ciudad que escondía la mala conciencia de tener barrios necesitados como Ciutat Meridiana, Trinitat Vella, Roquetes o lo que aún quedaba del antiguo barrio chino, el de las prostitutas callejeras de toda la vida y que los modernos estilistas del Ayuntamiento, para lavar esa imagen tan opuesta a la Barcelona del diseño, de BCN y de la tolerancia, hacía años que se empeñaban en denominar El Raval.

Y sin saber por qué, no pudo dejar de preguntarse si algún día también Barcelona la expulsaría a ella, obligándola a seguir los mismos pasos de Inés o Paola. Y no fue la baja temperatura de la noche lo que le provocó el escalofrío, sino el hecho de descubrir que, por primera vez en su vida, se planteaba en serio renunciar a todo, que la posibilidad de emigrar no le preocupaba lo más mínimo. «No sabía —se dijo divertida ante su propia ocurrencia—, que tuviera espíritu aventurero. Siempre creí que lo mío era tener los pies bien plantados sobre el suelo».

Recorrió apenas cien metros y se detuvo de golpe. «¡Ya lo tengo! A lo mejor es que formo parte de la Generación Hasta Luego y hasta ahora ni lo sabía». Y avanzó de nuevo sin preocuparle que la gente con la que se cruzaba la mirara porque estaba riendo.

Tecleó la contraseña, accedió a su cuenta bancaria y comprobó que su salario ya

había sido ingresado. «Es lo único que me va bien en la vida», pensó Sara Martí después de ver el saldo. Suspiró con discreción y se despidió del banco virtual. Observó a sus dos compañeras, que parecían hipnotizadas por las pantallas de sus respectivos ordenadores. Como le sucedía con frecuencia casi diaria, no tenía nada que hacer. Había despachado en menos de cuarenta y cinco minutos los cuatro asuntos que tenía pendientes. Después, leyó los diarios digitales que no despertaron ni su interés ni su entusiasmo, se hizo una lista de la compra y, al finalizar, vio que apenas eran las diez y cuarto de la mañana. «Otro día eterno», se dijo. El bar era la mejor solución.

—Voy a tomar un café. ¿Alguien se apunta?

La invitación fue rehusada amablemente. A Sara no le sorprendió aquella negativa. Desde su incorporación al departamento de Promoción y Actividades Artísticas, las relaciones con sus nuevas compañeras de oficina habían sido afables pero carentes de complicidad. Las tres secretarias compartían una misma área de trabajo y pasaban juntas las ocho horas de su jornada laboral pero no eran amigas.

Sentada en la mesa más alejada de la entrada, la figura de Ferran apareció en su mente y su corazón volvió a dolerle. ¿Qué haría? ¿Dónde estaría? ¿Con quién? La ausencia absoluta de noticias desde el mismo instante en que salió corriendo del Ginger la torturaba.

Huérfana emocional, el nuevo destino laboral había agravado su depresión sentimental. Su trabajo en Promoción y Actividades Artísticas se limitaba a confeccionar listas de asistentes a los acontecimientos musicales de la Unió, confirmar la presencia de los vips y ocuparse de que estos fueran debidamente acogidos en cuanto hicieran acto de presencia. «Una mera relaciones públicas. En eso me he convertido», se dijo a sí misma mientras removía el café con leche que tenía sobre la mesa desde hacía un buen rato y que no le apetecía beber.

Personalmente sola y desterrada desde el punto de vista profesional, había recurrido a los somníferos para poder descansar. Repasó el local con la mirada y tuvo la sensación de que todas las personas que estaban allí eran felices. Cuando menos, lo aparentaban. Sonreían, charlaban las unas con las otras y transmitían placidez. Gente bien vestida, aseada, de imagen cuidada y moderna, ciudadanos cuyo *look* estaba en consonancia con Barcelona. «Triunfadores —concluyó—, nada que ver con una derrotada como yo. Seguramente soy yo la que no encaja en esta ciudad».

Intentó dar un sorbo al café con leche, pero su estómago se revolvió en cuanto mojó los labios. Regresó sin prisas a su despacho percibiendo que el cansancio se acrecentaba a medida que se aproximaba a su puesto de trabajo. Entró en el lavabo y contempló su imagen en el espejo. Lo que veía no tenía nada que ver con la mujer que se había desinhibido con Ferran. Y no sólo por las ojeras, sino porque su mirada carecía de vivacidad, su pelo parecía ser enemigo acérrimo de la peluquería y había perdido tanto peso que la camisa blanca y la falda negra que llevaba le venían grandes. Sara Martí permaneció un buen rato mirándose al espejo hasta que su mente

quedó en blanco. «No me quedan ni fuerzas para pensar». A duras penas logró frenar el llanto. Se irguió y lentamente abandonó los aseos. Mientras regresaba a la oficina abrió el bolso de forma instintiva. Los somníferos seguían allí. Menos mal.

CAPÍTULO 31

La monotonía se había convertido en la característica dominante en la farmacia. Quizá las vacaciones de Pascua, a la vuelta de la esquina, tenían algo que ver con la ralentización de la actividad. Era jueves 5 de abril y faltaban tres minutos para iniciar la jornada. Con estas reflexiones en la mente, Carolina abrochó el último botón de su bata blanca justo antes de situarse detrás de la pantalla del mostrador. María estaba en la calle para retirar los cierres de seguridad de la puerta metálica y Robert revisaba el cambio de la caja.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en Grecia?

Ella formuló la pregunta mirándole de reojo.

—¿Lo del farmacéutico? —preguntó su jefe.

—Sí.

Al ver que Robert no ampliaba su respuesta, Carolina creyó conveniente no insistir en el asunto. Tuvo la impresión de que a él no le apetecía hablar del suicidio de Dimitris Christoulas, el farmacéutico griego que el día anterior se había disparado un tiro en la cabeza delante del Parlamento heleno agobiado por el negro futuro que veía ante sí. En silencio, manipuló el ratón de su ordenador hasta que la pantalla quedó iluminada. Todo estaba a punto para recibir al primer cliente del día.

—Si el contenido de la carta que dejó a su lado es cierto —dijo de repente Robert—, entiendo su decisión. Cuando uno pierde toda esperanza y no le queda nada, ¿qué motivos hay para seguir viviendo?

Y antes de que ella pudiera intervenir, se encaminó hacia la parte posterior y regresó con el periódico en la mano.

—Lee lo que dejó escrito.

El farmacéutico dejó el diario sobre el mostrador abierto por la página que recogía el suceso. Carolina bajó la mirada y empezó a leer.

«El Gobierno ha aniquilado literalmente todos mis medios de subsistencia, que consistían en una jubilación digna, para la cual yo coticé durante 35 años (sin ninguna contribución del Estado). Como mi edad no me permite ya emprender una acción individual más radical (aunque no excluyo que si un griego hubiera empuñado un kalashnikov yo hubiera sido el segundo), no encuentro otra solución que una muerte digna, salvo buscar en la basura para alimentarme. Creo que un día los jóvenes sin porvenir tomarán las armas y colgarán a los traidores al pueblo en la Plaza Syntagma, como hicieron los italianos en 1945 con Mussolini en la Plaza Loreto de Milán».

—Ese pobre hombre —dijo Robert en cuanto vio que Carolina apartaba sus ojos del periódico—, personifica muchas cosas: la victoria de los más poderosos sobre la clase trabajadora; la incompetencia de unos dirigentes mediocres, ineptos, corruptos e incapaces que se pliegan ante los poderosos sin oponer resistencia con tal de salvar su culo; el triunfo de la desesperanza sobre la confianza en el futuro, y, por último, la creencia de que el callejón al que hemos sido conducidos no tiene realmente salida. Se sentía estafado por aquellos a los que confió su futuro y su dinero. Pero esos asesinos de vidas anónimas como la de ese farmacéutico no irán a la cárcel. Al pobre Dimitris Christoulas no sólo le condujeron al límite de su resistencia, sino que además nadie fue capaz de ofrecerle una alternativa medianamente digna para vivir.

María, que había entrado cuando el farmacéutico iniciaba sus últimas palabras, y Carolina se mantuvieron inmóviles como dos estatuas. Robert parecía entender a la perfección el proceso personal que había seguido el suicida hasta el punto de que parecía relatar su propia experiencia, como si él también estuviera siguiendo la senda que aquel ciudadano griego había recorrido antes de dispararse. «Los dos son farmacéuticos —razonaba Carolina para sí—, los dos tienen edades parecidas (setenta y siete Dimitris, sesenta y uno o sesenta y dos Robert) y, por lo que parece, los dos viven la actual crisis económica de manera muy parecida».

—Tenemos un presente muy negro —comentó el farmacéutico después de que ninguna de sus dos ayudantes dijera nada—, pero lo que me parece aún más grave es que se nos abre un futuro todavía peor.

Lentamente, empezó a desabrocharse la bata blanca pero, para sorpresa de María y de la propia Carolina, se detuvo.

—No me hagáis mucho caso. Es posible que me haya vuelto un pesimista... o un viejo que cree que todo tiempo pasado fue mejor.

Por la tarde, al despedirse, a Carolina no le pasó desapercibida la sensación de profunda fatiga que emanaba su jefe. Era la primera vez desde que había empezado a trabajar, hacía ya diez meses, que lo veía así.

—No te das cuenta de cómo las personas llenan tu vida hasta que desaparecen de ella.

Raras veces Javier Arousa comentaba cuestiones personales en el trabajo y por eso Francisco Manzano decidió permanecer en silencio.

—Desde que Paola se fue a trabajar a Birmingham, te aseguro, Paco, que la casa es otra. Está incompleta. Lo notamos todos, mi mujer, mi hijo y yo también, para qué te lo voy a negar.

—Me lo imagino.

—Sé que es su vida y que es lo que ella ha elegido, pero no dejo de pensar que se ha marchado porque aquí no tenía porvenir, de lo contrario estoy seguro de que no se hubiera ido. Y eso, el exilio obligado, me duele. Me duele como padre y me duele como ciudadano. ¿Qué clase de país expulsa de esta forma a sus jóvenes?

Manzano mantuvo su mutismo aunque asintió con la cabeza.

—No hay trabajo —dijo Francisco— ni futuro, así que los jóvenes se van, pero eso no lo podemos remediar desde la policía. Anímate, jefe. ¿Quieres salir a hacer un café?

—No, Paco, gracias, prefiero quedarme.

En cuanto recuperó la soledad que habitualmente reinaba en su despacho, Javier Arousa admitió que el alejamiento de su hija no era la única causa de su malestar. Aunque no se había producido ningún asesinato en los tres últimos meses, el hecho de no haber podido detener al autor de los siete crímenes se había convertido en una espina clavada en su corazón. Raro era el día que no volvía a repasar todos los informes relativos al asesino en serie pero, por mucho que los leyera una y otra vez, no lograba encontrar un resquicio que le permitiera seguir investigando. «Los detalles —dijo en voz alta—. ¿Qué se nos ha pasado por alto?».

Sentado en su butaca, se recostó en el respaldo y cerró los ojos intentando que su mente quedara en blanco, como si quisiera liberarla de todas las ataduras ya conocidas, eliminar todos los prejuicios, recuperar la virginidad para partir de cero. Y de pronto, como si una fuerza más poderosa que su voluntad se hubiera adueñado de su persona, la figura de Ignacio Olivencia del Campo cobró vida y, de manera irresistible, rememoró una historia en la que no había pensado desde hacía mucho tiempo.

Don Ignacio Olivencia del Campo, el primer comisario a cuyas órdenes sirvió en Ávila, en lo que fue su primer destino como policía, insistía una y otra vez en que lo que distingue a un buen policía es su capacidad para valorar debidamente los detalles. «Cuidado, Arousa, cuidado es lo que siempre hay que tener con los pequeños detalles. Son precisamente las cosas aparentemente insignificantes las que, a la postre, te ayudan a resolver los casos».

Nunca llegó a explicarse los motivos, pero los pormenores de aquella conversación le quedaron perfectamente grabados en la memoria. También era un mes de abril pero la temperatura en la capital castellana era gélida. Pero eso no les importaba, los abulenses estaban tan acostumbrados al frío de la ciudad amurallada que, en cuanto llegaba abril, salían a la calle a pasear y respirar aire fresco. Un día, a última hora de la tarde, cuando él abandonaba la comisaría, don Ignacio le invitó a compartir un aguardiente. «Regenera la sangre y calienta el cuerpo», le dijo con voz profunda. Y sin darle tiempo a protestar, lo cogió por el codo y lo condujo hasta el Hostal de la Puerta del Alcázar, a pocos metros de la catedral.

Superados con holgura los cincuenta, su jefe era un hombre bajo pero de enorme corpachón, cara redonda, ojos saltones, piel enrojecida y que alardeaba siempre de haber resuelto un crimen muy complicado, el asesinato de Vicente Carrero Palomar, «gracias a los aspectos aparentemente menos relevantes del caso».

Arousa conocía al dedillo los grandes rasgos de aquel delito. Una madrugada, dos labradores encontraron a las afueras de Berrocalejo de Aragón, una aldea que se

encontraba apenas a diez kilómetros de Ávila, el cadáver de Carrero Palomar, un sexagenario propietario de una gestoría y hombre muy conocido en la localidad. «Avisadas las Fuerzas de Seguridad —relataba el comisario Olivencia del Campo cada vez que se le presentaba la más mínima oportunidad para hablar de aquel suceso—, quedó claro a los pocos minutos de haberse personado en el lugar de los hechos que se trataba de un asesinato: al gestor le habían cortado los genitales. Ante tal descubrimiento, no lo dudamos ni un segundo: no nos encontrábamos ante una muerte por causas naturales».

Arousa sonrió al recordar el extraño sentido del humor —«más que humor negro, era humor macabro»— de su jefe, que ponía de manifiesto en prácticamente todos los sucesos protagonizados por un cadáver.

«Pese a las repetidas inspecciones policiales, los genitales, que fueron amputados utilizando un arma blanca, no aparecieron por el descampado. Todos mis compañeros tenían la impresión de que era un caso condenado a no ser resuelto, pero ahí estaba yo. Se investigó el entorno familiar del ilustre gestor, sus amigos, los clientes, pero nada indicaba que tuviera enemigos. Hombre de aficiones sencillas, Vicente Carrero Palomar no parecía esconder nada, ni siquiera en sus momentos de asueto. A punto de dar carpetazo al asunto, acudí una vez más a la gestoría porque, desde mi punto de vista, esta actividad era la única que podía explicar un crimen tan repudiado como aquel. Me encontraba en la puerta después de haber hablado una vez más con los máximos responsables del negocio cuando coincidí con Juan Sánchez, novio de Asun, una de las empleadas, una joven muy guapa, alta, de pelo liso y muy largo, caderas anchas, líneas prominentes y que todavía no había alcanzado los treinta. Me sorprendió que el muchacho, al que tan sólo conocía de vista, me preguntara si teníamos alguna pista. Le respondí más por educación que por gusto.

—No, hasta ahora no. ¿Sabe usted algo que nos pueda ayudar?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber nada? Apenas conocía a don Vicente. Lo vi un par de veces que vine a buscar a Asun.

Me despedí y ya con medio cuerpo en el rellano se me ocurrió comentar: «Un caso ciertamente difícil de resolver».

—Como si de la Mafia se tratara.

—¿La Mafia?

La alusión a la Cosa Nostra me sorprendió. Ni por un momento, desde que se inició la investigación, a nadie se le había ocurrido relacionar el crimen con la Onorata Società Siciliana. ¿Qué podía tener que ver la muerte de un sencillo gestor de provincias con las ejecuciones de la que en aquella época era la organización criminal más poderosa de Italia, y quizá del mundo?

—En la Mafia —añadió Juan Sánchez—, eso de cortarles los huevos a uno lleva implícito un mensaje, ¿no? Como a los delatores, que después de asesinarles les ponen un pájaro en la boca.

—¿Y qué mensaje puede haber escondido tras la muerte de don Vicente Carrero

Palomar?

—Ni idea, pero alguno debería haber. Eso de arrancarle los huevos...

La aparición de Asun supuso la conclusión del diálogo, pero yo no me olvidé de aquella conversación. A medida que los días fueron pasando y la ausencia de pistas fiables era cada vez más desesperante, empecé a sospechar del joven. Era una pura corazonada, porque Sánchez tenía coartada: estaba con su novia cuando el gestor fue asesinado. En realidad, pues, no tenía base alguna para recelar de él pero la alusión a la Mafia y el mensaje que, según el muchacho, podía ocultarse tras el asesinato me impulsaron a actuar. Volví a hablar con él. Nos citamos en un bar y, cosas de la vida, cuando llevábamos casi dos horas hablando el novio de la empleada de Carrero Palomar se derrumba y empieza a llorar. Confesó, sin más, que él había matado al gestor porque violó a Asun, a la que, además, dejó preñada.

Llegado a ese punto, don Ignacio Olivencia del Campo siempre hacía una pausa para recuperar el fuelle.

—Pero la historia no acabaría ahí, qué va. Algo tenía aquella declaración que, a mi modo de ver, no encajaba con la figura y la personalidad del gestor. O Carrero Palomar era un gran farsante capaz de engañar a todo el mundo o quien mentía era Juan Sánchez. A mí se me hacía cuesta arriba creer que las cosas habían sucedido tal y como el novio las presentaba. ¿El gestor era un violador? Mi intuición me decía que esa afirmación era poco menos que inverosímil, así que empecé a indagar detalles más concretos, a interesarme por circunstancias apenas relevantes, a clarificar descripciones vagas. El ingreso en prisión de Sánchez fue automático. El juez instructor no lo dudó.

Segunda pausa.

—Pues bien, meses después, Asun tuvo un hijo, lo que encajaba con las explicaciones de su novio, pero un buen día la joven se presenta llorando en mi despacho, se sienta y sin que tuviera tiempo de preguntarle a qué se debía su visita, declara que no fue su jefe quien la violó. Es más, insistía en que nadie la había violado, sino que la había preñado el mejor amigo de su novio, con quien mantenía relaciones desde un mes antes del asesinato. Afirmó que se asustó tanto al saber que estaba encinta y, sobre todo, estaba tan agobiada ante la posibilidad de que Juan Sánchez se enterara de que el padre de la criatura era su mejor amigo que, en lugar de contarle la verdad, se le ocurrió decir que había sido violada por Vicente Carrero Palomar. El pobre Juan, cegado por la ira, se fue como un rayo a buscar al gestor, le propinó un puñetazo en cuanto le vio, dejándole prácticamente inconsciente, y, ciego de rabia, le cortó los genitales que acabaría arrojando al viejo canal que discurría por allí cerca. Los pequeños detalles, Arousa, los pequeños detalles. De no ser por algo que bullía dentro de mí, el caso no se hubiera resuelto. Mejor dicho, habría acabado con un final erróneo e injusto».

«¿Y qué detalles he pasado yo por alto en los siete asesinatos?», se preguntaba Arousa al llegar a su casa. Abrió la puerta considerándose un policía doblemente derrotado. Por una parte, no había logrado resolver los siete homicidios y, por la otra, era uno de los responsables de que Barcelona viviera en la ignorancia. «En eso, el hijo de puta tenía razón —pensó justo antes de que su esposa fuera a saludarle—. Yo formo parte de la gran mentira».

El corazón seguía doliéndole. Quizá incluso más que antes.

CAPÍTULO 32

Maribel quedó paralizada por la sorpresa en cuanto la vio aparecer. La Margarita que se acercaba a ella era muy distinta a la de un mes atrás, la última vez que se habían visto. A la secretaria del Gabinete de Prensa de la Policía le impactó el rápido envejecimiento que desprendía la cronista de *BCN*. A pesar de que Margarita Serra había sonreído al verla, su rostro distaba mucho de ser risueño, su mirada estaba apagada y el pelo, habitualmente cuidado, era poco menos que una madeja enredada.

—No me preguntes cómo estoy —dijo la reportera a modo de saludo mientras se daban dos besos— porque no quiero mentirte. Estoy que echo chispas. Todavía no me he acostumbrado a mi nuevo trabajo. Llevo más de tres meses en Internacional y no recuerdo un solo día en que me haya sentido satisfecha. No me acostumbro al periodismo de mesa, a leer noticias que llegan por agencia y resumir crónicas de los corresponsales. ¡Cuánto echo de menos la calle!

El transcurso del almuerzo en el restaurante italiano, que no había sucumbido por completo a las hordas turísticas, no contribuyó a que Maribel modificara su impresión inicial. El cansancio de Margarita resultaba obvio e incluso su apetito, una de sus principales características, no era el mismo: prescindió del segundo plato del menú — se conformó con una crema de puerros— y, llegado el postre, sustituyó la fruta por un yogurt desnatado y no tomó café, una de sus bebidas favoritas.

—No es que comas demasiado —apostilló la funcionaria—. ¿Tan mal estás?

—Mentiría si te dijera que estoy en el mejor momento de mi vida. Paso de contarte nada de Mario porque apenas nos hablamos y en el diario sólo trato de capear la situación de la mejor manera posible, pero la verdad —Margarita hizo una pausa tan prolongada que Maribel tuvo la certeza de que luchaba por frenar el llanto— es que se me hace muy difícil. Ir a trabajar es un calvario, ¡para qué voy a engañarte!

—La vida va por fases y a veces las cosas vienen de cara y otras, de espalda, y cuando no se presentan como queremos hay que adaptarse y esperar. No digo que te resignes ni que renuncies a lo que quieres, sólo que quizá tengas que cambiar de estrategia.

—Lo sé, soy consciente —atajó con vehemencia la periodista— y le he dado muchas vueltas a lo que me ha pasado en *BCN*. Pero sólo encuentro una posibilidad para recuperar mi antiguo trabajo. Maribel, aunque hayan pasado más de tres meses desde el último asesinato sin resolver, ¿Homicidios sigue apostando por la teoría del asesino múltiple?

La secretaria de Prensa de la Policía tardó unos segundos en responder. No

esperaba que Margarita continuara pensando en los siete crímenes.

—No lo sé —respondió—, porque no he oído nada nuevo al respecto ni tengo noticias de que Arousa y sus muchachos hayan avanzado en sus investigaciones. Creo que siguen como el primer día. Ángel se muere de ganas de anunciar la resolución de los homicidios, pero no puede porque no tiene nada que anunciar. Lo siento Margarita, no hay nada nuevo.

Un par de segundos después de que Maribel hubiera dejado de hablar, dos grandes lágrimas empezaron a deslizarse por la cara de la periodista; eran el preludio de un llanto intenso, irrefrenable y profundo. Margarita ocultó su cara escondiéndola en la servilleta. La respuesta de Maribel acababa definitivamente con las débiles esperanzas que aún albergaba en esa parte de su mente que no estaba gobernada por la razón.

Era la última salida que le quedaba para escapar de la cárcel que para ella era la sección de Internacional. Y se acababa de cerrar. Seguramente para siempre. Estaba vencida. Condenada a tratar día tras día con asuntos que no le interesaban lo más mínimo. Sabía que lo que estaba ocurriendo en Oriente Medio, África, Pakistán o Afganistán era muy importante para el resto del mundo pero, como periodista, lo que a ella le estimulaba era contar lo que sucedía en la calle de al lado o en cualquier barrio de Barcelona donde un robo, una agresión, una muerte violenta o el consumo y tráfico de drogas alteraban la vida de los ciudadanos. Bagdad, Damasco, Islamabad, Addis Abeba o Kuala Lumpur eran escenarios que le quedaban muy lejos. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

Le abrasaba las entrañas que la hubiera vencido la gran mentira: los poderosos y las élites de la ciudad habían escondido la verdad sobre siete asesinatos, arrebatando a los ciudadanos uno de sus derechos más fundamentales: el derecho a saber. «Pero lo que más me jode —se repetía a sí misma— es que lo hagan sobre la base de que no es bueno para Barcelona (la Barcelona que ellos venden a los extranjeros, por supuesto) que se airee que un asesino en serie anda suelto por sus calles. ¡Hipócritas!».

A medida que las semanas iban pasando y abril llegaba a su fin, Robert se fue encerrando en un mutismo más y más hermético. El ambiente en la farmacia era tenso, los comentarios escasos y las bromas habían desaparecido. Y aunque ni siquiera lo habían acordado, María y Carolina procuraban realizar sus tareas sin tener que recurrir a él para no molestarle y no aumentar su disgusto.

A las dos menos cuarto del sábado 28, después de ordenar la farmacia y despojarse de sus batas, María y Carolina se detuvieron ante Robert, que estaba sentado mirando la pantalla del ordenador.

—¿Quieres que te ayudemos? ¿Nos necesitas para algo?

—En absoluto, gracias, podéis marcharos.

La respuesta del farmacéutico apenas fue más que un susurro.

—Tú que le conoces mucho mejor que yo, ¿le habías visto así alguna vez? —preguntó Carolina a su compañera de trabajo ya en la calle.

—Jamás. Nunca le había visto tan abatido. Ni siquiera cuando su hijo se marchó a trabajar a Singapur, ni con la repentina muerte de su mujer. Pero lo que más me preocupa es que lleva así desde hace tiempo. A veces pienso que está enfermo y no quiere decirlo. O no tiene —añadió antes de que Carolina llegara a hablar— a nadie a quien decírselo. No sé, pero me preocupa mucho.

—¿Deberíamos preguntárselo abiertamente?

María no respondió la pregunta. Siguieron caminando en silencio hasta la boca del metro.

—Creo que sí —dijo de repente—. No tenemos nada que perder. Robert no se enfadará con nosotras. Es demasiado buena persona. Si te parece, podríamos decirle que estamos preocupadas por él, que es verdad, y a partir de ahí que haga lo que quiera. Si desea sincerarse, bien, y si no, al menos sabrá que nos preocupa como está y que queremos ayudarlo. ¿Te parece bien que hablemos con él el lunes por la tarde, después de cerrar?

—A menos que el día haya sido muy malo, sí —dijo su compañera.

Durante el trayecto hasta la Barceloneta, Carolina estuvo dando vueltas al asunto pero no se le ocurrió nada mejor que lo que había acordado hacer con María. Sólo deseaba poder ayudar a su jefe para recuperar el buen ambiente en la farmacia.

A las ocho de tarde del lunes, tal y como habían pactado, María y Carolina abordaron al farmacéutico.

—Robert, queremos hablar contigo —dijo la auxiliar.

El farmacéutico se sorprendió.

—Desde hace varias semanas te vemos muy serio. No sabemos si hemos hecho algo mal o hemos dicho algo inconveniente que te haya molestado —dijo María en nombre de las dos—. Si es así, lo lamentamos y te pedimos disculpas pero si es cualquier otra cosa, nos gustaría ayudarte en lo que sea.

—¿Vosotras? ¿Algo malo? —respondió alzando las cejas—. En absoluto. No tengo queja de ninguna de las dos.

—¿Podemos saber qué te sucede? No eres el mismo de siempre. Te has vuelto muy introvertido y estás muy serio.

El hombre no dijo nada durante algunos segundos. Carolina se sintió insegura. Era la primera conversación de esta índole en la que tomaba parte y temía que Robert se enojara.

—Nada que no sepáis.

La respuesta de su jefe la tranquilizó.

—La situación económica de la farmacia es muy delicada, ya os lo dije hace

algunos meses —explicó Robert—. Sanidad no nos ha pagado el mes de retraso que nos debe, y no creo que lo vaya a hacer a corto plazo, los precios de los medicamentos públicos están bajando día a día, los ingresos también y no hay beneficios. Y así no puedo seguir. El momento es muy complicado aunque espero haber encontrado una buena solución.

Sabía que estaba mintiendo. El préstamo bancario había servido para pagar lo más urgente, pero se había esfumado con la misma rapidez con la que había llegado a su cuenta bancaria, y la situación económica de la farmacia continuaba en un declive que no sabía cómo detener. Y para esa cuesta abajo no disponía de solución alguna. Le disgustaba la mentira, pero quería evitar que María y Carolina se preocuparan antes de tiempo.

En cuanto su jefe pronunció la última palabra, Carolina respiró aliviada. Por un momento había pensado que se iba a encontrar de patitas en la calle.

—Es cuestión de semanas. No os preocupéis —añadió Robert Font antes de que ninguna de las dos pudiera decir nada—. En cuanto lo haya resuelto, os lo comunicaré.

«Robert no es de los que engaña», razonó Carolina al regresar a su casa. «Seguro que si dice que ha encontrado una buena solución, es que la ha encontrado». Cuando franqueó la puerta de su casa se dio cuenta de que se había quitado un peso de encima.

A María Bernal y Emilio Prats les bastó media hora para saber qué había sucedido y cómo se habían producido los hechos. El cadáver de la mujer yacía de bruceas sobre el suelo de la sala, aunque parecía que flotaba sobre un mar de sangre. La saña con que había sido acuchillada se veía reflejada, además, en los numerosos cortes que presentaba la camiseta, una prenda originalmente blanca que había adquirido un tono parduzco.

Policialmente, el caso estaba resuelto. El marido, que se encontraba esposado en la pequeña cocina, había admitido ser el autor del crimen. «Me engañaba —confesó a Bernal y Prats cuando lo interrogaron—, y eso es algo que un hombre no puede tolerar».

Ninguno de los dos policías pidió más detalles. No era de su incumbencia profundizar en las circunstancias personales del caso. Tenían la declaración y el cuchillo utilizado por el agresor estaba a buen recaudo. La experiencia les había demostrado que los motivos, los posibles atenuantes e incluso la exculpación eran competencia de los jueces, fiscales y abogados que iban a intervenir inmediatamente después. «En todo delito —les insistía Javier Arousa—, cada uno tiene su papel. El nuestro, el de la Policía, es aclarar cómo se perpetró y detener al presunto autor o autores. Las responsabilidades penales y judiciales no nos corresponden. Que abogados, jueces y fiscales cumplan con su cometido. Que hagan su trabajo».

La muerte de la esposa debió colmar el peculiar sentido del honor del marido, «o de la hombría», pensó Bernal mientras le escuchaba, porque el hombre, después de matarla, permaneció en el piso a la espera de la policía. Cuando los dos inspectores del Grupo de Homicidios llegaron a la pequeña vivienda del Poble Sec —un piso situado al pie de la montaña de Montjuïc, de sesenta metros cuadrados que daban para dos habitaciones pequeñas, un salón comedor de mínimas dimensiones, un lavabo y una cocina estrecha y corta—, el detenido apenas levantó la vista del suelo. Alto, de tez morena, delgado y de pelo negro y rizado, a primera vista no parecía tener más de treinta años. En efecto, su DNI confirmó que acababa de cumplir veintinueve, mientras que a la fallecida le faltaban tres meses para los veinticinco.

La investigación no les ocupó más de tres horas. Determinadas las profesiones — él era propietario de una furgoneta y se dedicaba a las mudanzas mientras que ella trabajaba de camarera en un bar del Paral·lel a pocos minutos del domicilio conyugal —, tras haber recogido las declaraciones de los vecinos que aseguraban que la pareja no tenía hijos y que él siempre se mostró amable y que jamás habían protagonizado incidentes, y después de haber leído el informe forense —la víctima recibió siete puñaladas—, el atestado policial quedó cumplimentado en pocos minutos.

Antes de cenar y sentado en el sofá de su casa, Arousa miraba la entrevista que la televisión pública catalana efectuaba al jefe de prensa de la Policía.

—La rápida actuación policial —decía Ángel Fernández—, impidió que el autor confeso del homicidio pudiera huir del lugar de los hechos.

El responsable del Grupo de Homicidios levantó las cejas asombrado. El portavoz acaba de mentir. La detención no fue debida a «la rápida actuación policial». De hecho, la primera patrulla que se personó en la vivienda del Poble Sec no hizo otra cosa que esposar y custodiar al marido. En ningún momento este había intentado huir. No, las cosas no habían sucedido como Fernández las presentaba.

—Desde el punto de vista estrictamente policial —añadió el portavoz—, nuestra intervención ha sido impecable. No creo que esta vez nadie pueda hablar, en honor a la verdad, de ineficacia de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

Javier Arousa movió la cabeza de un lado a otro. Disentía por completo de la versión facilitada por el jefe de prensa. «Es mentira», se dijo a sí mismo. Y esa afirmación le dolió. A él no le gustaban las mentiras. Ya llevaba una clavada en el corazón y no quería ser partícipe de otra. Pero sabía que no podía desmentir al portavoz oficial de la Policía. «Seguro que ese discurso forma parte de la campaña que intenta limpiar la imagen del Cuerpo después de los siete asesinatos todavía no resueltos y recuperar el prestigio perdido en esos últimos meses». Y entonces su mente, sin que él se lo hubiera propuesto, reprodujo las palabras de su enemigo más tenaz: «Usted forma parte del engranaje que está engañando a la opinión pública. Ha mentado a todo el mundo, a sus vecinos, a sus amigos, a su propia familia, a los conocidos y a los desconocidos al ocultarles la verdad, al permitir que creyeran que en esta ciudad tranquila todo es felicidad y no ocurren desgracias ni la gente tiene

problemas».

—La cena está lista, cariño.

Arousa se levantó al escuchar el anuncio de su esposa. Al sentarse a la mesa se dio cuenta de que no tenía apetito y supo a qué se debía su desgana: no se sentía a gusto consigo mismo y no sabía cómo reconducir la situación.

CAPÍTULO 33

«Medio año sin que Sanidad nos haya abonado los pagos del mes de octubre ni se haya puesto al día con las tres últimas facturas. Ese dinero no lo voy a recuperar nunca», pensó Robert sentado una vez más frente al ordenador de la farmacia y ya a solas. Conocía al céntimo cuál era su saldo pero sin explicarse muy bien por qué, accedió electrónicamente a su cuenta corriente. Había agotado los cuarenta mil euros del préstamo bancario y tan sólo le quedaban sus propios ahorros, que se habían reducido a poco más de tres mil euros, y lo que había ido acumulando en su plan de pensiones. «Lo justo para pagar los sueldos de María y Carolina. Si la recaudación de la farmacia se mantiene como hasta ahora, podré pagar a los proveedores, pero nada más. No podré siquiera abonar la cuota mensual del crédito bancario». Su vida financiera no iba a pasar del 31 de mayo. A partir del día siguiente, no podría hacer frente a ningún gasto más.

Resultaba evidente que había llegado al final de sus posibilidades. Era el momento de encontrar y aplicar medidas más drásticas para evitar la hecatombe económica. Lo único que no podía hacer era continuar como lo en los últimos seis meses. La farmacia ya no daba para más.

Regresó caminando hacia su casa sin prestar atención a cuanto le rodeaba. Centró todos sus esfuerzos en encontrar una salida a aquella situación, pero entró en su domicilio sin que se le ocurriera nada. Se dejó caer en el sofá y de forma mecánica, puso en marcha el televisor justo en el momento en que la presentadora del informativo de la noche daba paso al corresponsal en Roma.

—Italia —empezó diciendo el joven periodista a cuyas espaldas se divisaba el Coliseo— está alarmada por el número creciente de suicidios provocados por la difícil situación económica por la que atraviesa este país. Las depresiones con consecuencias fatales afectan, sobre todo, a empresarios que han visto derrumbarse el trabajo de toda su vida. Pero el problema no sólo afecta a los empresarios: también aumentan los suicidios entre los empleados abocados al desempleo forzoso. El último, el de un conserje napolitano.

En cuanto el reportero aludió a la ciudad donde vivía el protagonista de esta información, apareció en la pantalla el perfil del Vesubio, imagen que fue alejándose hasta mostrar el elegante paseo que bordea el puerto de Nápoles.

—En la última conversación —decía la voz en *off* del reportero—, este ciudadano de cincuenta y seis años le dijo a su hijo hace apenas tres días: «Comunica a mamá que este mes no podré pasarle la pensión de trescientos euros. He perdido el trabajo y también la casa. No sé cómo podré vivir».

El informador hizo una pausa.

—Poco después, el hombre se ahorcaba con una cuerda atada a una lámpara.

En ese preciso instante, la filmación televisiva mostraba una fachada vieja, sucia, despintada y angosta que por pura lógica, aunque este extremo no lo desveló el periodista, debía corresponder a la casa donde había ocurrido la tragedia.

—Es difícil saber —la figura del corresponsal televisivo reapareció en la pantalla— cuántos suicidios se deben a la crisis pero es incuestionable que estos sucesos se han disparado en los últimos meses. El diario turinés *La Stampa*, por ejemplo, se hace eco de que setenta empresarios se han suicidado en lo que va de año.

El joven, que cogía el micrófono con la mano derecha, alzó la izquierda para mostrar la portada del periódico de Turín en la que se recogía la información.

—Para este viernes —añadió— se ha convocado una manifestación en Bolonia de viudas de empresarios suicidas. Se ha elegido esta ciudad porque en ella se quitó la vida, el pasado 28 de marzo, Giuseppe Campaniello, un pequeño empresario de la construcción que se quemó a lo bonzo ante la oficina de Hacienda. Su deuda con el fisco era de 104 000 euros.

Apagó el televisor cuando el reportero devolvía la conexión a los estudios centrales. Robert comprendía a todas aquellas personas que habían decidido poner fin a su vida. Repasó las últimas palabras del conserje napolitano: «No sé cómo podré vivir». «Una afirmación —pensó mientras mantenía su vista fija en algún punto indeterminado del cielo barcelonés— casi idéntica a la del farmacéutico griego que se pegó un tiro delante del Parlamento». Y como si las hubiera grabado en su mente, aparecieron con toda claridad las palabras que Dimitris Christoulas escribió en la carta que fue hallada junto a su cadáver: «No encuentro otra solución que una muerte digna, salvo buscar en la basura para alimentarme». Sí, el conserje italiano, el farmacéutico griego y él mismo estaban hermanados por el mismo problema. «El sistema ha acabado con ellos, les ha vencido, pero yo no estoy dispuesto a servirle en bandeja una victoria más».

Se levantó y salió al balcón. Dejó que la humedad de Barcelona se apoderara de su cuerpo hasta que la piel se le erizó al sentir el frío en el tuétano de todos sus huesos, pero no quiso abandonar todavía aquel mirador. Había contemplado aquel escenario miles de veces a lo largo de toda su vida pero esta vez quiso repasarlo con detenimiento para que no se le quedara nada en el olvido. A lo lejos, a la izquierda, veía las esbeltas torres de la Sagrada Familia, ya iluminadas a aquellas horas de la noche. Frente a sí, al fondo, la oscura silueta de la montaña de Montjuïc y a la derecha, el templo también iluminado que coronaba el Tibidabo. Contempló aquel paisaje sin ser demasiado consciente del tiempo que permaneció apoyado en la barandilla. Sólo volvió a la realidad cuando escuchó una voz femenina, que debía proceder de algún aparato de radio o televisión, que decía: «Es medianoche, empezamos el viernes 18 de mayo, un día que, como proclama Joan Manuel Serrat, puede ser un gran día». Negando con la cabeza regresó al interior, volvió a sentarse

en el sofá y dejó que la serie que aparecía en la pantalla del televisor, protagonizada por un escritor que colaboraba con la policía en el esclarecimiento de casos muy complicados, le fuera adormeciendo.

No sabía qué hora era cuando despertó ni cómo se le había ocurrido la idea, pero era la mejor que había tenido en muchísimos años.

Después de abrir la farmacia, volvió a ausentarse.

—No creo que tarde —dijo a sus dos empleadas.

Robert se dirigió con paso veloz a la agencia inmobiliaria que se encontraba en la avenida principal del barrio, justo al lado de la boca de la estación del metro.

Ni quería perder tiempo ni deseaba prolongar la reunión con la directora de la agencia más allá de lo estrictamente necesario. Después de los protocolarios saludos iniciales, fue al grano en cuanto tomó asiento.

—He decidido cerrar la farmacia y quiero traspasar el local.

La mujer, de piel blanca, pelo negro rizado, ojos oscuros y cara afilada, que ya había dejado atrás los cuarenta, dejó transcurrir unos segundos antes de hablar mientras su mente reproducía la imagen del establecimiento a que se refería su cliente.

—No va a ser fácil encontrar un farmacéutico que quiera sustituirle. Quizá le resultaría fácil a usted dar con algún compañero de profesión... No sé, ¿a través del Colegio de Farmacéuticos?

—Creo que me he expresado mal —cortó Robert—. No me planteo traspasar la farmacia, no lo descarto, pero no me lo planteo porque, en estos momentos, no está el sector farmacéutico como para que algún colega emprenda una aventura de naturaleza tan arriesgada como abrir una farmacia. No. Más bien pienso en algún otro tipo de comprador.

La directora de la inmobiliaria volvió a guardar silencio. Parecía rebuscar en los recovecos de su memoria —o así se lo parecía a él— el candidato idóneo para cerrar la operación.

—¿Cuánto pide por el traspaso?

Hasta aquel momento, Robert no se había planteado esa cuestión. Y no tenía respuesta alguna. Fue sincero.

—Ni idea. No soy un experto en la materia. Confío en usted. ¿Cuánto cree que podría pedir?

—Depende. Aunque sea difícil, si encontráramos un farmacéutico, el precio sería más elevado ya que, además del local, se quedaría con el *stock* de medicamentos y con la cartera de clientes. Usted debería tasar el valor de los productos, que se añadiría al del local. En el caso de que el comprador no fuera un farmacéutico, el precio de la tienda rondaría los sesenta mil euros.

Al oír la cifra, Robert efectuó un cálculo mental rápido. Aquella cantidad le

permitiría devolver el préstamo bancario, eliminar la hipoteca sobre su piso y pagar los despidos de María y Carolina. A él no le quedaría casi nada, pero eso no le preocupaba.

—A partir de esa cantidad —respondió—, estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. No podré ninguna objeción.

—Ya que usted se muestra tan franco, y para dejar bien claras las cosas, le adelanto que los honorarios de la agencia serán del diez por ciento de la venta.

—De acuerdo, pero ya que habla usted de claridad y para que no hayan malentendidos, que quede claro también que no voy a aceptar ninguna oferta inferior a sesenta mil euros.

—Queda claro —respondió ella—. Me pongo en marcha inmediatamente. Sólo le pido que si usted encuentra a algún farmacéutico que quiera quedarse con el negocio, me avise cuanto antes.

—Cuenta con ello —aseguró Robert, que se reservó el hecho de que él no iba a comentar el cierre de su farmacia y dar a conocer su intención de abandonar aquella profesión. Hacer pública su decisión podría desbaratar el plan que acababa de poner en marcha.

Como si lo hubieran acordado previamente, ambos se levantaron y se estrecharon las manos. Antes de salir del despacho, Robert se volvió hacia ella.

—Tan sólo quiero añadir dos cosas. La primera, discreción. Nadie conoce mis intenciones, ni siquiera mis empleadas, y no me gustaría que se enteraran por terceras personas. Y la segunda, ¿tiene en mente algún candidato?

—Respecto a la primera, esté tranquilo. La discreción es también vital en nuestro negocio. Dar a conocer qué tenemos entre manos o qué estamos haciendo no es bueno para nosotros. Respecto a la segunda, es posible que haya alguien a quien le pueda interesar el local, pero quiero comprobarlo antes de decir más: no me gusta dar falsas esperanzas. Como le he dicho, ahora mismo voy a ponerme en marcha. Ojalá cerremos pronto la operación.

De regreso a la farmacia, al cruzar la gran avenida, Robert descubrió con sorpresa que aquella reunión era lo mejor que le había ocurrido en los últimos meses, la clave de lo que había urdido a lo largo de la pasada noche. Con la tranquilidad que generaba la esperanza, entró en la farmacia. Por un instante a María y Carolina les pareció que su jefe sonreía.

CAPÍTULO 34

Cuando entró en la sala, recién levantada, encontró a Mario guardando unos libros en una bolsa de deportes.

—¿Qué haces?

Él se detuvo y la miró fijamente y con el rostro serio.

—Me voy.

—¿Tienes que viajar hoy, un sábado?

—No se trata de un viaje. Me voy de esta casa.

Margarita no pareció entender la aclaración.

—¿Que te vas? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que para mí esta relación ha terminado, que no me veo con fuerzas para mantenerla. Ni siquiera para recuperarla. Yo no quiero vivir así el resto de mi vida.

Ella abrió los ojos como si fuera incapaz de comprender qué le estaba diciendo Mario.

—Pero ¿a qué viene eso? —logró preguntar—. ¿Qué te ha pasado?

—¿A mí? —dijo Mario muy lentamente y sin aparente enojo—. Lo que ha pasado es que tú no eres la misma que cuando nos conocimos. Todos cambiamos, pero yo sigo siendo el muchacho que se enamoró de ti.

Margarita abrió la boca para intervenir pero él levantó la mano autoritariamente para frenar su intención.

—Escúchame con atención y no me interrumpas. Estos últimos meses que han pasado desde tu traslado a Internacional me han confirmado que tu trabajo te importa más que nuestra relación, que, por cierto, has estado descuidando desde hace mucho tiempo. Llevamos así, como mínimo, desde el verano pasado. ¿Recuerdas lo que te dije en Formentera? Que estabas arisca, me rechazabas cuando me acercaba y que estabas casi siempre enfadada. Te dije que yo no quería eso y que no iba a poder aguantarlo mucho más. Y te advertí que yo solo no iba a poder tirar de este carro. Pues bien, creo que aquel toque de atención no sirvió de nada. Tu mundo es tu trabajo. Más concretamente, los sucesos. Y no me extraña. Eres buena en eso. Pero en una pareja, hay más mundo que el de uno mismo. Para ti yo he pasado a un segundo o a un tercer o cuarto plano, ya no lo sé, ni siquiera sé si para ti todavía existo.

—Eso no es verdad —protestó con vehemencia Margarita.

—Yo sí creo que lo es. Por lo menos, para mí. ¿Dónde está la pasión? ¿Y la ilusión? ¿Y el diálogo? ¿Cuándo fue la última vez que, de verdad, te interesaste por mí? ¿Cuándo fue la última vez que buscaste mi cuerpo? ¿Cuánto tiempo hace que no

me preguntas cómo me va el trabajo, qué me preocupa o cuáles son mis planes de futuro? Ni siquiera sabes si tengo planes de futuro. De vez en cuando, no te pido mucho, sólo de vez en cuando, podrías preguntarme qué pienso, qué siento, qué me gustaría hacer o en qué estoy metido. Me parece que es lo mínimo. Para mí, eso forma parte de la vida en común. No nos engañemos. Nuestra convivencia es algo puramente mecánico, automático, pero carece de complicidad, de deseo, de entusiasmo. He intentado seguir enamorado de ti pero no lo he conseguido. Lo tengo decidido. Aprovecharé que trabajarás este fin de semana para llevarme mis cosas. Ya he recogido lo imprescindible.

—No te vayas, por favor, quédate.

Margarita se desplomó sobre una butaca llorando. Mario permaneció inmóvil, de pie junto a la bolsa deportiva.

—No puedo. Sería malo para los dos.

—No, no lo sería, ya lo verás. Tú eres lo más importante para mí. Démonos otra oportunidad. Yo te quiero.

—Ya nos dimos esa oportunidad, dos veces, y no ha servido de nada. ¿Te acuerdas del día en que Poch te mandó a Internacional?

Margarita guardó silencio.

—En aquel momento, traté de ser positivo, me esforcé por estar a tu lado e intenté ayudarte. Y tú me dijiste que hablaba como un cura.

Ella mantuvo el mutismo.

—Y la primera oportunidad la tuvimos en Formentera, pero el resultado fue el mismo. He tomado la decisión y no voy a dar marchas atrás.

La periodista se levantó, fue a su encuentro, lo abrazó con fuerza y empezó a besarle. Mario aguardó algunos segundos antes de deshacer el abrazo.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo más. No quiero seguir el resto de mi vida al lado de una persona a la que no le importa que esté o que no esté, que sea feliz o que no lo sea, que no se siente atraída por mí porque le da igual abrazarme o no porque su único mundo es el trabajo.

Lentamente se alejó de ella, llenó la bolsa con algunos libros más y abandonó la sala para reaparecer al cabo de unos minutos llevando una maleta en cada mano.

—No tardaré mucho en sacar todas mis cosas.

—¿A dónde irás?

—No te preocupes por eso. Ya lo tengo solucionado.

—¿Ni siquiera puedes decirme dónde estarás?

—Eso da igual. ¡Qué más te da dónde esté!

Y antes de que ella pudiera volver a hablar, abandonó la habitación. Margarita no se movió. Pensaba que lo que acababa de suceder pertenecía a una película y que ella era una simple espectadora. Nada de toda aquella historia tenía que ver con su vida. O quizá la película no había terminado todavía y en cualquier momento Mario volvería a aparecer por la puerta para abrazarla.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil. Sólo recordaba que retrocedió poco a poco hasta apoyarse en el reposabrazos de una butaca. Y fue entonces cuando admitió que no se trataba de una pesadilla ni de una película. Mario se había ido. Para siempre. Y ella estaba sola. Sola y derrotada. Derrotada en su trabajo y derrotada sentimentalmente. Hubo un tiempo en que creyó que su vida era un éxito, que pertenecía a la élite de la sociedad, a los ganadores que Barcelona exhibía con orgullo. Pero no era cierto. Se encontraba en el extremo opuesto, el de los fracasados. No había sabido mantener a Mario a su lado ni conservar el trabajo que le gustaba. Se odiaba a sí misma y odiaba al mismo tiempo a aquellos a quien la vida sonreía. Y entonces rompió a llorar desconsoladamente. Sin fuerzas para detener las lágrimas, sólo deseaba no pensar en nada.

La directora de la agencia inmobiliaria llamó a finales de mayo, dos semanas después de la entrevista mantenida con ella en su despacho. No había transcurrido un solo día desde entonces sin que Robert dejara de pensar en el asunto, pero aquel martes 29, paradojas de la vida, todavía no le había estado dando vueltas a la cuestión.

—Señor Robert, espero poder darle una buena noticia.

La mujer hizo una pausa antes de continuar.

—Tengo una opción de compra para su local. ¿Podría pasarse por mi oficina esta mañana?

El farmacéutico no se lo pensó dos veces.

—Cuando usted me diga.

—Pues cuanto antes mejor. ¿En diez minutos?

Antes de que se cumpliera el plazo, Robert ya se encontraba en la inmobiliaria sentado frente a la directora.

—El comprador, cuya identidad lógicamente no puedo revelar hasta que usted haya aceptado su oferta, ha visitado la farmacia comprobando que se ajusta a lo que necesita.

El farmacéutico trató de identificar mentalmente al interesado pero fue incapaz de encontrar, entre su clientela, a nadie que se apartara de lo habitual. Decidió no dedicar más tiempo a desentrañar el misterio. No era la cuestión más importante en aquellos momentos.

—Y está dispuesto a pagarle los sesenta mil euros que usted pide.

«Y a usted, el diez por ciento correspondiente», pensó Robert.

—Sólo pone una condición —añadió la mujer.

«Me parecía todo demasiado fácil», siguió razonando Robert. «A ver por dónde me sale».

—Necesita ocupar el local el uno de julio. En otras palabras, dispone usted del mes de junio para desalojar la farmacia. El sábado 30 tiene que quedar libre, vacua y expedita, es decir, completamente vacía, porque el nuevo propietario quiere

aprovechar el domingo 1 de julio para trabajar de manera que pueda llevar a cabo la reforma lo antes posible.

—Es un plazo muy justo, pero no habrá ningún problema. Me comprometo a dejarla lista el día 30. Acepto la propuesta.

—¿Cuándo podrá entregarme las escrituras de la farmacia? El notario las necesitará para redactar el documento de traspaso.

—Esta misma tarde. A las cuatro paso por aquí.

—¿Le parece bien, entonces, que firmemos el próximo viernes día uno de junio por la mañana?

—Perfecto.

—A las nueve y media en mi despacho. Después, iremos a la notaría. Está ahí al lado, junto al hospital Vall d'Hebrón.

Para el farmacéutico, aquella era la mejor hora del día.

—A las nueve y media.

Ella agarró una agenda de piel verde oscura que tenía sobre la mesa y garabateó una de sus hojas.

—Y ahora que todo está resuelto, ¿puedo saber quién es el comprador?

—Un ciudadano chino que quiere instalar un bazar en este barrio. Lleva más de quince años viviendo en Barcelona y tiene ya varias tiendas, pero desea abrir puertas en Penitents. Está convencido de que le será muy rentable.

—¿Chino? Espero que sea de fiar.

—No se deje llevar por las leyendas urbanas. Él ya sabe que tendrá que aportar un talón conformado por el banco y toda la documentación en regla. Para ganar tiempo, ayer mismo ya me la facilitó. La tengo guardada aquí. Por eso será posible cerrar la operación en tan pocos días.

«Un bazar» dijo en voz alta entre sorprendido y aún receloso mientras regresaba a la farmacia. Desde que dio a conocer su intención de traspasar el local, había estado preguntándose qué destino tendría su farmacia, pero nunca se le ocurrió que acabaría convertida en un bazar. «¡Y menos, en manos de un chino!». Movi6 la cabeza de un lado a otro como si quisiera apartar recelos y malas sensaciones. «Tengo que confiar en la agencia. Este es su negocio y ellos también se juegan la comisi6n».

—¿Alguien ha atendido a un chino en los últimos días? —preguntó a sus empleadas al regresar a la farmacia.

Marta y Carolina permanecieron inm6viles y en silencio un par de segundos, sorprendidas por la pregunta de su jefe.

—Sí, yo —dijo Carolina.

—¿Recuerdas qué día fue y qué quería?

Ella bajó la cabeza intentando concentrarse al máximo.

—Fue a principios de la semana pasada, quizá el martes, y quería una crema

hidratante. ¿Pasa algo? —añadió temerosa de haber cometido algún error.

—No, no, tranquila, sólo quería saber quién le había atendido. ¿Recuerdas cómo era?

Carolina resopló, cerró los ojos intentando reproducir la imagen de aquel cliente que tanto parecía preocuparle a su jefe.

—Era un hombre que no parecía muy mayor, no sé... quizá rondaría los cuarenta. Si ya me resulta muy difícil calcular la edad de un occidental, ¡imagínate la de un chino! Vestía una camiseta amarilla y un pantalón beis, creo, no estoy muy segura. Compró la crema hidratante, pagó en efectivo y se fue.

Las palabras de su empleada reforzaban la información facilitada por la directora de la agencia inmobiliaria. Aquel sujeto desconocido parecía estar tan vivamente interesado en su local que efectuó una «inspección ocular». A partir de aquel instante, a medida que las horas fueron pasando, la inquietud que le generaba el traspaso de la farmacia fue menguando, pero sabía que no desaparecería por completo hasta que la compraventa no se hubiera cerrado. Robert no estaba acostumbrado a este tipo de negocios inmobiliarios. Lo suyo era atender a los clientes e intentar que sanaran de sus dolencias. La venta de la farmacia le agotaba pero no tenía más opción que llevarla hacia adelante, esperar al viernes y confiar en que el comprador no se echara hacia atrás o exigiera nuevas condiciones a última hora.

Pero nada de eso sucedió. La firma en la notaría se hizo en menos de media hora. El notario tenía a punto el documento de compraventa, que leyó con desgana; el comprador chino aportó su pasaporte y el talón conformado por el banco, y Robert se limitó a releer las cláusulas del contrato, que no parecían esconder ningún engaño. Después del inevitable apretón de manos, se fue directamente a su oficina bancaria para ingresar el cheque. El corazón le latía con fuerza e incluso se sentía un poco nervioso pero, sobre todo, notaba que se había quitado de encima una gran preocupación.

Por la tarde, esperó a que el último cliente se marchara para reunirse con María y Carolina.

—Creo que debéis ser las primeras en saberlo.

Por el tono de voz de su jefe, ambas se dieron cuenta de que lo que les iba a decir era algo importante.

—Esta mañana he vendido la farmacia. No os podía adelantar mis intenciones antes de que la operación quedara definitivamente cerrada.

Las dos se quedaron paralizadas. Ni la una ni la otra habían imaginado nunca que llegaría un día en que Robert decidiera vender su negocio.

—Vendido —repitió—. No traspasado. Es decir, el comprador ni es farmacéutico ni va a continuar explotando la farmacia. Va a convertir el local en un bazar oriental. Carolina, ¿recuerdas que te pregunté si había venido por aquí últimamente un chino?

—Sí, el que quería una crema hidratante.

—Exacto. Pues bien, ese es el nuevo dueño.

—Un bazar oriental —murmuró María—. Eso quiere decir que tenemos que buscar trabajo.

—Sí, la farmacia continuará abierta hasta el 30 de junio. Ese día, inmediatamente después de cerrar las puertas, debo entregar las llaves. Tenéis un mes para encontrar otro empleo. Si os surge algo antes de esa fecha, entenderé que os marchéis.

—¿Un bazar oriental —insistió María— aquí? ¿En este barrio? Me parece muy fuerte.

Lo que vino a continuación fue un silencio incómodo para los tres que se prolongó hasta que María, de nuevo, tomó la iniciativa.

—Supongo que no hay más que decir, ¿cierto?

—Por mi parte, no —ratificó Robert.

—¿Puedo saber por qué la vendes?

Aquella era la pregunta que el farmacéutico no deseaba escuchar. Pero sabía que resultaría muy difícil que no surgiera.

—Porque no tengo fuerzas para continuar. Sabéis por propia experiencia, sobre todo tú, María, que llevas más tiempo conmigo, que los beneficios han caído en picado en los últimos años. Sanidad no sólo ha ido reduciendo el precio de los medicamentos de la Seguridad Social sino que, encima, el pasado noviembre anunció de la noche a la mañana que no nos iba a pagar, y el ochenta por ciento de la facturación de esta farmacia corresponde a la Seguridad Social. Y hasta el momento, ese mes sigue pendiente de cobro. Hice frente a los gastos recurriendo a un crédito, pero los ingresos no dan para todo. No me salen los números y no me siento capaz ni tengo ánimo para afrontar esta situación. Estoy agotado.

Robert sabía que eso era verdad, pero sólo parte de la verdad. La verdad completa era que, además de la angustia que le generaba la escasez de dinero, lo que tenía era miedo, miedo de verse arruinado, el mismo miedo que tuvo, seguramente, Dimitris Christoulas, el farmacéutico griego que se pegó un tiro frente al Parlamento de su país, el miedo que plasmó en su última carta.

Camino de la estación de metro, las dos empleadas comentaron la situación.

—Debe ser cierto —dijo Carolina—, que después de más de treinta años de profesión, Robert se ha quedado exhausto. Quizá esta crisis es demasiado para un hombre que pasa de los sesenta. Yo no estoy en condiciones de juzgarle, pero creo que le entiendo.

—Pues mira, para ti quizá sea fácil encontrar un nuevo empleo —dijo María—, pero para mí, con los cuarenta cumplidos y con dos hijos, resultará mucho más complicado. ¡Esto es una grandísima putada!

Resopló mientras trataba, inútilmente, de evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

—Si un farmacéutico como Robert cierra las puertas es que la crisis es aún peor de lo

que nos imaginamos —comentó el padre de Carolina después de que su hija, durante la cena, anunciara la decisión de su jefe—. Históricamente, las farmacias siempre han sido un gran negocio, aunque es cierto que él, en alguna ocasión, ya había comentado que hoy en día ya no es así. Pero yo no pensaba que el problema fuera tan grave. La verdad es que no me imaginaba que acabaría por traspasarla.

—¿Y qué piensas hacer, hija? —le preguntó a Carolina su madre.

—Empezar a mandar currículums a diestro y siniestro —respondió al mismo tiempo que encogía los hombros en señal de impotencia.

Pensar en lo que se le avecinaba —apuntarse a la lista del paro, mandar currículums, invertir tiempo y esfuerzo en encontrar un nuevo trabajo, ilusionarse ante una expectativa para caer en el desengaño después de ser rechazada— se le hacía cuesta arriba, pero no tenía otra opción.

—Mañana al mediodía no vendré a comer —dijo al cabo de unos minutos—. Aprovecharé para ir al Colegio de Farmacéuticos a ver si hay alguna oferta de trabajo —explicó sin pizca de entusiasmo—. No se me ocurre nada mejor.

—Seguro que el año de experiencia que has pasado con Robert servirá para mucho —dijo su padre.

—No sé, no sé... La verdad es que no confío mucho. En cualquier caso, ojalá tengas razón.

—¿Y Robert no conoce a ningún farmacéutico al que le convenga tener más personal?

—No ha dicho nada —respondió a su madre—, aunque tampoco se me ha ocurrido preguntárselo. Pero estoy segura de que si hubiera sabido de alguna vacante, nos lo habría dicho.

El padre asintió en silencio.

—Quien estaba muy afectada era María. Y tiene motivos, porque quedarse sin trabajo a su edad, con dos niños pequeños, en plena crisis y con un futuro tan negro, es para desesperarse.

Y a continuación relató la conversación mantenida con su todavía compañera de trabajo antes de coger el metro.

—¡Vaya mierda de país! —exclamó de repente Rafael, que hasta entonces no había intervenido.

—El país no es una mierda —cortó su padre—. La mierda, en todo caso, es de los políticos y de esos grandes intereses capitalistas que nos han llevado a este desastre.

—Y los que les habéis votado sois unos borregos. Las elecciones no sirven para nada, ¿te das cuenta?

—Hablas así porque tienes la suerte de no saber lo que es una dictadura. Ahora, al menos se puede pasar factura cada cuatro años a los que mandan.

—Sí, para que vengan otros y nos tomen el pelo cuatro años más. Mira lo que decían los políticos antes de las elecciones generales del año pasado y lo que dicen y lo que hacen ahora. Nunca han mentido tanto y con tanta desfachatez. Me da asco.

Por primera vez, que ella recordara, su padre fue incapaz de replicar a su hermano. Rafael siempre se había mantenido al margen de casi todas las cuestiones políticas que se discutían en el seno de la familia. Como se hartaba de decir su padre, Rafael era un pasota al que sólo le interesaba lo que le afectaba directamente. Por eso a Carolina le sorprendió aquella intervención. Y antes de que nadie pudiera reaccionar, el joven Romero se levantó y se refugió en su habitación. Ella también aprovechó la pausa para ir a su dormitorio. Conectó el ordenador y avisó a Paola. La espera fue breve. La imagen de la enfermera apareció en la pantalla al cabo de quince segundos. Carolina no perdió tiempo. Resumió la última novedad —su inminente cese en la farmacia— y permaneció a la escucha.

—¡Qué putada! —dijo Paola con el semblante serio después de escuchar a Carolina—. Tendrás que desempolvar tus currículums.

—Qué remedio, tía, pero te aseguro que es un coñazo volver a hacerlos. ¡Me agobia tanto! Es como haber desperdiciado un año de mi vida. Vuelvo a estar donde estaba hace exactamente 360 días, pero ahora con menos esperanzas que entonces. Lo que está pasando aquí... Cada día es peor que el anterior. Es todavía peor que cuando te fuiste.

—No seas exagerada, que no hace ni dos meses.

—Pues la sensación que yo tengo es que todo ha empeorado desde que entonces.

—Lo ves todo negro por lo que te acaba de pasar. Ánimo, que las cosas no están tan mal.

Carolina no insistió en su discurso. Ambas permanecieron contemplándose durante unos instantes como si no supieran qué decir o cómo continuar la conversación.

—Si quieres, preguntaré por aquí si hay alguna vacante para una farmacéutica.

No había pensado en una alternativa como la que Paola acababa de poner sobre el tapete, pero decidió hacerla suya al momento.

—Sí, no me importaría en absoluto irme de Barcelona.

—No te hagas muchas ilusiones. Es sólo una idea. De verdad que no he oído nada, pero por preguntar...

—Te lo agradecería y si te enteras de algo, dímelo en seguida porque en 24 horas estoy ahí contigo.

—Mañana mismo me pongo en marcha. Dame unos días.

—Hasta el 30 como máximo —respondió Carolina con el semblante serio.

—Espero que sea antes.

Treinta segundos después, la pantalla del ordenador de Carolina volvía a quedar a oscuras.

Ya fuera por la esperanza que la enfermera acababa de abrir o por la desazón que le produjo la noticia de Robert, o quizá por ambas cosas, Carolina pasó mala noche. Al

despertar a la mañana siguiente era consciente de que había dormido mal, pero cuando contempló su cara en el espejo, esa convicción se tornó certeza: las grandes bolsas negras que le habían aparecido debajo de los ojos constituían la prueba más fehaciente de que las últimas horas habían sido poco menos que una tortura.

CAPÍTULO 35

«Es la recta final» pensó Robert al abrir la farmacia el sábado 23 de junio y repasar con la mirada el local. Las estanterías estaban casi vacías y en el almacén, aunque el público no pudiera verlo, tan sólo podían encontrarse los medicamentos de uso más común. La farmacia tenía un aspecto desolado y desolador.

—¡Qué pena me da que cierren! —comentó doña Reme, la primera cliente del día—. Aún no me lo puedo creer, señor Robert. Que después de tantos años se vaya... ¡Qué pena, Dios mío, qué pena!

—El barrio no queda desabastecido —argumentó el farmacéutico en un intento para evitar que el diálogo fuera por derroteros melodramáticos—. Tres calles más abajo hay otra farmacia. Usted y todos los clientes lo saben.

—Pero yo siempre he confiado en esta —respondió con contundencia la mujer—. Que no, que no, que es una pena que cierre, diga usted lo que diga.

Carolina vio reproducirse aquella conversación a diario desde que se hizo público que la farmacia cerraba. Los clientes habituales lamentaban lo que inexorablemente iba a suceder y se sorprendían al mismo tiempo al enterarse de la clase de negocio que se iba a instalar allí. «¿Un bazar oriental? ¿Aquí, en este barrio?», solían ser las preguntas más frecuentes. La extrañeza era generalizada. La sustitución de una farmacia tan tradicional como «la del señor Robert» por una tienda asiática pillaba a unos y otros por sorpresa. Superado el *shock* inicial, venían las lamentaciones.

Sólo faltaban los comentarios de doña Reme para enrarecer todavía más el ambiente que respiraban Robert, María y Carolina. Aunque ninguno de los tres comentaba nada al respecto, a todos les resultaba evidente que la convivencia laboral, a medida que se aproximaba el día del cierre definitivo, se había ido deteriorando. Y el silencio en el que se desenvolvían durante las últimas semanas contribuía a que el tiempo transcurriera mucho más despacio.

Cuando el joven entró a mediodía, Robert y María estaban ocupados en la trastienda. Al ver a la farmacéutica detrás del mostrador, se dirigió hacia ella de forma automática.

—¿Tenéis pastillas para el dolor ajeno?

Carolina sabía a qué pastillas se refería aquel cliente. La cajita, con diez caramelos, se debía a una iniciativa de la ONG Médicos Sin Fronteras que, con el fruto de las ventas, esperaba recaudar fondos para proseguir con la ayuda humanitaria que estaba proporcionando en las diversas zonas del planeta donde estaba presente. Futbolistas famosos, actores conocidos y gente popular, desde los cocineros de mayor renombre a los cantantes de más éxito del momento, se habían prestado

desinteresadamente a la hora de hacer publicidad de las llamadas «Pastillas para el dolor ajeno».

—Sí, ¿cuántas quieres?

—Dame cinco.

Carolina se volvió. Las cajitas se encontraban justo en la estantería que tenía a su espalda.

—Serán cinco euros.

—Ojalá pudiera comprar más —dijo el muchacho mientras extraía el billetero y empezaba a hurgar en su interior.

Hasta entonces, ella apenas había reparado en él. Tenía el pelo largo y rizado, le superaba ligeramente en estatura, lucía una barba rala e incipiente, vestía una camiseta que llevaba escrito en el pecho «Tú eliges ser feliz. Despierta. John Lennon» y unos holgados pantalones de color caqui. Calculó en décimas de segundo que debía ser algo mayor que ella. «Pero no creo que haya cumplido los treinta», se dijo a sí misma. Él la miraba directamente a los ojos sin que esa forma de contemplarla llegara a ser inquisidora o resultara incómoda. El hecho de que sonriera levemente daba la sensación de que era una persona en la que se podía confiar. Carolina pensaba en todo eso mientras esperaba a que pagara. Al devolverle el cambio a aquel desconocido —le había pagado con un billete de veinte euros—, este le dijo de repente:

—Me gustaría poder ayudar más a quienes realmente se lo merecen. Para mí, esa ONG, como la mayoría de ellas, son lo único decente de esta sociedad en la que vivimos, ¿no te parece?

La pregunta le resultó tan inesperada que permaneció algunos segundos en silencio mientras él seguía mirándola, sonriendo, como si aquella charla le divirtiera. Carolina trataba de encontrar una respuesta al tiempo que admitía internamente que aquel joven tenía razón.

—No sé si es lo único decente —atinó a decir—, pero, como mínimo, son iniciativas que todos deberíamos apoyar.

Él la contempló sin moverse del lugar.

—Yo me he despertado un poco tarde para unirme a alguna de ellas. Cuando quise apuntarme a Médicos Sin Fronteras ya tenía otras obligaciones incompatibles con trabajar fuera del país. Creo que voy a lamentar el resto de mi vida no haberme decidido antes, cuando la vida todavía no se me había complicado en exceso.

Palmeó el mostrador, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. El joven se volvió un instante justo antes de salir para echar un vistazo a la farmacéutica que lo había atendido y le pareció que había tristeza en su rostro.

Era plenamente consciente de que aquel fin de semana iba a ser el último como farmacéutico. Dentro de siete días, el domingo 1 de julio, su profesión ya habría

quedado atrás. Más de 30 años ejerciendo como farmacéutico, esforzándose por sus clientes, batallando por labrarse una posición cómoda en la vida, se saldaban ahora con la nada: con la venta de la farmacia no tendría deudas, pero tampoco iba a poner disponer de un euro para vivir. ¡Qué paradójica era la vida: él, que había sobrevivido a los últimos y más duros coletazos de la dictadura franquista, acababa de ser derrotado por la democracia!

—¿Para qué tanto esfuerzo? —dijo en voz alta, pero en su soledad no tenía interlocutores.

Se levantó de la mesa del comedor. No había salido de su domicilio en todo el día. No le apetecía verse rodeado de gente y comprobar en la plácida apariencia de los demás que la vida continuaba ajena a sus preocupaciones. Él no era nada en aquella muchedumbre.

—Todo ha sido en vano —dijo mientras apoyaba las manos sobre la barandilla metálica de su terraza—. En vano —repitió—. Este mundo no es como creía. La transición, la democracia... todo ha sido una quimera, un espejismo. No hay agua en el desierto ni hemos sabido hacer una sociedad más justa, ni más segura ni más feliz.

Contuvo el llanto. Se reafirmó en lo que había resuelto llevar a cabo. Y esa seguridad le proporcionó una paz de espíritu tan absoluta que podía con las dudas y la angustia que, de vez en cuando, emergían en el interior de su mente. Ya no tenía miedo.

—Es lo que debo hacer.

La afirmación no iba dirigida a nadie salvo a sí mismo. Estaba seguro de que no le iban a flaquear las fuerzas. Su mayor consuelo era pensar que nada de aquello iba a perjudicar a su hijo Toni. No le iba a poder dejar una gran herencia, cierto, pero al menos tendría el piso libre de cargas. «Le ayudará si necesita dinero alguna vez», se dijo una vez más mientras contemplaba —ignoraba si por última vez— las espectaculares torres de la Sagrada Familia. Para asegurarse de que Toni comprendería sus últimas decisiones, tomó una libreta de grandes hojas cuadrículadas y empezó a escribir el texto que, llegado el momento, le enviaría por correo electrónico. Lo que escribía no era otra cosa que el diálogo tantas veces mantenido consigo mismo.

Dos horas después, guardaba las cuatro hojas que había rellenado en el cajón de la mesita de noche. Aún tenía siete días para mejorar aquella redacción.

Quedaban tan sólo cinco días antes de que se viera en la cola del paro y seguía sin tener noticias de sus currículums. Se acostó con la intención de sobreponerse al estado de angustia en el que vivía, conectó el televisor y zapeó hasta encontrar una de las series que más le gustaban. Dejarse atrapar por aquel telefilm que siempre giraba sobre extraños asesinatos perpetrados por mentes criminales era la mejor opción para relajarse y poder dormir. Poco a poco, fue perdiendo el mundo de vista. Lo último

que recordaría al levantarse era haber visto el anuncio de las pastillas contra el dolor ajeno. Y aquel recuerdo, que siguió vivo durante toda la jornada, le llevó al joven que, días antes, le había contado su frustración por no haber podido realizar su sueño: colaborar con Médicos sin Fronteras.

Tal vez porque la clientela, consciente de que a la farmacia tan sólo le quedaban unos pocos días de vida, había sido escasa o porque la revelación de aquel treintañero le había causado un impacto mayor de lo que ella misma recordaba, lo cierto era que persistía en su mente al acostarse. Intentó, como el día anterior, que la televisión actuara a modo de somnífero, pero esta vez no funcionó. El lamento de aquel desconocido de camiseta sorprendente y pantalones caqui no le abandonaba. Quizá era médico y por eso se había planteado ingresar en Médicos sin Fronteras. Probablemente, pero ese no era su caso.

Ella era farmacéutica. «Farmacéutica», se repitió como si trata de convencerse. «Farmacéutica».

Siguió manteniendo aquel diálogo interno hasta que de pronto, una idea le estalló en la cabeza, imparable y con una claridad cegadora. Había tenido la solución delante de sus narices pero hasta entonces no había sido capaz de verla. Sabía que actuar por impulso era peligroso y que convenía reflexionar antes de tomar decisiones importantes pero, en esta ocasión, el corazón le decía que no hiciera caso de lo que su cabeza le recomendaba, que abriera las puertas a sus sentimientos. Sí. Era una opción arriesgada, incluso podía llegar a ser peligrosa, pero estaba segura de que era lo que ella deseaba. No le dio más vueltas. Se levantó de la cama y empezó a teclear en el ordenador con frenesí.

Recibió la respuesta el viernes por la tarde y en cuanto conoció los detalles de la propuesta y las condiciones del proyecto, dio su conformidad y se comprometió a respetar los plazos establecidos. Sólo le quedaba un último trámite, el más difícil, el que más dolor le iba a causar pero que debía afrontar. Confiaba en que la comprendieran.

Carolina esperó a que sus padres y su hermano terminaran de cenar. Hasta aquel momento, la conversación de los Romero había girado por enésima vez en torno al cierre de la farmacia, las probabilidades de que encontrara un nuevo trabajo y la posibilidad de que ella y su hermano compartieran las vacaciones —o cuando menos una parte de ellas— con sus padres, oferta sobre la que ninguno de los dos se había querido pronunciar.

En cuanto su madre regresó al salón después de ordenar la cocina, decidió abordar la cuestión. Le sudaban las manos y notaba la respiración alterada, pero su futuro pasaba por aquel difícil trance.

—Escuchadme un momento.

Percibió al instante que las tres palabras que acababa de soltar habían sorprendido a todos. Quizá por el tono o porque no era habitual que Carolina reclamara la atención de la familia.

—Como sabéis, mañana es mi último día en la farmacia y como sabéis también, porque os lo acabo de recordar mientras cenábamos, no he encontrado trabajo a pesar de haber buscado todo el mes.

Ahora venía lo más delicado. Respiró hondo tratando de dominar los nervios.

—Sin embargo, no me he quedado de brazos cruzados.

Aquella novedad hizo que cada uno de los integrantes de la familia Romero fijara aún más su atención en Carolina.

—He decidido participar en un proyecto que me entusiasma.

—¿Un proyecto? —preguntó intrigada su madre, la primera en reaccionar.

—Sí, mamá... En fin, no voy a andarme por las ramas ni quiero intranquilizaros más. El martes pasado me puse en contacto con Farmacéuticos Sin Fronteras y me han ofrecido integrarme en un equipo de trabajo que tienen en... Ecuador.

¡Ya estaba! Ya había soltado la gran noticia que llevaba tantas horas angustiándole. Y al instante se sintió aliviada, en paz consigo misma. Le parecía estar flotando.

—¿Ecuador? —repitió su madre alzando las cejas en un gesto que implicaba sorpresa y temor.

—Sí, en una localidad que se llama Quevedo. Está a unos trescientos kilómetros al suroeste de Quito, la capital.

—¿Qué se te ha perdido en la otra parte del mundo? ¿Y para qué vas a ir allí? ¿No deberías esperar un poco más para ver si encuentras algún trabajo aquí? ¿Ecuador?

Carolina sabía que esta batería de preguntas iba a surgir en cuanto anunciara sus intenciones.

—Déjame hablar a ver si soy capaz de explicarme.

Miró a su padre y a su hermano, que hasta el momento habían permanecido en el sofá sin tomar parte en la conversación pero, por las serias facciones de sus caras, también estaban evidentemente asombrados.

—Mira, mamá, no es solamente que aquí no haya trabajo, que no lo hay y vosotros lo sabéis perfectamente. Es que ni lo hay, ni lo habrá a corto plazo y yo no quiero esperar de brazos cruzados mientras pasa el tiempo. He estado informándome sobre los proyectos de Farmacéuticos Sin Fronteras y este es el que más me atrae. Pero mi decisión tiene además otros motivos. Después de un año en la farmacia de Robert, me he dado cuenta de que este trabajo, que tiene más de administrativo que de profesional de la salud, no me satisface. No es lo que yo esperaba cuando salí de la Facultad.

—¿Y qué te esperabas? —dijo su padre sin que su tono de voz reflejara disconformidad.

—Que ser farmacéutico sería algo más que entregar aspirinas, revisar recetas, pasarse horas ante el ordenador comprobando los pedidos, recortando los cupones con el código de barras para ratificar ante Sanidad que lo que decimos que hemos dispensado se ajusta a la verdad o complacer los caprichos de una clientela que, además de no pagar los medicamentos, se cree en el derecho de elegirlos a la carta. Por cada hora de atención al cliente debo dedicar cinco, seis y hasta muchas más a las tareas informáticas. No, papá, yo no quiero ser eso, un burócrata administrativo. Lo que yo quiero es ser una profesional de la salud comprometida en la mejora de las condiciones sociales y sanitarias de la gente, en especial de los que más lo necesitan. Para mí, ser farmacéutica tiene que ser algo más que una mera distribuidora de medicamentos. Y espero serlo en Ecuador.

—¿Y eso no lo puedes hacer aquí, cerca de casa?

Carolina percibió en el tono de su madre que había asumido la derrota y sabía que la decisión de su hija era inamovible.

—Creo que no.

Corrió a abrazar a su madre envuelta en una mezcla de contradicciones. Por una parte, sentía ganas de llorar. No le gustaba hacer sufrir a sus padres y aquella noticia les estaba provocando sufrimiento. Pero, por la otra, se sentía en paz (ya no tenía que seguir ocultándoles su elección) y liberada del agobio que la envolvía desde que hacía tres días se había sentado frente al ordenador para ponerse en contacto con la organización no gubernamental. Sabía que lo peor había pasado.

—Supongo que es inútil pedirte que lo pienses algo más —dijo su madre estrechándola entre sus brazos.

—Así es, mamá. No me preguntes por qué, porque no tengo argumentos racionales para justificarlo, pero es como si algo me empujara a hacerlo... siento que este trabajo me ha llamado. Además, hoy en día el mundo es muy pequeño. Plantéatelo así: Ecuador está a diez horas de Barcelona. Cuando los abuelos salieron de sus pueblos de Andalucía, Extremadura o Galicia para venir aquí, el viaje duró más, mucho más. Y todavía fue más largo para los que emigraron a Alemania. Pero es que en la actualidad hay otras ventajas, como la facilidad de comunicación. Los teléfonos móviles, las cámaras de televisión instaladas en los ordenadores, el correo electrónico o los móviles con Internet y cámaras incorporadas, Facebook o Twitter permiten estar en contacto a cualquier hora y en cualquier lugar. Sólo para que lo sepas, Paola, Inés y yo nos vemos y hablamos casi cada día a través del ordenador. Es como tenerlas ahí al lado, como si no se hubieran ido.

—Pero una cosa es Inglaterra y otra, Ecuador. ¿Seguro que habrá cobertura allá, en la selva?

—Antes de tomar una decisión me estuve informando. Quevedo no es un poblacho perdido en medio de la nada. Es una ciudad de unos ciento setenta mil habitantes que necesita, eso sí, mucha ayuda para superar los problemas de salud que tiene su población. Por eso Farmacéuticos Sin Fronteras tiene allí una delegación. Y

sí, no te preocupes, que no me quedaré sin cobertura. Lo sé a ciencia cierta.

—¿No estarás huyendo de algo, verdad? —le preguntó su padre.

—¿Huyendo? —La pregunta la pilló por sorpresa—. ¿A qué te refieres?

—A si te vas de Barcelona para alejarte de algo o de alguien.

Carolina tardó en responder. Intentaba saber a qué obedecía aquella sospecha paterna.

—En absoluto —respondió—. No lo malinterpretes, papá, no huyo de nada ni de nadie. Al contrario, voy en busca de algo. De mi felicidad —añadió después de una pausa—. Es todo lo contrario, papá, es una elección.

—¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera? —quiso saber su madre.

El tono empleado demostraba abnegación. Reflejaba de forma evidente que se plegaba absolutamente a la decisión de Carolina.

—Tengo un compromiso con Farmacéuticos Sin Fronteras de dos años.

—¡Dos años! —exclamó en voz baja su madre.

—Es que esta crisis no va a durar menos, mamá. Quizá en dos años la situación haya cambiado y me plantee regresar.

Por primera vez desde que empezó la conversación, el diálogo quedó en suspenso. La madre de Carolina, que parecía haber envejecido en pocos minutos, empezó a llorar. Ella la abrazó y la besó en las mejillas.

—Espero —empezó a decir su padre levantándose del sofá para ir al encuentro de ambas—, que comprendas que tu decisión nos causa dolor. A ningún padre, tal y como yo entiendo ser padre, le gusta tener lejos a sus hijos, pero no nos queda más remedio que aceptar tu elección. Aunque me duele este alejamiento, no creo que sea descabellado lo que haces. Espero que las cosas sean como tú dices y que no resulte muy difícil mantener el contacto.

—Seguro que sí. Confío en lo que me han explicado los de la organización. Por favor, entendedme: quiero dirigir mi propia vida y no dejarme llevar por la corriente como hasta ahora. Quiero ser yo quien tenga la iniciativa en cada momento. Prefiero equivocarme habiéndolo intentado que optar por la comodidad de seguir aquí bajo vuestra protección y a cambio pasar el resto de mi vida preguntándome qué hubiera pasado si yo hubiera elegido este u otro camino.

—Me imagino que ya sabrás cuándo te vas.

Carolina sonrió mientras clavaba sus ojos en la figura de su padre.

—Sí, el miércoles 4. El avión sale de Barcelona a las ocho de la mañana. En Quito me esperarán algunos de mis nuevos compañeros. En todo caso, ya tengo sus teléfonos y ellos el mío.

—¿Cuatro días tan sólo?

—Es lo que hay, mamá. Como dice papá, lo que hay que hacer, cuanto antes se haga mejor.

—¡Cómo te envidio! —dijo su hermano, que hasta entonces había permanecido callado.

Carolina acogió la exclamación con un gesto de sorpresa.

—¿Me envidias?

—Sí, porque demuestras que eres valiente, que prefieres arriesgarte y pasar de todo antes que quedarte tranquilamente aquí disfrutando de todo lo que tienes, y eso no lo hace todo el mundo.

—Pero hijo, ¿no me dirás que tú también te vas a ir?

En el tono de su madre había casi pavor. Carolina no estaba segura de que la pobre mujer pudiera soportar que su hermano también se marchara.

—No, pero quién sabe. Acabo de terminar los estudios de gestión electrónica de motores y me doy un plazo razonable para encontrar trabajo aquí. Pero si no lo consigo, no descarto ir allí donde surja una oferta mínimamente atractiva. Creo, sinceramente, que es mejor un trabajo lejos que el paro en casa.

Su madre se aprestó a intervenir, pero Rafael le indicó con un gesto que esperara a que él terminara de hablar.

—Lo que Carolina dice es cierto: aquí las posibilidades de encontrar un trabajo son mínimas y que sea un trabajo que te entusiasme, aún menos. Este país nos echa, mamá, nos guste o no. Aquí el Gobierno prefiere endeudarse con Europa para dar cien mil millones de euros a los bancos antes que hacerlo para invertir en educación, en sanidad, en ayudas sociales, en investigación. Esa es su prioridad. Mis amigos y yo lo hemos comentado muchas veces y la mayoría de ellos, por no decir todos, tienen perfectamente asumido que se irán a trabajar a donde sea antes que quedarse aquí mano sobre mano. La vida es demasiado larga para pasarla haciendo cosas que no te gustan.

—Esto no puede ser bueno para el país. Que la gente preparada se vaya es una pérdida social y laboral muy grande —dijo su padre.

—Tienes razón, papá, pero no somos nosotros quienes hemos conducido el país a esta situación. No ha sido nuestra responsabilidad. Y ahora no se nos puede pedir encima que soportemos las consecuencias de quienes teniendo que actuar a su debido tiempo, no lo han hecho o han tomado decisiones erróneas. No sería justo.

Su hermano volvía a sorprenderla. Quizá se había confundido con él. No era un pasota como ella creía o una persona a la que no le interesaba nada más que vivir lo mejor que pudiese. Ahora descubría que era, en todo caso, un joven introvertido que, sin embargo, a tenor de lo que acababa de decir, estaba atento a cuanto sucedía a su alrededor aunque no hablara de ello con la familia. Aparcó sus pensamientos al ver que se disponía a hablar de nuevo.

—Sí, nos podemos quedar aquí para acabar trabajando, si tenemos mucha suerte, en algo que no nos interesa, sin garantías de futuro y por un salario que no nos permitirá la más mínima independencia. Es desesperante, ¿no creéis? Estoy absolutamente convencido de que ya no basta con indignarse y hacer evidente esta indignación. Es hora de tomar decisiones más contundentes. Y no me refiero a actos violentos ni nada de eso, sino a decisiones más personales y, si queréis,

individualistas.

—¿Sabes qué nombre le he puesto a nuestra generación? —dijo Carolina—. G.H.L.

—¿Ge hace ele?

—Sí. Del mismo modo que hablamos de la generación de la posguerra, la de los abuelos, o de la generación de la transición, la vuestra, nosotros somos la «Generación Hasta Luego», la formada por quienes ya han terminado sus estudios y tienen que irse para poder ganarse la vida.

El silencio se adueñó de la familia Romero porque no había más que decir. Todos sabían que ese análisis en aquel momento concreto de 2012 era absolutamente cierto. Y ellos mismos eran un buen ejemplo: la hija mayor acababa de anunciar que se marchaba y el hijo pequeño parecía estar a punto de seguir los pasos de su hermana.

Un silencio incómodo se apoderó de los cuatro hasta que el padre volvió a intervenir.

—¿Sabes ya qué harás en Ecuador?

—Poner en marcha una red de asistencia farmacéutica. Tendrá como eje fundamental la primera central de distribución que ya está prácticamente terminada en la propia ciudad de Quevedo. Abastecerá a 21 botiquines dispersados por la zona y controlará la media docena de dispensarios que ya se encuentran en plena actividad. De lo que se trata es de que unos y otros dispongan en cada momento de los medicamentos que precisan, en especial los básicos. Periódicamente, un equipo de farmacéuticos inspecciona cada uno de estos centros para que todo funcione lo mejor posible. Probablemente yo también formaré parte de este equipo.

—Nosotras fuimos valientes. Tú eres osada. No es lo mismo largarse a Birmingham que a Ecuador. Carolina, vaya sorpresón, pero en fin, como te vemos muy contenta, te felicitamos de todo corazón. ¡Ecuador... nada, a la vuelta de la esquina!

La alegría de Paola e Inés la reconfortaron. Carolina se abalanzó sobre el ordenador en cuanto finalizó la reunión familiar. Deseaba compartir su decisión con sus amigas. Para ella era muy importante saber qué opinaban de su «fichaje» por Farmacéuticos Sin Fronteras.

—Procura no darnos mucha envidia —añadió Inés todavía sonriendo— porque somos capaces de plantarnos allí en un visto y no visto. Ya sabes que no nos cuesta nada hacer la maleta y coger un avión.

—Ten cuidado con los ecuatorianos. Todo el mundo dice que son muy cariñosos, muy amables... y muy insinuantes —apostilló Paola pícaramente.

—Nunca se sabe. Quizá encuentre allí lo que todavía no he encontrado aquí.

La respuesta de Carolina actuó como válvula de escape de las risas que hasta entonces habían conseguido tener bajo control. La farmacéutica veía cómo Paola cerraba los ojos y agachaba la cabeza riendo sin cortapisas, mientras Inés,

carcajeándose también, aplaudía con frenesí.

CAPÍTULO 36

A la una y media en punto y por indicación de su jefe, Carolina bajó las persianas. Robert se encontraba en el centro del local mirando las estanterías vacías. María, a su lado, permanecía en silencio.

—Venid un momento —dijo de pronto dirigiéndose hacia la trastienda.

Ambas obedecieron sin hacer preguntas.

—Anteayer os ingresé la nómina correspondiente a este mes y la parte proporcional de las vacaciones y las pagas extras.

María asintió con la cabeza, evidenciando que ella ya lo había comprobado.

—Pero no me quedaría satisfecho si no os agradeciera todo lo que habéis hecho por esta farmacia.

Y sin añadir nada más, extrajo de un cajón dos sobres blancos cerrados que entregó a cada una.

—Espero que esto os ayude al menos durante algún tiempo.

—Robert, no hace falta —empezó a decir la auxiliar.

Se detuvo al ver el gesto imperativo de su jefe.

—No es cuestión de si hace falta o no, María. Es una cuestión de quedarme a gusto conmigo mismo.

—Pero a ti también puede hacerte falta —insistió la auxiliar.

—No te preocupes por mí, sé lo que hago.

Ella permaneció en silencio hasta que lentamente se aproximó a él y le besó en la mejilla al tiempo que empezaba a sollozar.

Carolina, afectada, con los ojos también húmedos, hizo lo mismo.

—¿Tenéis planes? ¿Sabéis qué vais a hacer?

—Yo he conseguido una suplencia para este verano en una farmacia del barrio gótico. Me quedaré sin vacaciones pero tal y como están las cosas, no lo lamento. A partir de septiembre ya veré qué puedo hacer.

—¿Y tú, Carolina?

Todavía no repuesta, inspiró para evitar las lágrimas y reveló a grandes rasgos su proyecto con Farmacéuticos sin Fronteras.

—¡Eso es estupendo! Seguro que te irá bien. Ya lo verás. Yo no lo dudo.

—¿Ecuador? —repitió María visiblemente sorprendida—. ¡Vaya cambio! Pero estas cosas hay que hacerlas antes de que sea tarde. Y tú aún eres libre para elegir sin que tu decisión afecte a marido e hijos. Siempre estarás a tiempo de volver si la cosa no sale bien, aunque no creo que sea tu caso. Seguro que te irá de maravilla.

—Venga, os podéis marchar, que ahora sí que ya no hay nada más que hacer.

María y Carolina abandonaron juntas la farmacia y recorrieron por última vez el trayecto hasta el metro. Se abrazaron con cariño.

—Procura mantenerme al corriente de todo lo que hagas. En el fondo, me das envidia.

Era la segunda vez en las últimas horas que su marcha a Ecuador levantaba envidias. El día anterior había sido su hermano; hoy era su compañera de trabajo.

—No te preocupes, lo haré.

Le dio un par de besos y sin volver la cabeza, descendió la escalera hacia la oscura entrada que, desde hacía un año, formaba parte de su vida.

Robert fue recogiendo las pocas mercancías que quedaban en el almacén y las introdujo en dos cajas de cartón que el lunes iba a devolver. Metió su bata blanca y las de Carolina y María en una bolsa y cogió una caja de Orfidal que había guardado discretamente en un cajón de su mesa. En aquel somnífero estaba todo su futuro.

Llegó a su casa sobre las tres de la tarde y dedicó el resto del día a pensar en el texto que le iba enviar a su hijo. Repasó los apuntes que había ido escribiendo hasta entonces, efectuó unas mínimas correcciones y comprobó que en aquellas líneas estaba cuanto quería decirle. No obstante, decidió esperar hasta el último momento para dar el visto bueno a la versión definitiva.

Le costó dormir y, aunque tenía algunos somníferos en el botiquín, rechazó recurrir a las pastillas. El despertador sonó puntual: las cinco de la madrugada. Había llegado la hora del ensayo general. Se duchó, se vistió y salió a la calle. Más que la alta temperatura, lo que ya agobiaba en aquellos momentos era la elevada humedad que se había apropiado de Barcelona. ¿O eran los nervios la causa de aquella sensación? «¿Nervios? —se dijo—. No. No me lo termino de explicar pero ni estoy nervioso, ni atormentado. Ni siquiera me siento intranquilo».

Dejó pasar unos instantes antes de reanudar su monólogo interno. «Al revés. Hacía años que no estaba tan a gusto conmigo mismo. ¡Qué extraño es el ser humano! Me acerco al final de la historia, de mi historia, y si algo no tengo es miedo».

Inmerso en estos pensamientos, descendió lentamente hasta la playa gozando del que era su último paseo, contemplando aquellas calles y aquella ciudad que tan bien conocía. O al menos creía conocer porque, en aquellos momentos, iba descubriendo rincones por los que nunca había pasado, como los de la antigua villa de Gracia, que seguía manteniendo con orgullo su pasado de ciudad independiente; escenarios diferentes, como las placitas del casco antiguo desiertas a aquellas horas, o la gran puerta metálica del antiguo cementerio de Pueblo Nuevo, caracterizada por las elegantes líneas onduladas. Y sin que el sol emergiera todavía por el horizonte, recorrió el litoral para determinar el mejor emplazamiento. Efectuó dos recorridos en ambos sentidos y finalmente llegó a la conclusión de que el escenario idóneo se

encontraba detrás de una pequeña duna alrededor de la cual se apostaban los nudistas para resguardarse de mirones y provocadores. Sí, su intuición le decía que, a lo largo de los seis kilómetros de playas que tenía la ciudad, no encontraría mejor enclave para contemplar el amanecer que aquel discreto rincón sobre la arena y al pie del montículo que no superaba los cuatro metros de altura.

Se sentó esperando el nacimiento del día, comprobó que el sol despuntaba por el horizonte a las seis y veinticinco y que los primeros bañistas llegaban pasadas las ocho, «una hora y media, tiempo suficiente» razonó, y permaneció allí hasta que los rayos empezaron a quemarle la piel. Poco antes de las once volvía a entrar en su piso, se metió en la ducha para refrescarse y combatir la sensación pegajosa que sentía por todo su cuerpo y se tumbó sobre la cama. No tenía otra cosa que hacer que esperar al lunes para personarse en el banco y comprobar que todas sus cuentas eran correctas.

El lunes 2 de julio, en cuanto abrió el ordenador, Margarita buscó directamente la crónica que el enviado especial de *BCN* había enviado en torno a las elecciones celebradas en México el domingo. Intentaba centrarse en la información que tenía ante sus ojos pero no lograba que el artículo le interesase lo más mínimo. Lanzó un profundo suspiro. «¿Es posible —pensó mientras manipulaba el ratón— que a algún lector le interese quién ha ganado en México? A mí me parece increíble». Acababa de incorporarse a su mesa de trabajo y ya no tenía ganas de seguir. El día, una vez más, se le haría largo, muy largo. «Mejor dicho —se corrigió a sí misma— será eterno. Como el anterior y el anterior del anterior y el otro. ¡Vaya condena!».

Se levantó de la mesa, agarró el ejemplar del día y se dirigió a la máquina del café. Con la taza en la mano, se sentó en una de las pequeñas mesas de la sala. Buscó rápidamente las páginas de los sucesos. Se detuvo en el gran artículo que recogía la iniciativa del Ayuntamiento de Barcelona para controlar los ruidos y la proliferación de la delincuencia en los locales de ocio de la ciudad. «Esto es mucho más interesante que lo que pasa en México». Envidió aquel reportaje. Apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Desde su traslado a Internacional no había logrado sentirse a gusto en ningún momento. Su vocación como periodista no pasaba por aquella sección. De hecho, todo le iba mal. El fracaso de su relación con Mario seguía lacerándole. Todavía no lo había logrado superar. Sí, su existencia estaba completamente vacía. Un movimiento en el pasillo le atrajo la atención. Luís Poch se encaminaba hacia su despacho. Lucía una americana gris pasada de moda, más ancha que larga, y caminaba con los hombros caídos oscilando de un lado a otro con cada paso que daba. Seguía pareciéndole patético, pero mandaba más que nadie. Sí, constituía la evidencia más indiscutible del triunfo de los mediocres. No lo pudo evitar. Se le humedecieron los ojos. Una vez más. Como cada día.

Carolina depositó en la maleta la última camiseta que todavía guardaba en el armario y ajustó los tirantes interiores para que la ropa se moviera lo menos posible durante el viaje, pero no la cerró; la dejó abierta por si, en el último momento, se acordaba de llevar algo más. Quería cumplimentar con tiempo suficiente el engorroso trámite de elegir el equipaje y dejarlo perfectamente colocado para, si fuera necesario, tener la posibilidad de añadir esa prenda en la que no había pensado en su momento.

A solas en su dormitorio repasó con la mirada la habitación. Salvo los muebles, no quedaba nada. Todo lo que hasta entonces había decorado el cuarto o estaba guardado o ya estaba en la maleta. Escudriñó el armario, los cajones de la mesa de trabajo y la estantería. No había nada en ellos. Aquella desnudez la impresionó. No recordaba haber visto nunca su dormitorio con un aspecto tan desolado. Sí, aquella visión constituía el epílogo evidente de una parte de su vida. «Pero empieza otra nueva», se dijo para darse ánimos.

Se sentó sobre la cama y permaneció inmóvil unos instantes con la mente en blanco. Acarició la mesita de noche y sin explicarse por qué, abrió el cajón, limpio como una patena. Introdujo la mano en su interior y lo repasó de un lado a otro como si quisiera acariciarlo. El contacto con un pequeño objeto que se encontraba en uno de los ángulos y que le había pasado desapercibido cuando lo había limpiado la sorprendió. Barriendo con los dedos, logró que la olvidada pertenencia apareciera ante su vista. Abrió los ojos en cuanto lo vio: era el anillo que Pedro le había regalado poco después de que empezaran a salir y que ella se había quitado en cuanto se separaron. Ahora recordaba que, en efecto, lo había dejado en la mesita y se había olvidado por completo de él. Miró la alianza, un aro fino y plateado que se ajustaba a la perfección a sus dedos alargados y estrechos. «¿Qué hacer?» se preguntó. «¿Dejarlo en el mismo sitio? ¿Tirarlo por la ventana?». En cualquier caso todo menos llevárselo a Ecuador. De eso estaba absolutamente segura. Hinchó los carrillos y dejó escapar el aire con fuerza. Las cuatro paredes de su dormitorio la agobiaban. Tenía que salir de allí, de aquella habitación, de aquella casa y enterrar definitivamente el recuerdo de Pedro. Aquel hallazgo la había alterado mucho más que la conversación con su familia en la que anunció su partida. Cogió la joya y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Salió a la calle para despejarse pero la humedad y el calor no le dieron respiro. Empezó a caminar hacia el barrio gótico con la esperanza de que el cambio de escenario la ayudara a calmarse.

De pronto, se descubrió ante la fachada de la Basílica de Nuestra Señora del Mar. Era incapaz de recordar en qué había estado pensando durante aquel trayecto. Sólo en ese instante, plantada ante el imponente edificio religioso, fue consciente de la necesidad que tenía de alejarse de su casa. Y no le extrañaba haber ido a parar allí. La iglesia era uno de sus rincones preferidos. Mentía, era *su* rincón preferido en toda la ciudad. Entró en el templo, como atraída por una fuerza irresistible. Dentro, el

ambiente sereno a pesar de los muchos turistas y la armónica iluminación y la frescura de la gran nave central la tranquilizaron. Con sigilo recorrió el pasillo que se encontraba a su izquierda hasta ocupar el extremo de un banco casi vacío. Se sentó y dejó que sus ojos recorrieran la majestuosa construcción gótica. De todas las que había visitado en Barcelona, Santa María del Mar era su predilecta. Siempre se sentía en paz consigo misma cuando estaba allí, una placidez que no encontraba en ningún otro rincón de la ciudad.

Al girar la cabeza descubrió que la pequeña capilla que tenía a su izquierda estaba dedicada a Nuestra Señora de la Esperanza. La gran figura de la virgen ocupaba la parte central de un retablo de madera que casi llegaba al techo, recubierto en parte por una fina capa dorada. Permaneció mirando aquella figura durante un buen rato. Como si fuera la primera vez que la observaba, aunque no debía ser así. «Seguro que la he visto otras veces», se dijo. Y fue entonces cuando la idea le estalló en su cabeza. Aunque las cuestiones religiosas nunca le habían preocupado excesivamente, descubrió que Nuestra Señora de la Esperanza encajaba perfectamente con lo que le estaba ocurriendo: concluía una fase muy importante de su vida para iniciar, sin solución de continuidad, otra que confiaba en que iba a ser mejor. Y eso exactamente, el convencimiento de que su futuro iba a ser mejor, no era otra cosa que una esperanza. Abandonó el banco de madera para aproximarse a la pequeña capilla. Al detenerse observó que sus pies se encontraban sobre una lápida antigua y reluciente por el desgaste que llamaba la atención por la calavera que tenía esculpida en la parte superior. Sobre ella y en forma de aspa figuraban dos huesos largos que se cruzaban a la altura de la barbilla. «Parece una bandera pirata», razonó haciendo gala de un sentido del humor que, seguramente, no estaba en consonancia ni con el lugar ni con su estado de ánimo. Se inclinó ligeramente para leer las palabras que acompañaban aquel escuálido surtido de huesos: «Osario de la comunidad». Inspiró con fuerza. Allí, debajo de sus pies, deberían estar los restos de centenares, quizá miles de personas fallecidas en circunstancias que a ella se le escapaban por completo. «Nunca podría ser una buena novelista», admitió sin ambages. «No tengo la imaginación necesaria para recrear tantas vidas y explicar tantas muertes».

Volvió a centrar su atención en la imagen de la virgen.

—Esperanza, eso es lo que me hace falta ahora —murmuró consciente de que nadie la iba a oír.

En aquel instante de ribetes casi mágicos vio con claridad qué tenía que hacer. Cogió el anillo, entró en la capillita haciendo caso omiso de la pequeña cinta que actuaba a modo de barrera, se aproximó a la base del retablo y lo depositó con discreción a los pies de la talla mariana ocultándolo a la vista de curiosos y visitantes. Dejarlo allí era cerrar definitivamente la etapa de su vida que iba a concluir en pocas horas, encerrarla para siempre en el pasado y abrir la puerta que estaba a punto de inaugurar, la que ella libremente había elegido. Con el corazón desbocado pero sintiéndose reconfortada, salió con rapidez del lugar, volvió a mirar la representación

de Nuestra Señora de la Esperanza y en paz consigo misma abandonó la basílica.

A las dos de la tarde del martes 3 de julio, al cerrar la oficina bancaria, Robert Font tuvo constancia que todas sus deudas habían quedado definitivamente canceladas. No debía nada a nadie. Su saldo no llegaba a los 400 euros, pero no le importaba. Para él, lo más satisfactorio era que su hijo no iba a heredar deudas de su padre. Aceptaba su ruina pero no podía consentir que sus problemas se extendieran a Toni. Y lo había logrado.

Después de almorzar no tenía otra cosa que hacer que repasar por última vez el texto que debía mandar a su hijo y aunque se lo sabía de memoria, se sentó frente al ordenador y releyó la última versión del documento.

Querido hijo: no te entristezcas por mí y por la decisión irrevocable que he tomado. Como me has oído decir muchas veces, todo ser humano tiene derecho a elegir su muerte. Y yo lo he hecho. He vivido lo suficiente y lo suficientemente bien como para rechazar vivir peor de ahora en adelante, que es lo que me espera. El fin de la farmacia también es mi fin. Desprenderme de ella me ha permitido poner en orden mis deudas con el banco —he pagado todos los créditos que debía y, como ya sabes, hace años que cancelé la hipoteca de este piso, de manera que lo heredarás libre de cargas— pero no me queda nada que me pueda permitir vivir el resto de mi vida con dignidad. Y lo que no quiero es malvivir los años que me queden, que es a lo que estaría condenado tras el cierre de la farmacia. Prefiero haber vivido bien sesenta y tres años que alcanzar los sesenta y cinco o los setenta malviviendo estos últimos años. Esta es mi elección y estoy seguro de que me entenderás. Por eso te pido que no te entristezcas. Piensa en mí como un padre que te ha querido desde el primer momento en que supe que venías a este mundo. Seguramente me he equivocado en algunas cosas —espero que no sean demasiadas— pero si me he equivocado ha sido siempre intentando hacer lo mejor para ti. Y me alegro de que hayas sido valiente a la hora de orientar tu vida. Me alegro, te entiendo y te apoyo en lo que has hecho, como lo hice cuando decidiste irte a Singapur a trabajar. Nadie puede siquiera criticar que quienes tenéis futuro hayáis optado por vivir en aquellos países que dan oportunidades a la gente joven, a los que, como tú, tienen iniciativa, a aquellos que tenéis fuerza suficiente para modificar las cosas y mejorar la sociedad. Aquí, en este país, en esta tierra, ese futuro no existe ni creo que vaya a existir jamás. La sociedad en la que tú creciste está finiquitada. La que viene vivirá peor, no me cabe duda alguna, pero afortunadamente para algunos, entre los que tú estás incluido, todavía existen lugares en el mundo donde el porvenir, cuando menos más inmediato, se puede contemplar con

esperanza. Hiciste una buena elección. No dejes nunca de ser una buena persona. Entrégate a quienes amas y vive siendo consciente de todo lo bueno que la vida te vaya poniendo por delante. Y, por lo que a mí respecta, recuérdame como el padre que siempre te quiso y perdóname mis errores. Te mando un beso como aquellos que te daba cuando ya estabas en la cuna, o años más tarde en la cama, o cuando llegaba de trabajar y corría a buscarte por todos los rincones de la casa. Para mí, y espero que para ti también, esos besos y esos abrazos constituían mi mejor demostración de mi amor. Ese mismo amor que ahora siento por ti.

Tu padre.

Se apoyó en el respaldo de la silla, resopló y se mordió los labios para no dejar escapar ninguna lágrima. Era la primera vez desde que había tomado la decisión que tenía ganas de llorar, pero no por él, sino por el dolor que le iba a causar a Toni. «Pero no es el momento de dejarse llevar por la tristeza y la duda», se dijo para darse ánimos. «Robert, piensa que no tienes alternativa mejor. Haces lo que debes». Con la fortaleza que le daban esas palabras, apartó de su cabeza todos aquellos pensamientos y fijó de nuevo sus ojos en la pantalla del ordenador. En aquellas líneas había plasmado —o cuando menos lo había intentado— sus sentimientos y sus explicaciones como padre. Eran su testamento vital y quería que fueran perfectas, por eso las había repasado tantas veces. Guardó el documento y lo dejó preparado para mandarlo por Internet antes de abandonar definitivamente el hogar. En su cabeza resonaba la frase que, a su entender, resumía mejor los motivos de su actuación. «No me queda nada que me pueda permitir vivir el resto de mi vida con dignidad». Dignidad. De hecho, era lo único que le quedaba. No estaba dispuesto a que nadie se la arrebatará. Y morir como lo había planeado estaba en consonancia con ella. ¿Era esa convicción lo que le daba tanta tranquilidad? Seguramente. En todo caso, era la única respuesta cabal que había encontrado.

No cenó y se dejó caer sobre el sofá. Encendió la televisión y fue pasando los canales hasta que encontró el especializado en viajes. Emitía en aquellos momentos un documental sobre una pequeña isla colombiana escasamente poblada, alejada de los habituales cauces turísticos y, por consiguiente, poco conocida, que la voz en *off* presentaba como «el último edén del planeta Tierra». La exuberante vegetación, el color de sus aguas cristalinas y, en especial, la lentitud con que se movían sus pocos habitantes, parecían confirmar que, en efecto, aquel pedazo de tierra sobre el Caribe era un paraíso. Le habría gustado conocerlo.

Concluido el documental, decidió tumbarse en la cama. Estaba seguro de que no iba a dormir pero, por pura precaución, activó la alarma de su teléfono móvil y la fijó para las cinco menos cuarto de la madrugada. Decidió concentrarse en lo que veía en la gran pantalla del televisor para no pensar en nada.

A las cinco menos cuarto, Carolina se levantaba de la cama. Apagó el despertador apenas sonó, pues ya estaba despierta, y se metió rápidamente en la ducha. Rehusó el café con leche que le ofrecía su madre. No le apetecía. Tenía el estómago alterado por los nervios, pero se lo ocultó para no incrementar su desasosiego. Lo que quería era estar cuanto antes en el aeropuerto para reducir al máximo la despedida que sabía que iba a ser emocionante y dura. Tenía que estar en la terminal a las seis y, aunque le sobraba tiempo, a las cinco y media introducía la última maleta en el coche. Su padre, su madre y su hermano habían insistido en acompañarla, una exigencia a la que no pudo oponerse: entendía que quisieran hacerlo para estar con ella hasta el último segundo.

El viaje hasta la gran instalación aeroportuaria fue emocionante y triste. Su madre trataba de reprimir el llanto sin conseguirlo del todo. Su padre no dejaba de mirarla por el retrovisor y Rafael, que se había colocado a su lado en el asiento trasero, le apretaba cálidamente la mano por primera vez en su vida.

Dejó que le dieran los besos de despedida justo antes de traspasar los límites de la zona de embarque y se dio media vuelta una vez superados los engorrosos trámites de control. Fue entonces cuando los tres se despidieron ruidosamente levantando y agitando los brazos. Carolina les devolvió el gesto sonriendo y llevándose el pulgar a la oreja y el meñique a la boca les indicó, tal y como había prometido, que les llamaría por teléfono en cuanto llegara a Ecuador. Les mandó un beso con la mano, cogió el equipaje de mano (una mochila roja y negra en la que había metido todo lo necesario para sobrevivir un par o tres de días en caso de que sus maletas se extraviaran) y descendió por la escalera para dirigirse a la puerta de embarque.

A las cinco, Robert introducía en una pequeña bolsa de mano de color marrón su documento nacional de identidad, las llaves de su casa (tan sólo iba a cerrar la puerta de golpe), un zumo de piña de tamaño mediano y los somníferos. Dejó su teléfono móvil sobre la cama, se apostó frente al ordenador y localizó el texto que iba a enviar a su hijo. Lo leyó, ahora sí, por última vez, calculó que en Singapur serían las cinco de la tarde, la hora en que su hijo solía llegar a casa, introdujo la dirección electrónica de Toni, adjuntó el documento y lo envió.

Descendió a pie hasta la playa y fue directamente a la duna elegida. Se sentó dejando que su espalda se apoyara en la pared de arena, más blanca que de costumbre a aquella hora, que ocultaba su presencia a cuantos pudiera pasear por el camino que recorría todo el litoral. Fijó su atención en la línea del horizonte cuyo color negruzco dejaba paso a un blanco suave y este, a un rojo anaranjado.

Como si fuera un amante fiel a la cita, el sol empezó a despuntar a las seis y veinticinco y aunque el primer rayo le castigaba los ojos, se resistía a cerrarlos. Estaba viendo el último amanecer y no quería desperdiciar ni uno de aquellos segundos, los postreros de su vida. Esperó a que la bola de fuego estuviera casi al

completo para empezar a ingerir el somnífero. Sabía perfectamente que cuatro pastillas iban a ser suficientes. Alternó los sorbos del zumo de piña con la ingestión de las grageas, se colocó la bolsa marrón detrás de la nuca y trató de encontrar la postura más cómoda. Estaba sorprendido. Sabía que iba a morir, pero no tenía miedo. Ni siquiera se sentía angustiado. Sí fue consciente, sin embargo, de que por primera vez en mucho tiempo, se dormía con placidez.

Pocos segundos después de despegar, el avión efectuó un giro y el sol que emergía por detrás del mar la cegó durante unos momentos. Cerró los ojos hasta que dejaron de doler y entonces contempló el mar y aquellas playas que le eran tan familiares y que parecían desiertas. «¿Quién querrá bañarse a estas horas?», pensó. Miró a través del pequeño cristal de la ventanilla justo en el instante en que el aparato describía una segunda curva hacia la izquierda y el ala descendía con decisión como si quisiera buscar el contacto con las olas.

Vio el oscuro río que separaba con toda nitidez la gran urbe de los campos de cultivo que se resistían heroicamente a ser engullidos por el crecimiento imparable de Barcelona; un poco más allá, sobresaliendo entre la blanquecina bruma matinal, el castillo de Montjuïc, que mantenía la ilusión de ser la salvaguarda de la ciudad, y detrás de él, el Estadio Olímpico, el puerto, la Rambla y al fondo, la Barceloneta, el barrio del que nunca había salido. No quiso que la imagen de su madre llorando rompiera aquella experiencia mágica y placentera. Aun a riesgo de equivocarse, Carolina Romero iniciaba la vida que ella había escogido. Era consciente de aquello a lo que renunciaba y también de que desconocía lo que se iba a encontrar, pero no le importaba lo más mínimo. Nacía por segunda vez pero, a diferencia de la primera, veinticinco años atrás, ahora se sentía dueña de su destino. Recordó las palabras de su hermano: «La vida es demasiado larga para pasarla haciendo cosas que no te gustan». Rafael tenía razón, toda la razón y ese pensamiento le levantó los ánimos.

Las nubes empezaron a ocultar la ciudad. Sabía que tardaría en volverla a ver, pero no le importaba. No le dolía alejarse de Barcelona. «No me voy porque me rechace —se dijo—, sino que soy yo quien reniega de ella. No quiero vivir en medio de tanta mentira». Inspiró lenta y profundamente. Estaba sonriendo. A miles de metros de altura, se sentía feliz. Era muy feliz.

—Jefe, ¿has salido de casa?

La voz de Juan Cano evidenciaba excitación.

—No, estaba a punto de ir a Jefatura.

—Pues no lo hagas. Ven lo antes posible a la playa de Sant Sebastià, junto al Club Natació Barcelona. Un hombre que esta mañana paseaba con su perro por la playa de la Barceloneta ha descubierto una bolsa de deporte que estaba semienterrada en la

arena. Dentro había una cabeza de mujer.

Javier Arousa, el jefe del Grupo de Homicidios de la Policía de Barcelona, pensó al instante en qué cuento infantil aparecía una cabeza separada del resto del cuerpo.



JORDI BORDAS (Barcelona, 1947) inició su trabajo como periodista colaborando en *El Noticiero Universal* y Radio Nacional de España. En 1976 pasó a formar parte de la redacción de *El Correo Catalán* y de *La Vanguardia* en 1977. Cuatro años después, junto a Eduardo Martín de Pozuelo, fundó el primer equipo de investigación de este periódico, del que formó parte durante veinte años.

Como periodista ha ganado los premios Ortega y Gasset, Reporter, Ciutat de Barcelona, Ondas, Ojo Crítico, Reina Sofía y Nécora de Oro. Es coautor de *La Cosa Nuestra, diez años de mafias en España*, *La guía de la corrupción* y *España negra*, y de las novelas *Sin cobertura* y *El experimento Barcelona*.